

**La representación del sujeto negro en la prosa antiesclavista del siglo XIX en  
Colombia y Cuba**

**Tesis para optar al título de Doctor en Letras**

**Presentado por  
Mg. Américo Copete Córdoba**

**Directora  
Dra. Carolina Sancholuz**

**Codirectora  
Dra. Julieta Novau**

**Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación  
Doctorado en Letras  
Universidad Nacional de La Plata  
Argentina  
2021**

## Contenido

<b>PRESENTACIÓN Y ESTRUCTURA DE LA TESIS.....</b>	<b>1</b>
<b>CAPÍTULO 1. HERRAMIENTAS CONCEPTUALES.....</b>	<b>7</b>
1.1 BREVES CONSIDERACIONES SOBRE LAS CATEGORÍAS DE ANÁLISIS .....	7
1.1.1 Subalternidad/alteridad .....	7
1.1.2 Representación/figuración .....	9
1.1.3 Raza/etnicidad/identidad.....	10
1.1.4 Nación como comunidad imaginada/ficciones fundacionales .....	12
1.2 CONTEXTO HISTÓRICO DEL ESCLAVISMO EN COLOMBIA Y CUBA EN EL SIGLO XIX.....	14
1.3 ACERCAMIENTOS CRÍTICOS A LA NARRATIVA ANTIESCLAVISTA CUBANA Y COLOMBIANA .....	27
<b>CAPÍTULO 2. LA NARRATIVA ANTIESCLAVISTA CUBANA: APROXIMACIONES A JOSÉ ANTONIO SACO Y ANTONIO ZAMBRANA.....</b>	<b>33</b>
2.1 LOS DILEMAS DEL ESCLAVISMO: CONSIDERACIONES A PARTIR DEL ENSAYO LA SUPRESIÓN DEL TRÁFICO DE ESCLAVOS AFRICANOS EN LA ISLA DE CUBA DE JOSÉ ANTONIO SACO .....	33
2.1.1 Presencia del esclavo negro en la agricultura.....	37
2.1.2 El esclavizado negro y la seguridad nacional de la Cuba decimonónica .....	44
Conclusiones parciales.....	47
2.2 ESCLAVITUD Y ABOLICIONISMO EN LA REPÚBLICA DE CUBA Y EL NEGRO FRANCISCO DE ANTONIO ZAMBRANA .....	48
2.2.1 Perspectivas antiesclavistas en la obra <i>La República de Cuba</i> .....	51
2.2.2 <i>El negro Francisco</i> ¿una prosa antiesclavista? .....	60
2.2.3 El binarismo yo/otro en <i>El negro Francisco</i> .....	66
2.2.4 La esclavitud rural y urbana.....	69
Conclusiones parciales.....	72
<b>CAPÍTULO 3. CONFIGURACIÓN DE LA OTREDAD NEGRA EN EL DISCURSO ANTIESCLAVISTA COLOMBIANO DEL SIGLO XIX: ACERCAMIENTO A LAS OBRAS DE JOSÉ MARÍA SAMPER Y EDUARDO ZULETA .....</b>	<b>74</b>
3.1 JOSÉ MARÍA SAMPER Y SU NARRATIVA DECIMONÓNICA .....	74
3.1.1 Nación, raza y esclavización en el <i>Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas</i> .....	75
3.1.2 Percepciones y perspectivas de Samper ante la esclavización .....	81
3.1.3 Pertenencia étnico-racial en el <i>Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas</i> .....	83
3.2 BREVES APUNTES SOBRE LA CONCEPCIÓN LITERARIA Y LA TRAMA ARGUMENTAL DE FLORENCIO CONDE .....	89
3.2.1 La mezcla racial de <i>Florencio Conde</i> , un mediador sociocultural en el marco de la identidad nacional...93	
3.2.2 La caracterización socio-racial y lingüística de los personajes en <i>Florencio Conde</i> .....	97
3.2.3 Voces de la ciudad en <i>Florencio Conde</i> : identidades socio-raciales de un discurso antiesclavista .....	106
Conclusiones parciales.....	112
3.3 FICCIONES ESCLAVISTAS: UNA LECTURA DE <i>TIERRA VIRGEN</i> DE EDUARDO ZULETA .....	114

3.3.1 Esclavismo y abolicionismo: los sujetos negros en la “comunidad imaginada” de <i>Tierra virgen</i> .....	121
3.3.2 Identidades socio-raciales y caracterización del lenguaje en los personajes de <i>Tierra virgen</i> .....	135
Conclusiones parciales .....	148
<b>CONCLUSIONES</b> .....	<b>150</b>
<b>REFERENCIAS</b> .....	<b>154</b>

## Presentación y estructura de la tesis

Este trabajo procura estudiar ciertas problemáticas histórico-sociales, como la esclavitud y el abolicionismo en América Latina, desde la perspectiva de las producciones literarias agrupadas bajo la denominación amplia de prosa antiesclavista<sup>1</sup>. Para lograr este objetivo, se seleccionó un *corpus* de ensayos y de novelas de Colombia y de Cuba escritas en la segunda mitad del siglo XIX, este hito temporal corresponde a un periodo durante el cual, en distintos territorios del heterogéneo mapa americano, como el sur de los Estados Unidos, el Caribe insular, Colombia, Perú y Brasil, se publicaron diversas obras centradas en los debates acerca de la esclavitud, la trata, el abolicionismo, entre otros tópicos.

En este complejo mapa, donde se visibilizan y discuten las expresiones políticas e ideológicas respecto a la esclavización o a la libertad del sujeto *negro*<sup>2</sup>, es posible advertir diferentes modos de incorporar y representar las problemáticas mencionadas en las producciones literarias de la época. Esta investigación se interroga especialmente acerca de cómo opera la mediación letrada para incorporar en los discursos novelísticos y ensayísticos a sujetos históricamente silenciados y subordinados como los esclavos, negros, libertos, mulatos. Los textos representativos de la llamada narrativa antiesclavista de la literatura del continente coinciden en promover una toma de posición clara sobre la visibilidad de los sujetos negros y de su propia realidad cultural en el contexto de la lucha anticolonial hacia la emancipación (Cuba) y en la estabilización de los territorios nacionales (Colombia), aunque operan en ellos diversas estrategias literarias.

El *corpus* seleccionado para la presente investigación lo conforman los siguientes títulos: los ensayos *La supresión del tráfico de esclavos en la isla de Cuba* (1845) de José Antonio Saco; *La República de Cuba* (1873) y la novela *El negro Francisco* (1875) de Antonio Zambrana;

---

<sup>1</sup> Nidia R. Jeffers (2013) describe de manera muy amplia a “la literatura antiesclavista como aquella escrita antes y después de las correspondientes fechas de abolición en América, porque el racismo persistió mucho después de la prohibición de la esclavitud” (p. 8).

<sup>2</sup> Respecto al empleo del término *negro* se coincide con la perspectiva de Borja Gómez (2003) cuando expresa que “en las últimas décadas y bajo la influencia norteamericana, ciertos sectores que estudian esta temática han evitado la utilización del término ‘negro’, el cual consideran despectivo, para sustituirlo por ‘negritudes’ o ‘afrocolombianos’. Sin embargo, históricamente, y más para el periodo colonial, la palabra ‘negro’ representa un concepto” (p. 322). Esa será la palabra que aquí se utilizará.

*Ensayo sobre las revoluciones políticas y las condiciones sociales de las repúblicas colombianas* (1861) y la novela *Florencio Conde* (1875) de José María Samper; *Tierra virgen* (1897) novela de Eduardo Zuleta. Las fechas de publicación de estas obras abarcan un periodo de un poco más de medio siglo, entre los años 1845 y 1897, momento histórico de complejos debates ideológicos<sup>3</sup> sobre la incorporación de la población negra a los modelos de ciudadanía y nación en América Latina, particularmente en Colombia y en Cuba, territorios donde la abolición de la esclavitud se consumó en 1851 y 1886, respectivamente.

Interesa caracterizar lo que aquí se denomina prosa antiesclavista tanto en sus aspectos retóricos y formales como en algunos tópicos fuertes, entre ellos la construcción del sujeto negro como figuración del otro y como subalterno, con el fin de comprender las diversas formas en que se representan las alteridades a partir de la mediación escrita. Es válido expresar que, así como existen elementos en común en el pensamiento y contexto narrativo de la prosa antiesclavista cubana y colombiana, también presentan diferencias fundamentales. Por ejemplo, los letrados cubanos Saco y Zambrana construyen sus discursos desde la experiencia colonial. Es decir, sus obras nacen en el marco de una Cuba todavía bajo el dominio imperial de la metrópoli española. Esto tiene múltiples implicaciones políticas e ideológicas, ya que las voces de los escritores se constituyen desde posiciones subalternas y transgresoras ante el problema del esclavismo: se hace evidente el interés por construir modelos y relatos culturales que permitan la inclusión de diversos sectores en los procesos de organización de los Estados e identidades nacionales. La mediación letrada busca establecerse como articulador privilegiado entre la cultura popular y la cultura de elite. No obstante, los esfuerzos desplegados por los escritores demuestran complejidades en la materialización de esa nueva relación democratizadora. Alejandra Mailhe (2010) reflexiona sobre estas dificultades al sostener que los procesos de representación del otro se producen “siempre en un terreno contencioso, atravesado por múltiples tensiones culturales y políticas continuamente refuncionalizadas” (p.12).

Las intenciones transgresoras no son, de este modo, completamente abolicionistas, pues ofrecen perspectivas y miradas de superioridad en cuanto a la representación subordinada del otro, ya sea esclavo o liberto. Así, estos letrados denuncian al régimen opresor español y hablan de los

---

<sup>3</sup> Los debates ideológicos se centraron fundamentalmente en discutir las implicaciones éticas y morales en torno a la esclavitud y su abolición, la pérdida económica de los hacendados con el abolicionismo y la inclusión de los grupos subalternos negros en la identidad y proyectos nacionales en términos culturales, raciales, sociales, económicos y políticos.

sufrimientos del sujeto negro, pero, en otras ocasiones, conciben y representan a estos grupos humanos en términos de su inferioridad o subordinación en la escala social<sup>4</sup>.

El interés por establecer una estructura social jerarquizada de acuerdo a las creencias de superioridad étnica y racial, no solo tiene como objetivo evitar la heterogeneidad sociocultural, sino también eludir la pérdida económica que supone para los hacendados la posibilidad legal de la manumisión del esclavo. El estatus de manumisión se puede asumir como la condición de un liberto, es decir, una persona libre. La libertad era el principal anhelo de un esclavo, sin embargo, no bastaba con que el propietario le otorgara la libertad, era obligatorio concederla y, según Manuel Lucena Salmoral (2000), “el mecanismo más usual de libertad del esclavo fue el ahorramiento mediante compra de su precio al amo” (p. 22). Este proceso se formalizaba a través de una autoridad competente, quien promulgaba un documento de pago de libertad como sustento legal. La posibilidad de ser liberto se mantuvo durante todo el periodo colonial, incluso en las formaciones nacionales en el siglo XIX. No obstante, pese a que la ley lo contemplara, el acceso a la libertad no era un imperativo, por lo que era normal que los dueños entorpecieran la obtención de la manumisión a sus esclavos y si algunos esclavistas consintieron la libertad de sus sometidos, siempre buscaron la manera de recuperar parte del valor del esclavo. La manumisión se dio en casos excepcionales, así pues, aunque la manumisión se podía alcanzar, un porcentaje alto de la gente negra esclavizada terminó sus días sometida a este sistema opresor.

De otro lado, en los casos de Samper y Zuleta, sus narrativas se erigen en un marco histórico de formación de la República en Colombia cuando ya se había abolido la esclavitud. En este punto, las condiciones de producción textual y las posiciones de estos sujetos letrados fueron distintas en comparación con los cubanos. Sus cuestionamientos al sistema esclavista, presentes en sus discursos narrativos se producen desde un lugar privilegiado, porque están al mismo nivel, en términos de escala social, de los grupos generalmente pertenecientes a la denominada *sacarocracia*, propietarios mineros y hacendados que defendían la esclavitud. Los escritores colombianos producen sus obras sin las profundas preocupaciones de subalternidad criolla, censura o exilio experimentadas por sus pares cubanos, quienes se vieron obligados en su momento

---

<sup>4</sup> Iliá Casanova-Marengo (2002) señala que en el siglo XIX “el sujeto intelectual cubano se debatía en múltiples entrecruces de poder. Es así como en las obras antiesclavistas se presenta al “otro” esclavo desde la posición privilegiada del intelectual criollo que habla de los sufrimientos de su “inferior” en la escala social, a la vez que acusa al gobierno colonial español” (p. 11).

a abandonar la isla para poder continuar con las denuncias, no solo dirigidas al esclavismo sino también al gobierno colonial español.

José María Samper (1828-1888) se destacó por su trayectoria literaria. Además, por su influyente actividad política en la Colombia de la segunda mitad del siglo XIX, aspectos que se profundizarán en su momento. La selección de su texto *Ensayo sobre las revoluciones políticas y las condiciones sociales de las repúblicas colombianas* y de su novela *Florencio Conde* interesa porque estas obras han sido escasamente abordadas por la crítica, aunque constituyen dos piezas clave para comprender los debates sobre el lugar de los sectores negros y mulatos en la construcción de una ciudadanía colombiana desde la mirada de un liberal progresista como la que propone Samper. A esta discusión se suma la obra del letrado Eduardo Zuleta (1864-1937), diplomático, médico y escritor. Se incluye su novela más conocida, *Tierra virgen*, porque se inscribe, como en el caso de los textos de Samper, en los debates sobre la inclusión de grupos subalternos, como indígenas, negros y mulatos en la identidad nacional colombiana.

En el contexto cubano se abordan dos obras de Antonio Zambrana (1846-1922) poco exploradas por la crítica. Por un lado, su ensayo de carácter histórico-jurídico, *La República de Cuba*, que propone una posible normativa de regulación de los derechos y deberes del sujeto negro. Por otro, se encuentra su novela *El negro Francisco*, donde se plantean interesantes cuestionamientos frente al abolicionismo en relación con el sistema de producción de la plantación. También se dará cuenta de un ensayo señero como lo fue *La supresión del tráfico de esclavos en la isla de Cuba* de José Antonio Saco ya que condensa los debates en torno a la trata y la esclavitud que se gestaron en el llamado *círculo delmontino*, conformado por letrados criollos y presididos por la figura de Domingo del Monte. Aunque el trabajo no se detiene en la novela más famosa y canónica de Cuba sobre la esclavitud, *Cecilia Valdés* (1882) de Cirilo Villaverde, será ineludible mencionarla junto con otras producciones cubanas que conforman el marco histórico-cultural sobre el tema que aquí se trata. Lo mismo se puede afirmar en el contexto colombiano respecto a la novela romántica más famosa, *María* (1867) de Jorge Isaacs, donde se representa el esclavismo en términos paternalistas y poco conflictivos.

A partir de este repertorio textual se adelantan brevemente algunas hipótesis y preguntas específicas en tres conjeturas básicas. La primera hipótesis es que las obras de los escritores y letrados cubanos y colombianos presentan tensiones y manifiestan un discurso ambivalente y contradictorio desde el punto de vista étnico-racial, ante eventos de la realidad histórica del siglo

XIX. Los letrados antiesclavistas aprueban la abolición del esclavismo, sin embargo, no reconocen derechos civiles y políticos plenos de ciudadanía para los sujetos subalternos. En esa medida, no existe una ruptura de la construcción social, histórica y cultural que se hizo del sujeto negro esclavo durante la institución de la esclavitud. Sobre este asunto, Claudia Mosquera Rosero y Luiz Claudio Barcelos (2007) afirman que “el modelo de ciudadano abstracto, genérico, sin color, sexo ni clase social, junto al principio de igualdad sobre la cual se cimentó la nación, no tuvo en la mira a los negros” (p. 233).

La segunda hipótesis indaga si en las propuestas literarias seleccionadas el sujeto negro que habla y participa en la comunidad imaginada alcanza una voz y representación, aunque mediada por el discurso letrado de los escritores cubanos y colombianos del siglo XIX. Es importante para esta conjetura definir el concepto de subalterno/alteridad. En esta investigación, se siguen los planteamientos de Gayatri Spivak (1985) y Alejandra Mailhe (2010), quienes establecen que la categoría de subalterno/alteridad se usa como un atributo general de la subordinación en la sociedad, expresado en términos de clase, casta, edad, género y cargo gubernamental. En la representación del sujeto subalterno en diversas realidades discursivas, Spivak y Mailhe coinciden en problematizar y reflexionar acerca de la mediación subrepticia del escritor en relación con la recreación de las alteridades.

La tercera hipótesis sostiene que, en la prosa antiesclavista, la representación del sujeto negro está atravesada por categorías tales como la raza, la cultura, el lenguaje, la nacionalidad y la identidad, que contribuyen a su construcción en términos de alteridad. Vale también destacar el hecho de que las obras literarias objeto de estudio fueron producidas por escritores y letrados de la élite blanca del siglo XIX, tanto cubana como colombiana. Este argumento podría parecer irrelevante, sin embargo, atiende a las perspectivas políticas y lugares de enunciación desde donde los autores históricamente tratados produjeron sus obras. Más allá de referenciar las obras que aquí se abordan como caracterización de la otredad del esclavo africano, la reflexión se enfoca en presentarlas como resultado de los diversos entrecruces de poder en los que se debatía el letrado cubano y colombiano.

En consonancia con estos planteamientos, se proponen los siguientes interrogantes: ¿Cuál es la propuesta narrativa y ensayística de los escritores sobre temas de la realidad histórica mencionada en las obras y particularmente ante la esclavización del sujeto negro? ¿Pueden caracterizarse estas novelas y ensayos como narrativas antiesclavistas? ¿Estos textos permiten una



representación del negro como un sujeto que habla y participa en la comunidad imaginada como nación o bien su representación siempre se realiza a través de la mediación letrada? ¿Cuáles son los procedimientos y tópicos que permiten indagar estas obras en términos formales? ¿Cómo se configuran las voces narrativas y posiciones de los sujetos de enunciación?

Esta propuesta apunta a responder los anteriores interrogantes mediante el estudio particular de las obras seleccionadas. Para ello se estructura el trabajo en tres secciones, cada una de ellas con conclusiones parciales y, finalmente, un cierre con las conclusiones más generales. El primer capítulo, de corte introductorio, corresponde a una delimitación de algunas categorías conceptuales abordadas, como también al marco contextual que permite pensar en la emergencia de una prosa antiesclavista en la segunda mitad del siglo XIX en los territorios de Colombia y Cuba. El capítulo dos está dedicado al análisis de las obras seleccionadas de Saco y Zambrana, en tanto que en el tercero se indaga en las obras de los colombianos Samper y Zuleta. La investigación quiere aportar una reflexión, desde el campo cultural e histórico- literario, a discusiones aún no saldadas sobre el lugar del sujeto negro en las literaturas nacionales cubanas y colombianas si se piensa en ciertos vectores de continuidad entre el siglo XIX y propuestas literarias contemporáneas como *La ceiba de la memoria* (2007) de Roberto Burgos Cantor en Colombia y *La catedral de los negros* (2012) de Marcial Gala en Cuba, por citar solo dos ejemplos de la narrativa contemporánea.

# Capítulo 1. Herramientas conceptuales

## 1.1 Breves consideraciones sobre las categorías de análisis

Para abordar un estudio sistemático de la prosa antiesclavista desarrollada en Cuba y Colombia en el siglo XIX es necesario definir ciertas categorías clave que orientarán el análisis de las obras y que, por razones metodológicas, se sistematizan a partir de pares como subalternidad/alteridad, representación/configuración. A medida que se avance en el desarrollo de la temática, se atenderá a categorías afines como las de raza/etnicidad, nación/ciudadanía y, de manera más amplia, al problema de la identidad.

Las categorías de subalternidad/alteridad se sustentan a partir de los aportes de Gayatri Spivak (1985) y de Alejandra Mailhe (2010). Los conceptos de representación/configuración se utilizan desde los planteamientos de Silvia María Valero (2011) y Julieta Novau (2016). Peter Wade (como se cita en Jiménez, 1992) y Claude Lévi-Strauss (2006) son los autores seleccionados para indagar las complejas y porosas aproximaciones a categorías tales como raza/etnicidad/identidad, concebidas como construcciones sociales. Por último, se incorpora la perspectiva de Benedict Anderson (1993) para pensar la nación como comunidad imaginada y, para el campo de los estudios literarios latinoamericanos, los aportes de Doris Sommer (2004) sobre las llamadas ficciones fundacionales.

### 1.1.1 Subalternidad/alteridad

En relación con la categoría de subalternidad, se subraya la posición mediadora del letrado criollo y de qué manera su producción escrita recrea el espacio del subalterno (esclavo negro, negros, mulatos, libertos). Gayatri Spivak (1985), en su clásico ensayo *¿Puede hablar el subalterno?* plantea, en términos amplios, a los subalternos como los grupos dominados y sin voz, citando como ejemplos al proletariado, las mujeres, los campesinos. Asimismo, señala una problemática en la representación del subalterno, cuando advierte lo siguiente, “dos significados de representación que están operando al mismo tiempo: representación como hablar a favor de, como en la política, y re-presentación como en arte o filosofía” (p. 308).

Según Spivak se comete el equívoco de representar al otro procurando hablar por éste, cuando lo pertinente es desarrollar una representación en la lógica de hablar del otro. En otras palabras, el letrado en vez de hablar del subalterno termina hablando por él. Es así como el subalterno se convierte en un sujeto invisible, innombrado o reintroducido en la estructura y discurso del poder. Es decir, no existe la *re-presentación* de un sujeto heterogéneo. En efecto, no se produce un *re-presentar*, una deconstrucción de los discursos para repensar al sujeto otro quien ha estado inserto en concepciones simbólicas creadas por las ideologías dominantes. El escritor solo representa el poder hegemónico como ciudad letrada en términos de Ángel Rama (2000). En esa medida, esa construcción discursiva se convierte en la oficialización de un pensamiento, una forma de ideologema del letrado que recrea el vínculo entre saber y colonialidad.

Esta situación no permite la desjerarquización de la cultura. Por el contrario, instaura discursos que condensan el pensamiento dominante de un determinado grupo social en un momento histórico. Producto de ello es la marcación de la diferencia y la exclusión de la otredad en la realidad de los proyectos fundacionales del siglo XIX. Históricamente, en América, los grupos excluidos de la hegemonía de los sectores blancos, tales como los indígenas, negros y mulatos, representaron la alteridad y la subalternidad por antonomasia, a partir de la cual se produjeron debates ideológicos en relación con su inclusión en el proyecto fundacional de las naciones en el continente. La otredad de estos sujetos resulta de su negación global por parte del blanco, lo que hizo de la interacción entre ambos grupos una querrela entre universos sociales contrarios.

Dicha concepción de los subalternos como una alteridad radicalmente opuesta al blanco penetra en los discursos hegemónicos del letrado decimonónico, con diferentes matices, pero con elementos básicos e ideas claras en común: la otredad constituye un tema de debate en cuanto a su inclusión o exclusión en los proyectos o identidades nacionales. Alejandra Mailhe amplía el concepto de otredad y prefiere hablar de *alteridades sociales múltiples* (raciales, culturales, étnicas) al referirse a grupos sociales de indígenas, negros, mulatos y blancos, pobres y marginales. Para Mailhe conforman ese “espacio social otro (que ya a principios del siglo XIX es representado como un universo heterogéneo, de fronteras borrosas)” (2010, p. 12). La autora reflexiona sobre un discurso en el que la preocupación de las élites letradas se direcciona en la formulación de un modelo de “cultura popular, y su posible integración como parte fundamental en el proceso de organización y consolidación de los Estados y las identidades nacionales” (2010, p. 13). Observa

que todo este proceso se produce en un escenario complejo, vinculado a diversos debates de tipo sociocultural y político. Asimismo, advierte sobre el riesgo que entrañan las perspectivas dominantes del escritor y las repercusiones de su mediación, teniendo en cuenta no solo la relación yo/otro sino además la influencia que ejerce en los grupos subalternos la producción teórica del letrado. La inclusión material o simbólica de los sectores populares y de la cultura popular en el seno de la nación por parte de los intelectuales permite ver sus posiciones divergentes y, a menudo, internamente contradictorias (Mailhe, 2010). Buscan, de este modo, erigirse como articuladores privilegiados entre la cultura popular y la cultura de elite. Sin embargo, a menudo los esfuerzos por reformular el papel social del letrado evidencian las dificultades y ambivalencias que atraviesa la concreción de ese nuevo vínculo democratizador en términos sociales, culturales y políticos respecto a la caracterización del otro en el escenario de configurar una identidad nacional.

### **1.1.2 Representación/figuración**

Silvia Valero en su tesis doctoral del año 2011, *La representación literaria del “negro” en la Cuba de entre-siglos: Eliseo Altunaga y Marta Rojas (1990-2005)* utiliza el concepto de representación para reflexionar sobre la construcción de la identidad del sujeto negro en la literatura de la Cuba de los siglos XIX y XX. Su trabajo es un referente importante para comprender la configuración discursiva de la caracterización de este grupo social en las obras decimonónicas, objeto de análisis de la presente tesis. Valero interpreta la representación como una “práctica cultural” (2011, p. 6) que se constituye a partir de posiciones de enunciación en las que aparece la recreación de la constante lucha por los significados mediados por el lenguaje. Situada en los años noventa del siglo XX en Cuba, subraya que “la representación de los personajes negros después de los años noventa se basa en la reconstrucción de determinados hitos históricos con el objetivo de convertirlos en fundacionales para el proceso constructivo de la identidad negra cubana” (Valero, p. 5). De este modo, explica Valero que hay un proceso diacrónico en la representación de la etnicidad como forma de construcción social. No obstante, asume que la representación literaria del sujeto negro lleva consigo la complejidad propia de toda narrativa que intenta conceptualizar al otro.

Julietta Novau, en su tesis doctoral *Figuraciones de la esclavitud en novelas y ensayos antiesclavistas de Cuba y Brasil, 1840-1880* (2016), indaga el tema de la esclavitud de los sujetos negros en el siglo XIX en novelas y ensayos producidos por autores cubanos y brasileños. En su

investigación, Novau apela al concepto de *figuraciones del otro* como la construcción de un entramado de sentidos simbólicos que nos posibilita dar cuenta de las múltiples maneras en que se representan las alteridades africano-americanas a través de la mediación escrita. Estas formas heterogéneas en que se construye y caracteriza al sujeto de raíces africanas “incluyen los esclavos, libertos y cimarrones negros y mulatos” (Novau, 2016, p. 8). Con ello, se recrean manifestaciones representativas de esta cultura en América Latina, que está profundamente vinculada al proceso histórico de la esclavitud, en particular el desarrollado en el siglo XIX. Para Novau, es ese el núcleo central de su estudio, para ello elabora categorías de análisis, como otredades o alteridades. Estos términos se incorporan en su reflexión conceptual como parte de la construcción de la identidad latinoamericana.

### **1.1.3 Raza/etnicidad/identidad**

Al reflexionar sobre el concepto de raza, tomaremos distancia de aquellas perspectivas decimonónicas en las que se define como una entidad biológica para jerarquizar y dividir los grupos sociales de acuerdo con su color de piel (Colmenares, 1982). La separación de ese tipo de interpretaciones reduccionistas nos lleva a aproximarnos, sin embargo, a la construcción discursiva de una noción problemática como raza, especialmente desarrollada a partir del siglo XX, donde se asume un punto de vista distinto en relación con las nociones planteadas en los siglos precedentes. Nuestra perspectiva adopta posicionamientos como los de Claude Lévi-Strauss (2006), quien asegura que en el “estado actual de la ciencia, la noción de razas biológicas por propiedades particulares se aparta de la verdad científica en función de definir tanto positiva como negativamente los tipos humanos” (p. 304) y Peter Wade (como se cita en Jiménez, 1992), quien niega que la raza, desde un punto de vista de la genética, sea en sí una categoría analítica para determinar la inferioridad o superioridad de los grupos sociales.

Wade propone el estudio de la raza en el marco de una “construcción social o cultural utilizando analíticamente las categorías de raza, etnicidad e identidad” (2002). Considera que estos términos afines no pueden desvincularse de manera absoluta ya que hacen referencia a caracterizaciones determinadas por el intercambio entre una identidad propia en relación con otra, tanto en el ámbito personal y social. Estos términos representan en algún modo la genealogía de un individuo o grupo, y cómo estos orígenes identitarios inciden en toda una colectividad.

En la América del siglo XIX la noción de raza biológica se convierte en un presupuesto carente de soporte científico para determinar las jerarquías sociales y culturales. Los discursos hegemónicos sobre las teorías de las razas impuestas desde la cultura occidental justifican la inferioridad o superioridad de los distintos grupos sociales teniendo en cuenta sus rasgos físicos o genéticos (blancos, negros, mulatos e indígenas). Desde esas posturas discursivas e ideológicas, en las naciones en formación del continente –y durante todo el periodo decimonónico– la cultura dominante era la de los sectores blancos, en el sentido que le asigna Germán Colmenares como “una persona de puro ancestro español” (1982, p. 295). Se establece como la raza noble y civilizada mientras que grupos étnicos, como los negros, mulatos e indígenas se inscriben en términos de una alteridad irreductible, en tanto, como señala Saurabh Dube (2001) no alcanzan “los atributos de una entidad histórica y social sustantiva y singular” (p. 40). Negros, mulatos e indígenas no son representados como sujetos culturales y políticos en la sociedad. Su posición y rol social aluden a una condición marginal y subalterna: esclavos y siervos.

Los prejuicios de la cultura blanca hegemónica determinan la valoración de los otros grupos raciales, los cuales son definidos como seres deshumanizados y, por lo tanto, como observa Dube “privados de conciencia y pasivos de la historia” (2001, p. 40). En efecto, estos actores sociales no constituyen una alternativa de interpretación cultural y política en la sociedad, solo se establecen como figuras incultas, salvajes y exóticas. Por ello, las categorías que designan a las comunidades negras, mulatas e indígenas son despectivas. La etnicidad de estos grupos es definida en términos de lo bárbaro e irracional. Por el contrario, la cultura blanca es el símbolo de lo civilizado y culto.

Esta mirada racalista determina el estatus social o privilegio administrativo en la sociedad de la época. Es interesante atender cómo opera lo que Tzvetan Todorov en *Nosotros y los otros* (2013) distingue como racismo, esto es, en un sentido amplio “el comportamiento, que la mayoría de las veces está constituido por odio y menosprecio con respecto a personas que poseen características físicas bien definidas y distintas a las nuestras” (2013, p. 115) por un lado; por otro, lo que caracteriza como racialismo y que se constituye como una ideología, más bien una doctrina que fija a los sujetos en estereotipos arbitrarios, determinados por sus condiciones biológicas que inciden en su moral, cultura, etc. Es así como los términos indio o esclavo tienen una definición institucional y no meramente social. Negros, mulatos e indígenas no pueden acceder a ciertas dignidades y privilegios, figuran solo en condiciones serviles por su categoría de entes inferiores. Los mestizos descendientes de un conquistador español pueden obtener una declaración que,

gracias a la merced real, los declare blancos y les brinde la posibilidad de alcanzar distintas prerrogativas; mientras las derivaciones de una mezcla proveniente de etnias como las indígenas y africanas son vedadas frente a cualquier beneficio social. Esta mixtura trae consigo un marcado desprecio y estereotipación por parte de los grupos dominantes blancos, peninsulares y criollos. Dichas actitudes excluyentes se establecen en pensamientos que fijan un escenario social, político y económico legitimante de diferentes maneras de sometimiento, presentes por ejemplo en la esclavitud o la mita.

Este discurso, que domina a América en el siglo XIX, se puede ubicar dentro de aquellos proyectos fundacionales en los cuales las clases dominantes elaboraron visiones ideológicas para establecer rangos y jerarquías sociales en el marco de la construcción de las identidades nacionales. Mucho tiempo después, en la segunda mitad del siglo XX, tal como lo consigna Wade en su estudio, este tipo de imágenes y preconceptos se perciben como reduccionistas y anacrónicos.

#### **1.1.4 Nación como comunidad imaginada/ficciones fundacionales**

Benedict Anderson (1993) propone pensar las naciones como *comunidades imaginadas*, formas de identidad discursivamente construidas. La nación moderna suele representarse a sí misma como una comunidad imaginada, definida por Anderson en los siguientes términos: "así pues, con un espíritu antropológico propongo la definición siguiente de la nación: una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana" (p. 23). Es imaginada porque aún los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión. La nación se imagina limitada porque, incluso la mayor de ellas, tiene fronteras finitas, aunque elásticas, más allá de las cuales se encuentran otras naciones, y soberana porque el concepto nació en una época en que la Ilustración y la Revolución estaban destruyendo la legitimidad del reino dinástico jerárquico, divinamente ordenado. Por último, se imagina como comunidad porque, independientemente de la desigualdad y la explotación que, en efecto, puedan prevalecer en cada caso, la nación se concibe siempre en términos de la percepción compartida de la existencia de vínculos subjetivos horizontales, como un compañerismo profundo, según Anderson, "enraizado sentimiento horizontal de camaradería" (1993, p. 25). El autor destaca el carácter subjetivo de las identidades colectivas, subjetividad que puede engendrar que ciertas ficciones de comunidad se impongan socialmente y otras no. En este punto la literatura provee al nacionalismo de formas colectivas de

la identidad, especialmente a través de las novelas y la prensa escrita, como prácticas de producción simbólica y discursiva.

El concepto de nación así entendido se asume a la luz de su significación en la cultura como una manera de construir y garantizar la coexistencia de las sociedades en cualquier lugar del planeta. Esta mirada sobre la nación se complementa con el punto de vista de Doris Sommer (2004) respecto a la construcción de imaginarios nacionales decimonónicos en América Latina. Sommer plantea que las ficciones fundacionales definen la relación entre las novelas y los cimientos nacionales en el continente.

La autora recupera la importancia histórica y literaria de estas narraciones fundacionales: explica cómo la consolidación de los Estados y la novela marcharon de la mano, llegando incluso a unirse con el concepto de patriotismo decimonónico. La narrativa de esa época fue paradigmática y sirvió de divisa ideológica para establecer símbolos de nación en tierras americanas. En esa medida, las obras literarias dieron cuerpo a un proyecto burgués que pretendía una cultura en formación y brindaron espacio a todos aquellos que supieran mantener su lugar en una nueva estructura social.

En América, en especial en países como Cuba y Colombia, el concepto de nación tuvo relevancia a partir de los procesos revolucionarios e independentistas del siglo XIX liderados por las élites criollas en contra de las fuerzas del régimen colonial del imperio español. Como consecuencia de las fuertes batallas libradas por la masa popular para alcanzar los principios básicos de la Revolución francesa (libertad, fraternidad e igualdad) se erigió una nueva e incipiente organización de la comunidad imaginada. Es así como Cuba y Colombia anhelaron constituirse como repúblicas en el marco político, administrativo, económico e ideológico y, de esta manera, intentaron romper cualquier lazo dominante con la estructura retardataria peninsular.

El proceso de formación y consolidación de la república en el siglo XIX llevó al derrocamiento de la colonia española y atrajo una serie de transformaciones en las instituciones y sociedades de la época. Por ejemplo, vale destacar dos situaciones: la primera, una comunidad formada por ciudadanos *libres*, marcada por los procesos independentistas y antiesclavistas. La segunda, el desarrollo de una expresión política y económica en función de la propia nación y no en beneficio de la estructura colonial de la metrópoli peninsular. Cada uno de estos principios y valores dan cuenta de los cambios concretados durante el siglo XIX, sustentados en las



constituciones nacionales emitidas en esta época, lo que los configura como fórmula para erigir una nueva caracterización de la nación.

Vale indicar que, en Cuba y Colombia, antes y después del derrocamiento del régimen colonial, la discusión en torno al proyecto de nación se instala en el nacimiento de las diferentes fuerzas y élites políticas criollas (liberales, conservadores, moderadas, radicales, anexionistas, reformistas, independentistas) quienes en adelante plantean sus perspectivas ideológicas y políticas para la consecución de la comunidad imaginada. Algunos pretenden una nación independiente, republicana y democrática configurada en un establecimiento autónomo ante el régimen colonial. Estos grupos asumen una postura de autodeterminación dentro de un marco de construir, con sus fisuras e imperfecciones, su propio sistema económico, político, cultural e ideológico. Otros defienden la idea de mantener los vínculos con la madre patria. Es decir, conservar las ideas e incluso el poder colonial en el marco de la estructura económica, política y administrativa, aspectos contextuales e históricos que proponemos revisar brevemente en el siguiente apartado.

## **1.2 Contexto histórico del esclavismo en Colombia y Cuba en el siglo XIX**

Con el fin de abordar el contexto histórico, político y social que permite la emergencia de una literatura antiesclavista atenderemos a los estudios de Antonio Benítez Rojo (1988), Mercedes Rivas (1990) e Iliá Casanova-Marengo (2002) para Cuba. En el caso de Colombia, nos vamos a centrar en las aproximaciones de Jorge Palacios (1982), Eduardo Restrepo (2007) y Nydia R. Jeffers (2013). En este escenario se ofrecen diferentes líneas de análisis que admiten comparar y contrastar los procesos esclavistas: los conflictos relacionados con la trata, economía de plantación y el abolicionismo; las discusiones y debates de los sectores letrados sobre la inclusión de los sujetos negros y mulatos en los relatos y construcciones de la identidad nacional.

El inicio del siglo XIX en Colombia está marcado por la expulsión del imperio español (1810) producto de los procesos revolucionarios y emancipadores de una elite criolla letrada, liderada por Simón Bolívar, que desplaza del poder a la colonia peninsular para construir una realidad republicana de nación. Este selecto grupo (los criollos) se configura como la nueva clase dominante con privilegios de gobierno y economía. Se sitúan en los más altos cargos de dirección y administración, poseen tierras y bienes. En palabras de Sebastián Pineda (2012), se erigen en una “invención de letrados apasionados por urdir constituciones al estilo del Estado moderno que nace de la Revolución francesa, pero ignorantes de su entorno y hasta desdeñosos de sus

coterráneos” (p. 73). A propósito de coterráneos, grupos subalternos como los sujetos negros esclavizados, quienes son parte del mosaico de la realidad de la emergente nación, quedarán sometidos bajo el dominio cultural, económico y político de esta naciente clase hegemónica.

En el marco de las independencias y transformación republicana de los territorios, la esclavización del sujeto negro se vuelve un evento insoslayable ya que produce que el período comprendido entre 1810 y 1851 resulte controversial, ambivalente e irónico. Esto gracias a que es la época en que se logra la emancipación de la nación bolivariana cuyo fundamento ideológico está presente en la Revolución francesa.

Sin embargo, en este tiempo de libertades la esclavitud permanece inalterable. Esta realidad de sometimiento en la que está el sujeto negro fue en su momento motivo de fuertes tensiones. Quizás a raíz de eso, y con el fin de calmar los ánimos de sublevación, se promulga la ley en favor de un abolicionismo progresivo. Es así como en 1821, once años después del grito de independencia, se decreta la libertad de vientres, normativa que permite que los hijos de los esclavos nazcan libres. No obstante, esto no fue suficiente para calmar los anhelos de los privados de la libertad, porque el rompimiento de las cadenas de la esclavitud no lo liberaba del yugo del blanco criollo (dueño de los medios de producción y trabajo: haciendas, plantaciones, minas y territorio).

Se produjeron nuevas revueltas e insurrecciones de los subyugados que levantan su voz con el fin de alcanzar un panorama que brinde una solución definitiva a la esclavitud. Al mismo tiempo, surge el temor de la clase social blanca ante el peligro de la gente negra con cada acto de rebelión. Ese grupo económico dominante junto con las autoridades políticas (casi siempre grupos sinónimos) idean legislaciones para controlar al esclavo en las zonas urbanas y rurales. Señala Jorge Palacios (1982) que se restringió la libertad de asociación, ir a matrimonios, bautizos y actos mortuorios. También se limitó acudir a ciertos lugares públicos, consumir alcohol, organizar fiestas, participar en juegos, vender productos y, naturalmente, se prohibió la vagancia. Sumado a esto, la normativa más severa se destinó a las fugas e insurrecciones en donde se determinó un nivel de sanciones corporales, que iban desde los látigos hasta la condena a muerte, pasando por el cepo y la amputación de las extremidades.

También se empleó la doctrina religiosa para controlar las acciones contestatarias y subversivas del esclavizado: se buscaba así inducir al elemento negro a la aceptación resignada de su condición natural. En esa medida, según Palacios, los miembros del clero afines a las

autoridades esclavista aplicaban sus estrategias y formas de adoctrinamiento con base en perspectivas religiosas, pero condicionadas por intereses económicos. De este modo, advierte Palacios, se pretendía persuadir al sujeto negro con discursos irreales como “la felicidad del cautiverio y la alegría del trabajo forzado que llevaban al afianzamiento del sistema colonial, y las enseñanzas y prácticas religiosas, por lo general, se utilizan como ideología de dominación, para la explotación y control de la población” (Palacios, 1982, p. 335).

Ahora bien, estas normativas coercitivas y evangelizadoras aplicadas en el transcurso del siglo XIX no son un impedimento en la conciencia del sujeto negro para continuar con su lucha por la abolición de la esclavitud. Dicho evento de proscripción del sistema opresor se consumó en 1851 bajo el gobierno liberal del militar y político de José Hilario López: es una supresión tardía en medio de una institución esclavista en decadencia por múltiples sucesos subversivos y normativos. A propósito, Palacios indica que:

El cimarronismo, el bandidaje y los intentos de rebelión general ponen en evidencia la crisis del sistema y de la sociedad esclavista, la cual se agudizaría más adelante, dentro del proceso general de evaluación de la sociedad colonial, y que comprendería algunas etapas, como la interrupción de la trata y del comercio de esclavos, mayor amplitud en los procesos de manumisión, la libertad de partos y, finalmente, la abolición de la esclavitud a mediados del siglo XIX (1982, p. 343).

Por su parte, Eduardo Restrepo (2007) indica que las ceremonias públicas de emancipación se repetían en diferentes lugares de la Nueva Granada. Desde la sanción de la ley de libertad de vientres y el establecimiento de las juntas de manumisión en 1821, “la gran mayoría se daban en las fechas que celebraban sucesos que condujeron a la independencia del gobierno colonial español y al nacimiento de la república” (p. 293).

La libertad frente al dominio español seguida de la génesis republicana opera como correlato en la soberanía de sí mismo. De ahí que la ritualización durante actos públicos se articule con la formación de una memoria colectiva y con un sentido de generalidad a nivel de nación, legalizada bajo el poder hegemónico de una clase privilegiada criolla.

La ley de proscripción del esclavismo se hizo realidad pasado un largo tiempo después de la independencia. Fue una normativa no exenta de debates y controversias. En el discurso de las confluencias y disensos en relación con los idearios nacionales, en particular alrededor de la discusión abolicionista en la primera mitad del siglo XIX en Colombia. Restrepo advierte que las

voces a favor o en contra de la actividad esclavista comprenden diversos escenarios resumidos de la siguiente manera. Primero, “el sermón de un sacerdote conocido con el nombre de Fray Jervasio García el día que entraba en vigor la ley de abolición de la esclavitud (1852)” (2007, p. 294). Segundo, un reclamo del esclavo José Castro ante las autoridades judiciales a comienzos del siglo XIX. Tercero, una nota anónima publicada sobre el pacto entre Inglaterra y España en 1807 para ponerle fin a la trata negrera. Cuarto, el debate en el Congreso de Cúcuta de José Félix de Restrepo, donde defendió la propuesta legislativa de libertad de vientres (1821). Por último, señala Restrepo, “la memoria escrita por el senador Joaquín Mosquera (1825) cuatro años después de sancionada esta ley” (p. 294).

Las controversias abolicionistas de mediados del siglo XIX, en un plano más regional, dan cuenta de las fuertes contradicciones, tensiones y pugnas producidas. Por ejemplo, en el seno de la aristocracia caucana, un espejo de los acontecimientos experimentados en el resto del territorio por el esclavismo. Era un tiempo de cambio donde se mezclaron, alrededor del fenómeno negrero, cuestiones y perspectivas morales, sociales y económicas. Sobre este asunto, Delfín Grueso (2007) expresa que el debate abolicionista es una actuación de clases dominantes en la que se podían tomar dos posiciones controversiales: clases ilustres y tipos tiranos. En la primera posición está don Joaquín de Mosquera, hermano de Tomás Cipriano de Mosquera, quien se considera el antiesclavista por excelencia y quien admitió, al parecer por ser de buen gusto, la abolición de la esclavitud que fomentaba su hermano. Por otro lado, representantes del segundo tipo son los hermanos Sergio y Julio Arboleda, sobrinos de Joaquín y Tomás Cipriano de Mosquera. Ambos se alzaron contra la prohibición de la esclavitud y marcharon al Ecuador en busca de armas. Julio Arboleda, el arquetipo de esta postura, discrepó, escribió, luchó y murió por su causa.

Estos grupos representaron en la sociedad decimonónica las elites políticas conservadoras para los cuales la abolición de la esclavitud no sólo significaba una ruptura económica sino la caída de la estructura social y sus valores morales. Según Palacios “el negro esclavo en la Nueva Granada llegó a constituir un elemento casi insustituible en ciertos menesteres y oficios, así como en objeto de prestigio, ostentación y lujo de la sociedad colonial” (1982, p. 307). Entre las actividades a las cuales los esclavos fueron destinados están: la ganadería, la agricultura, una amplia gama de labores (artesanos, sastrería, carpintería, herrería, albañilería, aseadores, conserjes, tamboreros, bogas, pregoneros) y de servicio doméstico (niñeras, amas de cría, lavanderas).

En esta perspectiva de los contextos regionales (Cauca, Valle del Cauca, Antioquia) y nacionales (Colombia) bajo las estructuras esclavistas, señoriales y de tradición letrada decimonónica, Oscar Almario (2013) asegura que “durante la colonia y nacimiento de la República el papel de Popayán<sup>5</sup> en la parte suroccidente de la Nueva Granada –como epicentro de ciudad ilustre y culta– es el de una especie de vínculo territorial y político entre Bogotá y Quito” (p. 215). Y agrega Almario que la región fue importante para que las élites entendieran los difíciles métodos de autoridad y que aplicaran condiciones específicas a cada provincia (2013).

En función de esto, apelaron a un fuerte sentido de pertenencia, inculcaron los principios ilustrados, practicaron la religión católica, enaltecieron el español como lengua, aplicaron una caracterización piramidal de la estructura social y utilizaron la hegemonía del poder que encarnan sus grupos de familias. En palabras de Almario, el sentido de casta superior de los criollos se vio fortalecido por las relaciones establecidas con los ibéricos “que llegaron a la ciudad y gobernación de Popayán seducidos por el segundo ciclo del oro durante el XVIII. Como se sabe, este conjunto de factores le otorgó su peculiar talante esclavista y señorial a esta región histórica” (2013, p. 216).

Este entramado ideológico e identitario de origen colonial expresa, inicialmente, su permanencia desde las complejidades del proceso de independencia, y en el trascurso de la formación primaria de la estructura republicana llevó a que la perspectiva jerárquica de las autoridades respecto al orden y la sociedad que gobernaban no fuera tan fácil de sustituir por los discursos liberales en el momento emancipatorio. Por el contrario, sirvió de plataforma para delinear el nuevo sistema que nació de las guerras revolucionarias. En resumen, lo que se imaginaba, tal como se desarrollaba en otro espacio, es que el mecanismo social de clases colonial permanecía de hecho y de derecho en el periodo de la formación inicial de la figura republicana en las regiones pertenecientes a la antigua gobernación de Popayán, en adelante conocidas como el Gran Cauca.

Esta realidad se puede reconocer en diferentes situaciones e hitos: desde la aplicación de la legislación de la jurisdicción de Popayán en 1814 hasta la alianza de grupos aristocráticos con Bolívar en 1821 por su posición antagónica en lo relativo a la abolición del sistema esclavista y la servidumbre en condiciones republicanas. En este punto es necesario hacer referencia a la figura del Libertador y su posición ante la esclavización de los negros. Según algunos estudios, “Bolívar poco tiempo después del decreto *Guerra o muerte entre españoles y americanos* firmado en

---

<sup>5</sup> Véase la obra de Colmenares (1991).

Trujillo en diciembre de 1813, para atraer a esclavos y libertos les ofrece la libertad absoluta si se sumaban al ejército de independencia” (Cepac, 2000, p. 31). Convencidos de esta propuesta muchos hombres y mujeres esclavizados se incorporaron al ejército del Libertador. Sin embargo, pese a que se alcanzó la independencia, Bolívar no cumplió inmediatamente con su promesa de abolición de este sistema opresor:

Su traición se hizo visible en el congreso de Cúcuta donde el vicepresidente interno de la república, Antonio Nariño, en representación del presidente, hace conocer su propuesta de manumisión de los esclavos. Bolívar no hizo mayor esfuerzo, así cambió la libertad absoluta prometida por la *libertad de vientre* para los hijos de las esclavas que naciesen a partir de 1821 y solo después de cumplir 18 años y pagar los gastos de su manutención; además se estableció que aquellos esclavos que alcanzaran la libertad debían someterse a la tutela de un blanco que les diera trabajo (Cepac, 2000, p. 32).

Años más tarde de la ley de libertad de vientre, los esclavistas crearon otra normativa contra la vagancia. Para, según ellos, obligar al liberto a trabajar bajo su dominio. Dicha legislación se fundamentaba en que cualquier blanco “que encontrara un negro en la calle, acusándolo de vago, lo llevaba a la cárcel donde cualquier rico pagaba por su excarcelación, entonces el supuesto liberto era forzado a trabajar en las haciendas o minas volviendo a ser esclavo” (Cepac, 2000, p. 32).

Las investigaciones de Restrepo, Palacios y otros académicos sobre la esclavitud en Colombia dan cuenta de que en todo este complejo proceso abolicionista la libertad para los esclavizados no fue un gesto de generosidad y filantropía de la clase poderosa, sino el resultado de las exigencias y presiones (revueltas y fugas) ejercidas por los mismos sujetos negros. Además, queda presente que la elite política y económica criolla (blanca), una vez superada la abolición jurídica de la esclavitud, trató de mantener intacto en el siglo XIX su *status quo* basado en nuevas formas de esclavismo, la exaltación de la lengua, la religión, la raza y otros principios de la tradición hispánica en la nueva institucionalidad republicana.

En el caso de la Cuba del siglo XIX, algunos aspectos políticos, ideológicos, económicos y sociales son similares a lo acontecido en la mayor parte de los países de América Latina. Por ejemplo, en el aspecto político, la influencia de las ideas de la Revolución norteamericana, francesa e industrial inglesa fue útil en la construcción de los procesos emancipatorios. En efecto, incidió en la emergencia de las nuevas realidades de nación que surgieron en el continente, producto del inconformismo político, económico y social. Al respecto, expresa Mercedes Rivas que:

La atención internacional estaba diversificada hacia varios acontecimientos, muchos de los cuales tuvieron una influencia directa sobre Cuba. En 1783 se produce la independencia de Estados Unidos, tras lo cual rompen el vínculo con las colonias inglesas (...) otros factores son la inestabilidad creada por la Revolución Francesa (1789) (...) y las expectativas ante la Revolución Industrial inglesa, cuyas innovaciones y mejoras técnicas amenazaban con alterar la infraestructura mundial (1990, p. 19).

Se debe indicar que la estructura económica y social de Cuba poseía un vínculo estrecho con el proceso de esclavización del negro en la isla durante el siglo XIX; realidad determinada especialmente por la producción y comercialización del azúcar –desde el punto de vista mercantil, la isla se convirtió en una nación de monocultivo y su principal fuente de ingreso era el azúcar–. Todo el aparato comercial se centralizó en ese producto, asignándole así al tabaco y al café, importantes fuentes de recursos, un papel secundario en la economía.

Antonio Benítez Rojo (2013) afirma que el cultivo de caña de azúcar iba más allá de un simple aparato de estructura agraria, constituía el fundamento de “un sistema de relaciones de poder que suponía la perpetuidad de una estructura social caracterizada por una brusca división de segmentos: uno pequeño y dominante, y el otro grande y dominado” (p. 197). Más adelante agrega que el azúcar definió la realidad institucional y política de Cuba, además de su constitución poblacional lo que configuró definitivamente su historia en términos culturales, sociales y económicos. Este producto, de una forma u otra, ha sido el motor más determinante de todo conflicto “de toda intervención, de toda crisis y de todo bienestar” (Benítez Rojo, p. 198).

Respecto a la incidencia del azúcar en la perspectiva social, cultural, política y económica del territorio caribeño, Benítez Rojo sostiene que:

Esto, naturalmente, definió en gran medida el proceso de transformación de las estructuras de índole demográfica, política, social y cultural de la isla; pero, sobre todo, estableció las bases para que, entre los discursos presentes, el único que pudiera manifestarse como metadiscursos fuera el azucarero (2013, p. 199).

Ante esta realidad dos aspectos son fundamentales: la nacionalidad y la esclavitud. En la isla, el beneficio de la bonanza de los ingenios azucareros lo obtuvo el criollo: clase privilegiada agrícola, influenciada por los valores e ideas culturales de vanguardia de Occidente en el siglo

XIX. Pero su mayor problema era la esclavización de los descendientes africanos. Estos propietarios blancos eran dueños de haciendas, minas y grandes extensiones de tierras dedicadas al cultivo de la caña para la extracción de su producto emblema: el azúcar. Sin embargo, todo el éxito de la siembra y cosecha dependía del trabajo esclavo de los sujetos negros.

Señala Carlos Alberto Montaner (2006) que, en la medida en que se fue desarrollando la agroindustria azucarera, fue aumentando de forma progresiva el número de esclavos necesarios para el extenso trabajo de sembrar, cortar y moler la caña. Mientras el número de subyugados se multiplicaba, también lo hacía el de sus ricos propietarios. Ese crescendo de la industria azucarera muy leve en el siglo XVI, tímido en el XVII, importante en el XVIII e impetuoso en el XIX, generó una burguesía azucarera llamada la sacarocracia<sup>6</sup> cubana. A esto agrega Montaner que esa sacarocracia tenía que ser instruida a la fuerza porque el cultivo de la caña, su transformación y exportación integraban agricultura, industria y comercio de una manera compleja, lo que exigía cierto grado de refinamiento intelectual, relaciones, viajes y conocimiento de idiomas (2006).

Muchos de estos terratenientes fueron definidos, gracias a su posición ideológica y educación, como antiesclavistas. No obstante, sentían que no había más remedio que mantener esas prácticas de sometimiento. Esa postura contradictoria y ambivalente generó profundas tensiones y debates alrededor de principios como la igualdad y la libertad. Por ello, en términos morales, no era bien visto anteponer los fines económicos a los sociales en una época donde los discursos progresistas, democráticos y libertarios apuntaban a dejar de lado las miradas colonialistas de sujeción del hombre por el hombre, con el fin de erigir sociedades republicanas.

En Cuba emerge un grupo social conformado por la clase alta española comerciante. El poder productivo en la isla se concentró en manos de los ibéricos. Había leyes que favorecían a los peninsulares, nombre que se le daba a los nacidos en España, mientras que, a los hijos de esos españoles nacidos en Cuba (criollos) se les negaba o restringían ciertos privilegios, lo que produjo conflictos entre padres e hijos. Criollos, españoles y negros ocupaban roles distintos en el aparato productivo de la industria azucarera. Los dos primeros como amos y dueños, los últimos como súbditos y esclavos. A la isla también arribaron, en menor proporción, chinos y franceses. Con

---

<sup>6</sup> Manuel Moreno Fragnals en su libro *El ingenio* (1978) referencia a la sacarocracia como un grupo de hacendados o grandes propietarios de ingenios dedicados al cultivo, extracción, producción y comercialización de la caña de azúcar. Una economía sostenida en el trabajo del sujeto negro bajo el sistema opresor del esclavismo.



esto se produjo un proceso de transculturación tal como lo retrata Fernando Ortiz (1983)<sup>7</sup>. Esta época se caracterizó por un crecimiento poblacional heterogéneo de personas, de grupos sociales distintos. El producto del sincretismo de personas de orígenes disímiles tiene lugar en la música, el baile, el habla y la literatura. Es importante señalar que el asentamiento de los negros, según la mirada de Ortiz, produjo grandes aportes a la construcción de la identidad cubana a través de la música, la cocina, los bailes, pero al mismo tiempo, el crecimiento exponencial de esta raza en la isla en el siglo XIX se convirtió en fuente de preocupaciones para las clases sociales dominantes.

Estos factores generaron intranquilidad para muchos blancos criollos y españoles: les preocupaba que la posible africanización del territorio cubano lo convirtiera en otra Haití<sup>8</sup>. El comercio de esclavos había empezado a inclinar la balanza poblacional hacia las personas de origen africano. Este aumento de población fue justificado por la sacarocracia como una manera de mantener la prosperidad en la industria azucarera. Contrario a eso, la elite letrada insistió en frenar el crecimiento del sujeto negro, porque podían iniciarse insurrecciones violentas como las acaecidas en tierras haitianas que podrían afectar, no solo la paz sino también las aspiraciones de un proceso de desarrollo y modernización de la nación

Para la elite instruida, Cuba necesitaba construir otro tipo de realidad y erigirse como una patria a la vanguardia del progreso mundial. Es verdad que no tenía la autonomía de gobernarse por sí misma, sin embargo, se lograría tras cierto tiempo por medio de un amplio sistema de educación y programas que eliminaran progresivamente la institución esclavista. Pero antes, en ese tránsito del siglo XIX, lo fundamental era impedir la entrada de los sujetos negros a la isla. Conseguir el acatamiento de las leyes<sup>9</sup> era lo necesario para suprimir la trata negrera. La industria

---

<sup>7</sup> A Fernando Ortiz, un estudioso de la cultura cubana, se le atribuye la teorización del término transculturación en 1940. Ortiz concibe este concepto como el vínculo entre una cultura de origen y una nueva, en otras palabras, un conjunto de transmutaciones constantes de culturas disímiles, de intercambios recíprocos entre los inmigrantes y los autóctonos. En esa medida, la transculturación constituye una síntesis del encuentro entre culturas, donde se produce un proceso continuo: creador, irreversible, inacabado. En el análisis de ese proceso social desarrollado en Cuba, el investigador considera la cultura de la isla como resultante de los encuentros entre los elementos indígenas, africanos y europeos. Según algunos teóricos, esto no significa que la transculturación como categoría similar al mestizaje, sea exclusiva del territorio caribeño. Para Ortiz, ella trabaja también la historia de todo el continente americano (1983).

<sup>8</sup> En Haití, hacia finales del siglo XIX, la población esclava negra, mulata y libre superaba en número a la elite blanca dominante. Señala Kenneth Morgan (2017) que “el 22 de agosto de 1791 se inició una gran revuelta de esclavos en la colonia francesa de Saint Domingue. Luego del levantamiento, se instaló La revolucionaria Asamblea Nacional Francesa que abolió la esclavitud en todas las posesiones coloniales francesas” (p. 15).

<sup>9</sup> La presión que Inglaterra, cuyo gobierno había declarado la abolición del tráfico negrero para sus colonias en 1807, ejerce sobre la monarquía española culmina en el tratado anglo-español de 1817 por el que España se compromete a finalizar la trata en 1820.

vinculada con los ingenios y los cañaverales no se vería afectada por la falta de mano de obra. Tal como lo explica Benítez Rojo, “los esclavos que murieran serían reemplazados por colonos blancos traídos de Canarias, de Baleares, incluso de Irlanda con tal que fueran católicos; se casarían con negras y Cuba se blanquearía paulatinamente gracias a una política de continuos mestizajes” (1988. p. 207). Por lo tanto, se trataba de elaborar un proyecto de emergencia de la nacionalidad cubana donde los actores sociales negros esclavos y libertos debían ser excluidos completamente.

La esclavitud, al igual que la independencia, fue vinculada al debate de la nacionalidad cubana. Para las clases dominantes y sectores políticos reformistas, anexionistas e independentistas ambos temas fueron problemas por resolver. Según Montaner, el siglo XIX:

Va a transcurrir bajo el signo de esas tres fuerzas políticas diferentes, pero con algunos puntos de coincidencia: reformistas que buscaban una mayor autonomía dentro del reino español, anexionistas convencidos de que los intereses de Cuba se defendían mejor dentro de la Unión Americana, e independentistas decididos a crear una República semejante a las concebidas por Bolívar en América Latina. Las tres tendencias eran distintas, pero todas creían en las libertades económicas y políticas. Además, pensaban que Cuba era una nación con perfil propio. No se ponían de acuerdo en eso, sin embargo, sí en el modelo de Estado en que debía encarnar esa nación (2006, p. 67).

Los grupos de poder asumieron como componentes de sus idearios temas como la esclavitud y el abolicionismo, se constituye así, en parte, un enfoque controversial de la realidad cubana. Son varios los antecedentes donde se precisan los procesos esclavistas como pilar principal de la estructura del mundo del ingenio azucarero. La necesidad continua de mano de obra esclavizada durante el *boom* azucarero-esclavista fue acompañada con el incremento de la población negra, y la ya conformada clase social negra no tardó en alzarse desde una mirada jurídica, económica y social; perspectivas que configuraron las primeras tensiones y debates entre esclavismos y abolicionismo.

Benítez Rojo ilustra algunos de los sucesos complejos del esclavismo en la Cuba decimonónica. Por ejemplo, cita “un informe de Ignacio Zarragoita y Jáuregui, firmado en Puerto Príncipe, Camagüey, el 5 de marzo de 1805 y dirigido al Real Consulado de La Habana” (1988, p. 199). En este, Zarragoita y Jáuregui manifiestan su malestar por las prerrogativas de los comerciantes ibéricos, quienes manejaban a su placer el tráfico de sujetos negros esclavizados. En

esta realidad se percibía el exponencial crecimiento económico de estos españoles en detrimento de aquellos individuos sometidos por el sistema opresor.

En palabras de Benítez Rojo, una expresión que anticipó aún más la de Zarragoita es la “esclavista-azucarera, apelación a la Corona que Simón de Echenique, apoderado de los cobreros en Madrid, hace con fecha 12 de marzo de 1793” (1988, p. 200). Los cobreros eran herederos de nativos y esclavizados traídos de África que, a partir del siglo XVII, realizaban actividades mineras. Se destacó el trabajo con el cobre en Santiago del Prado, en la región oriental de la isla. Al suspenderse las labores hacia 1670, el poder colonial de la Corona les otorgó territorios para cultivo y educación con el fin de que se conservaran y alcanzaran la libertad (Benítez Rojo, 1988).

No obstante, estas concepciones fueron desconocidas por los grupos de poder. Además, un siglo después, cuando se vio el beneficio de reabrir los terrenos mineros para atender las necesidades de cobre que demandaba la industria azucarera, dos influyentes familias alegaron derechos inexistentes sobre las tierras y esclavos logrando que el Consejo de Indias permitiera la esclavitud de más de mil descendientes de los antiguos esclavos de las minas (Benítez Rojo, 1988). Esta imprevista realidad dio origen a uno de los más importantes y extensos líos jurídicos que ha existido en la isla de Cuba, en el lapso del cual una fracción de los cobreros resolvió vivir en las sierras como cimarrones mientras los demás asistían a la legislación para conseguir una derogación de la sentencia.

Benítez Rojo interpreta que la posición de Echenique fue la defensa de la ley natural para el hombre. En ese orden, se asume que es principio de derecho que el hombre se presuma naturalmente libre porque la esclavitud es contra la ley natural. Es decir, el sometimiento de una persona a las condiciones del sistema esclavista es adverso a todo principio de dignidad humana y naturaleza racional, en este caso referencia a sus protegidos, los cobreros de raíces africanas. En palabras de Benítez Rojo, “el proceso se resolvió a favor de los cobreros en el año 1800. Es curioso que una de las razones de más peso para esta solución fuera que resultara peligroso, dada la situación de guerra libertadora de Saint Domingue” (1988, p. 200).

El papel de Inglaterra también fue fundamental. Según Mercedes Rivas la cuestión central de la relación de Cuba con la corona española es el sistema esclavista. Inglaterra –cuyo gobierno se había pronunciado sobre la prohibición del tráfico negrero para sus colonias en 1807– ejerció sobre el proyecto colonial ibérico tal poder que, como consecuencia del pacto anglo-español de 1817, España se comprometió a terminar la trata en 1820. Algunas secuelas del tratado fueron el

incremento de sujetos negros arribados a Cuba y la propagación del contrabando esclavo. Aunque la trata no se detuvo pese a que los ingleses sufragaron a la corona una cifra importante de compensación. Desde entonces los isleños vieron en las autoridades inglesas su más fuerte oponente al tráfico esclavo, de hecho, más tarde, en 1837, se elaboró un nuevo tratado entre españoles e ingleses con el cual se pretendió primero finalizar la trata negrera y, luego, abolir con progresión la esclavitud.

En términos generales, este proceso de prohibición de la trata y del esclavismo en el trascurso del siglo XIX solo se produjo después de múltiples episodios convulsos y “pacíficos” entre los que se destaca, por ejemplo, el iniciado en 1812 por “José Antonio Aponte, quien intenta agrupar a los libertos y esclavos en un frente común para darles su libertad. Tras pequeñas escaramuzas en algunos ingenios, la conspiración fue descubierta por las autoridades y su líder condenado y ejecutado” (Rivas, 1990, p. 22). Años más tardes, un hecho similar ocurrió: la Conspiración de la Escalera de 1844. El suceso termina con una brutal represión, “no solo los esclavos fueron cruelmente reducidos a sus barracones; muchos negros y mulatos en condición de libres, sobre quienes yacía en mayor proporción la industria artesanal y del comercio en pequeño nivel” (Rivas, p. 50). Del evento Rivas resalta a:

Sastres, carpinteros –o aquellos que pudieron optar por una profesión industrial o liberal como capataces, estibadores, maestros, músicos, dentistas, comadronas– fueron obligados a confesar a los calumniosos interrogantes de la comisión formada al efecto para descubrir, e incluso diríamos inventar, a los implicados en una conspiración jamás confirmada (1990, p. 50).

Vale indicar que un año después, el poder peninsular que se le otorgó al régimen tirano de Narváez en 1844, promulgó nuevas leyes para la isla. La normatividad de represión para la trata esclavista dada a conocer a las autoridades de las cortes en 1845. Fue un acontecimiento ejemplarizante. La sociedad cubana estaba atónita, ya que, si por un lado se advertía duros castigos para los que incumplieran los acuerdos entre España e Inglaterra, por el otro, autorizó a los hacendados el derecho de propiedad de los esclavos (Rivas, 1990). Aquella fue la estrategia perfecta para que los líderes peninsulares detuvieran a propios y extraños. La influencia inglesa en el sistema esclavista cubano alteró durante mucho tiempo a los sucesivos gobiernos metropolitanos. Se presentaba incluso como un asunto de orgullo personal el lograr una solución

pacífica para la población esclavizada, en especial, aseguraba a las elites la posesión de sus esclavos, lo que se asemejaba con avalar la dominación española sobre Cuba.

Es probable que la ley penal de represión de tráfico caribeño permitiera la eliminación progresiva de la esclavitud: si no se ingresaban más esclavos a la isla, los existentes acabarían por liberarse o morir. Sin embargo, los sacarócratas preservaban objetivos expansionistas que hallaron, al principio del *boom* azucarero, la forma de mantener una industria basada en el trabajo esclavo. En un principio se admite la necesidad de ofrecer condiciones más dignas a los sujetos negros; el propósito no nace de una perspectiva altruista, sino económica. La existencia del subyugado se extenderá sí se le cuida de mejor manera. Es así como su mayor vida útil favorecerá al amo.

En 1865 se inició un período decisivo en la sucesión de elementos trascendentales para la evolución del esclavismo cubano. Los eventos externos de mayor incidencia fueron la prohibición del sistema en Estados Unidos y el final de su Guerra de Secesión. El triunfo norteamericano fue tomado por los reformistas con entusiasmo, ya que sus intereses estuvieron unidos a los pensamientos de Lincoln y con los vientos democráticos de los Estados del Norte, pese a no promulgar con rapidez la opción de la terminación del esclavismo. Cuando los reformistas asumieron estas transformaciones sus perspectivas de la institución esclavista se orientaron gradualmente a solicitar del régimen español la aceptación de varias normativas para eliminar de manera gradual el sistema opresor. Escribieron un programa minucioso que preveía un lapso de siete años para liberar a los esclavizados de la isla. Sus apartados fundamentales se sintetizan en:

- a) Supresión positiva de la trata africana; b) censo de los esclavos que existiesen en la isla;
- c) formalizar una declaración de vientres libres. Todos los hijos nacidos de esclava estarían sometidos al patronato de sus amos, pero no a la esclavitud, hasta su mayoría de edad;
- d) asegurar la libertad a todo negro que pisara tierras cubanas después de la promulgación de esta ley;
- e) indemnización a los propietarios de esclavos –450 pesos por esclavo–;
- f) participación de las corporaciones insulares en la elaboración de este proyecto, y g) establecimiento en La Habana de un banco orientado a la ayuda al agricultor (Rivas, 1990, p. 61).

Cabe indicar que la complejidad de esta problemática es tan profunda que hubo que esperar la revolución de 1868 para que el asunto de la esclavitud resurgiera con ímpetu en todas las legislaturas. Por estos motivos “en 1870, Segismundo Moret, ministro de ultramar y miembro de la Sociedad Abolicionista Española, elabora la Ley de Vientres Libres” (Rivas, 1990, p. 64). El

primer artículo de esta legislación señalaba que, sin excepción, los hijos de mujeres esclavas que nacieran tras la promulgación de esta normativa tienen derecho a ser libres. La ley, además, permitía la libertad de aquellos esclavos que participaran en el ejército peninsular y a los mayores de sesenta años. Pero, la también llamada Ley Moret, no gustaba a los antiesclavistas y menos a los cubanos seguidores de la metrópoli, pues sabían que dejarían de contar con un alto porcentaje de esclavos. La implementación de la norma tardó hasta 1872 y no se aplicó en su totalidad.

En 1880 se alcanzó una normativa intermedia: la legislación de la prohibición del esclavismo, llamada “Ley del Patronato” (Rivas, 1990, p. 65). Fue esta una manera tibia de preservar el sistema esclavista al mismo tiempo que se procuraba su eliminación paulatina. De este modo, con el propósito de evitar el pago de un valor determinado a los amos, este pasaba ahora a ser patrono<sup>10</sup> y el esclavo, patrocinado. Los privilegios del patrono eran evidentes: mantenía los derechos a usar el trabajo de sus patrocinados y de representarlos en diversos eventos civiles y judiciales con adaptación a los estatutos. También se le asignaban ciertos compromisos con su patrocinado como alimentarlo, darle vestido, condiciones de salubridad, escolaridad, salario y la exclusión de cualquier forma de castigo físico.

La normatividad estipuló un lapso de ocho años para terminar el patronato, aunque dicha legislación culminó dos años antes. De los más de quinientos mil esclavos negros existentes en 1860 se pasó a unos de cien mil en 1883. A partir de este año, una parte importante de la producción en los ingenios azucareros se financiaba con el dinero de una de las primeras empresas estadounidenses. Con los Estados Unidos –básicamente el único importador de bienes cubanos y su principal distribuidor– se realizaba continua y visiblemente la transformación de las ciudades. En 1886 el patronato terminó, de esta manera, se cerraba una de las páginas más oscuras de la realidad esclavista cubana.

### **1.3 Acercamientos críticos a la narrativa antiesclavista cubana y colombiana**

Lo acontecido en Cuba y Colombia en el siglo XIX en relación con la esclavitud del sujeto negro se manifestó en la narrativa antiesclavista de ambas naciones. Nydia Jeffers define la

---

<sup>10</sup> La figura de patrono sustituye la de amo y el concepto de esclavo por el de patrocinado. Con este cambio normativo se supone que la otredad gozará de mejores condiciones de vida. Es así como se le otorgan al patrocinado derechos civiles y sociales que le eran negados al esclavizado. Por su parte, al patrono se le exigen mayores responsabilidades de protección hacia sus subalternos. Sin embargo, esta transformación legislativa conserva las jerarquías sociales entre las clases dominantes y la servidumbre.

narrativa antiesclavista “como la literatura ideológica que intenta convencer al lector implícito de abolir la esclavitud cuando todavía es legal y de eliminar el racismo que le sirve de base” (2013, p. 3). Es decir, los actores sociales negros recreados en la prosa abolicionista como esclavos sacrificados infunden sentimientos de solidaridad y empatía. En ese marco, estos sujetos son merecedores de un trato digno y un mejor futuro, y no solo estar condenados a vivir bajo condiciones inhumanas de trabajo o encontrar la muerte como única forma de libertad.

El azúcar fue el combustible fundamental para mantener la institución esclavista en Cuba. La insurrección de los esclavos de Haití 1791, con la consiguiente destrucción de la base azucarera de esta isla, ofrece una oportunidad a la sacarocracia cubana, que erige al azúcar como símbolo de la economía y justificación definitiva del sistema esclavista. En ese contexto, a finales del siglo XVIII y en el transcurso del siglo XIX la manufactura del azúcar ofreció a Cuba una rentabilidad de orden mundial que exigió la importación de una gran cantidad de esclavos negros. Sin embargo, para una parte de la clase dominante decimonónica, más allá de la bonanza azucarera, emergió un tema central: la amenazadora desproporción racial producto de la trata y el esclavismo. Esto va a suscitar, en el marco de la construcción de la identidad nacional cubana, profundas preocupaciones, tensiones y debates ideológicos.

Este escenario convulso en la historia de Cuba, vinculado a la problemática del esclavismo y la paulatina introducción del elemento negro en las mecánicas sociales, propició el origen del círculo letrado delmontino y, con ello, la emergencia de una narrativa antiesclavista. Al respecto, Casanova-Marengo expresa que el discurso “literario antiesclavista de la isla fue la respuesta de ese grupo de letrados debido al crecimiento vertiginoso de la raza negra” (2002, p. 21). Las voces de estos letrados tenían como propósito ideológico denunciar la esclavitud y al mismo tiempo deshacerse del colonialismo español. En una primera oleada de textos fundadores del pensamiento abolicionista e independentista, eso sí con diferentes matices y aristas sobre el problema negro, destacan algunas obras producidas a partir del grupo letrado presidido por Domingo del Monte, como *Memorias sobre la esclavitud* (1822) de Félix Varela (1787-1853), *Discurso sobre la agricultura en La Habana* (1792) de Francisco Arango y Parreño (1765-1837), *Mi primera pregunta ¿La abolición del comercio de esclavos africanos arruinará o atrasará la agricultura cubana?* (1837) de José Antonio Saco (1797-1879), José María Heredia (1803-1839) y José de la Luz y Caballero (1800-1862).

En las primeras décadas del siglo XIX esta clase letrada difunde sus ideas reformistas no exentas, sin embargo, de fuertes controversias y debates, en particular aquellas discusiones sobre el sistema esclavista y el abolicionismo. Sus polémicos puntos de vista que llevaron a algunos al exilio<sup>11</sup>, la cárcel, la tortura o la muerte, se publicaron inicialmente en periódicos y revistas como *El Mensajero Semanal*, *El Habanero*, *La Revista Bimestral Cubana*, solo por mencionar algunos medios. Este conjunto de letrados, que asume una posición de resistencia, centró su mirada crítica en la trata y esclavitud de los negros.

Domingo del Monte, junto con un grupo de letrados cubanos, estableció un vínculo cercano con autoridades abolicionistas británicas<sup>12</sup> para dar a conocer a través de sus producciones literarias los problemas relativos al sistema esclavista. Esta narrativa circuló de manera clandestina con el fin de encontrar apoyo internacional en una importante figura diplomática británica: el abolicionista irlandés Richard Robert Madden. Adriana Méndez Rodenas en su estudio *El abolicionismo transnacional cubano: los relatos antiesclavistas de Félix Tanco y el tiempo de la nación* (2014), señala que Del Monte le entrega a Madden un portafolio de obras escritas por miembros de su tertulia en apoyo a la causa abolicionista. Este evento se va a convertir en uno de los capítulos más intrigantes de la historia literaria caribeña. Según Méndez, el encuentro entre estos dos personajes tuvo lugar en el puerto de La Habana en 1839. Con gesto cauteloso, para evitar la sospecha de las autoridades coloniales, Del Monte le hizo entrega al cónsul británico de un álbum literario compuesto de una serie de obras clandestinas escritas por los miembros más destacados de su círculo literario, bajo el ojo vigilante de la censura española (2014).

Las obras, imposibles de publicar en Cuba, se destinaron a un público europeo con miras a conseguir apoyo internacional para la resistencia pasiva que los seguidores del abolicionismo articularon en contra del sistema esclavista. Voceros de esta idea presentaron un álbum que contenía obras canónicas de la literatura antiesclavista cubana. En este plano emergió una segunda oleada de producciones y autores representativos apoyados por el círculo delmontino: *Petrona y Rosalía* (1838) de Félix Tanco Bosmiel, *Autobiografía de un esclavo* (1838) de Juan Francisco Manzano, *El ingenio o las delicias del campo* (1839) de Anselmo Suárez y Romero, *Sab* (1841)

---

<sup>11</sup> En 1834, Saco es desterrado por el gobernador de Cuba, Miguel Tacón. Exiliado de la isla se instala en España.

<sup>12</sup> Según Benítez Rojo, Saco relaciona a Del Monte con los abolicionistas ingleses Richard Robert Madden y David Turnbull. Saco, en 1839, le entrega a Madden –junto con textos antiesclavistas– la novela *Francisco*, de Suárez y Romero. Estas obras fueron publicadas por Madden en 1840. No solo tuvo impacto en Inglaterra, sino también en los medios abolicionistas norteamericanos (1988).



de Gertrudis Gómez de Avellaneda, *El Ranchador* (1856) de Pedro José Morillas, *El negro Francisco* (1875) de Antonio Zambrana y *Cecilia Valdés o Loma del Ángel* (1882) de Cirilo Villaverde.

En este punto resulta significativa la presencia y las intervenciones de José Antonio Saco y de Antonio Zambrana. Ambos autores son focos de interés de la presente investigación por las confluencias temáticas y paralelismos temporales con sus pares letrados de Colombia. Al igual que en Cuba, debemos considerar el contexto histórico, político y social de Colombia, sin dejar de vincularlo con la emergencia de una literatura antiesclavista que empleó de trasfondo el complejo y sistematizado esclavismo en América. Los acontecimientos del siglo XIX en relación con el tema de la esclavitud del sujeto negro se reflejan en la narrativa ensayística y novelística de la nación. En este marco discursivo, y teniendo en cuenta el periodo de tiempo entre 1845 y 1897, nuestro enfoque se centra en un corte temporal cercano a la realidad del esclavismo en las obras de los dos autores objeto de estudio: José María Samper y Eduardo Zuleta. No obstante, en esta época emergen otros autores y producciones literarias que se ocuparon de la esclavitud, entre ellas se destaca la profusamente estudiada novela *María* (1867)<sup>13</sup> de Jorge Isaacs.

Se puede afirmar que la prosa sobre el esclavismo en Colombia se produce con mayor fuerza en la segunda mitad del siglo XIX. Es probable que la génesis y el espíritu de aquellas perspectivas antiesclavistas provengan del pensamiento liberal francés (libertad, igualdad y fraternidad) representado por escritores como Víctor Hugo, Alejandro Dumas, Alfonso de Lamartine y Eugenio Sue. Este ideario discursivo seguramente caló en los pensamientos de una parte importante de la élite y de la clase media urbana colombiana que lideraban la expresión política y literaria y eran protagonistas, entre otros aspectos, del conflicto ideológico (Williams, 1992) esclavismo/aboliciónismo. Esa mirada subversiva en diferentes marcos de la vida nacional se llamó, según el crítico Raymond Williams, la *utopía liberal*. Una perspectiva ideológica sostenida en la legislación de 1863 que propugnaba por libertades y derechos amplios para la sociedad en general.

En aquella época, estas aspiraciones liberales fueron defendidas por políticos, ensayistas y novelistas. Es decir, una elite letrada blanca caracterizada por encarnar un pensamiento liberal que pugna en su época –entre otras aspiraciones– por la libertad de los sujetos negros esclavizados. En esta realidad abolicionista de la esclavitud se sitúa a José María Samper. Para la crítica, sus

---

<sup>13</sup> Véase la obra de Eduardo Camacho Guizado (1983).

producciones esbozan un modelo de sociedad colombiana decimonónica de corte liberal o conservador progresista. En el caso de Eduardo Zuleta, autor de la novela *Tierra virgen*, en algunos estudios se advierte que, pese a caracterizarse el escenario de la minería esclava, existe poco interés en presentar y describir el sistema opresor esclavo, el modo de vida del esclavizado y sus relaciones con sus amos<sup>14</sup>.

Las investigaciones sobre la caracterización del sujeto negro –en particular aquellas que tratan el tema de la esclavitud en las narrativas nacionales de Cuba y Colombia– a través de los géneros novela y ensayo son tópicos desarrollados en distintos momentos de los siglos XX y XXI en Europa, Estados Unidos y América Latina. El interés de estos estudios respecto a la esclavización de la gente negra en los variados escenarios de las realidades nacionales, especialmente la construcción de su definición de narrativas antiesclavistas en el siglo XIX en el continente, es claro debido a la existencia de literatura especializada que indaga diferentes aspectos en las producciones de la época en cuestión.

Este registro está presente en tesis, ensayos, textos de crítica literaria, memorias de congresos y artículos científicos. La variedad de líneas de estudios con orientación académica y profesional da cuenta de una comunidad de investigadores que se han profesionalizado y cuya producción sobre el tema ha adquirido mayor visibilidad e impacto en los entornos académicos. A propósito, Lucía Ortiz (2007) señala que hacia los años veinte y treinta surge en Europa y en Estados Unidos un gran interés por el tema negro. Dicha preocupación se materializó a través de un movimiento llamado *el negrismo* cuyo origen se encuentra entre intelectuales occidentales (europeos y norteamericanos) que, desilusionados con la tradición occidental y deseosos de encontrar fuentes novedosas de inspiración, se vieron atraídos por la cultura del sujeto negro. Sin embargo, según los críticos del movimiento, la modalidad más extendida se basó en una representación superficial de sí mismo (Ortiz, 2007). Para este autor el movimiento también tuvo un gran impacto entre hombres de letras en el continente<sup>15</sup>, no obstante, Laurence Prescott (1985)

---

<sup>14</sup> El crítico Alfonso Múnera (2007) advierte que “el contexto social de la obra literaria está determinado por la minería esclava. Sin embargo, hay poco o ningún interés en recrear la vida de los esclavos ni las relaciones esclavistas” (p. 160).

<sup>15</sup> Javier Ortiz Cassiani y Lázaro Valderrama Sarabia (2010) señalan que “en este ambiente de pensadores nació y vivió en la segunda mitad del siglo XIX Candelario Obeso, el hombre a quien la crítica nacional (colombiana) e internacional ha resaltado como uno de los precursores de la denominada poesía negra en Hispanoamérica” (p. 15). En esto coincide Alfredo Ocampo Zamorano y Guiomar Cuesta Escobar en el prólogo del libro *Antología de mujeres poetas afrocolombianas* (2010).

indica que “estos intentaron ir más allá de temas banales y exploraron el sentimiento, el espíritu y la condición del sujeto negro en América Latina” (p. 150).

Sobre lo anterior, un concepto probablemente más profundo es *negritud*. Darío Henao (2008) lo define “como todo el complejo de valores, saberes y prácticas que aquí trajeron los africanos y las formas como se entremezclaron con la cultura de los indígenas y los españoles” (p. 37). Desde una perspectiva más histórica y problemática, Manuel Zapata Olivella (1991) considera que la “negritud en América tiene resonancia de cadenas, bodegas, inquisición, resguardos, plantaciones, látigo, esclavitud, linchamiento, palenque, libertad, vudú, candomblé, rumba, canto, marinera, jazz, espiritual, *blues*, cimarrón, mandinga y diablo” (p. 10).

En su complejidad, esta última mirada del término *negritud* está ligada a corrientes de reivindicación, reparación social y política. Esto fue siempre un desafío para los letrados que abordaron desde diferentes perspectivas (cultural, histórica, literaria, ideológica) el asunto en el continente. Al respecto, la condición de la población negra en América Latina en el siglo XIX, en particular la atravesada por el complejo y doloroso proceso esclavista, constituye un marco indispensable para estudiar y analizar la caracterización del sujeto negro, sobre todo en países como Colombia y Cuba. Ambas naciones experimentaron durante la Colonia española (siglos XVI a XIX) el arribo de un número significativo de negros africanos esclavizados, quienes después de más de tres siglos de sometimiento, lograron su libertad en el tránsito colonia-emergencia republicana (siglo XIX).

Una vez presentado el contexto histórico en el cual emerge la llamada narrativa antiesclavista y sus principales características, proponemos adentrarnos en los próximos capítulos en el análisis del *corpus* textual seleccionado.

## Capítulo 2. La narrativa antiesclavista cubana: aproximaciones a José

### Antonio Saco y Antonio Zambrana

#### 2.1 Los dilemas del esclavismo: consideraciones a partir del ensayo *La supresión del tráfico de esclavos africanos en la isla de Cuba* de José Antonio Saco

Para entender la posición de José Antonio Saco en torno a la trata y esclavitud de los sujetos negros en la Cuba del siglo XIX, se construirá una breve caracterización política y cultural del autor que se complementa con un análisis sobre la estructura formal de su ensayo *La supresión del tráfico de esclavos africanos en la isla de Cuba* (1845). Luego, a lo largo de este capítulo, se indaga por diferentes perspectivas teórico-críticas enfocadas en la interpretación y comprensión del tráfico negrero y su incidencia en la realidad económica, social y política de Cuba. Por último, se plantean algunas consideraciones y reflexiones finales vinculadas al discurso ideológico de Saco ante la problemática del esclavismo y el abolicionismo.

José Antonio Saco (1797-1879) nació en Villa de Bayamo de la unión entre José Rafael Saco y María Antonia López. Una familia de hacendados y terratenientes, actividad comercial y económica que le permitió al clan Saco-López alcanzar una posición privilegiada en la escala social de la comunidad bayamesa. El autor se trasladó a La Habana en donde hizo estudios de derecho y filosofía. De este modo, se estableció como un personaje público notorio en la escena letrada de la Cuba decimonónica. Se destacó por ser, según Eduardo Torres Cuevas (2001), “el más profundo analítico y crítico pensador de la sociedad colonial y esclavista” (p. 1). Saco, bajo el influjo del sacerdote y filósofo cubano Félix Varela<sup>16</sup>, se inclinó hacia la caracterización social de una Cuba que sostenía su economía en la trata y esclavización de los negros.

A su entender, la esclavitud, al fungir como núcleo neurálgico de la economía y la sociedad, posibilita la subutilización, pauperización y degradación de los trabajadores libres del país,

---

<sup>16</sup> Torres-Cuevas expresa que “el clérigo Félix Varela, versado en filosofía moderna, va a ser un personaje determinante en los inicios de la vida intelectual de Saco. Ese proceso formativo se desarrolla en el Seminario de San Carlos donde el escritor, gracias a su mentor Varela, estructura su ideario político, social y filosófico en función de la construcción de una sociedad vinculada con la modernidad y, en ese orden de ideas, producir una ruptura con las bases de la visión esclavista de su época” (2001, p. 15).

engendrando, de este modo, el problema de la vagancia<sup>17</sup>. La institución esclavista anquilosó el capital y estancó su progreso pues, si bien generaba bienestar económico para la minoría dominante, retrasó el posible desarrollo integral –cultural, letrado y económico– de la sociedad. Según Torres-Cuevas, Saco propone que “superar el sistema es construir, desde las propias potencialidades del país, la sociedad moderna que no necesariamente fuese una copia de un modelo específico” (2001, p. 2). En este caso, es ensayar con sus potencialidades, este es el sentir positivo del progreso: la imaginación, la elaboración de un nuevo horizonte originado en sus propias ideas.

La obra de Saco hace un énfasis sociológico que, si hubiera calcado los modelos europeos, no habría impactado con la especificidad que lo hizo en la realidad cubana. Es por esto por lo que el letrado, ejecutando un admirable esfuerzo racional, construyó un discurso hacia el nacionalismo de corte liberal<sup>18</sup>. Para Torres-Cuevas “lo que sobresale del pensamiento de Saco está en la forma en que entronca inquietudes y desacuerdos con la elaboración de un proyecto que asume la plenitud de la modernidad capitalista desde la especificidad cubana” (2001, p. 8). El autor es visto como un hombre de ideología moderada perteneciente al liberalismo político-económico, contrario al régimen peninsular reaccionario y depredador, de intolerancia, esclavitud, autoritarismo, contrabando, desafuero, privilegio y corrupción. Al gobierno peninsular le reclamaba mayor autonomía, libertad política y civil para su Cuba querida. Con ello buscaba construir una nación letrada, una sociedad enfocada en la alta cultura, el progreso, la ciencia e identidad patriótica.

En obras como *Contra la anexión* (1848)<sup>19</sup>, Saco manifiesta, según Rivas, una oposición a las ideas que reclaman la unión a Estados Unidos por considerarlo un camino hacia la pérdida de “la nacionalidad cubana en los valores tradicionales heredados durante los siglos de colonización española” (Rivas, 1990, p. 56). A este proyecto de cubanía, el letrado le suma su convicción en el desarrollo pacífico, pues su cordura le recomendaba respetar la política del establecimiento. Además, planteó reflexiones a favor de abolir progresivamente la trata y la esclavitud. Se

---

<sup>17</sup> *La vagancia en Cuba* (1846) fue una producción literaria de José Antonio Saco. En esa obra está presente la reflexión sobre los rasgos psicosociales del cubano, que fue una constante en los textos de los ideólogos criollos del siglo XIX, marcadas por la pretensión de alcanzar un mejoramiento social. En la primera mitad de dicho siglo, Félix Varela, José Antonio Saco, José de la Luz y Caballero y Domingo del Monte tuvieron un significativo interés por esta cuestión. La vagancia en Cuba, es ejemplo de esta línea del pensamiento insular.

<sup>19</sup> Según Mercedes Rivas, “el anti-anexionismo encontró en Saco su resorte más vigoroso y convincente en diversos folletos e impugnación y réplica contra la anexión Saco esgrimió sobrados argumentos para zanjar una discusión desprovista de todo sentido en esa peculiar coyuntura histórica, resueltamente contraria a cualquier tipo de cambio en la soberanía de la isla” (1990, p. 56).

constituyó así un pensamiento crítico de la realidad de moderado cariz reformista<sup>20</sup>, corriente filosófica influenciada por los planteamientos de Domingo del Monte, Varela, Poey, Luz y Caballero.

El punto de vista de Saco confrontó las consecuencias sociales del ideario cultural proesclavista de la primera mitad del siglo XIX. Francisco Dionisio Vives, capitán general de la isla entre 1823 y 1832, asumió una posición de complacencia y connivencia ante la ociosidad, el vicio y el juego de los criollos, elementos que consideraba estratégicos en términos de seguridad, ya que garantizaba la necesaria perpetuación del sistema esclavista. Esta forma de autoridad colonial se prolongó con Mariano Rocafort entre 1832 y 1834. Según Mercedes Rivas, en el fondo “la gestión de ambos gobernantes a favor de los criollos no fue sino una táctica para acallar sus aspiraciones innatas de autonomía” (1990, p. 34). No obstante, la situación tuvo una ruptura con la llegada al poder en 1834 de Miguel Tacón. El noble cubano, mediante sus actos autoritarios, permitió la radicalización de las relaciones entre las fuerzas coloniales, la sociedad y parte de la élite letrada criolla en cabeza de Saco, quien se convirtió en un fuerte opositor de las políticas opresoras de Tacón. Saco, por sus enfrentamientos con el gobernador Tacón<sup>21</sup> debió exiliarse y partir a España. La península ibérica se convirtió de este modo en el escenario en el cual el escritor gesta libremente el proceso de maduración de múltiples pensamientos en relación con la trata, esclavismo, abolicionismo, inclusión o no del sujeto negro en la identidad nacional, la inmigración blanca, su visión reformista vinculada con la autonomía y la independencia con los peninsulares e inserción de Cuba en los modelos occidentales de desarrollo. Estas perspectivas no están exentas

---

<sup>20</sup> Benítez Rojo en *Ideología y literatura: la novela antiesclavista en Cuba* (1988), al igual que Manuel Moreno Fraguinals, en *José Antonio Saco, estudio y biografía* (1978), creen que este reformismo tenía como enfoque principal el tema del sujeto negro y el nacionalismo cubano. A propósito, García Mora y Naranjo Orovio indican que “la palabra *reforma* condensó, desde las décadas del siglo XIX, las aspiraciones de la sociedad colonial criolla que no se atrevió a incorporarse al proceso independentista que vivía todo el continente. Así, mientras otros territorios americanos buscaban la emancipación, los habitantes de las Antillas trataban de lograr “reformular” su estatus a cambio de mantener intacta la esclavitud y conseguir ventajas para sus exportaciones. A ello se unía una amplia capacidad de gobierno propio. Esa fue la constante que se observa desde Arango y Parreño al Conde Pozos Dulces, pasando por José Antonio Saco, los tres principales representantes del reformismo en distintos momentos. Sin embargo, en este existió una variable, la esclavitud, que marcó etapas y diferencias esenciales. El primer reformismo fue esclavista, el segundo se manifestó contrario a la trata, pero condescendiente con la institución, el tercero ya planteó en la Junta de Reformas de 1866 la necesidad de llegar a la abolición de la esclavitud” (2010, p. 126).

<sup>21</sup> En palabras de Mercedes Rivas, “hemos de buscar las razones del destierro de Saco en la gran influencia que ejercía sobre la juventud habanera, que originaron la plataforma opositora al nuevo capitán” (1990, p. 37). Además, Rivas afirma que “se expulsó de la isla o de la escena política a aquellos interlocutores entre el pueblo cubano y su medio; los talentos, medianos o geniales, de prosistas, poetas, letrados, filósofos o universitarios, despuntaron hacia 1838 aproximadamente, se eclipsaron durante la segunda mitad del siglo y muy pocos volvieron a tomar la pluma con la misma devoción de antes” (1990, p. 67).

de las ambigüedades y controversias de la época, en especial sobre el problema del sujeto negro y su inserción o no en la conformación de una identidad cubana, asunto que retomaremos más adelante.

En 1845 Saco publicó en París el ensayo *La supresión del tráfico de esclavos africanos en la isla de Cuba*. En la primera parte del texto hace una serie de advertencias sobre la posible abolición de la esclavitud, los títulos del documento tienen enunciados directos como: “La abolición del tráfico de negros no puede arruinar ni atrasar la agricultura cubana y la seguridad de Cuba clama urgentísimamente por la inmediata abolición del tráfico de esclavos”. La obra finaliza con una breve reflexión sobre el rol de los sujetos negros que, afectados por el violento y humillante sistema esclavista son, paradójicamente, pilar fundamental de la economía, la agricultura, la estabilidad política y la seguridad nacional. Tras un extenso periplo por Europa culminó sus estudios sobre la esclavitud. En 1875 aparecen en París los dos primeros volúmenes de *Historia de la esclavitud*. En 1877 publica el tercer volumen y en 1879, año de su muerte, sale a la luz la última parte de sus estudios. La edición de esta extensa obra narrativa –a cargo del historiador cubano Vidal Morales y Morales (1883 y 1893)– recoge la totalidad del pensamiento filosófico de Saco en lo que respecta a la trata esclavista.

A partir de su enfoque reformista hacia la trata, el autor considera que Cuba debe eliminar el comercio negrero ya que estos sujetos son prescindibles en el proyecto nacional. Esta mirada, aparentemente humanitaria, aunque rechaza el sometimiento y la violencia sufrida contra los esclavos, se relaciona estrechamente con las intenciones de blanqueamiento racial y autonomismo económico y político presentes en el seno ideológico de las élites criollas cubanas. La crítica especializada ha discutido extensamente la naturaleza del pensamiento de los grupos dominantes con el tema del esclavismo y la identidad nacional. Luis Miguel García Mora y Consuelo Naranjo Orovio (2010) reflexionan sobre la opinión de este sector privilegiado de la sociedad en relación con la inmigración blanca, la nacionalidad, la trata y esclavización al señalar que “el blanqueamiento de Cuba, la búsqueda de la inmigración más deseable, fueron preocupaciones que condicionaron la actividad de la gran mayoría de los intelectuales del siglo XIX” (p. 116). Se suma que, a la discusión sobre el proyecto migratorio y la mano de obra ideal, se incorporó en otro de más profundidad: el modelo de sociedad y nación anhelado, que provocó que el debate no se terminara con la abolición del esclavismo.

Julieta Novau analiza el papel de la nacionalidad cubana, la abolición de la trata y esclavización de los negros en *La supresión del tráfico de esclavos africanos en la isla de Cuba* de José Antonio Saco. Novau dice que “este trasfondo contextual, la incorporación del abolicionismo en la escritura de Saco acompaña su preocupación permanente sobre la esclavitud y sobre la conformación de la nacionalidad cubana” (2016, p. 72). La investigadora amplía su análisis refiriéndose a las tensiones sociales y a los debates letrados a instituciones arraigadas al *statu quo* como la industria azucarera, la trata, la esclavitud y el antiesclavismo. En ese escenario explora los matices del pensamiento abolicionista de Saco y precisa que, la perspectiva del letrado posee un trasfondo biologicista el cual considera a los sujetos negros seres inferiores social, cultural, racialmente. Además, los concibe como un peligro para la construcción de un proyecto de nación que permita alcanzar un modelo europeo de progreso y desarrollo.

Según Novau, el ensayo de Saco en donde este reflexiona sobre el tráfico negrero y el papel de los sujetos negros en la agricultura y la seguridad nacional, “está dirigido particularmente a los hacendados cubanos, donde el autor busca advertir sobre los peligros económicos, políticos y sociales que afectan a su patria por razón de la trata” (2016, p. 73). El escritor cubano advierte que la eliminación de esta actividad “no puede arruinar a la isla” (Saco, 1845, p. 3). Antes, por el contrario, mantener esta práctica esclavista conllevaría a un crecimiento acelerado de los actores sociales negros, un hecho amenazante para la estabilidad y la identidad nacional. Por lo tanto, cree necesario poner fin al tráfico de esclavos. Al mismo tiempo, entiende como fundamental representar un sujeto nacional a partir de un proceso de blanqueamiento mediante inmigraciones europeas. El letrado asumió que era esa la manera de contrarrestar una sobrepoblación de la gente negra y, en efecto, limitar cualquier conato de insurrección violenta. Una preocupación incentivada aún más por las rebeliones de los esclavos en Haití en 1804.

### **2.1.1 Presencia del esclavo negro en la agricultura**

Para Saco la presencia africana es sinónimo de perdición y atraso en la realidad de Cuba. En su pensamiento, el sujeto negro debe ser excluido de la identidad nacional, porque constituye un obstáculo para construir un proyecto fundacional de progreso y desarrollo. El letrado considera necesario salvar la patria en lo económico, social y cultural a través de la inserción de una inmigración blanca libre. Asimismo, considera urgente interrumpir la introducción del “elemento” negro, no solo en las actividades agrícolas sino en cualquier escenario de la sociedad isleña.



Uno de los ámbitos en los que el letrado más defiende la inmigración blanca en contraposición de la trata negrera es en el sector agrícola. En este aspecto comercial de la Cuba decimonónica, productos como el café, el tabaco y la caña de azúcar son la base de su economía. Según Saco, la mano de obra negra es prescindible para ejecutar las dos primeras actividades. No obstante, reconoce con reparos la importancia laboral de estos sujetos en el cultivo de azúcar. Los propietarios de ingenios, contrarios a Saco por su mirada antitrata:

Pensaban todavía, pegados al funesto sistema negrero que, durante tres siglos, había dominado a las Antillas, que la última hora del tráfico africano sería también la de la existencia de su industria. En ese momento, éste experimenta fuertes controversias con los hacendados, quienes consideran la eliminación de la trata la ruina de su comercio (Saco, p. 7).

Los detentadores del poder plantearon posiciones opuestas sobre el sistema esclavista. Estos propietarios de la sacarocracia tenían como preocupación principal la afectación económica consecuencia de prohibir la introducción de negros esclavizados en las actividades agrícolas. Por su parte, los abolicionistas creían importante suprimir la esclavitud por sus efectos negativos en lo social, económico y cultural. Esa elite letrada, en cabeza de Saco, planteó la necesidad de promover un proyecto de inserción de gente europea vinculada a las actividades productivas en un rol de trabajo libre, fórmula fundamental para la construcción de una nación moderna y progresista.

Estas perspectivas fueron la representación de algunos de los principales valores e ideales políticos de la clase letrada. Sus interpretaciones concibieron como viable una reconstrucción social sumada a un desarrollo económico sobre la base de la introducción del sujeto blanco. Julieta Novau califica estas posturas de excluyentes. Señala que el autor bayamés opera bajo una concepción nacionalista en donde elabora como proyecto fundacional la “cubanía”. Esta se “definía por una incorporación poblacional blanca que, anudado al progreso económico, surtiría efectos positivos en las esferas sociales y culturales de la patria” (Novau, 2016, p. 81).

El autor no defiende una posible emancipación de los sujetos negros, sino la abolición del tráfico de africanos. No obstante, la prohibición de la trata significaba para el hacendado detrimento patrimonial, escasez de mano de obra, carestía repentina de salarios, y en general, una importante disminución de su volumen productivo. El letrado cubano no comparte el temor de los propietarios de esclavo. Es más, sostiene que, las islas caribeñas –Jamaica, Guyana, Barbados–

donde se eliminó el brazo productivo esclavista continuaron con su progreso económico. Un interrogante, de carácter nacional y global, que giraba en torno a la prohibición de la trata y la abolición de la esclavitud, era las posibles consecuencias que le traería a Cuba la aceptación de un conjunto de leyes que derrocaran el sumamente rentable, y enraizado en todas las estructuras de la sociedad cubana, sistema esclavista. Para Saco, la abolición progresiva no traía cambios significativos en la productividad de la hacienda esclavista. Por el contrario, creía en la posibilidad, dentro de ciertos límites políticos y sociales, de presenciar un crecimiento exponencial de la producción. Respalda esta perspectiva citando dos casos del siglo XIX: en las colonias inglesas y francesas se produjo más azúcar una vez suprimida la trata y la esclavización negra. En dichos territorios, la mano de obra subordinada fue sustituida rápidamente por colonos, blancos, jornaleros o trabajadores libres. Estos actores sociales alcanzaron mayor eficiencia en comparación con sus pares negros.

Ante estos resultados, el letrado sostiene que son tres los errores que influyeron en el extravío de la opinión respecto a la utilidad y capacidad de los sujetos negros. Primero, la rentabilidad en las plantaciones azucareras, de por sí complejas, y solo ellos podían realizar esas actividades, segundo, son los únicos que están en condiciones de llevar el peso del trabajo en ambientes y climas hostiles (frío, calor, invierno, verano) y, tercero, utilizar otro tipo de mano de obra –cultivadores libres, jornaleros o blancos– sale costoso, en efecto es mejor el esclavizado negro porque su sostenimiento es más barato (Saco, 1845).

El letrado analiza cada uno de los puntos circundantes a la controversia del papel de los sujetos negros en el campo cubano. Su posición es clara, no considera indispensable a este grupo humano en la isla. Es más, los valora de manera negativa por sus deficientes condiciones físicas y cognitivas. Distinto a otros grupos sociales a quienes el autor los sitúa en un nivel relevante –en lo cognitivo, social, cultural, político y económico– para las necesidades agrícolas y construcción de identidad del territorio caribeño. Por ello, compara a los sujetos negros –grupo social inferior– con otros sectores raciales concebidos como superiores en aspectos vinculados a la dureza del trabajo, resistencia a enfermedades, condiciones ambientales, habilidades cognitivas, estatus de libertad, salubridad y limpieza, entre otros elementos que analizaremos a continuación.

En cuanto a la dureza del trabajo propio de los ingenios azucareros, y en un intento por comparar las funciones de negros y blancos en este escenario de producción, Saco dividió la práctica en dos actividades: la desarrollada en el campo a través del cultivo azucarero y la

mecanizada, fruto de la industrialización de la caña. A los sujetos blancos los consideraba capacitados para ocuparse de la siembra de la caña. Indica que, en todos los tiempos este grupo ha tenido la potencia suficiente para ejercer labores en las plantaciones. De manera que, en relación con la complejidad del trabajo azucarero, el escritor se distancia de los pensamientos que configuran al blanco como un sujeto débil. En este marco, opina que existe prueba fehaciente de las condiciones y fortalezas de los actores sociales blancos en los oficios relativos a la industria del azúcar. Por ello, para el autor es erróneo el pensamiento que presenta a los negros como los únicos individuos aptos en estas tareas.

Así mismo, planteó un nuevo paralelismo: la elevada participación de sujetos blancos y casi inexistencia de los negros en actividades económicas más exigentes que las de los ingenios azucareros. Se pregunta: “¿Habrá quién pueda negar que las herrerías, la construcción de caminos, puentes y canales, la preparación de ciertos productos químicos, la explotación de las minas, etc., son trabajos mucho más recios comparados con la elaboración del azúcar?” (1845, p. 8). A continuación, expresa, “y si esto se hace en todos los países, incluso la isla de Cuba, por hombres blancos, ¿Por qué también no han de poder estos ocuparse en las fáciles y sencillas tareas de un ingenio?” (p. 9), y concluye diciendo que “y tanto más fáciles y sencillas, cuanto la introducción de nuevos instrumentos y máquinas, y los progresos que se van haciendo en la fabricación del azúcar, simplificarán más y más, cada día, un arte que no es difícil” (Saco, p. 9).

Es evidente que Saco consideraba menos difícil el trabajo en los ingenios. Al mismo tiempo, no creía en la idea de que los negros contaran con aptitudes físicas óptimas para el progreso económico de la isla. Su mirada va más allá, porque asume como más complejas las actividades desempeñadas por los blancos. Además, previó que con la tecnificación y modernización –la máquina de vapor, el ferrocarril– de la producción azucarera habría más facilidades para el trabajo azucarero, una razón adicional para cesar el empleo de la mano de obra esclava.

El autor cubano, apelando a un determinismo ambiental, consideró otros aspectos influyentes para elegir a los blancos como fuerza laboral superior. Según este escritor, por encima de la potencia, este grupo social demostraba más resistencia al clima y a las enfermedades. Por el contrario, en esas mismas condiciones ambientales, las capacidades físicas de los negros disminuyen. Estos resultan más vulnerables a contraer virus o enfermedades en razón de los contextos precarios en los que están inmersos. Realidad opuesta en los colonos, blancos y hombres

libres. Ellos gozan de un estilo de vida digno y saludable: mejor alimentación, capacidad de adaptarse al clima, acceso a medicamentos, buena higiene, entre otros.

Siguiendo con la línea comparativa, el escritor insiste en destacar la importancia de la inteligencia del hombre blanco por sobre la gente negra en las labores agrícolas. Así, planteó que los blancos siempre cuentan con mejores habilidades cognitivas cultivadas desde su infancia, mientras que la raza negra carece desde temprana edad de las competencias, hábitos y destrezas necesarias para alcanzar la eficacia productiva. Más allá de las condiciones y de la fortaleza física de los negros, estos presentan flaquezas de aquella actividad serena, producto especial de la formación y el conocimiento.

Para el letrado, las cualidades vinculadas con la eficiencia, destreza e inteligencia son potestad del sujeto blanco. En su perspectiva, el negro es una representación de lo salvaje, esclavo de sus pasiones y entregado a la más profunda estupidez e indolencia. De este modo, respecto al blanco, los actores sociales negros son un ente inferior. En el razonamiento del letrado, el negro en su condición de “subalterno no constituye una alternativa con posibilidad de visibilidad e inclusión social, económica, cultural, histórica y política” (Spivak, 1985, p. 308). En esa medida, Saco da cuenta de su conciencia de clase situada en una élite, con ello silencia e invisibiliza a la gente negra de cualquier formulación de un modelo “posible de integración como parte fundamental en el proceso de organización y consolidación de los Estados y las identidades nacionales” (Mailhe, 2010, p.13). Su discurso caracteriza un pensamiento hegemónico propio de un “etnocentrismo letrado en donde el alcance de la mediación intelectual, solo responde a la relación centro/periferia, base de su producción teórica como intelectual” (Mailhe, 2010, p.18).

Saco, en su posición excluyente de los sectores subalternos negros en el seno de la nación, “configura y representa a ese otro” (Valero, 2011, p. 5) como una imagen bárbara e inculta, nada útil para la identidad cubana. Sumado a estos prejuicios, consideraba que los esclavos dejaron de ser un capital de trabajo y se convirtieron en una carga que se debía mantener casi sin ningún beneficio. Así, a los dueños les resultaba más ventajoso contratar colonos blancos o empleados libres asalariados. En este escenario, Saco señala, “la chispa que salta y quema el cañaveral, o incendia todo el ingenio, son males que acaecerán con menos frecuencia, cuando las haciendas no estén a merced de salvajes africanos” (p. 30). Además, sostiene que “los negros son una carga; sus enfermedades, fugas, capturas, bautismos, matrimonios y entierros son gastos que recaen sobre el amo de los esclavos” (p. 30). En cambio, para el letrado, “nada tendrá que pagar el hacendado

el día que emplee otra clase de cultivadores en sus plantaciones, como, por ejemplo: la fidelidad y responsabilidad personal de los colonos blancos, con quienes se evitarán robos de azúcar y de víveres” (Saco, p. 30).

Es evidente que la perspectiva de Saco apuntaba a construir en Cuba una política a favor del aumento de la raza europea. El ideal era fomentar el crecimiento de esa población como garantía de prosperidad nacional. Distinto era su razonamiento sobre la incorporación del negro en la identidad cubana. Estos actores sociales eran vistos como una cultura funesta y retardante del desarrollo territorial que se convirtieron en un daño no solo para la agricultura sino también en un obstáculo a los fines estratégicos de la nación en lo político, económico, social y racial. Aseguraba el autor que la abundante presencia de negros era un elemento que aterrorizaba a los hombres blancos. Esto explicaría la verdadera razón de la disminución de la población ideal cubana, producto de la inmigración de genes europeos, y no son causa el clima ni los factores ambientales. Por ello es imperativo suprimir la trata negrera. El letrado lo precisa así:

Acabemos pues de desengañarnos, y reconozcamos de una vez que el clima cubano no se opone a la introducción de hombres blancos, ni menos a que estos se ocupen en los trabajos de los ingenios. Cuba encierra en su seno tesoros envidiables, y sus campos vírgenes llaman a todas horas al colono industrioso; pero el contrabando africano le ahuyenta de nuestras playas, llevándole a fecundar con el sudor de su frente otros países americanos, o forzándole a morir de miseria en la excesivamente poblada Europa. Ciérranse para siempre las puertas a todos los negros: ábranse libremente a todos los blancos; y Cuba tendrá en recompensa una prosperidad duradera, y España la gloria de poseer una de las más brillantes colonias a que puede aspirar metrópoli europea (Saco, 1845, p. 27).

El escritor plantea la necesidad de incorporar una colonización blanca en circunstancias de libertad, diferente a las experiencias pasadas con los sujetos negros. La introducción de estos últimos se dio de forma forzada, trajeron múltiples enfermedades, fueron valorados como simples objetos, tratados con inhumanidad en lo físico y mental. He aquí algunas de las razones de su elevada mortandad, que no solo se dio en los hostiles viajes trasatlánticos sino también tras su llegada a suelo americano. Todos los datos estadísticos vinculados con las muertes de sujetos negros y blancos muestran un mayor porcentaje en los primeros. El escenario se vuelve paradójicamente más grave, cuando Inglaterra, a principios del siglo XIX, expide leyes para terminar la trata y la esclavitud. Sin embargo, esa normativa no fue impedimento para las

ambiciones e intereses económicos de los esclavistas, al contrario, salieron a relucir su ingenio y sus estrategias para aumentar de manera exponencial el tráfico ilícito, situación que profundizó aún más las malas condiciones del esclavizado durante su transporte por aguas oceánicas.

Los controles de las autoridades sanitarias al estado físico de los negros ya no se hacían de forma permanente y con la rigurosidad necesaria. La mortandad, inseparable del tráfico de negros, se aumentaba con la aparición de las legislaciones contrarias a la trata. Es así como en tiempos de legalidad, los cargamentos de esclavos que llegaban se sometían al régimen severo de una policía sanitaria; se vacunaban los negros para preservarlos de la viruela, se les curaba en sus enfermedades y, si había temores de que el mal se propagase, se les dejaba en cuarentena. Al respecto advierte Saco:

Estas medidas contribuían a que se diese a los esclavos durante la navegación un trato menos riguroso, ya que, por consiguiente, su mortandad disminuía, pues no pasaba de diez a quince por ciento. Mas todo esto se acabó con la prohibición del tráfico. Desde entonces el contrabandista negrero solo trató de amontonar en sus buques el mayor número posible de esclavos, y surcando con ellos los mares, los lleva hasta América, con una mortandad en sus cargamentos de 25 y a veces demás de 33 por ciento. Pero si muchos expiran en la navegación, muchos perecen también tendidos en las playas de Cuba, porque arribando clandestinamente, no se toma ninguna precaución sanitaria; y quedando expuestos a la viruela y a otras enfermedades, mueren en gran número por hallarse destituidos de los socorros que encontraban en tiempo del comercio lícito (1845, p. 14).

Saco adicionó a la propuesta de colonización blanca la figura del jornalero libre nacido en Cuba. Sin embargo, vislumbraba en la trata un enemigo formidable para la llegada del europeo pues el tráfico de esclavos le quita sus puestos de trabajo al hombre blanco y a los jornaleros libres. De estos últimos, el letrado aceptaba que son más costosos por el factor salarial. En ese caso, a la sacarocracia le sale más barato el esclavizado negro. No obstante, pese al alto precio del jornalero, consideraba el escritor que tenía más ventajas la incorporación de este grupo en las plantaciones. Los resultados se podrían reflejar en la calidad del servicio, consecuencia de la inteligencia e interés de estos por el trabajo en el campo.

El autor señala que la mano de obra blanca puede ser reemplazada con simples despidos y contrataciones. En cambio, los esclavos son un vínculo obligado que requiere manutención, seguridad, alimentación y salud. Cuando una hacienda emplea sujetos libres y estos resultan

viciosos, perezosos o se enferman, el hacendado puede sustituirlos por nuevos y útiles brazos. Con los esclavos, en las mismas condiciones, el amo está condenado a mantenerlos sin la posibilidad de reemplazarlos (Saco, 1845).

En síntesis, las consideraciones relativas a las enfermedades, el estado físico, los costos de manutención, la carencia de habilidades cognitivas y la introducción forzada de los sujetos negros se agregan a la caracterización de los negros como seres violentos, ociosos y perezosos. Es evidente que la postura de Saco se distanció de cualquier espíritu humanitario a favor del sujeto negro. Su discurso reformista, de carácter biologicista, velaba por los intereses del hacendado y, principalmente, procuraba el progreso social, cultural, político y económico de la Cuba blanca. El escritor no estaba de acuerdo con traer sujetos negros para construir nación, mantener el aparato agrícola y productivo. Por ello, clamaba por un proyecto fundacional conformado por criollos blancos, libres y “españoles europeos, norteamericanos, franceses, ingleses, alemanes, u otros habitantes de climas fríos que fijen en Cuba su domicilio y se dediquen a otras labores como el comercio, las artes, y otras profesiones lucrativas” (Saco, 1845, p. 16). En estos sectores sociales, el letrado vislumbró las virtudes fundamentales para edificar una patria moderna, civilizada y desarrollada.

### **2.1.2 El esclavizado negro y la seguridad nacional de la Cuba decimonónica**

La discusión alrededor del papel de la trata y la esclavización en Cuba superaba los ámbitos económicos-productivos. Uno de los temas de mayor interés para la elite cubana era el de las consecuencias que traería el aumento de la población negra a la paz y seguridad de la isla. A propósito, afirman García Mora y Naranjo Orovio:

El azúcar determinó la estructura social y económica de la Cuba del siglo XIX. El crecimiento azucarero supuso un incremento de la población esclava claramente perceptible en los distintos censos. Desde fines del siglo XVIII, los esclavos fueron aumentando hasta llegar a constituirse en el 41 % de la población censada en 1841. En ese mismo recuento, la población de color superaba por primera vez en la historia de Cuba a la blanca. La constatación de este hecho despertó los temores de la elite cubana que comenzó a reclamar el blanqueamiento de la población como mecanismo para conjurar lo que para ellos era la principal amenaza a su orden social (2010, p. 116).

A una vasta porción de la élite cubana le alarmaba el aumento exponencial de los sujetos negros. En los últimos cincuenta años del siglo XIX los blancos habían perdido la ventaja numérica adquirida durante la Conquista. Sin embargo, esta redistribución poblacional ocurrió de manera paulatina. En 1774 la población blanca era muy superior a la población negra. Pero, según Saco, “en 1792 aquella empieza a perder su preponderancia demográfica” (1845, p. 48). Este hecho continuó en 1817, con lo cual “se rompe todo equilibrio, pues la gente de color llega a constituir el 57 % de los habitantes” (p. 48). Dicha desproporción para el letrado siguió en aumento: “en 1827 vióse entonces por primera vez que los esclavos, por sí solos, casi igualan en porcentaje a los blancos. Y tanto se ha ido inclinando la balanza hacia aquellos, que ya estos se hallan hoy reducidos a una dolorosa minoría” (Saco, p.48).

Saco sostuvo que la convivencia de razas distintas, culturas diversas y con intereses opuestos, suponía un riesgo para la estabilidad, la paz y la armonía de la nación cubana. Le preocupaban los elevados riesgos de violencia que existían por la presencia en un mismo lugar de grupos diferentes. Unos dominantes; blancos –peninsulares y criollos– dueños de la administración y el comercio del azúcar, café y tabaco. Otros dominados –negros y mulatos esclavizados, libertos– en haciendas e ingenios como mano de obra creciente. De allí, el deseo del letrado en cuanto a la urgencia de impulsar a toda costa la inmigración blanca en detrimento del sujeto negro.

El peligro negro inquietaba al letrado. El alto número y posible desbordamiento de este grupo social representaba un riesgo fuerte para la isla. Aseveraba el autor que en el pasado se adoptaron las medidas necesarias en función de controlar la demografía de estos sujetos con el fin de evitar cualquier alteración del orden y afectación de la seguridad. Pone como ejemplo, la irrupción de los españoles en América durante la época colonial. En ese entonces, en las primeras décadas del siglo XVI, la Corona, en cabeza del rey Carlos V, tomó medidas de prevención ante el aumento poblacional de estos individuos. Por ello ordenó que su número no fuese nunca mayor en proporción al blanco. Además, a este último lo dotó con equipamiento militar para enfrentar cualquier conato de levantamiento. Para Saco, la comunidad cubana blanca símbolo de poder y virtud tenía la obligación de estar alerta y asumir la protección imprescindible ante la posibilidad de una insurrección negrera.

Los temores de Saco encontraban asidero en las frecuentes sublevaciones esclavas producidas en territorios cercanos. Describe Stella Castañeda (2009) que “la sublevación de la colonia francesa Saint Domingue que se registra en Haití, donde mataron a varios terratenientes e



incendiaron plantaciones de caña” (p. 95). También se consideran los acontecimientos en otras naciones caribeñas, Saco lo presenta así, “la muchedumbre de esclavos, amontonados por un tráfico sin límites, hace que se pierda a Santo Domingo, y Jamaica, esto lleva a los territorios, en distintas fechas a encontrarse al borde de la ruina” (1845, p. 49).

Los miedos de Saco por estas rebeliones antiesclavistas, en particular la haitiana, van a tener otro significado para la sacarocracia cubana. Esta élite esclavista recibió estos acontecimientos como una oportunidad económica para tomar el lugar privilegiado de su vecino caribeño. Haití era por esa época el primer productor y exportador a escala mundial de la industria azucarera. Sin embargo, esa bonanza soñada por el hacendado, que estaría sostenida por los hombros de la gente negra, no era motivo de celebración para Saco. En sus pensamientos estaban presentes los antecedentes de violencia, insurrección y caos en el pueblo haitiano. Esta realidad impulsa con más ímpetu al bayamés a denunciar los peligros que esto significaba, por ello propone estrategias y fórmulas destinadas a contrarrestar el riesgo de levantamiento de los subalternos negros, como: limitar su libre movilidad, sobre todo en horas de la noche, controlar el manejo de armas, herramientas, equipos y recursos. De esa manera se podrían minimizar futuras sublevaciones parecidas a las vividas en pueblos cercanos. El letrado señala que la ventaja de la élite blanca estaba en tener una fuerza militar de casi medio millón de hombres, quienes con valor defenderían los intereses de la isla en cualquier terreno. Saco es consciente del aparato estatal, militar y político con el que Cuba podía enfrentar cualquier conato de sedición. Aunque no deja de pensar en las consecuencias sociales, políticas y económicas de un posible alzamiento de los sectores sometidos. Preveía que una guerra entre negros esclavizados y blancos detentadores del poder sería, incluso si las clases dominantes triunfaran, la destrucción definitiva de la isla. Por ello, advierte:

Pero esta misma victoria es la que debemos evitar, porque ella ocasionaría nuestra ruina. Las víctimas que cayeran bajo la metralla del cañón, esclavos nuestros serían; y nuestros campos, privados repentinamente de los únicos brazos que hoy los fecundan y enriquecen, tendríamos que llorar nuestra miseria sobre la misma arena del triunfo (Saco, 1845, p. 50).

El autor reconocía la importancia del trabajo esclavo en la manutención de la economía cubana. No obstante, sugirió que las repúblicas cristianas podrían permitirse efectuar control demográfico sobre la población subyugada. De lo contrario, la situación podría alcanzar

magnitudes negativas como las acciones rebeldes de esclavos en la Roma antigua. Allí, la poca vigilancia a la clase subordinada, generó fuertes insurrecciones que hundieron a los sectores dominantes. En el plano de América, los diversos casos de levantamientos, particularmente en las plantaciones del Caribe son ejemplificados por Kenneth Morgan (2017), quien señala:

Los dirigentes rebeldes proliferaban con mayor facilidad en zonas en las que se concentraban una gran cantidad de esclavos. Y las revueltas se producían con mayor frecuencia en los países en los que había más negros que blancos, y más esclavos que hombres libres. Jamaica y Saint Domingue pertenecen a esta categoría, puesto que, en ambos casos, en la época en la que estallaron las principales revueltas los esclavos representaban más del 80 % de la población (p. 133).

Estos antecedentes vinculados con la sobrepoblación de la gente negra esclavizada dan cuenta de los miedos de la élite criolla ante factibles rebeliones y las consecuencias nefastas de estos actos violentos. El autor advierte que los riesgos de conservar el tráfico traerían afectaciones en todos los ámbitos de la sociedad cubana –sociales, económicos, políticos–. En la realidad social y económica, el tráfico de esclavos bastaba, según Saco, “para destruir el crédito y la confianza, entonces empezará la emigración, huirán los capitales, la agricultura y comercio menguarán, bajarán las rentas públicas, el vacío de estas y las nuevas necesidades que impone un estado continuo de alarma” (1845, p. 51). Así mismo, disminuirán los ingresos, se incrementarán las obligaciones y Cuba entrará en una situación compleja, hasta terminar en la ruina económica y miseria social. En el aspecto político, la preocupación del escritor se centró en la creciente importancia civil de los sujetos negros, quienes con la abolición de la esclavitud y empleando medios de subsistencia que les eran ajenos podrían escalar a posiciones de poder antes reservadas para los blancos (Saco, 1845).

## **Conclusiones parciales**

En *La supresión del tráfico de esclavos africanos en la isla de Cuba*, José Antonio Saco lee la realidad de la isla desde varias aristas políticas, sociales, culturales y económicas en las que sus pensamientos se nutren de un reformismo moderado de corte nacionalista el cual otorgaba derechos políticos y civiles al criollo cubano. Si abogó, tal como lo indica desde el título mismo de su ensayo, por la supresión del tráfico negrero y la progresiva abolición esclavista, lo hizo para

promover una homogeneización étnica cubana donde prevalecieran los sectores blancos. El escritor deseaba abolir la trata negrera para construir un modelo económico cuyo motor productivo estuviera constituido por trabajadores asalariados, libres, criollos cubanos, y, sobre todo, blancos. Y asumió que estos actores sociales, étnicamente tipificados como superiores, se adaptarían con facilidad a condiciones laborales complejas, serían menos problemáticos, más inteligentes y sabrían integrarse a diversas áreas productivas.

Saco consideraba que Cuba había experimentado durante tres siglos (XVI a XIX) un proceso de ennegrecimiento poblacional causado por el desarrollo de la trata y la esclavitud. A la vista de estos resultados, era fundamental –para preservar la seguridad y productividad económica– un proyecto que promoviera la inmigración de sujetos blancos. Saco le atribuyó a este grupo un alto grado de virtud, humanidad y civilidad, en tanto antítesis del sujeto negro, símbolo de inferioridad cognitiva y marginalidad sociocultural. Por esta razón, el letrado cubano creía en la necesidad de proteger y motivar la colonización del hombre europeo como estrategia de blanqueamiento de la sociedad, en una postura que si, por un lado, abogaba por la supresión de la trata, por otro lado, era en beneficio de los sectores hegemónicos de su país.

## **2.2 Esclavitud y abolicionismo en *La República de Cuba* y *El negro Francisco de Antonio Zambrana***

Antonio Zambrana, figura letrada de ideas liberales y revolucionarias, nació en Cuba en 1846. Su formación académica se dio en la década del sesenta en la Universidad de La Habana. En esa época obtuvo los títulos de licenciado en Derecho Canónico, Derecho Mercantil y Derecho Penal. Esto le permitió desempeñarse como ministro, diputado, abogado, profesor y escritor. En 1868 el estallido de la Guerra de los Diez años obligó al letrado a trasladarse a Nassau. Años después, tras regresar a su país en la expedición del *Galvanic*, fue nombrado delegado de la Asamblea de Representantes del Centro.

Este espacio político le permitió participar en la legislación de la Constitución de Guáimaro (1869) que nació producto de la revolución del 68. Zambrana fue un ícono del proceso independentista de la segunda mitad del siglo XIX en la isla caribeña. Es por esta razón que sirvió de divulgador en el extranjero –mediante trabajos jurídicos, narrativos y crítica filosófica– de las ideas emancipatorias cubanas. En Estados Unidos dirigió los periódicos *La Revolución* y *La*

*Independencia*. Durante su estancia en Nueva York publicó *La República de Cuba*, luego editó en Chile su única novela, *El negro Francisco*. En la década de los 80 fue expulsado de Chile a causa de sus ideas liberal. En Costa Rica escribió *La administración* (1887) y *La poesía de la historia* (1900). Finalmente, regresó a Cuba para colaborar en los periódicos *El Fígaro*, *La Discusión*, *La lucha*, *El Siglo* y *El País*. Murió en La Habana en 1922.

Zambrana hizo parte de una corriente de escritores y letrados independentistas y abolicionistas cubanos de la segunda mitad del siglo XIX. Según Mercedes Rivas, “este letrado no formó parte del círculo delmontino<sup>22</sup> por diversas razones. Una de ellas, Zambrana nació dos décadas después, en 1846” (1990, p. 123). Su derrotero literario, aunque posterior a los años del círculo, no le impidió asistir a otras organizaciones de orientación letrada similar, en ellas se estudiaban textos censurados y particularmente una de las producciones le sorprendió con tal fuerza que le permitió escribir su única novela. El letrado menciona este acontecimiento en el prólogo de su obra *El negro Francisco*.

Zambrana, pese a no pertenecer al círculo delmontino, fue una suerte de heredero espiritual de la agrupación, ya que sus ideas abordaron hechos históricos –como la primera gesta revolucionaria cubana (Grito de Yara, 1868) y la abolición de la esclavitud (1886) – con una mirada parecida a la del círculo.

La esclavitud y la independencia, ya lo hemos dicho, fueron los problemas fundamentales de las elites cubanas, que permitieron la emergencia de Cuba como República. Por el lado de la esclavitud, ya habían acaecido múltiples rebeliones negras. En 1812 ocurrió la conspiración de José Antonio Aponte que, a pesar de la ayuda de los libertos haitianos, fracasó estrepitosamente. Aponte fue capturado en mayo de ese mismo año y no pasó mucho tiempo antes de que su cabeza fuera exhibida como lección para todo negro que quisiese rebelarse (Casanova-Marengo, 2002). El otro levantamiento fue la Conspiración de la Escalera en 1844, hecho brutalmente reprimido por el general Leopoldo O’Donnell. Vale indicar que la insurrección no solo diezmó a un alto porcentaje de esclavos, sino también a la clase media formada por negros y mulatos. Por ello se le definió como una maniobra de O’Donnell para eliminar a un grupo social libre y crítico del establecimiento colonial.

---

<sup>22</sup> Gihane Mahmoud Amin en *Sab y la novela antiesclavista* (2010) expone que “el crítico Domingo del Monte invitó a los escritores de su generación a inspirarse en temas propios, procedentes de su entorno, y qué mejor que el legado negroide como elemento [identitario de] la cultura cubana y quién mejor que el esclavo cubano para manifestase sobre la dramática existencia del país” (p. 104).

La independencia de Cuba (1898) se concretó solo después de sucesivas y fuertes rebeliones contra la corona española extendidas a lo largo del siglo. Se destacan las sublevaciones de la década del treinta contra el gobierno despótico del capitán general Miguel Tacón. A mediados del siglo XIX surgió un movimiento a favor de la anexión a Estados Unidos, fue liderado por el general Narciso López, quien terminaría capturado y ejecutado. En 1868 tuvo lugar el Grito de Yara que, dirigido por Carlos Manuel Céspedes, ocurrió en medio de un periodo coyuntural de la sociedad decimonónica de la isla, agitada en profundos debates culturales, sociales, políticos y, en especial, económicos en torno a la esclavitud y las consecuencias que traería la abolición o preservación de esta para el orden político y social.

El *quid* del asunto económico, ya se dijo, fue el binomio azúcar-esclavización. Este par encierra una burbuja de conflictos ideológicos y ambivalencias entre letrados que pretenden, desde su posición privilegiada, recrear en sus textos la realidad de la Cuba del siglo XIX. Casanova-Marengo afirma que:

Una de las mayores incongruencias del grupo letrado habanero era exigir la abolición gradual de la esclavitud y ser a la vez dueño de esclavos. Esa incoherencia aflora en las principales obras que componen el *corpus* abolicionista de la isla: *Francisco, El ingenio o las delicias del campo* (escrita en 1839 y publicada en Nueva York en 1880) de Suárez y Romero (1818-1878), *Autobiografía de un esclavo* (escrita en 1835 y publicada en Inglaterra en 1840 y en Cuba en 1937) de Juan Francisco Manzano (1797-1854), *Sab* (1841) de Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873), *El negro Francisco* (publicada en Santiago de Chile, 1873) de Antonio Zambrana (1846-1922) y *Cecilia Valdés* (publicada en Nueva York, 1880) de Cirilo Villaverde (1812-1894) (2002, p. 26).

En estos textos resulta común la presencia de debates en torno a la nacionalidad, la industrialización del azúcar, el tráfico negrero, la esclavización, el abolicionismo, la independencia, el anexionismo, el reformismo, entre otros hechos de la época. La producción de azúcar, industria base de la Cuba decimonónica, dependía de altos volúmenes de mano de obra negra. Muchos hombres de letras promovieron la abolición de la institución esclavista, y las razones detrás de este deseo no siempre tenían un origen moral o incluso en beneficio del sujeto negro.

Sin duda, una figura compleja del período fue Zambrana. El letrado, teniendo en cuenta los matices, conflictos ideológicos y circunstancias de su tiempo, se declaró en contra de la esclavitud.

Su pensamiento se plasmó en dos de sus más importantes obras: *La República de Cuba* y *El negro Francisco*. *La República de Cuba* es un documento ensayístico de carácter histórico. El texto se abre con un prólogo-presentación de Enrique Peñeyro donde se hace referencia al origen y desarrollo de la Cuba republicana. Peñeyro destaca la lucha, el heroísmo y la nobleza del pueblo cubano que, demostrando un gran valor, se alza en armas contra el tiránico régimen español.

Introducido el contexto y el autor, Zambrana inicia su ensayo con un recorrido por los hechos históricos que le permitieron a Cuba independizarse: el Grito de Yara<sup>23</sup>, la Guerra de los Diez Años<sup>24</sup> que le siguió y la subsiguiente firma en 1878 de la Paz de Zanjón<sup>25</sup>, acuerdo que otorgó importantes concesiones a los cubanos, pero que mantuvo el dominio español. Estos tres momentos sirvieron de preludio para alcanzar en 1886 la abolición de la esclavitud y, años más tardes, en 1898, la independencia definitiva del pueblo cubano. Terminada esta narración, el escritor plantea una serie de artículos, leyes y normativas que reglamentan la estructura de la nueva realidad de nación, fundamentado en una perspectiva antiesclavista, republicana y democrática. Finalmente, el texto concluye con varias notas y reflexiones sobre el significado de la revolución cubana del XIX y su importancia en la obtención de una sociedad con conciencia de lucha, libre e independiente de la tiranía española.

## 2.2.1 Perspectivas antiesclavistas en la obra *La República de Cuba*

La figura letrada de Antonio Zambrana personifica el entrecruce ideológico de las muy diferentes parcelas del poder en las que se debatía la sociedad cubana: reformistas, anexionistas, independentistas, esclavistas, abolicionistas. En obras antiesclavistas como *La República de Cuba*, que se profundiza a continuación, y *El negro Francisco*, que se aborda más adelante, el escritor caribeño cumple un rol doble: denuncia al gobierno colonial español y describe los sufrimientos

---

<sup>23</sup> El Grito de Yara es la sublevación cubana de 1868. Esta fue liderada por Carlos Manuel de Céspedes, un patriota cubano, que estaba en la búsqueda de independencia y de libertad para todos los isleños.

<sup>24</sup> La Guerra de los Diez Años (1868-1878) se libró para conseguir la independencia de Cuba del dominio español. La rebelión fue provocada por la negativa española de establecer ciertas reformas políticas. Estalló el 10 de octubre de 1868 cuando Carlos Manuel de Céspedes estaba a favor de la independencia, de la emancipación gradual de los esclavos y del sufragio universal.

<sup>25</sup> Paz de Zanjón, convenio firmado el 10 de febrero de 1878, que puso fin a la Guerra de los Diez Años entre los independentistas cubanos y el gobierno español. Gestionada por el general español Arsenio Martínez Campos y acordada en El Zanjón, supuso la entrega de las armas de los insurrectos cubanos y el compromiso, por parte de España, de conceder a Cuba los mismos derechos políticos y administrativos que tenía Puerto Rico.

del sujeto negro desde una posición privilegiada que considera a este último como inferior en la escala social. Sostiene Casanova-Marengo que:

A partir de esa (o)posición de superioridad/inferioridad, la escritura antiesclavista representa el contradictorio cambio en las posiciones de poder por parte de sus autores; puesto que, si están por “encima” del sujeto narrado, están por “debajo” de sus destinatarios ingleses. No hay que perder de vista que la intelectualidad cubana escribe desde la “marginalidad” de las Antillas a un lector británico con el cual procuraba establecer una alianza neo-colonial, de acuerdo con los modelos occidentales de desarrollo. La posición mediadora del letrado criollo entre esclavos cubanos y poder inglés se convierte en un discurso de complejas y problemáticas confluencias que apuntan a la escisión de la Cuba colonial (2002, p. 11).

Así, en *La República de Cuba*, la visión de Zambrana es cercana a las ideas de la revolución del 10 de octubre de 1868. El letrado se muestra partidario de la causa independentista, acusa al gobierno español y expresa un discurso de resistencia al régimen opresor:

La lucha sostenida por los cubanos desde el 10 de octubre de 1868 para obtener su independencia política y su regeneración social no es solo, como lo han sido las guerras de esta índole, una lastimosa tragedia, digna de inspirar, por el objeto que se solicita y por el heroísmo que se despliega, el más vivo interés y el más ardiente y la perseverante simpatía. Es, además, un debate en que están comprometidos los intereses más altos y más preciosos de la civilización. El pueblo de Cuba, al romper las cadenas que lo atan a España, quiere desatarse por ese noble y atrevido movimiento del régimen, absurdo en la forma y abominable en el fondo, a que estuvo sometido como colono de España durante tres siglos (Zambrana, 1875, p. 1).

El posicionamiento de Zambrana es claro: su discurso da cuenta de un rechazo rotundo al régimen español. Además, manifiesta simpatía por la actitud beligerante asumida por el pueblo cubano contra una fuerza que, sin ningún argumento, quebrantaba los valores y principios de la civilización humana. En su ensayo abordó procesos históricos y señaló que la causa revolucionaria cubana de la segunda mitad del siglo fue influenciada por las ideas liberales de la revolución francesa y la revolución estadounidense. Por ello, proclamas como la célebre *libertad, igualdad y fraternidad* sirvieron de pilares en la construcción de la República no solo en la isla, sino también en el resto de los países de América. Sobre este asunto, el letrado indica:

La Revolución francesa, que lleva al mundo de los hechos las teorías sociales y políticas, de una manera tan elocuente, con tanto vigor y entusiasmo esplanadas y defendidas por los filósofos del siglo XVIII; la fundación y el acrecentamiento constante y maravilloso de la República Norteamericana, que enseñó con su ejemplo, en este continente, como se rompen los lazos de la servidumbre colonial. También genera la influencia misma de la extraordinaria agitación liberal que se produjo en España a la sombra de la guerra de independencia en los primeros años de este siglo: todas esas causas despertaron en los países latinoamericanos, entonces sujetos a durísima opresión, el sentimiento de libertad, la conciencia de su derecho y de su fuerza, que nunca duerme por entero en el corazón de los pueblos; sonó en la cumbre de los Andes, llevado por el eco de las batallas, el nombre augusto e inmortal de Bolívar (Zambrana, 1875, p. 3).

En consonancia con lo anterior, Zambrana<sup>26</sup> replica en los principios del pueblo cubano los ideales y valores emancipadores<sup>27</sup> del discurso revolucionario francés. El letrado señala que “la voz sublime de la Independencia, como el acento de un formidable clarín, llamaba al combate a los desesperados hijos de Cuba” (Zambrana, 1875, p. 7). Es así como “se repetía entera, sin vacilación y sin temor, la célebre proclama de la revolución francesa: libertad, igualdad, fraternidad. Justicia o la muerte” (Zambrana, p. 7). El discurso transgresor de Zambrana no solo apeló en favor de la independencia cubana, también quiso poner fin a la esclavización del sujeto negro. El letrado, asumiendo el papel de mediador, denunció el sufrimiento de un grupo inferior en la escala social que –debido a la misma explotación anacrónica (siglo XV) que extinguió a los indios– fue condenado a la esclavitud. Fue el siglo XV una cultura de poder que “se impuso con la espada del gobierno de la venalidad y de la mentira” (Zambrana, 1875, p. 4). Ante este contexto los letrados<sup>28</sup> empezaron a formar el *corpus* de un pensamiento crítico que liberará al negro esclavizado, a la masa popular cubana y a ellos mismos de las tinieblas de la ignorancia y el sometimiento.

---

<sup>26</sup> En *El intersticio de la colonia* Iliá Casanova-Marengo señala que “el humanismo abolicionista europeo también influyó en el pensamiento del grupo de intelectuales habaneros. Para ese entonces varios países europeos habían suprimido el tráfico de esclavos, de igual modo, los diversos eventos que sacudían al mundo –la Revolución francesa (1789), la emancipación de algunos países latinoamericanos (1810) y la guerra civil norteamericana (1861)– llevaron a los habaneros ilustrados al descontento social, político y económico” (2002, p. 21).

<sup>27</sup> En *Ideas filosóficas de la Ilustración*, Ignacio Falgueras (1988) indica que, el ideal, principio y valor de la emancipación que nace con la revolución inglesa y la francesa es un concepto jurídico y civil que consiste en la adquisición legal de la plenitud de derecho para realizar por sí mismo, con independencia de tutela, cualesquier actos jurídicos y sociales permitidos por la ley.

<sup>28</sup> Se utiliza el término ilustrado desde la concepción del “ideal de emancipación en el sentido jurídico-civil. Es decir, plenitud de derechos permitidos por la ley” (Falgueras, 1988, p. 3).



Según el autor, para cumplir tal propósito, fue fundamental el noble y vigoroso aporte de personalidades como Narciso López, Ramón Pinto, Joaquín Agüero y otros cubanos ilustrados por el martirio que “mantenían vivos, cada vez que sonaban, un despecho profundo y un deseo indecible de redención y gloria en el alma de todos los cubanos” (Zambrana, 1875, p. 5). Sin embargo, no toda la élite cubana confrontó al régimen colonial, institución que, en palabras de Casanova-Marengo, veía al criollo “como un otro oprimido, mudo y al margen” (2002, p. 31) de los principales espacios de poder político, económico y administrativo.

Los debates se centraron en el tipo de nación que sería Cuba y, así como también se discutió la posición de los grupos dominantes acerca de la abolición de la esclavitud, se estudió el lugar del sujeto negro en el imaginario nacional. Algunos exigían “reformas políticas para Cuba y no independencia” (Zambrana, 1875, p. 18), es decir, libertades y derechos con limitaciones, sobre todo para los sujetos negros, en asuntos críticos como el tráfico negrero, la abolición de la esclavitud y el lugar de estos en la realidad cubana<sup>29</sup>. Un defensor de esta postura fue el miembro del partido reformista José Antonio Saco. Zambrana caracterizaba a Saco como un “notable en primer término entre sus compatriotas, por su talento para la polémica y por sus profundos conocimientos en determinadas ciencias, quien defendió la unión con España sobre la base de una legislación justa y liberal” (1875, p. 5).

Estaban también aquellos que pretendían formar un estado libertario cuyo estandarte fuese la autodeterminación del territorio cubano y la abolición de la esclavitud. Zambrana fue más radical: el camino era la independencia absoluta de Cuba y la proscripción definitiva del sistema esclavista. Los defensores de la visión de Zambrana creían que los lazos entre la metrópoli y la colonia eran artificiales e insostenibles. De hecho, una parte considerable de la sociedad cubana no se sentía identificada con el régimen. Estaban “convencidos por la experiencia y por el raciocinio, de que nunca podría obtenerse de España nada que fuese justo, conveniente y estable” (Zambrana, 1875, p. 6).

En la reconstrucción histórica de Zambrana emerge la figura del capitán Carlos Manuel Céspedes, un líder revolucionario que contó con el apoyo de toda la sociedad cubana: hombres de gran poder económico, alta posición y la población en general se ofrecieron con vigorosidad por la causa libertaria. Es así como a disposición de Céspedes estuvieron todas las clases y todas las

---

<sup>29</sup> En *El intersticio de la colonia* señala Casanova-Marengo que Saco sostenía que bien valía la pena limitarles la entrada y tratar de superar sus cifras con la inmigración de blancos. El intelectual veía al sujeto negro como un obstáculo para el desarrollo de la nación cubana (2002).

razas. Cuba veía en el capitán la tan anhelada redención nacional, gracias a él la isla podrá lavar la única mancha de América: la esclavitud del sujeto negro. Una realidad que le había destrozado a estos actores sociales “su hogar, porque se vieron obligados a abandonar sus familias, vivir la vida ruda y trashumante del salvaje” (Zambrana, p. 7).

Zambrana asegura que el primer acto del nuevo gobierno republicano y democrático sería la abolición inmediata de la esclavitud. Pese a esta promesa, algunos alzan su voz pues “el Capitán, Carlos Manuel Céspedes la había prometido gradual en un manifiesto suyo” (1875, p. 28). Sin embargo, muchos “protestaron contra la idea pidiendo que fuera inmediata” (p. 28) y sin más dilaciones. A pesar de las profundas discrepancias sobre la abolición de la esclavitud en la sociedad cubana, el escritor dejó clara la intención del nuevo gobierno de Céspedes, terminar de inmediato con el sistema esclavista.

A propósito de lo anterior, la conformación de la Asamblea de Representantes, organizada por el régimen republicano de Céspedes, instauró un capítulo de la Constitución compuesto de una serie de normativas, leyes y artículos basados en las ideas del proceso revolucionario del 68. Es este un reglamento a favor de la abolición de la esclavitud y el otorgamiento de un estatus para los negros libres. Este ordenamiento jurídico, diferenciado y jerarquizado, que le ofrece derechos civiles al sujeto negro plantea que, primero, se debe censar a los libertos para establecer “su demarcación, edad, enfermedad, estado y oficio” (Zambrana, 1875, p. 53). Segundo, es necesario “intervenir en los contratos por los cuales se les arriende sus servicios a las personas que deseen contratarlos, cuidando de que no sean engañados y vigilando el cumplimiento del contrato por ambas partes” (p. 53). Tercero, ayudar a los libertos “cuando por razones poderosas se separen de sus patronos<sup>30</sup> o no encontraren quien contrate sus servicios: bien entendido que en estos casos se colocan por cuenta del Estado, el cual les reconoce el derecho de una futura indemnización” (p. 54). Cuarto, es fundamental “enviar a los asilos que ella misma cree al efecto, a los que por su edad y achaques no puedan consagrarse al trabajo” (p. 54). Por último, mediar en los conflictos que se originen entre los patronos y libertos, ya sea a través de una conciliación amistosa de “unos a otros, ya imponiendo a los patronos multas que no excedan de cuatro pesos, ya imponiendo a unos y otras detenciones que no excedan de tres días, todo según la mayor o menor gravedad de la falta” (Zambrana, p. 54).

---

<sup>30</sup> Con las reformas jurídicas y los nuevos contratos sociales de la segunda mitad del siglo XIX en Cuba, emerge la figura de los patronos, quienes n a la de los amos. Se presume que, con estas transformaciones, los actores sociales subalternos como los sujetos negros libertos gozarán de un trato más digno y una mejor protección.

Además de las disposiciones legales pertinentes al lugar y condición del sujeto libre, se definen también en este capítulo constitucional los derechos de que gozarían los negros en el proyecto democrático y republicano de Cuba: primero, los libertos pueden desligarse del hogar de aquellos que fueron sus amos si lo quisieran “dirigiéndose enseguida a la inmediata oficina del ramo, a fin de que esta los coloque con otros patronos, de cuya casa no podrán separarse sin razones poderosas aducidas previamente en la misma oficina del ramo” (Zambrana, 1875, p. 54). Segundo, cuentan con la posibilidad de “ser albergados, alimentados, vestidos y asistidos en caso de enfermedad leve por sus patronos, todo conforme, a las circunstancias. En caso de enfermedad grave podrán ser enviados al hospital inmediato” (p. 55). Tercero, tienen el derecho a “destinar tiempo al culto, al reposo, a su propia utilidad el día de la semana señalado por la religión que profesen para los dos primeros fines de semana y también los días destinados para acción de gracia en la República” (p. 55). Cuarto, pueden “erigir para ellos y para los suyos una cabaña, donde lo consientan sus patronos; cultivar la porción de terreno que ellos le permitan usufructuar y criar las acémilas y cerdos que puedan mantener con lo que produzca su labranza” (p. 55). Por último, es deber de los libertos no destinados a actividades domésticas “ocupar en beneficio de sus patronos, nueve horas diarias, (...) y empleando las demás horas del día natural en su nutricio, reposos y utilidad. Los destinados al servicio doméstico trabajaran las horas que este servicio exija” (Zambrana, p. 55).

Los patronos también contaban con derechos y deberes determinantes en la edificación de un ambiente de “armonía” con sus trabajadores: Por un lado, tenían la obligación de “utilizar el trabajo de sus libertos en las horas indicadas en el artículo precedente” (Zambrana, 1875, p. 55). Por otro, “debían reprender fraternalmente a sus libertos” (p. 55). Este último derecho no estaba exento de controversia y contradicciones por su trasfondo represivo que incitaba a ejercer la violencia. Es decir, la permisividad hacia los prejuicios y maltratos contra la gente negra. Otros deberes establecidos por la Carta Magna exigen a los patronos:

Albergar, alimentar, vestir y asistir a sus libertos en caso de enfermedad leve (...); asistir a las libertas madres durante el sobreparto si lo necesitaren (...); conceder a sus libertos una porción de terreno, para que erijan la cabaña y se entreguen al cultivo y crianza (Zambrana, 1875, p. 56).

Por último, indica el texto que “cuando en cualquier concepto la decisión de una oficina subordinada” (p. 56) ofendiere a un “liberto o a un patrono, podrá el que por ella se sintiere agraviado, apelar a la Oficina Principal. De las resoluciones de esta oficina se podrá apelar ante el Juez civil del domicilio” (Zambrana, p. 56).

Es en este marco donde se despliegan las principales líneas ideológicas de *La República de Cuba* de Zambrana, que –con todas sus particularidades, fisuras y contradicciones– ofrece un proyecto de nación progresista, democrático y republicano a favor del pueblo cubano y, sobre todo, del sujeto negro esclavizado. Zambrana caracteriza la institución esclavista con adjetivos como “ominosa”, “injusta”, “indigna”. Cree que atenta contra todo principio humano, por ello, la Asamblea como máxima autoridad “no reconoció abolida la esclavitud en el territorio de su mando, sino en absoluto. No hacía en rigor una ley: declaraba un principio” (Zambrana, 1875, p. 29). Es decir, la legislación no solo motivó un cambio normativo, sino que permitió, a través de artículos y leyes, la reforma total del estatus de la otredad negra. El sujeto negro pasa de ser un objeto – esclavizado, invisibilizado y mercantilizado– a convertirse, con los matices jerárquicos de la época, en un sujeto reconocido civilmente: se le ofrece un espacio, es valorado y protegido como parte de un establecimiento diferencial y estratificado que otorga a todos sus miembros derechos sociales. Sin embargo, a pesar del significativo progreso cívico y legal alcanzado por el sujeto negro, la cultura esclavista perduraba como una sombra en la realidad concreta de la nación cubana.

Es claro, *La República de Cuba* construye un discurso inclusivo de la figura del negro. Pero Zambrana no planteó un estatus pleno de ciudadanía para estos actores sociales en términos de libertad e igualdad. Persistió en su pensamiento lo que Silvia Valero señala como una percepción del esclavo cuya “configuración simbólica y cultural es la representación de la otredad” (2011, p. 6). La caracterización del sujeto negro en la transición experimentada entre la esclavitud y la libertad se enmarca en el deseo de los criollos reformistas de lograr el establecimiento de un nuevo Estado-nación que no solo suprima la esclavitud, sino que también garantice la independencia de Cuba. En ese marco legislativo la cultura negra, aunque gozaba de la figura jurídica del liberto, si se compara con otros grupos sociales, los blancos, por ejemplo, que formaban parte de la identidad cubana, no logró constituirse como una colectividad con derechos civiles y políticos absolutos. Todo este sistema estaba condicionado por cuestiones de raza, clase y poder de la propiedad (Wade, 1992). En este sentido, son evidentes en el texto de Zambrana las contradicciones y

dificultades que implicó la incorporación de la cultura negra en una identidad cubana cuyos intereses sociales, políticos y económicos dependían de la preservación del esclavismo. Y aunque Zambrana puede ser considerado un letrado antiesclavista, su propuesta discursiva considera un ordenamiento social basado en las características étnicas, culturales y económicas de las colectividades. De este modo, el autor construyó una jerarquía bien delimitada: los negros pasarían de esclavos a libertos, se incorporarían al proyecto colectivo de nación y accederían a condiciones más dignas de vida, pero aún bajo la custodia y el ojo paternalista de un superior, que ya no se llamaría amo sino patrono. Los derechos de libertad e igualdad, vinculados con contrato de trabajo, alimentación, trato digno, libertad de culto, horario laboral flexible, vestido y salud, para los personajes subalternos de la obra de Zambrana, existen en función de los limitantes y condicionamientos de la élite criolla blanca.

Se propone, a continuación, indagar en la novela *El negro Francisco* de Zambrana los temas vinculados con esclavismo, abolicionismo y caracterización de los sujetos negros en el marco de la narrativa decimonónica cubana.

La obra situada en el siglo XIX en la isla de Cuba, se divide en dos partes: la primera transcurre en la ciudad, la segunda, en el campo. Según Zambrana su libro –novela de costumbres cubanas de la época colonial y esclavista– es una narración de tipo romántico que cuenta la historia del esclavo negro Francisco. Esta víctima de la trata esclavista trasatlántica es un humilde calesero, descendiente de grandes guerreros africanos y apasionado de la vida selvática. Francisco cae enamorado de la mulata Camila, otra esclava que en un contexto paternalista disfruta de las comodidades y refinamientos que sus amos le brindan. Ambos esclavizados son propiedad de la blanca doña Josefa Ramírez de Orellana, distinguida dama habanera, y su primogénito, Carlos de Orellana, hombre discreto y calculador.

La señora Ramírez, con autoridad absoluta sobre Camila y Francisco, se entera de la relación clandestina de ambos, y en represalia les prohíbe caprichosamente la unión. Además, los protagonistas serán víctimas de un régimen esclavista, opresor y racista que no solo les impide amarse a pesar de su lucha por permanecer juntos, sino que también los invisibiliza y margina con estereotipos y prejuicios socioculturales. Todo esto se produce en un momento histórico de profundos debates y tensiones sobre los procesos del esclavismo, el abolicionismo y el lugar del sujeto negro en la identidad nacional de la isla.

La familia Ramírez Orellana, ubicada en el círculo del poder aristocrático, está vinculada con el mundo de la hacienda esclavista. Un espacio en donde la producción de caña de azúcar es su principal capital económico al igual que de otros representantes de la sacarocracia cubana. En ese escenario de la hacienda, madre e hijo tienen bajo su dominio a un número importante de esclavos negros trabajando en los ingenios. En estos lugares, el subyugado labora en condiciones infrahumanas y dramáticas debido a los maltratos físicos y psicológicos, las duras actividades y las largas jornadas de trabajo en las plantaciones. Precisamente, el negro Francisco, descrito como “salvaje” por su ama doña Ramírez, es enviado a un ingenio como forma de castigo. Es así como éste y su amada Camila sufrirán la separación definitiva. Ya sin fuerzas para soportar la distancia, humillaciones y azotes, el primero se ahorca y la segunda sucumbe a la locura.

En las primeras páginas del libro, Zambrana presenta una carta dirigida a su amiga, la señora doña Ascensión Rodríguez de Necochea, a quien, de manera afectuosa, invita a leer la obra. Terminada la misiva, la novela es precedida por un prólogo en el que el autor describe los escenarios en los que se gestó su obra: las tertulias literarias de La Habana de 1862. Los espacios de discusión científica, política y filosófica de alto orden se encontraban cerrados para los escritores, fue así como encontraron refugio en los círculos literarios, escenarios donde dieron vida a sus obras y constituyeron sus producciones artísticas con características propias del romanticismo y temas que recreaban la realidad histórica de la Cuba del siglo XIX.

Al respecto, Salvador Bueno en *La narrativa antiesclavista en Cuba de 1835 a 1839* (2010) afirma que “la narrativa de esta época, aunque aquejada por persistentes rasgos románticos, refleja el más candente problema social de aquella colonia española con una evidente inclinación hacia el realismo, siguiendo las pautas dictadas por Balzac que influía sobre sus autores” (p. 169). Del mismo modo, Mercedes Rivas señala que la generación de letrados cubanos auspiciados por Domingo del Monte “desarrollaron una prosa que, a pesar de estar imbuida de caracteres románticos, registra las circunstancias que aquellos momentos vivían aún la colonia española, y lo hacía con un estilo afín al realismo balzaciano, autor admirado por estos escritores” (1990, p. 348).

La obra de Zambrana, en su naturaleza romántica y realista, tuvo el propósito de denunciar el gran crimen de su época: la esclavización de los sujetos negros. Existía la creencia de que el escritor Anselmo Suárez y Romero, acompañante de Zambrana en las tertulias literarias, le mostró con su novela *Francisco* (1839) la realidad de la esclavitud cubana del siglo XIX. En cierta medida, Zambrana se cuidaba de emitir comentarios que lo vincularan directamente al movimiento

antiesclavista. Se propuso “escribir para Chile –por indicaciones de algunos amigos benévolos– una novela de costumbres cubanas creyó que para describir costumbres cubanas debía referirse a la época colonial” (Zambrana, 1875, p. 1) y que en ese momento “lo que había de más característico era la esclavización del sujeto negro” (p. 1). Y agrega: “este sistema es un hecho tal que, después de presentarlo desnudo, toda declamación que se haga es una banalidad (...) un ultraje para el sentido moral del lector. Se trataba de contar el hecho y nada más” (Zambrana, p. 2). El letrado finaliza su presentación introductoria expresando que el tema de la institución esclavista constituye un evento central de su obra literaria. Además, que ese aspecto en particular debía convertirse, para el éxito de la novela, en todo un acontecimiento dramático, ampliamente difundido y denunciado no solo en Cuba sino en el escenario internacional, principalmente en Inglaterra.

### **2.2.2 *El negro Francisco* ¿una prosa antiesclavista?**

*El negro Francisco* heredó los matices y controversias discursivas que cuestionaban la esclavización de los negros en la Cuba decimonónica. Indica Rosa Cabrera (1983), que esta producción literaria hizo parte de “las novelas abolicionistas, que en el siglo XIX trataron de crear un estado de opinión desfavorable de la trata negrera y esclavista” (p. 296). El escritor dibuja un retrato repulsivo de las condiciones del tráfico esclavista y del trato cruel y despectivo al que eran sometidos los originarios de África.

La crítica especializada asegura que Zambrana, a través de su obra, declaró la esclavización del negro como un delito nacional. Titular de este modo a esta institución opresora le permitió comprender a fondo el problema, pues, nacido y criado en una nación donde el esclavismo era tan natural como el cristianismo, solo pudo degustar del veneno del sistema tras respirarlo largo tiempo. Salvador Bueno afirma respecto a la narrativa abolicionista de Zambrana que “el ambiente y la trama ocurren por igual en las otras narraciones antiesclavistas de aquella época. Respondiendo a la visión señalada desde décadas atrás por los contertulios de Domingo del Monte (1804-1857)” (2010, p. 2). Según Bueno, Zambrana enfatizó en cómo la esclavitud engendró la corrupción, tanto en los dominadores como en los dominados y añade que la novela expuso la necesidad de que el bárbaro régimen esclavista desapareciera por completo. A su vez destaca que, el letrado, “como participante en la primera guerra de independencia, estimaba que la supresión de la esclavitud era problema más importante que la misma emancipación política” (Bueno, 2010,

p. 5). Por su parte, Esteban Matarrita en *La relevancia de la excusa en El negro Francisco* (2002) cuestiona las intenciones abolicionistas de Zambrana. Según Matarrita, el discurso de Zambrana recrea con claridad la estructura social de la hacienda, encarnación del sistema esclavista y unidad económica de múltiples facetas, en particular vinculada con la actividad agrícola, pero lo hace de un modo que pretende romantizar y minimizar las consecuencias de la institución. La obra transcurre en la sala de máquinas de la economía cubana: el ingenio azucarero. La esclavitud funge, de este modo, como la base económica que sostiene el dominio de los señores y hacendados en la isla, además, este sistema es patrocinado y promovido por la Iglesia católica. Se trata de una organización social de carácter esclavizante, cuyos dos brazos: uno violento y otro discursivo, mantienen la hacienda como pilar del establecimiento y reproduce, al mismo tiempo, las relaciones sociales de explotación amo/negro esclavizado en todos los ámbitos de la vida cubana, incluido el literario. Y en Zambrana, “si bien la novela esboza una crítica al sistema descrito, la forma confesional del texto transforma la incipiente crítica en una justificación que busca reivindicar y neutralizar todo probable cuestionamiento” (Matarrita, 2002, p. 159). Matarrita desvela los temas de la novela de Zambrana. Por una parte, los esclavistas son esclavos de otros, el tema no es sujeto blanco/negro, el tema es la libertad. Por otra parte, está la posición social a la que pertenece el escritor. Zambrana, como figura representativa de un sector privilegiado defiende en términos abstractos su visión y la conserva en menoscabo de las clases excluidas. De este modo, subraya Matarrita que en la novela se perciben dos niveles de análisis unidos por el tema dominante: la libertad. Por un lado, Cuba en relación con España. Por otro las dos clases sociales en Cuba: los amos y los esclavos (2002, p. 162).

Es decir, la novela no termina de constituirse como una narración antiesclavista, sino un pretexto, una expresión de catarsis por parte de Zambrana, según la opinión de Matarrita, no exenta de cierta dureza en sus juicios de valor pero que subraya asimismo las ambivalencias y distorsiones que emergen de la ficción. Sin embargo, no se puede desconocer la mirada crítica que el autor lanza al sistema esclavista. En el fondo, la narrativa del letrado cuestiona el sometimiento vivido por quienes experimentaron la realidad de la esclavitud en contra de su voluntad. En esa medida, el autor, en la única novela que escribió, emplea como contexto de su posición abolicionista eventos de la realidad histórica cubana. Asimismo, intenta construir una caracterización de sus personajes protagónicos y las implicaciones que tuvo la esclavitud en la sociedad cubana.



De hecho, emplea interpolaciones reflexivas en las cuales se describen las pugnas ideológicas que sobre el sistema esclavista se desarrollaron en momentos previos a la guerra de independencia. El autor recurre a noticias y comentarios de prensa, describe a través de los personajes ficticiales de Francisco y Camila las condiciones de vida de la mayoría de sujetos negros esclavizados en la hacienda e ingenios azucareros, se refiere también al conflicto entre Inglaterra y España por el tema del esclavismo y da voz a perspectivas diversas de personajes históricos que defendieron y rechazaron la abolición.

En relación con las fuentes periodísticas, Zambrana menciona en *El negro Francisco* el medio de comunicación de corte reformista *El Siglo*. Este diario, que se constituyó en espacio de difusión ideológica antiesclavista, es, según el autor, el único periódico político de La Habana redactado por criollos y su publicación, tanto en la ficción zambranista como en la realidad cubana, se vio influenciada por los levantamientos contra la Corona española en 1868. La pretensión del periódico era retratar fielmente las arbitrariedades y los horrores del sistema esclavista colonial.

Esta intención de denuncia contra el régimen peninsular esclavista también se vio materializada en el relato. Francisco y Camila son la caracterización de la realidad trágica de los esclavos negros. Hijos de esta institución atroz, encarnan las consecuencias nefastas del sistema opresor. Situados en la periferia de una sociedad jerarquizada, su marginalidad está condicionada por sus rasgos físicos (negros y mulatos) que son el símbolo de la cultura, la raza y la sociedad inferior. Sus actividades, propias de la servidumbre, están relacionadas con labores físicas, que son distintas en su grado de dificultad dependiendo del lugar donde se desarrollen –campo/ciudad, esclavitud rural/esclavitud urbana–.

En el caso de las mujeres: cocinar, criar los hijos de sus amos y servir de damas de compañía son actividades que corresponden a una esclavitud doméstica “más blanda y flexible”, situada en un marco urbano. Por su parte, los hombres –ubicados estratégicamente en las plantaciones y trapiches– cultivan, recogen y transportan el azúcar. Ellos realizan un trabajo forzado en el campo (escenario rural), lo que constituye un tipo de esclavitud más hostil y degradante para su humanidad. Estos individuos –sea en el contexto diferencial de una esclavitud urbana o rural, paternalista o cruel, camuflada o abierta– son seres desposeídos de la propiedad de sí mismos, no tienen ningún derecho civil ni político, por lo tanto, no son reconocidos como ciudadanos, no pueden acceder a la educación, a la salud, a la función pública, a la tierra: son dueños de nada y esclavos de todo. Señala el narrador que la esclavitud de Camila y Francisco es

estar en “la mano de otro –no son dueños de sus vidas, de sus acciones–, no ser dueños casi de sus pensamientos. Se dispone de ellos como se dispone de una máquina o un animal” (Zambrana, 1875, p. 85).

La pareja personifica, a los ojos de la clase hegemónica, el barbarismo y el retraso, son la antítesis de lo civilizado. Ahora bien, la tesis de lo civilizado en la novela es representada por el personaje de doña Josefa Ramírez de Orellana, “una de las damas más distinguidas de alta sociedad habanera” (Zambrana, 1875, p. 1) que se dibuja como la expresión dominante de la cultura. Una mujer blanca, bien educada, símbolo de la aristocracia colonial, “de noble estirpe y de cuantiosa fortuna” (p. 1), propietaria de haciendas y ferviente defensora de la esclavización de los negros, a quienes detesta, pero, reproduciendo la perspectiva racial y esencialista de aquella época, los ve como “los únicos trabajadores útiles” (p. 3) nacidos para realizar las actividades físicas “en los ingenios de la agroindustria azucarera” (p. 4). Para ella, “Cuba sin esclavos se arruinaría completamente” (Zambrana, p. 91). Este personaje encarna la sacarocracia y el poder esclavista más radical de la isla. Una clase social dominante, para quienes, como caracteriza Moreno Friginals, “si carecen o escasean los negros en las plantaciones e ingenios azucareros no se puede producir azúcar, son causa y efecto, y uno no puede subsistir sin el otro” (1974, p. 12).

En el capítulo titulado “El campo de batalla”, Zambrana describe uno de los puntos más complejos de la esclavitud: el tipo de vida que, vinculado con el aparato productivo azucarero, subyugaba al sujeto negro a servir como un engranaje prescindible en “la economía de plantación” (Fraginal, 1974, p. 12). El capítulo expone la necesidad de desaparecer definitivamente el bárbaro régimen esclavista. En la voz narrativa, la esclavitud representa la destrucción de familias, tierras, costumbres, ritos y creencias:

Un negro que ha venido de África tiene pocos parientes en Cuba y, por otra parte, nos duele tener que decirlo –el vínculo de la familia se afloja en la esclavitud. El esclavo es de la familia de su amo–, su propia familia desaparece un poco. La codicia o la necesidad la dispersan a cada momento. Hai<sup>31</sup> que vender a la hija por un lado i (sic) la madre por otro. El esclavo se habitúa a no ser de una manera perfecta hijo, hermano, ni aun padre ¡horrible blasfemia! (Zambrana, 1875, p. 19).

---

<sup>31</sup> Se conserva la ortografía original del texto.

Zambrana denuncia el desarraigo experimentado por los sujetos negros al verse separados del lugar donde fueron criados y obligados, sin otra alternativa, a cortar los vínculos afectivos con la tierra. Una especie de orfandad existencial a la que sirven como símbolo Camila y Francisco: ambos personajes en la novela son huérfanos. La pareja representa la ruptura de los lazos ancestrales que unen a la gente negra con su origen. Quedan, una vez cortado el hilo vinculante, girando en un espacio desconocido en términos sociales, culturales y políticos. Es arribar a un sitio donde el único vínculo es aquel que los une al universo de la esclavitud, al yugo de sus amos y al drama de los ingenios, que no son más que una expresión de tiranía, envilecimiento y dolor (Zambrana, 1875). Precisamente, la voz narrativa describe –mientras denuncia– las condiciones del sujeto esclavizado en el escenario de los ingenios azucareros. Señala Zambrana que “el ingenio es un pequeño reino aparte en el medio del país: algo como los señoríos feudales de la edad media. Un ingenio encierra la muerte” (1875, p. 119).

En la novela no solo el espacio del ingenio tiene una connotación negativa, también los medios utilizados para transportar el azúcar representan un elemento infame de la estructura esclavista que va en contra de la dignidad del sujeto negro. En la obra, la voz narrativa lo presenta así: “la nave que se lleva el azúcar es una embarcación hipócrita llena de codicia e inequidades” (Zambrana, 1875, p.120). Y agrega, “esta mercancía blanca i aromática que recibe, la recibe en cambio de una negra i hórrida mercancía, de mercancía que es un alma i que es sin embargo una cosa: el esclavo” (p. 120). En síntesis, en el discurso novelístico, este sistema opresor se configura en un aparato de degradación humana para el sujeto negro. Por ello advierte el escritor que “la esclavitud mutila de tal manera el alma, que todo lo que hay de viril en el espíritu del esclavo se extingue, todo lo que hay de noble desaparece” (Zambrana, p. 10).

Otro punto controvertido que emerge en la novela de Zambrana es el conflicto histórico entre Inglaterra y España en la discusión de la abolición de la trata, del tráfico negrero y, en definitiva, de la esclavitud. Allí se plantea otro escenario de la crueldad sistemática que denuncia implícitamente el letrado cubano, quien recrea la persecución anglosajona a aquellos países que no cumplían con la abolición de la esclavitud, como había quedado determinado por la normativa internacional a inicios del siglo XIX. La razón fundamental de la no aplicación de las leyes abolicionistas en ese momento se debió a la primacía de intereses económicos por encima de la realidad deshumanizante de los negros. Grupos de personas que eran “arrojados a las aguas del mar” (Zambrano, 1875, p. 167) cuando las autoridades sajonas interceptaban embarcaciones

ilegales con mercancía humana. Esta legislación que procuraba el mejoramiento de las condiciones de vida de las poblaciones subyugadas fue desoída por las autoridades cubanas que continuaban aprovechándose del esclavismo.

Vale indicar que, en esta atmósfera tensa, plagada de debates en la que transcurre la novela, se referencian personajes históricos que plantearon sus perspectivas sobre las coyunturas nacionales. Un reformista como Nicolás Azcárate, cuyo discurso censuraba todo lo conectado con la permanencia de la esclavitud, es presentado por la voz narrativa de la siguiente manera, “abolucionista reconocido, orador cubano que tiene la talla y el talento de Datan, tomó a su cargo la tarea, comprendiendo que aquella era una buena oportunidad de protestar alta y solemnemente contra la institución” (Zambrano, 1875, p. 125). En cambio, Ferrer de Canto, radical opositor del abolucionismo es presentado como un “escritor peninsular que compuso muchos artículos, discursos y libros enteros en favor de la esclavitud” (Zambrana, p. 92). Estos dos, una vez personajes históricos y ahora personajes narrativos, representan los abismos discursivos que sobre la esclavitud y el lugar de la gente negra en Cuba se suscitaron en todos los estamentos de la sociedad cubana del siglo XIX. Sobre este asunto Ilia Casanova-Marengo explica que un ejemplo claro de esas diferencias y debates en torno al esclavismo y la inserción del negro en la identidad de la isla lo representa el círculo delmontino (2002).

Casanova-Marengo referencia a letrados como Félix Varela (1787), Francisco Arango y Parreño (1765), Félix Tanco y Bosmeniel (1797) y José Antonio Saco (1797). Varela, opositor de la trata, “considera que el tráfico de esclavos arruinaría la agricultura cubana, inquietud fundamentada en una posible rebelión masiva de negros, tal como ocurrió en Haití” (2002, p. 22). Pensamientos similares tenía Saco, quien además consideraba la presencia africana como “un obstáculo para adelantar racialmente al país” (2002, p. 29). Estas ideas contradicen la visión de Arango y Parreño quien “fomentaba la importación de esclavos para aumentar el nivel de producción azucarera” (2002, p. 22). Tanco y Bosmeniel, en este sentido, introducen el elemento negro en la identidad cubana. Para este último la gente negra “debía tener un espacio en la literatura, ser rescatado como poesía sublime de lo cubano” (2002, p. 30). Casanova-Marengo expresa que las controversias respecto al esclavismo y al lugar del negro en la nación giraron entre el rechazo y la aceptación. Es así como “la literatura antiesclavista deambula entre el espanto y el deseo hacia un otro abyecto, pero poetizable; un otro al que atraviesa el sentir contradictorio de hombres que sufren de otro tipo de esclavitud: la colonial” (2002, p. 30).

### 2.2.3 El binarismo yo/otro en *El negro Francisco*

Para la representación de las identidades es fundamental las relaciones entre los sujetos (yo/otro). A propósito de identidades sociales y culturales en la sociedad decimonónica, Cristina Rojas (2001) advierte que:

Las identidades (género, clase, raza y nación) se construyen en procesos de encuentro: la forma en la que se define el Otro no es independiente de la definición del Yo. Concebir las relaciones de identidad/diferencia como encuentros del yo y el otro es fundamental para evitar una comprensión esencialista de la identidad y para reconocer su constitución mutua. Las relaciones de exclusión y el establecimiento de las diferencias jerárquicas establecen la definición de la propia identidad y de las relaciones de antagonismo. Todas las relaciones de identidad/antagonismo, se forjan a partir de la tensión entre el yo y el Otro (p. 83).

Considerando este punto de vista, es imprescindible anotar que, en la novela de Antonio Zambrana, la familia Ramírez Orellana, aristocrática y esclavista, compuesta por la blanca doña Josefa y su hijo Carlos, no son pares ni del negro Francisco ni de la mulata Camila: estos últimos son hijos de la servidumbre. En la hacienda *La esperanza*, la pareja negra es una otredad invisibilizada (Mailhe, 2010) que no constituye a ojos de los Ramírez Orellana un referente sociocultural de interlocución válido con el cual sea posible desarrollar una relación igualitaria. En esta escena, solo la señora Josefa y Carlos son caracterizados como sujetos sociales de derechos civiles y políticos. De este modo, queda definida la superioridad y el privilegio de los hacendados sobre los marginados, Camila y Francisco. *El negro Francisco* ofrece un discurso que refracta un binarismo cultural, racial, de género y sociedad. En otras palabras, la narrativa da cuenta de categorías vinculadas con representaciones (Valero, 2011) como, por ejemplo: centro/periferia, blanco/negro-mulato, hombre/mujer, civilización/barbarie. En ellas se presentan construcciones de una subjetividad definitivas en el establecimiento de las fronteras del imaginario yo/otro.

El primer enfoque en torno a *El negro Francisco*, de centro/periferia, comienza desde la caracterización de los grupos humanos que constituyen el centro de una expresión hegemónica reflejada en el dominio de una élite cuya regencia abarca todos los sectores del poder: la agricultura, el comercio, la religión y las instituciones gubernamentales. Esta clase social determina las condiciones socioeconómicas y políticas de la realidad social. Son dueños de

haciendas, minas e incluso almas, es decir, la economía está a merced de sus deseos. Además, las elites cuentan con un instrumento estratificador que mantiene vivas las concepciones de centro/periferia: el sistema esclavista. La periferia la conforman aquellos desposeídos, dueños de nada, a los que les es imposible siquiera una gota del poder económico, político o social. En este círculo de marginalidad se encuentra la cultura negra. La periferia fuerza a sus habitantes al paupérrimo servilismo, los simplifica y despoja de la inteligencia suficiente para aspirar a un futuro, de anhelar, de construir su destino porque desean, piensan y actúan, siempre que sus amos los dejen, solo para evitar el látigo, el usufructo y la muerte. Son el desarraigo hecho carne.

El segundo enfoque, blanco/negro-mulato, es evidente, a pesar del aparente cariz progresista de la novela en la bien demarcada jerarquización racial. Tenemos que aclarar en este punto que, si bien existe un relativo consenso en el mundo científico moderno sobre “la concepción de raza como construcción social” (Wade, 1992, p. 16) carente de pertinencia biológica, la obra de Zambrana emplea las voces del narrador y las perspectivas de los protagonistas para condicionar las capacidades físicas, morales y cognitivas sujetas a la raza. En otras palabras, hay una propensión discursiva por racializar los comportamientos y aptitudes de los personajes de acuerdo con su color de piel. Se establece de este modo una frontera donde el negro/mulato se ubica en un extremo y el blanco en otro. Los rasgos del sujeto negro se vinculan a lo irracional, cohabita con la imagen históricamente configurada de un ser deficitario de inteligencia y voluntad cuyo destino adecuado se encuentra en las minas, haciendas y trapiches, porque con lo único que cuenta es con la fuerza física del trabajo. Los rasgos del sujeto blanco se vinculan, por otro lado, con lo culto y el ideal racial. Tanto así que la producción literaria da cuenta del hecho de que muchos negros, para poder mejorar sus estatus social y económico, procuraban procrear con miembros de la raza blanca, permitiéndole así a su futura descendencia, y a ellos mismos, la purificación y blanqueamiento genético que les diera acceso, de algún modo, a poder, libertad y reconocimiento.

Finalmente, otro foco de binarismo lo encontramos en el discurso civilización/barbarie: quien se asume como civilizado otorga al extraño la categoría de bárbaro. De este modo, hay una cultura que representa el mundo civilizado, las letras, el acceso a la escolaridad, el uso de una lengua estética, la urbanidad y los círculos de poder. En el otro extremo, hay una cultura de la oralidad a la que se le niegan los derechos civiles y políticos y que está situada en el contexto de lo rural que no es más que otro símbolo de sometimiento. Estos sujetos constituyen la imagen mítica del buen salvaje, la de ese ser ingenuo, dócil, ignorante –especie de animal doméstico–

incapaz de razonar. En resumen, el binarismo civilización/barbarie da cuenta de dos visiones opuestas. La primera constituye un estado superior, complejo, evolutivo y desarrollado, la segunda, caracteriza una expresión de inferioridad, simple, natural y salvaje.

En este universo narrativo de novelas y ensayos decimonónicos, los matices binarios centro/periferia, blanco/negro y mulato, civilización/barbarie, son aspectos en los que se mueven los pensadores de América Latina en el siglo XIX. Es decir, los escritores representaban con sus ambivalencias a la gente negra como expresión poética y como monstruosidad, provocando así una perspectiva ideológica racializada en donde se mezcla lo exótico, atractivo, laboriosidad, bárbaro, violento e inculto de este grupo social. De allí la disyuntiva en la cual se presenta a esta cultura, que se le puede incorporar en todos los escenarios –social, económicos, civil, religioso, político– de la sociedad cubana o también se convierte en un riesgo no solo para la paz sino también para el desarrollo de los procesos de blanqueamiento, modernización y progreso de la isla. En esa medida, como señala Casanova-Marengo, a la otredad negra se le configuró, por un lado “como parte potencial del incipiente carácter nacional y, por otro, como algo extraño y amenazador” (2002, p. 31).

Un ejemplo claro de la ambigua representación del negro, romantizado, pero también degradado, se observa en la construcción de Francisco, el personaje principal de la narrativa zambranista, quien es caracterizado como un individuo sumiso, cuya única muestra de autonomía fue un fallido conato de fuga. Su voz y acciones expresan un tono carente de rebeldía ante la realidad de su esclavitud. Representa lo contrario a la figura del esclavo rebelde. Mientras que éste –la configuración del cimarrón– intenta subvertir el establecimiento, Francisco lo asume como ineluctable e imposible de cambiar.

A pesar de que Zambrana usa su obra como instrumento crítico del sistema esclavista, su personaje principal está muy lejos de parecerse a aquellos esclavos rebeldes que durante el siglo XIX emplearon la ira de la insurrección para romper las cadenas que los explotaban a ellos y sus semejantes, un caso emblemático en la isla de Cuba de insurrección y rebeldía fue la historia del negro José Antonio Aponte<sup>32</sup>. Zambrana critica el esclavismo, pero no es, en ningún sentido, un

---

<sup>32</sup> “En 1812 se originó la conspiración de José Antonio Aponte que contó con la ayuda de negros haitianos. Aponte era un negro libre que vivía de su oficio como carpintero y que formaba parte de la burguesía de color. Su rebelión inició el levantamiento de esclavos en Santiago de Cuba y Puerto Príncipe para luego extenderse a La Habana y Matanzas. El plan fracasó y en mayo de 1812 fue detenido junto a otros negros. En abril fue condenado a muerte y su cabeza exhibida como escarmiento” (Casanova-Marengo, 2002, p. 19).

adulador del cimarronaje. Francisco no fue construido para servir de héroe novelístico que se rebela contra el sistema subyugante que le niega la libertad a él y a su amada Camila. La actitud pasiva de Francisco no es ni mucho menos una manifestación de aprobación hacia su realidad, sino que da cuenta del temor mortal de la mayoría de esclavizados. Su valentía se vio enterrada por una carga menos compasiva que la de la muerte: el cepo, la castración, el látigo, los azotes, la mutilación, la horca y la tortura eran las alternativas. Estos esclavos no rebeldes, porcentualmente mayoritarios, también anhelaban la libertad. En el caso de Francisco “se ocuparía de reunir, a fuerza de economía, alguna pequeña suma, comprando con ella su libertad” (Zambrana, 1875, p. 68).

Señala Valero que algunas figuras del cimarronaje despreciaron las posturas frágiles de los negros que no se resistían con vehemencia a su condición de esclavizados en los escenarios de la vida cubana. Al respecto, en la perspectiva discursiva del sujeto negro insurrecto este conformismo, indica Valero, era muestra de debilidad, cobardía y “resignación que no era coherente con el ideal y principios del revolucionario” (2011, p. 46). En síntesis, la figura de Francisco es la del negro dócil, explotado, discriminado y excluido que se resigna al yugo esclavista. En su ser no existe conciencia de acción semejante a la del cimarrón revolucionario. Es posible, como ya se afirmó, que tuviera, al igual que la mayoría de los esclavos, reflexiones de carácter reivindicativo en función de sus deseos de libertad e igualdad, pero que no se materializaban a través de actos heroicos por las terribles consecuencias que traería. Al final, Francisco acabó con su vida sin pena ni gloria, y cumplió así el destino trágico del esclavo negro.

#### **2.2.4 La esclavitud rural y urbana**

De acuerdo con Mercedes Rivas, el sistema esclavista se desarrolló en dos escenarios opuestos: el rural y el urbano. Rivas advierte lo siguiente: “la esclavitud cubana había adoptado en el siglo XIX una dimensión bipolar: debemos distinguir entre la situación laboral del esclavo urbano y las míseras condiciones de vida del esclavo rural” (1990, p. 80). En la ciudad, el esclavizado era ocupado en actividades domésticas para servir a familias de la elite social y aquellas de menor rango. Estos subalternos realizaban diferentes tareas, como cocineros, cocheros, mayordomos, criados, etc. Era poco común, en el seno de estos clanes poderosos, no poseer algún esclavo, ya que era un símbolo de estatus y su adquisición constituía una inversión a largo plazo.



Vale indicar que el número de muertes del esclavizado urbano era mucho menor en comparación con aquel que estaba situado en la ruralidad. La razón, las condiciones de vida de los primeros eran mejores en aspectos como alimentación, salud, tareas y trato por parte de sus amos. En ese contexto, asegura Rivas, el esclavizado urbano “se sabía perteneciente a un estatus superior; y apreciaba las comodidades que le rodeaban: dormitorios bien dotados, vestidos decentes y posibilidad de entrar en contacto directo con el mundo blanco, lo que en ocasiones podía ayudarles a progresar” (1990, p. 80) y ascender en su estatus social. De hecho, algunos se formaron en labores o actividades culturales, su proceso de escolaridad les sirvió también para conocer las normativas y derechos que los amparaba. El campo, donde se vivía la esclavitud rural, era el lugar donde más se encontraba maltratado en su dignidad el esclavizado, en especial en el ingenio. Allí el subalterno perdía en absoluto su condición de humanidad y era considerado por el amo como bestia o instrumento en función de la producción azucarera en plantaciones y trapiches.

Antonio Zambrana escribió una novela que transcurre en la época colonial (1861) y logró caracterizar en su discurso la esclavitud rural y urbana. Es menester recordar que en 1861 la trata estaba en su esplendor con una institución esclavista territorializada y jerarquizada: algunos negros fueron ubicados en el campo para desarrollar, según su sexo, actividades domésticas y agrícolas. Las mujeres servían de cocineras, parteras, cuidadoras y madres sustitutas de los hijos de sus amos. En cuanto a los hombres, eran empleados en el cultivo de tabaco, café y, principalmente, azúcar. Otro grupo de esclavos se situaron en las zonas urbanas donde trabajaban, solo por mencionar algunos oficios, como caleseros, capataces y sirvientes.

En ambos escenarios –el rural y el urbano– emerge la figura de la hacienda. No existió dibujo más fidedigno de la estructura colonial y todas sus formas de esclavización. Si el lector de este trabajo pudiese superar los primeros escalones de las grandes casas de la época, construidas a la española, se encontraría con el amo, en su porche techado, supervisando en la distancia, seguro en su poder y feliz en su riqueza, al negro semidesnudo que emplea la fuerza bruta para recoger un producto que jamás le traerá bienestar y que lo obligará a forjar la distancia que lo separa de la libertad, es una otredad invisibilizada en la comodidad de una identidad nacional, que degusta de los beneficios jerárquicos de la esclavitud. Zambrana subvierte el símbolo absoluto de la esclavitud para emplearlo como contexto denunciante del régimen opresor de Cuba. El escritor también propone perspectivas transformadoras, libertarias, progresistas y “democratizadoras, que

incorporen a sectores subalternos” (Mailhe, 2010, p. 11) como sujetos de derechos en los proyectos nacionales.

Los protagonistas de *El negro Francisco*, Francisco y Camila, habitan un medio urbano. El negro Francisco es un esclavo empleado como cochero o conductor de calesas –calesero– que, en el atroz y humillante contexto del mundo esclavista, sobre todo el relativo al trabajo en los ingenios, se consideraba un oficio de sujetos negros “dignos y afortunados”. Por su parte, la mulata Camila tiene un papel ambiguo: entre hija adoptiva y muñeca de juegos y sirviente-acompañante esclava de doña Josefa Ramírez de Orellana. Ambos personajes gozan de la estimación y “buen trato” de sus amos –con un claro cariz paternalista– sin embargo, cuando es descubierto el amor de los esclavos, Francisco es trasladado al campo y debe experimentar la cruda y brutal realidad del esclavismo rural, pues es en estas zonas, en particular en los ingenios y las minas, donde los esclavos viven en las condiciones más inhumanas y deprimentes.

En ese escenario del esclavismo rural en los ingenios y minas, la gente negra es despojada de los derechos humanos básicos: se les alimenta mal, son fuerte y arbitrariamente castigados, obligados a trabajar durante horas sin interrupción mientras están enfermos, entre otros vejámenes. Todo esto es cuestionado por Zambrana, quien expresa: “un ingenio, sobre todo, un gran ingenio es un pequeño reino aparte en el medio del país: algo como los señoríos feudales de la edad media” (1875, p. 121). Con su discurso literario, Zambrana ofrece una recreación de la feroz realidad del mundo esclavista: un entorno que en el mundo urbano le ofrece al sujeto negro condiciones “más favorables”, pero que no le permite romper las cadenas de la esclavitud; y la otra realidad, la del mundo rural, cuyo símbolo, la hacienda, significa explotación, opresión y muerte.

*El negro Francisco* da cuenta también de los elementos identitarios que caracterizan la cultura heterogénea del sujeto negro: los ritos, leyendas, ceremonias, expresiones poéticas, reflexiones, pensamientos, costumbres y tradiciones. En la obra de Zambrana, es Francisco quien evoca y encarna la historia, la tradición y cultura africana:

Francisco refirió a Camila lo que recordaba de la existencia que había tenido en su país y lo que sus compatriotas aseguraban acerca de su familia y de su destino anterior. Relato que la complacía como si fuera un romance creado por la inspiración del poeta. Francisco era de una tribu valerosa, cuyas cualidades y características –el vigor y la audacia– lo habían hecho célebre entre los suyos. Conservaba la memoria de las salvajes luchas que cobijaron su infancia, i al hablar de su estirpe regia, un orgullo, que no estaba exento de belleza, inflamaba con su llama los ojos negros del esclavo. Díjole a Camila que sus

compañeros i él acostumbraban a reunirse periódicamente para celebrar los ritos singulares i fantásticos que prescribía la religión de sus padres, que, entonces, un negro anciano refería alguna historia de la patria en una canción compuesta por él. Un refrán melancólico, que iba después de cada estrofa que salmodiaba el viejo cantor, era entonado por todos, i encerraba siempre en una frase enérgica el tema de la narración (1875, p. 66).

A este pasaje de la novela de Zambrana, respecto a la configuración de la historia y la cultura negra, agrega el narrador:

Nosotros que, durante la guerra de Cuba, hemos tenido la oportunidad de asistir a estas ceremonias, sentimos no poder encerrar en algunas líneas una idea completa de la elocuencia salvaje i poderosa que hay en esas leyendas místicas, obra de un patriotismo que el espectáculo de la civilización no extingue (1875, p. 66).

Es válido advertir que el tejido narrativo de la obra posee ambivalencias y contradicciones. En la novela, la representación de los actores sociales negros viene revestida de un acervo cultural elocuente y poderoso, no obstante, al mismo tiempo, la forma de caracterizarlos denota cierta carga semántica de tonalidades descalificadoras. El narrador se refiere, al aludir a las expresiones culturales y religiosas negras, como “las sombrías tradiciones de su raza, el amor a los oscuros símbolos de la patria, representada en ritos extraños, en una poesía salvaje, en un culto más salvaje aun, todo aquello que era tan poco adecuado” (Zambrana, 1875, p. 68). Los adjetivos que selecciona el autor son significativos: “sombrias”, “oscuros”, “extraños”, “salvaje” no hacen sino acentuar el lugar de otredad que atenaza con estereotipos y prejuicios la cultura del sujeto negro.

## **Conclusiones parciales**

*La República de Cuba* y *El negro Francisco* son dos obras inscritas en la narrativa antiesclavista cubana que, mediante la representación de la realidad esclavista, denuncian el régimen de dominación impuesto por España en connivencia con la élite cubana. En el caso de *La República de Cuba* se ofrece una propuesta progresista que le posibilita al sujeto negro cambiar su estatus y circunstancias de vida. A través del marco legislativo producto de la revolución cubana de 1868, el negro alcanza el reconocimiento de liberto. Por su parte, en la novela *El negro Francisco* se denuncia la institución esclavista, los trabajos humillantes, las durezas de los amos, pero afuera de la narración, en la Cuba decimonónica, la realidad permanece inalterable. El

personaje principal, Francisco, reflexiona sobre su condición de esclavizado, tiene conciencia de su situación y de la necesidad urgente de transformarla, sin embargo, le es imposible romper con las cadenas físicas del sometimiento (Zambrana, 1875). Nace y muere como un esclavizado, privado de la posibilidad de crecer, ser libre y feliz.

Ambas son, también, obras literarias que revelan el contenido de los debates sobre el esclavismo y la independencia de la Cuba del siglo XIX. Las discusiones se originaron fundamentalmente en el hecho de que los letrados de La Habana se sentían como un otro, excluido y alejado de los focos de poder. Las obras de Saco y Zambrana son, ya lo hemos visto, antiesclavistas, y aunque sus intenciones y métodos son muy distintos, los letrados ofrecen resultados nocivos para el sujeto negro. Saco plantea un proyecto nacional en el que no hay esclavismo y no hay negros, y Zambrana considera a los negros en su proyecto nacional, pero manteniendo las distancias sociales y económicas, preservando y reservando los privilegios blancos, limitando los derechos de los negros, y mirándolos, porque así él cree que debe ser, siempre desde una posición de superioridad. En estos autores la estructura jerárquica sociocultural con criterio racial permanece intacta. El radicalismo de Saco y la moderación de Zambrana se invierten en la concepción independentista que cada uno tiene: por un lado, Zambrana es riguroso al exigir la emancipación de España mientras que Saco se muestra a favor de una autonomía relativa que siga conservando el vínculo con la metrópolis.

A continuación, el interés se pondrá en las letras de José María Samper y Eduardo Zuleta, quienes recrean en sus narrativas decimonónicas al sujeto negro en la realidad nacional colombiana. Estos escritores, como los cubanos, se saben antiesclavistas, pero sus obras están atravesadas por contradicciones que oscilan entre la aceptación y el rechazo del otro.

## **Capítulo 3. Configuración de la otredad negra en el discurso antiesclavista colombiano del siglo XIX: acercamiento a las obras de José María Samper y**

**Eduardo Zuleta**

### **3.1 José María Samper y su narrativa decimonónica**

José María Samper nació en 1828 en Honda, Tolima. De formación letrada amplia y variada –abogado, político, escritor, periodista–, participó en numerosos escenarios de la vida pública y erudita, no solo colombiana sino del ámbito internacional, tales como la Sociedad de Geografía Americana y la de París, la Academia de Bellas Letras de Chile, la Real Academia Española y el Instituto de Ciencias Morales y Políticas de Caracas. En su ejercicio como abogado y político, promovió iniciativas vinculadas con la configuración del proyecto nacional posindependencia en asuntos como abolición de la esclavitud, libre comercio, reformas educativas, libertad de expresión, entre otras.

En el ámbito literario y periodístico, Alejandra María Toro (2010) indica que Samper se dio a la tarea de “formar a los ciudadanos en ese espíritu democrático, que, para él, era el camino ideal para la construcción de la República” (p. 98). En este contexto produjo obras con un claro propósito formativo: en su pensamiento estaba que a través de historias con marcado sentido moral se podía llegar con facilidad al espíritu de los lectores y enseñarles actitudes progresistas. La novela, género predilecto de Samper, era la manera adecuada para alcanzar la transformación de la nación colombiana (Toro, 2010), en tanto concebía la ficción como modeladora cívica y ética del ciudadano. En esa medida, construyó una ficción narrativa en donde, siguiendo la perspectiva de Sommer, se estableció una relación novela/ciudadano/nación, que configuró los cimientos de un proyecto burgués que pretendía construir un tipo de sujeto social y cultural representativo en la estructura de la identidad nacional (2004).

A Samper, este espacio presente en el universo de las letras, le permitió participar en tertulias literarias, escribir poesía, obras dramáticas, retozones, cuadros de costumbres, textos didácticos de largo aliento, biografías y bocetos de personajes notables, discursos científicos, relatos de viajes, trabajos de crítica, historia y periodismo. En esta última categoría, la prensa, fue donde quedó consignada la mayor parte de su pensamiento. Ora como fundador, ora como redactor

o colaborador, dejó un sinnúmero de artículos en los que expuso no solo sus ideas, sino también el carácter político de la época y, en general, de la vida social, económica y cultural del país. Su multifacética labor literaria se debió a un carácter apasionado lleno de aptitudes y a las presiones de un tiempo que lo motivaron a escribir ensayos como *Apuntamientos para la historia política y social de Nueva Granada* (1853); *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas (hispano-americanas): con un apéndice sobre la orografía y la población de la Confederación Granadina* (1861); *Los partidos políticos en Colombia: estudio histórico político* (1869); y novelas como *Martín Flores* (1866); *Florencio Conde* (1875); *El poeta soldado* (1881); *Historia de un alma* (1881), entre otras producciones narrativas.

### **3.1.1 Nación, raza y esclavización en el *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas***

En *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas*, Samper construye un esquema metódico en torno a los pasos que conviene seguir al estudiar los fenómenos de la vida social y política de los pueblos hispanoamericanos. Este análisis, resultado de investigaciones sobre la composición social, económica y cultural de Colombia, sigue la línea de su trayectoria política y se ubica en un lugar central de los estudios sociales de raza, clase, esclavismo y nación de América Latina en el siglo XIX. En su estructura general, el ensayo tiene una división de diecisiete capítulos complementados por un apéndice de varios apartados. Los primeros cinco capítulos del texto resultan interesantes puesto que introducen temáticas clave como la formación de los Estados-nación, la esclavización del sujeto negro y la caracterización de las clases sociales y las razas en la sociedad decimonónica colombiana.

El discurso ensayístico de Samper se construye en el marco del posicionamiento de un letrado perteneciente a una elite que, según Peter Wade, veía en las filosofías liberales y el positivismo un proyecto de nación con valor absoluto. Preceptos como la libertad, la independencia, el progreso, la industria, la ciencia, la razón y la educación fueron aceptados como evidentes por sí mismos y parte intrínseca del sentido común, aunque, claro, había debates en torno a su extensión (Wade, 1992). Sin embargo, esta idea de nación se enfrentó a la no pequeña muralla que erigían las diferencias sociales, económicas, culturales y políticas de un país recientemente dividido en regiones. Con la delimitación geográfica el Estado soberano pretendió dotarse de la suficiente autonomía para aumentar su poder e instituir normas como entidad organizada.

No obstante, más allá del complejo entramado de causas que motivaron la formación de las naciones de la América Latina del siglo XIX, en el ensayo destacan dos en particular. La primera, concibe la relación intrínseca entre el desarrollo democrático y la formación racial; la segunda, erige una visión positivista que ve en el liberalismo la base del progreso económico y social. Ambas construcciones ideológicas estaban estrechamente vinculadas a un determinismo biológico que trascendió en cuestiones como el esclavismo y las identidades socio-raciales de la nación. El letrado tolimense tuvo muy claros los factores precisos de estos fenómenos reformadores. Por ejemplo, racializa en términos de construcción piramidal la cultura hispánica y anglosajona para marcar diferencias en la organización social, política, cultural y económica de sus procesos colonizadores en América. Es así como asume que los rasgos raciales y la perspectiva económica liberal de los sajones permitió el progreso de las naciones donde ejercieron su poder, contrario al rol colonizador de una raza latina que, debido a sus rasgos diferentes, trajo consigo el retroceso económico y la asimilación. Samper lo caracteriza así:

Las razas germánicas o del Norte, son las únicas que poseen el genio de la colonización, es decir, de la creación de sociedades civilizadas en regiones bárbaras. Las razas latinas o del Sur, son las únicas que tienen el genio de la conquista, es decir, de la dominación (por asimilación) sobre los pueblos ya civilizados (1861, p. 34).

La diferencia cultural manaba de principios que ven en la raza el fundamento para establecer jerarquías y asignar a ciertos grupos un código de conducta. Del mismo modo, esta concepción incorporaba una visión positivista que, una vez aplicada al liberalismo, instituyó valores considerados como símbolos absolutos de desarrollo y progreso, tales como el individualismo, la libertad y la iniciativa personal. El autor ejemplifica el ideal del espíritu democrático y progresista que, así lo afirma, debería existir en las personas e instituciones de la República. Para ello, Samper compara las culturas sajonas y latinas, grupos humanos que le permitieron ilustrar los principios liberales y construir la narrativa de un panorama histórico colombiano cuya principal tarea era sembrar las bases de la nación.

Samper señala que la colonización sajona descartó sin miramientos la idea de un Estado interventor en los asuntos económicos y políticos de la sociedad. Ahora bien, le resultaba diametralmente opuesta la visión de la cultura latina, puesto que había ejercido despóticamente un

poder excluyente en todos sus procesos sociales, culturales, políticos y económicos. Samper lo condensa así:

Las razas del Norte tienen el espíritu y las tradiciones del individualismo, de la libertad y la iniciativa personal. En ellas el Estado es una consecuencia, no una causa, una garantía del derecho, y no la fuente del derecho mismo, una agregación de fuerzas, y no la fuerza única. Todo lo contrario, representó la colonización de las razas latinas. El gobierno español no comprendió esa verdad, extraña al genio y las tradiciones de la raza que representaba. Quiso colonizar directamente, hacerse el empresario de la obra, minero, agricultor, comerciante, fabricante, propietario exclusivo, misionero, explorador y cien cosas más a un tiempo; y como para eso le fue preciso dividir sus fuerzas, dislocarse y darles una dirección violenta a los intereses de las colonias, las sociedades que de éstas nacieron fueron verdaderos monstruos (1861, p. 36).

Las comparaciones de Samper hacen visible su creencia en que el origen de la gran democracia norteamericana se encontraba en los gérmenes que el pueblo inglés implantó –y no forzó– en los Estados Unidos. Fue así como los pueblos anglosajones se constituyeron a partir de procesos migratorios individuales, naturales y voluntarios enfocados en la construcción espontánea y libre de una identidad nacional homogénea que garantizara, dentro de sus posibilidades, condiciones de armonía social. Mientras que, por otro lado, los españoles legitimaron un dominio frágil e inestable de sus colonias a partir de conflictos, guerras prolongadas, posesión ilegítima de la tierra y políticas excluyentes hacia los criollos, indígenas, negros y mestizos. En esa medida, el asentamiento inglés en tierras americanas fue más allá de la codicia del oro y la imposición forzada de una visión ideológica, su mentalidad apuntó hacia la búsqueda de naciones construidas sobre la base de la estabilidad. Según la visión de Samper, lo movía la intención de potenciar las virtudes de la sociedad civil desde una concepción individualista. Fue así como la estirpe sajona –“gracias” a sus características biológicas– representó el pináculo de la civilización y de la cultura. Los españoles, por otro lado, dejaron a su paso un heterogéneo grupo de pueblos americanos ahogados en caos, desequilibrio y liderados por políticos sin la suficiente lucidez para enfrentar los nuevos retos de organización y gobernabilidad. En esa medida, abundaba la intransigencia hacia el foráneo, la carga burocrática, el menosprecio por el trabajo, la falta de confianza en la actividad individual propia y la costumbre de esperar todo de la institución estatal. Como consecuencia, el camino hacia la sociedad ilustrada quedó



permanentemente obstruido. El impedimento no era otro que la predominancia del espíritu español y la carencia del carácter sajón. La perspectiva española llevó a América a una absoluta degradación de los escenarios de su vida política, social y económica. El continente, desde entonces, no se erigió como un organismo estructurado al estilo norteamericano, al contrario, fue el reflejo de la desorganización y la imagen de una sociedad contaminada.

Según Jaime Jaramillo (2003), Samper evaluó dos puntos clave de la organización colonial española. Primero, sin estar radicada en Colombia, la elite ibérica ocupaba la totalidad de los empleos públicos del país. Es decir, había una suerte de subordinación a distancia de los grupos humanos no blancos y un control externo invisible, evidente, claro está, en el orden social. Segundo, “la esclavitud como elemento constitutivo del trabajo, ya bajo la forma especial de la servidumbre del negro-cosa y sus descendientes” (Jaramillo, 2003, p. 37). En efecto, el sujeto negro esclavizado aportaba a la riqueza de sus amos con el producto de su labor, sin embargo, le era negado el reconocimiento como sujeto con derechos civiles y políticos. Estos actores sociales eran invisibilizados por sus nombres, costumbres, idiomas y pasaban a ser una más de las posesiones de sus amos; lo que significaba –en lo que a perder las raíces respecta– una muerte social. Por último, España tenía el monopolio absoluto de cada una de las formas de la vida económica, tales como el comercio exterior, la industria, la agricultura y la minería. Estos tres factores se manifestaron en un sistema económico en el que primó la explotación minera, puesto que la naturaleza de dicho aparato permitió la fácil concentración y el traslado de las riquezas a manos de la elite, dejando así a Colombia con un pobre sistema agrícola e industrial, pocas vías de comunicación y un robusto sistema esclavista.

Estos aspectos, entre otros, constituyeron los elementos de la organización peninsular que impidieron la construcción de un proyecto de nación autónomo formado por instituciones políticas estables. Fue así como, ante los ojos de Samper, la herencia cultural española fue el retardante principal del desarrollo de los Estados de América Latina, de ahí que en ellos abundara la burocracia, la “empleomanía”, la excesiva intervención gubernamental y los privilegios estatales. Es decir, no existía rasgo negativo –cultural, político o económico– que no pudiera ser explicado por los gérmenes del deforme sistema esclavista y colonial impuesto por el país ibérico.

En la perspectiva del letrado, el motor del desarrollo técnico-industrial que transformó a los países sajones del siglo XIX fue la construcción de un espíritu autónomo, es decir, se crearon vínculos básicos en los que confluyeron el progreso y la individualidad de las personas. En este

orden, concibió como un hecho inobjetable que el valor de la cultura sajona fuera producto de la actividad natural y libre de los sujetos. Por su parte, las flaquezas de los pueblos latinos se debían a un actuar colectivo y dependiente de la permanente orientación, casi paternalista, de las autoridades estatales, quienes asumían el control total del actuar ciudadano. De este modo, el letrado estableció un proyecto de cartografía social y política con fundamentos biológicos, una suerte de dogma en el que creyó inadmisibles otras explicaciones de mayor base científica. Pero, a pesar del hermetismo de sus planteamientos, en el ensayo abundan las contradicciones y ambivalencias factuales. En algunos casos, asevera que la dominación española fue posible debido a la inferioridad racial de los pueblos americanos, en otros, considera que no era un asunto racial, sino la inevitable consecuencia de los actos perpetrados por los españoles en el nuevo continente.

Estas representaciones comparativas van más allá de la simple caracterización de las razas, pues este ejercicio afectó la composición de las identidades sociales en un punto tan clave como la estratificación socio-racial que, una vez implantada en la Colonia y en el nacimiento de las repúblicas americanas, trajo como consecuencia el sometimiento del hombre por el hombre a través del esclavismo. De hecho, Samper definió como resultado de la colonización española al fenómeno que vinculó la raza con la jerarquía de clase. Fue así como el letrado propuso la relación entre los rasgos biológicos, la conducta de los sujetos y su rol en la sociedad. De esta forma, promovió una clasificación humana en la que algunos grupos sociales eran relegados a la periferia y otros – que representaban el núcleo del poder social– ocupaban el centro. Un fenómeno calificado por Samper como egoísta por parte de la colonización española, actitud que, así como había conducido al monopolio absoluto, la persecución y destrucción de los indígenas, también hizo florecer la esclavitud de los sujetos negros.

Fue este tipo de colonización la que le permitió a España concentrar abundantes réditos económicos y políticos. En este contexto, los actores sociales negros, indígenas y mulatos eran estigmatizados como seres biológicamente inferiores que debían ser esclavizados, despojados de las ventajas de la vida social y alejados de los puestos públicos. Esta realidad también se hizo extensiva a los colombianos de padres españoles –criollos– quienes eran tratados como raza subalterna.

La visión de Samper alude a una realidad específica y a un momento histórico determinado que tuvo muy presentes las experiencias nacionales. Es así como la nación, su nación, se construye a partir de presupuestos biológicos de raza y enfoques políticos provenientes de una posición

individualista nacida en el liberalismo. El pensamiento de Samper abarca un siglo XIX republicano en el que abundaban los relatos ansiosos por construir una sociedad legitimante del vínculo entre raza y clase. Los prejuicios socio-raciales habían sido naturalizados a lo largo de siglos de hegemonía blanca, de este modo, la raza condicionó las relaciones de poder, economía y cultura. La más mínima presencia de pigmentación negro-marrón determinó la potencia biológica y la ubicación social de los individuos, creando una ecuación lineal que relacionaba el color de la piel con la ubicación social y la adjudicación de derechos civiles y políticos. Estos prejuicios y estereotipos sustentaron siglos de esclavización negra no solo en la colonización, sino también en la emergencia de las repúblicas en América.

El rol de estos sujetos sociales fue parte fundamental del establecimiento político y letrado cuando, previo a estos hechos históricos, su posición de sometimiento no pasaba de ser un hecho natural e irrefutable. Desde este último punto de vista, la raza era, por un lado, la lupa a través de la cual todas las diferencias eran interpretadas y, por el otro, el peldaño diferenciador de la estratificación de clase. Dicho de otra forma, no existían principios fundamentales que rigieran un acuerdo en el que todos los actores socio-raciales de la nueva república colombiana fueran reconocidos como parte de un proyecto colectivo que reuniera sus intereses.

El ensayo de Samper plantea ideas cuestionables en torno a las configuraciones raciales en cuanto que se encontraban vinculadas a una visión positivista y a valores liberales que pretendieron refundar las realidades nacionales del continente. Este escritor, al igual que muchos pensadores de su tiempo, admitía –sin mucha reflexión– construcciones conceptuales referidas a temas raciales. Su discurso planteaba diferencias biológicas e históricas lo suficientemente grandes para preferir la dominación de unos –sajones– en detrimento de otros –latinos–. Dichas perspectivas discursivas terminarían afectando la definición de las identidades nacionales decimonónicas. De ahí la fe romántica en el individuo y la aversión a todo lo que había significado el Estado español, a saber, la traba jurídica, la esclavización y la perversión burocrática.

Es evidente que el análisis de conjunto de Samper es insostenible a luz de la realidad histórica, toda su argumentación se basó en dos proposiciones carentes de sustento científico: primero, que las diferencias entre las colonias inglesas y españolas se debían a la superioridad racial de los sajones, y segundo, que el éxito cultural de estos últimos estaba relacionado con la creación de una sociedad basada en el contrato libre de los individuos. Es decir, todo lo que emergía de la actividad espontánea del sujeto era valioso, mientras que lo que se originaba de las

acciones del ente estatal y bajo el sometimiento del hombre por el hombre era contraproducente. En esa medida, podemos afirmar que Samper construyó un concepto de raza empleando las tipologías raciales del siglo XIX que darían lugar a la dualidad sintética de *raza aria-raza latina*. Es así como la obra maneja concepciones racializadas, porque parte de prejuicios y estereotipos positivistas.

Ahora bien, es imposible desconocer la importancia de este trabajo literario en el panorama de los estudios históricos y sociales y en la transformación política de las naciones americanas. Sin embargo, Samper constituyó un proyecto de nación muy reduccionista que, vinculado al liberalismo, se erigió sobre el arquetipo de un tipo de individuo racialmente “superior”. Sus ideas no promovieron la formación de una república democrática incluyente, más bien, su pensamiento de nación se fundamentó en argumentos biologicistas, excluyentes y jerarquizadores configurados de tal modo que preservaran el entonces agonizante sistema colonial.

### **3.1.2 Percepciones y perspectivas de Samper ante la esclavización**

El ensayo objeto de análisis plantea posiciones poco claras en cuanto a la abolición o continuación del sistema esclavista. Por un lado, Samper creía que era justificable la esclavitud puesto que hacía parte de un plan “divino” y “benévolo” que permitió edificar el “Nuevo Mundo”, con un argumento paradójico al estilo del mal justifica los medios. Dicho proceso de dominación fue liderado por los regímenes coloniales ibéricos (siglos XVI a XVIII) y luego por el poder de las elites criollas de las nuevas repúblicas americanas (siglo XIX). La cita revela su postura ambivalente:

La cuestión de la esclavitud, bajo el punto de vista hispano-colombiano, es decir, de las antiguas colonias españolas, es, como cuestión histórica y social, una de las más trascendentales e interesantes que un escritor de hispano-Colombia y aun de Europa puede examinar. Para nosotros la introducción de la esclavitud en el Nuevo Mundo fue un suceso inmenso y providencial. Ningún hecho social ofrece tan patente la prueba de esta sublime y consoladora verdad: que Dios, en su infinita sabiduría, se sirve hasta de las faltas de la humanidad para producir el bien, haciendo que se cumplan sus misteriosos designios, su divino plan de unidad eterna, de armonía suprema y progreso infinito (Samper, 1861, p. 67).

En otro pasaje del ensayo es evidente la postura contradictoria de Samper ante la esclavitud pues, a pesar de que la reconoce como un mal gravísimo, afirma que el sistema trajo réditos

positivos a la estructura social y política de las naciones hispanoamericanas. Este discurso disímil emplea un lenguaje pálido y eufemístico cuyo fin claro es minimizar la muy compleja realidad de este régimen opresor en aquella época:

No pretendemos tratar las cuestiones de la esclavitud bajo su aspecto antipático. Toda declamación sobre la materia sería estéril y superflua. Con excepción de lo salvajes reyezuelos de África y los propietarios de esclavos en Sur América (cuya franqueza en el asunto ha llegado hasta el cinismo y la blasfemia), no hay en el mundo un hombre, sea cual fuere su condición, que no reconozca que la esclavitud es un mal gravísimo y complejo. Los pueblos honrados hacen esfuerzos por obtener la abolición completa, de modo que consulte mejor todos los intereses, y la cuestión es puramente de tiempo y de medios de ejecución. Así, en cuanto a las repúblicas hispano-colombianas, nosotros no examinaremos el hecho de la introducción de negros esclavos sino bajo el punto de vista meramente social y político (Samper, 1861, p. 67).

Esta cita nos permite observar que, aunque Samper censura la práctica esclavista, procura siempre humanizar y excusar a sus perpetradores. El escritor se niega a condenar abiertamente la esclavitud. Por el contrario, se enfoca y examina el esclavismo desde un punto de vista socioeconómico y político. Allí caracteriza al sujeto negro esclavizado como un ser bárbaro, salvaje e inferior cognitivamente, pero fuerte y necesario para afrontar las actividades económicas que requerían gran capacidad física, como el trabajo en mineras, ingenios, la navegación, las labores agrícolas y domésticas. La perspectiva que surge del ensayo de Samper se articula en un campo letrado más amplio en el cual el mantenimiento de la esclavitud, como indica Palacios, conforma la “base para la manutención de los privilegios, prestigios, ostentaciones, lujos e intereses del establecimiento hacendado (1982, p. 307). En la novela de Samper se puede evidenciar esto con el siguiente pasaje:

La multiplicación de los negros de raza africana tenía que ser prodigiosamente rápida en el Nuevo Mundo. Por una parte, era grande, permanente y creciente el interés que tenía los propietarios de minas y lavaderos, y de ingenios y establecimientos agrícolas, en introducir el mayor número posible de esclavos, a fin de darles rápido incremento a sus especulaciones. Los negros no solo eran necesarios para todas las laborales duras en climas ardientes, sino también para la navegación que exigía remadores o bogas muy fuertes y de hábitos brutales (Samper, 1861, p. 69).

La posición de Samper ante la esclavitud parece ser la expresión de un pensador que ve en el sistema de subyugación un mal necesario. Es una postura tolerante ante el régimen opresor puesto que –al asumirlo como fundamental– mantiene los privilegios de clase de un grupo selecto. Cuando el escritor intenta hablar negativamente de la institución esclavista resulta muy poco convincente, sus líneas –como si amplificaran las voces de su tiempo– están llenas de contradicciones y límites difíciles de franquear. La realidad histórica nos demuestra que, a pesar de que en el siglo XIX predominó un intenso debate sobre el abolicionismo, la élite dominante se oponía a perder los privilegios de clase soportados en el brutal sometimiento del sujeto negro. De hecho, el ensayo invisibiliza las crueldades del esclavismo, tales como los padecimientos y condiciones infrahumanas, las atroces cazas de personas experimentadas durante las capturas en África, la trata negrera intercontinental, el tortuoso desembarco en América y la destrucción de los lazos familiares entre abuelos, padres, tíos, hijos, sobrinos y hermanos. Asimismo, guarda silencio sobre las luchas libertarias, las sublevaciones, las revueltas y las fugas de esclavos que el país presenció con frecuencia durante estos años. El escritor tolimense también parece ignorar las nefastas consecuencias que sufrieron los esclavos rebelados, quienes fueron sometidos a persecuciones, mutilaciones, torturas, violaciones y asesinatos.

### **3.1.3 Pertenencia étnico-racial en el *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas***

La caracterización de los grupos humanos en términos raciales fue uno de los temas predominantes en las narrativas decimonónicas colombianas. Los criterios y valores que le sirven de base, así como las estructuras jerarquizadoras y discriminatorias de la realidad histórica, contribuyeron a la formación de un conjunto de pensamientos utópicos en torno a la raza. Se propone reflexionar sobre este asunto en el espacio narrativo del ensayo de Samper, asimismo, se analizan los puntos de vista y los giros discursivos que emplea el escritor para, de este modo, elaborar una variedad de interpretaciones que ofrezcan una perspectiva más profunda y diversa de las dinámicas raciales de la Colombia del siglo XIX.

En relación con la caracterización del concepto de raza existen diferentes interpretaciones fundamentadas en el marco de las construcciones discursivas. Estas reflexiones se encuentran vinculadas con la denominada racialización del cuerpo, un elemento simbólico que transita entre las perspectivas biologicistas y culturales. Esta racialización otorga significado al cuerpo de una

manera piramidal. Como bien señala Todorov, se establecen narrativas de carácter jerarquizante que determinan las capacidades, posicionamientos sociales y culturales de los sujetos (2013). Si bien los estudios modernos dan cuenta de la raza como una construcción sociocultural, existen discursos hegemónicos racializados que ejercen control en función de condicionar el reconocimiento y acceso al poder de los distintos grupos humanos.

Samper estudió la vida política y social de Hispanoamérica con el objetivo de vincular al rol de los actores socioculturales con la identidad nacional. El escritor colombiano creía que, en el marco de los proyectos en América del Estado-nación, la diversidad racial podía servir como “oxidante” de la “fermentación” de la sociedad decimonónica. Sus pares letrados de la época en el continente, también plasmaron en sus obras criterios de estratificación racial. Samper, sin embargo, fue un poco más específico, su ensayo relaciona las posibilidades de acceso al poder teniendo en cuenta el color de piel de los individuos. De este modo, en el mosaico étnico-racial se configuró una escala piramidal en la cual quienes se encontrarán en la cima eran referentes hegemónicos de la superioridad cultural, mientras que los miembros de la base eran representantes de la inferioridad racial o en palabras de Spivak los “sujetos subalternos” (1985).

El letrado trata de rastrear el origen de las diferencias socio-raciales. Afirma que antes de la introducción del sujeto europeo y africano la diversidad de los indígenas precolombinos era inmensa. No obstante, con la conquista y el gobierno colonial entraron en contacto elementos socio-raciales tan disimiles que dicha mezcla permitió la consolidación de las sociedades republicanas del siglo XIX. Es así como, durante buena parte del periodo colonial y en el siglo de emergencia de las repúblicas independientes se manejaron multitud de nombres para calificar a los individuos nacidos de los sucesivos procesos de “transculturación” (Ortiz, 1940): variedad española, variedad indígena, negra africana, mestiza (español e indio), mulata (blanco y negro), zamba (indio y negro), etc.

En la jerarquización de orden socio-racial que se observa en el ensayo, se encuentran, en primer lugar, a los peninsulares ubicados en puestos públicos –con escasas salvedades–, a los miembros de la jerarquía eclesiástica, los militares, los comerciantes, los grandes terratenientes y mineros, aunque no en un porcentaje importante. Luego, “los blancos nativos o criollos formaban la masa general de los letrados, clero inferior, pequeños propietarios, artesanos, mercaderes subalternos y tenderos en escala reducida” (Samper, 1861, p. 72). A continuación, en un nivel menor, “los indios, organizados en resguardos, eran en su totalidad agricultores, propietarios en

común y tributarios” (p. 72), por último, “los mulatos y demás mestizos derivados de la raza negra: vivían como proletarios, apéndice de los grupos esclavos, figurando como obreros, hombres de pena, arrendatarios agrícolas, bateleros, mineros, etc.” (Samper, p. 72).

El texto asevera que para cada raza existen instancias particulares de desarrollo físico, moral y cognitivo que pueden ser observadas y comparadas entre sí. Al autor nada le es más llamativo que las condiciones ambientales y los inesperados resultados que entrega las mezclas de grupos humanos distintos. Por ello advierte que en la naturaleza de estos actores sociales están presentes, “caracteres morales, tendencias y aptitudes que se derivan de la coexistencia de tantas razas, unas enteramente puras, pero algo modificadas por la influencia del medio en que viven, otras relacionadas entre sí por cruzamientos más o menos intensos” (Samper, 1861, p. 83). Y agrega que, entre los diversos grupos humanos, exceptuando a las razas europeas, elegiremos como los más representativos: “los del criollo bogotano, el antioqueño blanco, el indio, el mulato y el negro. Cada uno de esos sectores sociales son la caracterización de un cruzamiento (...) o modificación producida por la acción del medio físico y social” (Samper, p. 83).

Samper asegura que es en ciudades del altiplano como Bogotá –capital de la República y centro del poder político– donde se encuentra en toda su perfección, intensidad de rasgos, cualidades y defectos, la raza criolla pura, es decir, los descendientes directos de la estirpe española que lograron preservar intacta su sangre del influjo de otras razas. Este grupo socio-racial, símbolo de civilidad y progreso, es caracterizado con las más altas calidades físicas, cognitivas y morales. Son enaltecidos por la blancura de su piel, por sus rasgos finos, su pelo liso, su gran altura y robustez, sus maneras amables y trato cordial. Como también, su disposición y habilidad para el arte y la alta cultura.

Por punto general, el bogotano es, en cuanto a su tipo, notablemente bello y distinguido. La talla es robusta, la coloración vivamente sonrosada, la tez blanca, fina y transparente, la cabellera abundante, pero poco resistente a la calvicie, y de tinta negra por lo común, ojo expresivo, al mismo tiempo que amable y burlón, la nariz bien perfilada, la barba espesa y negra, el pie pequeño, el andar fácil y elegante, la voz suave y de fino timbre, la expresión general plácida, cordial y franca; en una palabra, un tipo hermoso, particularmente en la mujer, y muy simpático. El bogotano tiene adoración por la música, las fiestas públicas de todo género, la danza y los paseos ecuestres, y manifiesta disposiciones muy felices para casi todos los géneros de estudios, de artes y labores. Las más antiguas familias tienen todavía fe en la sangre azul, y aunque la democracia y el tiempo han modificado las



costumbres, esas familias, llamadas en el país raizales, procuran siempre mantener cierto rango aristocrático (Samper, 1861, p. 84).

Samper ubica en el segundo escalón de esta jerarquía socio-racial al antioqueño. Ante los ojos del escritor, constituyen la otra expresión de la realidad civilizatoria decimonónica. Físicamente más hermoso y morfológicamente más fuerte, el origen de su poderío se debió a los caracteres que heredó de la Confederación. Del cruce entre españoles, israelitas y criollos nació esta estirpe de individuos, encarnaciones andantes de la energía fulgurante de la raza mestiza-europea:

Blanco, muy poco sonrosado, delgado, membrudo y fuerte, y su fisonomía es notablemente angulosa o de rasgos pronunciados; su nariz es recta y de muy fino perfil; el ojo negro, burlón, meditabundo y luminoso; su porte, bastante distinguido y su expresión reservada. Se casa a los 19 o 20 años y es muy fecundo, excelente padre y esposo; se le encuentra siempre andariego, soldado valiente de infantería, trabajador sufrido, viajero infatigable a pie, laborioso, inteligente para todo, frugal, poco sobrio, aficionado al juego como todos los pueblos mineros, apasionado por el canto ascético y poco accesible a su país, notablemente ortodoxo, rumboso y gastador como individuo, pero parsimonioso y algo egoísta en comunidad. Además, en todo tiempo le hallareis negociante hábil, muy aficionado al porcentaje, capaz de ir al fin del mundo por ganar un patacón, conocido en toda la confederación por la energía de su tipo y por el cosmopolitismo de sus negocios, burlón y epigramático, es decir, positivista en todo, poco amigo de innovaciones y reformas y muy apegado a los hábitos de la vida patriarcal (Samper, 1861, p. 86).

En el texto, Samper también examina las particularidades del indígena. Con una visión claramente etnocéntrica, ve en la caracterización del nativo americano el símbolo de lo incivilizado. El autor retrata a estos individuos a través del mito del buen salvaje, una representación de la barbarie, la oralidad, la superstición y la inmoralidad. Es así como los rasgos físicos, morales y cognitivos de los indígenas fungen como antónimo de los cánones hegemónicos de progreso, alta cultura y belleza. En resumen, hacen parte de una raza menor que necesita aprender con urgencia la cultura, la lengua y la religión blanca europea:

El indio es un guerrillero vascongado, semisalvaje, de raza primitiva. El indio contento en medio de la abundancia y sin necesidades ni cultura, reacio a la civilización, impasible ante el progreso. Es un salvaje sedentario, bautizado, que habla español (aunque con

provincialismos) y cree que el mundo está todo en sus montañas, sus pueblos y cortijos y sus fiestas parroquiales. Pequeño de cuerpo y rechoncho, de color bronceado más bien que cobrizo, con la mirada estúpida y concentrada, maliciosa, astuto, desconfiado, y a veces pérfido, indolente en la moral, pero laborioso y sufrido, fanático y supersticioso en extremo, el indio pastuso es un ser fácil de manejar por medios clericales como indomable una vez que se ha declarado en rebelión (Samper, 1861, p. 87).

En su obra, Samper igualmente se refiere en términos racialistas a los mulatos. Afirma que el mulato, al ser producto del cruce entre españoles y sujetos negros, logra ubicarse en una esfera social más baja que la del blanco, pero más alta que la del negro. Esta nueva “raza” hereda las características morales y cognitivas superiores del peninsular, mientras que obtiene las condiciones físicas de la raza africana. Desde un punto de vista jerárquico, la élite decimonónica de América relacionaba la existencia de habilidades cognitivas con los genes blancos, mientras que las habilidades físicas eran consideradas un rasgo definitorio de la inferioridad negra:

El mulato hispano-colombiano, que no es objeto de desdén o desprecio como el de Sur América, gracias al carácter español y a nuestras instituciones fraternales, es un compuesto de las más bellas cualidades del español y el negro, y sus defectos son los de toda casta mestiza en su principio, y los inherentes a una situación transitoria. Nuestros mulatos tienen del negro la resistencia física, la fidelidad, el tierno amor a la familia y la aptitud para los trabajos fuertes; del español, el sentimiento heroico, el espíritu de galantería, el instinto altamente poético, el orgullo caballeresco que no tolera ningún ataque contra la dignidad y el honor, el genio impresionable, bávaro o picotero, fanfarrón y expansivo; y del colombiano el amor instintivo a la libertad y las tendencias poco sedentarias. Evidentemente se nota en el mulato cierta distribución de los caracteres de las razas que lo producen: su organización física es mucho más negra que blanca; sus cualidades morales, infinitamente más blancas que negras. Pero el mulato exige que se le trate con cuidado. Dócil y flexible ante la benevolencia y la razón suavemente presentada, es áspero, insolente, turbulento, intratable, cuando se siente insultado, despreciado o manejado con dureza. Rico de fantasía, sumamente accesible a las influencias poéticas, amigo de perfumes, lujo y novedades, gusta de hacer ruido, dar que decir, y su vanidad generosa y entusiasta les predispone a las pretensiones políticas, al deseo de elevarse, ennoblecerse y hacer papel, casi siempre con desinterés. Su inteligencia es rápida y clara, particularmente para las bellas artes, los negocios de administración pública, la jurisprudencia y el comercio. Su fidelidad conyugal es problemática, su valor arrojado, pero poco resistente, su sentimiento religioso muy despreocupado. El mulato es, pues un tipo interesante que, bien dirigido, es susceptible de ofrecer resultados no solo apreciables sino sorprendentes, gracias al espíritu de progreso y emulación que los distingue (Samper, 1861, p. 92).

Finalmente, el *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas* recrea a los sujetos negros a partir de un estatus de minoría de edad. Son configurados como miembros de una raza salvaje con gran adaptabilidad física en condiciones ambientales hostiles, pero carente de aptitudes morales y cognitivas. Samper creyó que las dificultades enfrentadas por los sujetos negros eran insalvables, cuanto que eran un grupo de individuos a los que caracteriza a través de adjetivos estigmatizantes como perversos, irracionales, promiscuos, de alta reproducción, lascivos, de una malicia natural y cuya capacidad mental inferior jamás podría cambiar puesto que era intrínsecamente limitada. El autor señala que:

Del mismo modo que sus pares africanos, los negros americanos eran portentosamente fértiles cuando las condiciones climáticas les resultaban favorables. Esta fecundidad, similar a la de otras razas bárbaras, se explicaba fácilmente al considerar que, al crecer desprovistos de equilibrio entre sus facultades físicas, morales e intelectuales, las primeras ejercían un imperio casi absoluto, cuya evidencia factual estaba en una reproducción sin límites ausente de moralidad e inteligencia. Por otro lado, la fecundidad se hacía lenta y difícil cuando una raza llegaba a un grado muy alto de refinamiento moral o intelectual (Samper, 1861, p. 70).

La perspectiva del sujeto negro como “buen salvaje”<sup>33</sup> fue ventilada por letrados como José Antonio Saco, quien reconoció a los miembros de este grupo como seres inferiores alejados del mundo civilizado. Por ello, veía necesario abolir el tráfico de esclavos, blanquear al país por medio de inmigraciones blancas europeas y reimaginar al sujeto nacional cubano. Sin embargo, las diferencias entre Saco y Samper iban más allá de los modos que emplearon para establecer jerarquías sociales: mientras Saco consideró la exclusión total de los negros en la identidad nacional, Samper, a pesar de ubicarlos en la base de la pirámide social, dio la posibilidad de incluirlos en el marco de la nacionalidad colombiana. Este actor social, el sujeto negro, según Almario, constituyó para esa clase dominante del siglo XIX:

Una especie de organismo incompleto, situado en la periferia de la identidad nacional. Con lo cual, se propició la prolongación de dispositivos culturales que favorecían la dominación

---

<sup>33</sup> Ilia Casanova-Marengo afirma que “en Francia y Estados se ventilaba el discurso del *buen salvaje* en obras como *Atala* (1801) y *René* (1802) de Francois René de Chateaubriand (1768-1848), *Bug-Jargal* (1826) de Víctor Hugo (1802-1885) y *The Pioneers* (1823) de James Fenimore Cooper (1789-1851). Era esta la modalidad romántica que valoraba el estado natural del hombre incorrupto por la civilización” (2002, p. 21).

de estos sectores subalternos, como el patriarcalismo de los esclavistas, que invocaban la supuesta degradación moral de los negros, para reforzar la idea de su minoría de edad civil, hasta tanto la primera no hubiera sido superada. Es decir, que se los definía moralmente y se los declaraba en un estado de indefensión e incultura, con la finalidad de aplazar o condicionar su ciudadanía e inclusión en el proyecto nacional (2007, p. 219).

Cuando de establecer jerarquías y comparar razas se trataba, Samper convencido de perspectivas deterministas en términos biológicos y ambientales, creía que en Colombia se produciría el siguiente fenómeno: la raza blanca, dueña del poder político y de la superioridad biológica, tenía que, para evitar el cruce con razas impuras, aglomerarse paulatinamente en altiplanos y regiones de clima templado; mientras que la raza negra y morena tendría un desarrollo muy distinto, pues los sujetos negros se multiplicarían prodigiosamente bajo el influjo del sol tropical, los alimentos fuertes y vulgares y la ausencia de control moral y cognitivo. En este escenario, la obra ensayística elige el grupo social que, al poseer el imperio de la razón, reúne las aptitudes para ostentar el poder: la raza blanca.

A continuación, se procederá al análisis del esclavismo y la configuración de la otredad negra en la novela *Florencio Conde*, donde podemos observar el cambio de perspectiva de Samper en comparación con su ensayo.

### **3.2 Breves apuntes sobre la concepción literaria y la trama argumental de *Florencio Conde***

Una parte importante de la novela decimonónica colombiana surgió como una recreación discursiva de la identidad nacional. Precisamente con este fin fue publicado *Florencio Conde*. Samper funda a partir de esta obra un canon narrativo en el que complejos hechos y conceptos como el esclavismo, abolicionismo, los conflictos de clases, las mezclas socio- raciales, las tensiones respecto a la construcción de la identidad en la ficción fundacional (Sommer, 2004), los lenguajes orales y escritos –expresión de estatus social–, la configuración de los espacios como símbolo de poder, entre otros aspectos, se traman en un relato caracterizador –y muchas veces estigmatizador– de los distintos actores sociales predominantes en el país.

La novela originó numerosas controversias en la segunda mitad del siglo XIX debido a su discurso antiesclavista. Para analizar la construcción simbólica de esta narrativa, a su vez, la construcción socio-racial, la caracterización espacial y lingüística de los personajes, es necesario

atender las líneas principales de su trama argumental. La obra abarca la historia desde 1797 hasta 1852, año en que se hace efectiva en Colombia la abolición de la esclavitud, que había sido aprobada en 1851. Su estructura literaria consta de tres partes presentadas en orden cronológico, de nueve, cinco y siete capítulos, respectivamente. La primera parte es protagonizada por Segundo Conde. Un sujeto negro esclavizado, que trabaja como minero en una región aurífera de Antioquia, en la hacienda *El Carrizal* de propiedad de su amo blanco don Clemente Conde, quien trata a Segundo con paternalismo.

Segundo Conde es descrito como un ser noble e inteligente. Es hijo de Antonia y hermano de Pastora y Chepa, tres esclavas negras que se ocupan de las actividades domésticas de la hacienda. En la narración, Segundo<sup>34</sup> aparece como el más avezado de los esclavos mineros. De hecho, con habilidad, voluntad individual y espíritu de superación personal aprovecha para acumular una cantidad de dinero los sábados –día libre para los esclavos designado por los amos– lo cual le permite emancipar a su madre, luego a sus hermanas y finalmente a él mismo. Ya bajo la condición y estatus social de hombre liberto, instala a sus hermanas en Medellín, organiza unos negocios en Cartago, Valle, donde se establece con su madre hasta que ella muere. Al final de esta parte, Segundo va a Ibagué, donde el racismo es notable y decide radicarse en Honda. Allí contrae matrimonio con una joven blanca de nombre Camila –hija del capitán Samudio, un prócer revolucionario antiesclavista–. Este hecho es transgresivo dada la época de producción de la novela cuando eran muy marcados, desde la cultura dominante blanca, los prejuicios de raza y clase contra la gente negra y su descendencia. Vale anotar que, producto de la relación mixta en términos raciales entre el negro Segundo y la mujer blanca, nace el mulato Florencio Conde. Un símbolo no solo de la mezcla racial sino también de la ideología del blanqueamiento como forma de ascenso y reconocimiento social, civil y político.

---

<sup>34</sup> Samper construye a este personaje con una perspectiva ideológica que nace en el individualismo como base para alcanzar el desarrollo social y económico de la nación. El letrado da a entender que el progreso y modernidad de un Estado se fundamenta en el esfuerzo y contribución personal de cada sujeto (siempre y cuando este individuo esté en condiciones de libertad). Esta idea de Samper está plasmada en su ensayo, que en una dimensión mayor engloba una visión discursiva propia del liberalismo económico. Este asunto, en cierta medida, se menciona en el apartado de esta investigación titulado: “Nación, raza y esclavización en el *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas*”.

La segunda y tercera parte de la novela se desarrollan en la ciudad de Bogotá. El periodo histórico de estos capítulos discurre en la primera mitad del siglo XIX, época en la que surge el Estado federal de la Nueva Granada. La Bogotá de ese entonces era un territorio entre lo provincial y lo cosmopolita. En este espacio narrativo, su protagonista es Florencio Conde, hijo del liberto Segundo. Este personaje se convierte en un hombre letrado que transita en medio de los círculos del poder colombiano. Representa el talento académico, estudia en una universidad bogotana donde se gradúa como abogado. Luego de formarse en la jurisprudencia, desea contraer matrimonio con una mujer blanca de la élite llamada Rosita Fuenmayor. Sin embargo, el mulato es rechazado con prejuicios y estereotipos socio-raciales de su pretendida y su entorno familiar en cabeza de su padre Pedro Fuenmayor, un colonialista, etnocéntrico y aristocrático venido a menos.

A Florencio esto no lo hace desfallecer. Por el contrario, con dedicación y sacrificio alcanza un estatus importante que le permite cumplir sus metas. Es más, emprende un viaje a Europa durante dos años en el que recorre Alemania, España, Inglaterra, Italia y Francia, siendo la experiencia revolucionaria de este último país inmensamente decisiva para forjar en él ideas de lucha por la libertad, la eliminación de las diferencias socio-raciales y la construcción de la democracia, especialmente por la abolición de la esclavitud. A su regreso a Colombia, en Cartagena establece fructíferas alianzas políticas que le permiten integrarse a un nuevo proyecto de nación de carácter republicano. Según María Teresa Cristina (1976), “Samper, con la historia de sus dos protagonistas quiere ilustrar su tesis de las dos potencias que hoy gobiernan la sociedad: riqueza y talento” (p. 34).

A pesar de las posiciones racialistas que asume Samper, por ejemplo, en el ensayo analizado antes, los trabajos críticos que estudian su obra coinciden en señalar el viraje ideológico de este autor hacia posturas “progresistas” en temas como el abolicionismo, la independencia, consolidación de la República, eliminación de los prejuicios socio-raciales, reformas educativas, entre otros. Esta concepción ideológica puede tener una explicación en el hecho de que, para la época de publicación de *Florencio Conde* en 1875, el letrado defendía ideas liberales configuradas en un movimiento llamado la *utopía liberal*, corriente política desarrollada en el país entre 1863 y 1885. Al respecto, señala Raymond Williams que:

En la segunda mitad del siglo XIX (...) la Constitución de 1863 recogió muchas iniciativas liberales propuestas desde 1849 que promulgaba por una libertad absoluta, justicia humanitaria, separación de la Iglesia y el Estado, abolición total de la esclavitud, libertad

de prensa y expresión, educación pública secularizada, libre comercio y un sistema federado de Estados independientes. Al adoptar esta constitución, los liberales pretendían transformar el país en una verdadera utopía liberal; aspiración tan anhelada en aquella época por José María Samper (1992, p. 28).

Este discurso adoptado por Samper fue, según la crítica, recreado en su novela como una manera de presentar los hechos coyunturales y las transformaciones necesarias para erigir una verdadera República sin esclavismo. En ese sentido, el letrado colombiano toma la literatura como un instrumento no solo para caracterizar la realidad histórica sino también con el propósito de plasmar su ideario discursivo en función de producir cambios. Williams advierte que el concepto de literatura de la época era bastante más amplio en cuanto que no se limitaba a la escritura creativa o imaginativa. Los autores incursionaban sin atender a variantes de género, lo mismo en la novela que en el discurso histórico o filosófico. De este modo concluye Williams: “la empresa ideológica de aquellos escritores de medio siglo se orientaba no tanto hacia lo imaginativo, sino hacia los objetivos ideológicos de sus utopías, concebidas racionalmente, y que ellos aspiraban instaurar en Colombia” (1992, p. 46).

En esta línea de los discursos y propósitos ideológicos, una obra representativa de las letras nacionales en el siglo XIX fue *María* de Jorge Isaacs. En el tema del esclavismo y el abolicionismo, por ejemplo, la crítica concibe a la novela de Isaacs como un proyecto conservador debido a que el autor no definió en su ficción fundacional ninguna ruptura o cambio terminante con el sistema esclavista. Un asunto que, en su momento, generó fuertes debates de tipo moral, político y económico. Distinta es la perspectiva que se tiene de *Florencio Conde*, caracterizada como una obra que esboza un modelo operativo de corte liberal o conservador moderado. El mismo Williams mantiene esta afirmación cuando señala que *María*, al igual que otros escritos costumbristas de la época y, en general, de la literatura relacionada con el ideal arcádico de corte conservador, fueron ejercicios de nostalgia que evocaban un ambiente colonialista, esclavista y jerarquizador de la sociedad, mediante el cual se buscaba mantener inalterables las estructuras dominantes del establecimiento y sus mecanismos segregacionistas y de exclusión social. Por el contrario, advierte Williams que los textos de José María Samper, de tono progresista y abolicionista, estuvieron libres de aquel sentimiento. Es más, indica que el escritor en su obra, “cuestiona los prejuicios de la clase alta contra los grupos subalternos –negros y mulatos–, y demuestra su fe inequívoca en el progreso y en la educación” (Williams, 1992, p. 52).

Por este mismo cauce discurren los planteamientos de Sonia Natalia Cogollo (2015), para quien el discurso literario de Samper, “tenía fines educativos y moralizantes, asimismo servía para fines políticos” (p. 32) que apuntaban hacia la justicia y la libertad democrática. Cogollo indica que fue decisivo el año de publicación de la novela, puesto que al año siguiente Samper cambiaría de partido político –pasaría del partido Liberal al Conservador– lo que significó que probablemente en su novela se revelen las perspectivas de sus ideas y proyectos fundacionales. Estos no son datos menores, ya que parte de la crítica concibe la obra de Samper como novela de tesis. Allí se destaca cómo el autor empleó su literatura para contribuir a un proyecto nacional de carácter social y revolucionario al servicio de sus pensamientos políticos e ideológicos, los cuales pretendían el progreso, la democratización y desarrollo de los pueblos. El relato, en particular, da cuenta –a través de la configuración de sus personajes– de una aparente visión de ruptura que lleva a Samper a reestructurar su ideología en torno a discursos que buscaban desaparecer las diferencias sociales y abolir el esclavismo del sujeto negro. De este modo, construir una identidad nacional amplia y diversa sobre la base de garantizar derechos civiles y políticos para todos los ciudadanos.

### **3.2.1 La mezcla racial de *Florencio Conde*, un mediador sociocultural en el marco de la identidad nacional**

El discurso de *Florencio Conde* declara la necesidad de construir una nación mixturada a través de un proceso de blanqueamiento. Dicha mezcla racial representa el equilibrio social, jurídico y democrático. Desde esta perspectiva, emerge la figura del protagonista, símbolo de un tercer rumbo étnico demarcado por los límites raciales de la ficción fundacional. Este personaje se erige como un mediador sociocultural que logra alzar su voz para impulsar una nación democrática sin esclavitud. Es así como, gracias a sus rasgos físicos y morales, logra introducirse en las agendas culturales dominantes, lo que le permite reclamar un lugar en la identidad nacional. A todo esto, la pregunta que surge es si la configuración o mixtura del mulato Florencio Conde es una alternativa para la construcción de una identidad diversa o es una expresión de homogenización cultural y biológica en función de un sistema hegemónico.

Samper describe a su personaje así: “tenía aquel joven en las facciones y todo el continente los rasgos patentes de un feliz cruzamiento de razas, de suerte que, siendo un verdadero mulato, era lo que puede llamarse un hermoso mestizo” (1875, p. 101). Además, agrega la voz narrativa que “en algunas de sus facciones predominaba patentemente el tipo de raza española, en otras el



de la africana” (p. 101). Es así como “en el conjunto había una rara mezcla de suavidad y energía, de humildad y altivez, realzadas por no sé qué expresión de nobleza que parecía ser como un reflejo producido en la fisonomía por la luz vivísima del alma” (Samper, p. 101). Según Nydia Jeffers, “las alusiones a la raza en la novela *Florencio Conde* son directas. El narrador hace énfasis en los vínculos interraciales del padre negro Segundo y su hijo mulato Florencio” (2013, p. 129). Algunas de estas alusiones están presentes en el matrimonio de Segundo –un negro bozal– con Camila –una blanca pura–; en el nacimiento de sus dos hijos, Antonia y Florencio –mulatos en los que se conjuga la perfección interracial–; y en el matrimonio de Florencio con Rosa Fuenmayor, mujer blanca y de casta que le aseguraría al protagonista una descendencia genéticamente más “clara”.

Cuando una mujer blanca accedía a casarse, significaba la ascensión social del esclavo y la variación de la percepción cultural del sujeto negro. Que en ocasiones los hijos de una mujer blanca y un hombre mulato resultaran más blancos que sus propios padres, fue cuestionado como un método de blanqueamiento de la cultura negra y como un filtro que decantaba –y expulsaba– las costumbres, historia y cultura africanas. Sin embargo, a pesar de que los sucesivos cruces condujeran a la definitiva purificación racial, las mujeres blancas y los hombres mulatos no contaban –por herencia– con la propiedad del territorio, por lo que la diferencia económica permanece intacta. Con el fin de ablandar la rígida estructura de herencias de propiedad, Florencio Conde se educa y trabaja en dos instituciones del poder: la universidad y el parlamento. De esta forma, puede gozar de los privilegios de la clase alta; igualmente, su padre, Segundo Conde, invierte oro en un comercio que le brinda prosperidad económica. De este modo, la novela presenta la idea moderna, para su tiempo, del padre que accede a la clase media y del hijo que, a través del trabajo duro, la educación y la propiedad, puede integrarse socialmente a la clase alta. No obstante, advierte Jeffers, “ningún cambio habría sido posible si el esclavo no hubiera imaginado que podría ser libre” (2013, p. 130). Es decir, Samper, con su mediación letrada, subvierte el *statu quo* ya que se cambia el pensamiento del poder heredado por los rasgos raciales o sanguíneos a aquella perspectiva más amplia de las virtudes alcanzadas como consecuencia del trabajo y el esfuerzo.

El rompimiento simbólico de la esclavitud efectuado por Segundo –liberto– encarna la transformación del establecimiento y, al mismo tiempo, la mezcla racial producto del cruce negro-blanco: es un punto de inflexión en la formación fundacional de la República. La idea de interracialidad de Samper es encarnada en Florencio Conde, una persona de “tez casi blanca” (Samper, 1985, p. 101) y alta cultura, descrito como “un hombre de gran talento, vigoroso

sentimiento y bellas dotes oratorias, que prometía ser en breve un orador tan brioso como elocuente, a la par que un ilustrado ciudadano” (Samper, p. 100).

La cultura blanca colonial y la cultura negra servil son dos extremos del círculo social, político, cultural y lingüístico, pues, mientras los primeros encarnan la opresión, el esclavismo, la hacienda y la aristocracia, los segundos representan la periferia, la subalternidad, la invisibilidad, la ignorancia y la oralidad. Florencio, con su mulataje, es el puente entre la raza negra y la raza blanca. Es él quien personifica “la armonía racial” de una mezcla nacida del blanqueamiento: el decantador definitivo del proceso civilizatorio. A propósito de esto, Idelfonso Gutiérrez Azopardo (1994) asegura que “la ideología del denominado blanqueamiento establecido en el siglo XIX en el momento en que se formaba la nación colombiana y se fundaban los parámetros socio-culturales definirían la identidad” (p. 73). Los grupos dominantes establecieron una jerarquización racial de acuerdo al grado de pigmentación en donde la gente negra era situada en la base piramidal de la sociedad. En este sentido, encontramos una construcción discursiva que apela a aquellas perspectivas decimonónicas en donde se enaltece como un símbolo de progreso la mixtura de todos los colombianos a un grupo humano, en este caso se erigió como soporte de esta visión ideológica al blanqueamiento. En esa medida, la otredad pura del negro representó un problema para el desarrollo de la identidad nacional. Por ello, se justificaron aquellas legislaciones y normativas que permitieron el ingreso del europeo al país con el propósito de producir un proceso de blanqueamiento derivado de una mezcla racial.

Respecto al blanqueamiento, el pensamiento de Samper fue paralelo a la ideología de la elite decimonónica la cual necesitó erigir un símbolo identitario de unidad republicana, o, lo que era lo mismo, una población mezclada con base en la “purificación racial”. Es decir, la idea consistió en reconstruir el equilibrio social, político y cultural de las relaciones interraciales. La imagen del mulato abrió el campo de la representación cultural y contribuyó a pensar la identidad colombiana a partir de un tercer espacio –perteneciente a la narrativa fundacional– distinto al de la pureza racial. De allí la valorización del proceso de mixtura racial que caracterizaría a la República, poniendo en relieve la contribución activa de grupos sociales diversos y antagónicos, en términos de Novau la “figuración del otro” (2016) en la construcción de la sociedad colombiana<sup>35</sup>. De este modo, Samper intentó configurar la expresión de unidad nacional en

---

<sup>35</sup> El entrecruzamiento racial le daría a la nación colombiana un aspecto sincrético y totalmente distinto al de una pura europeización (don Clemente) o africanismo (Segundo Conde).

Florencio Conde, quien “parecía haber así en su carácter moral como en sus rasgos físicos, una especie de equilibrio entre las dos razas, de cuyo cruzamiento procedía (...) y todo hacía esperar que sería un hombre de provecho” (Samper, 1875, p. 110).

La motivación política de *Florencio Conde* sigue la línea de varias narrativas de América Latina sobre “formación de nación” (Sommer, 2004) que, como la novela de Samper plantearon la construcción de pueblos ideales alrededor de procesos de blanqueamiento. Florencio Conde con su blanqueamiento simboliza las posibilidades republicanas de la comunidad imaginada, sin embargo, esta “evolución” requería que el sujeto negro dejara a un lado su identidad –una identidad capaz de destruir los cimientos republicanos– y ejerciera labores equiparables a la de un hombre letrado. Precisamente esta es una de las reflexiones que surge alrededor de la construcción de un personaje como el mulato Florencio. Su mixtura racial apunta a una configuración de un sujeto eurocéntrico, letrado, civilizado e inteligente. Es un actor social cercano a los pensamientos de las élites dominantes blancas del siglo XIX, para quienes razas como la negra (salvajes, bárbaras, iletradas) deben ser asimiladas a través de mezclas sucesivas que impulsen procesos hacia un blanqueamiento total, cuyo efecto permita la formación de identidades civilizadas que sean el cimiento para el progreso y desarrollo democrático de la nación. Respecto a estas perspectivas racializadas y la posición de Samper en la novela, Alejandra María Toro (2010) advierte:

Los criollos del siglo XIX, aceptaron sin cuestionamientos a la raza blanca como portadora de la civilización (...) trabajaban en demostrar como la mezcla de razas menores como la negra e indígena, con la blanca de los españoles y otros europeos, hacía el pueblo americano de mejorada calidad. (...). Así pues, Samper, retoma en la novela esta ideología de connotaciones políticas y económicas que asumieron los radicales de mitad de siglo, e intenta mostrar como a partir de este proceso se logra la democracia. Democracia expresada en la participación de las diferentes razas en los asuntos sociales, políticos y económicos, y que se ve en la novela en la aceptación de un negro y un mulato en la sociedad. (...) es claro que Samper a pesar de sus esfuerzos por darle una posición social y moral a la raza negra, deja entrever su sobre valoración a la raza blanca (2010, p. 114-115).

Las anteriores concepciones conformaron los lenguajes de subordinación y las líneas de pensamiento de lo perceptible en el orden jerárquico de las razas. Samper asegura que el cruce racial blanqueado –representado en Florencio– traería consigo caminos de pacificación y concertación política, pues hombres como este serían el símbolo identitario del ciudadano

colombiano moderno. A propósito de este nuevo arquetipo, el narrador señala que uno de las intenciones del mulato Florencio era, precisamente, “hacer primero que desapareciera totalmente la esclavitud, y procurar luego que el cruzamiento material de nuestras razas produjera un gran hecho moral: la promiscuidad democrática del gobierno y la justicia cristiana de las leyes” (Samper, 1875, p. 158).

Es así como el escritor opta por el registro y la caracterización de un tipo racial mixto que sitúa a Florencio Conde en los escenarios de poder, es decir, el personaje sale de la periferia – herencia paterna, la esclavitud– para ser ubicado en el centro del mundo letrado como agente transformador de la sociedad. En esta medida, la novela recrea el sincretismo interracial a partir de valores positivos definidos por el color de piel del protagonista de la segunda parte del libro, es decir, las actitudes de un hombre blanco letrado, liberal, elocuente y cosmopolita que se mueve con soltura en los altos círculos académicos, culturales y políticos de Bogotá.

En síntesis, Samper establece como gesto afirmativo el blanqueamiento del protagonista, este tipo racial constituyó un referente en la construcción discursiva de la identidad de nación civilizada. Es decir, en la novela se establecen valores identitarios de ciudadanía plena, pues hasta mediados del siglo XX su llave de acceso estuvo condicionada por la raza, la religión, el género, la propiedad y la elocuencia. En este caso, a través de la mediación del autor, la mixtura blanqueada de Florencio Conde representa una expresión normativa del discurso hegemónico en la narrativa fundacional.

### **3.2.2 La caracterización socio-racial y lingüística de los personajes en *Florencio Conde***

En la caracterización sociocultural de *Florencio Conde* está presente la población negra como un componente complejo –complejidad para dar cuenta de la idea de una mixtura racial como proceso heterogéneo y dinámico y no único y estable de mezcla–. Este proceso racial, sin duda, fue una de las piedras angulares de la identidad nacional de la época. Y aunque no se rechaza esta lectura tradicional, lo que sí se pretende en este trabajo es enriquecer y ampliar el horizonte interpretativo con nuevas y sugerentes claves de lectura. Para ello, como se mencionó, se efectuará un análisis que caracterizará a los personajes de la novela a través de ítems como el estatus socio-étnico, el lenguaje, los espacios, entre otras temáticas discursivas. Se tomarán como base teórica las perspectivas críticas de Spivak y Mailhe sobre la mediación letrada en la recreación de las

“alteridades” en las producciones textuales. Esto será complementado con los aportes de Lucía Ortiz en relación con las concepciones sobre la mezcla racial que, según lo explica la autora, se enraíza con la ideología del denominado *blanqueamiento* establecido desde el siglo XIX en el momento en que se formaba la nación colombiana y se fundaban los parámetros socioculturales que definirían su identidad (Ortiz, 2007).

En la novela, al indagar sobre la caracterización de los personajes blancos y negro-mulatos, observamos que su configuración sociocultural (Novau, 2016) implicó el uso de jerarquías étnicas íntimamente ligadas a la lengua, es decir, las voces de cada uno de los actores sociales no provenían de formas distintas de expresarse sino de tradiciones socioculturales situadas en escenarios disimiles. En otras palabras, existían comunidades letradas y no letradas definidas por un orden socio-racial proveniente del lenguaje. Y aunque Samper caracteriza varios fenómenos discursivos, la novela se concentra en los aspectos lingüísticos relativos a los actos de habla, a saber, las imágenes y metáforas de poder socio-racial empleadas en la representación de los personajes. Desde una perspectiva similar, Ana Carolina Hecht (2010) señala que “las lenguas se usan para marcar límites y fronteras entre grupos y, en consecuencia, sus posibles cambios se pueden vincular con las ideologías lingüísticas de grupo” (p. 160). Siguiendo este argumento, en el relato, los límites también ocurren en las culturas orales y escritas, pues, la expresión de sus miembros, más allá de constituir un simple código de comunicación, transmite valoraciones sociales que caracterizan tanto al evento comunicativo como a sus participantes, quienes pueden estar en el centro o la periferia de cualquier sistema.

En la obra, la oralidad y escritura –o la corrección e incorrección lingüística– superan la esfera de las normas gramaticales. Aquí, el análisis morfológico establece diferencias que, configuradas en la representación lingüística de los personajes, ofrecen una visión problemática de las jerarquías raciales que determinaron el rango social y cultural de cada grupo humano. Este problema solo fue atendido en el periodo comprendido entre el fin de la Colonia y la emergencia de la República. En ese entonces, la élite colombiana tenía una propensión insistente de concebir la escritura como la manera fundamental del lenguaje. La buena escritura o cultura letrada era un símbolo de poder, educación, linaje y erudición, mientras que la oralidad encarnaba la no escolaridad, la servidumbre, la ignorancia y el aislamiento.

Pertenecer a la cultura letrada les permitió a sus miembros acceder a posiciones sociales de relativo prestigio. Por su parte, los miembros de la periferia, con sus formas vernáculas e

“incorrectas”, representaban la subalternidad y la exclusión del mundo civilizado. Esta realidad no exime a discursos literarios como el de *Florencio Conde*, dado que es evidente cómo Samper les otorgó valor a sus personajes de acuerdo con su pertenencia a comunidades escritas u orales. Pertenecer a un sector racial –blanco, negro, mulato e indígena– y a una cultura letrada determinaba el lugar social y político de los individuos en la “comunidad imaginada”<sup>36</sup> (Anderson, 1993), es decir, una comunidad política ideal asumida a la luz de su significación cultural en el proyecto de nación.

En la novela de Samper, las perspectivas de los personajes dependen de su color de piel, característica biológica empleada para representar su cercanía a la escritura u oralidad. De hecho, existe un trasfondo discursivo en el que situarse en estos registros lingüísticos da cuenta de la pertenencia social de los distintos grupos humanos. Con ello, se revela una sociedad racializada en la que estuvo presente la sistematización de la explotación esclavista y el colonialismo sociocultural. De este modo, el discurso literario de Samper caracteriza los tipos raciales, las expresiones lingüísticas y la ubicación socioespacial de los personajes. Además, critica a la cultura hegemónica que excluye, margina e invisibiliza a un número muy importante de las poblaciones periféricas, en particular a “los negros y mulatos sujetos a una dura servidumbre” (Samper, 1875, p. 21), individuos sin derechos civiles y políticos según la concepción legal de la época. Lo anterior es evidente cuando el narrador presenta que:

El negro esclavo era el instrumento, la máquina y la fuerza motriz que hacía dar productos a una mina: era como el apéndice del mineral. De esta suerte la carne humana, pero negra, amalgamada con el metal amarillo, procuraba opulencia a los señores de la tierra. Pero el negro esclavo no era solamente un apéndice de la mina, como instrumento pasivo de trabajo, sino también un criadero de oro, una especie de prolongación viviente de la casa del amo. No teniendo vida propia; no siendo una persona sino una cosa, mal podía tener nombre, puesto que éste es el primer distintivo del hombre. El negro grillo Pedro, nacido en casa de un señor Blanco, debía llamarse Pedro Blanco (Samper, 1875, p. 4).

La novela describe las fracturas de la sociedad colombiana del siglo XIX. Es esta una nación que limitaba el reconocimiento de los negros como seres humanos y ciudadanos, quienes eran concebidos como negros-cosas, marginados de cualquier prerrogativa social, civil y política.

---

<sup>36</sup> El libro en cuestión, un clásico sobre naciones y nacionalismos es *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* de 1993.

Su condición era de subalternos ante el poder del hacendado. A su vez, se expresaban con un registro oral propio de su condición servil, carente de prestigio y estatus. Por ejemplo, una expresión muy popular en el siglo XIX era *su mercé*<sup>37</sup>. Este término identitario era usado frecuentemente por los personajes ubicados en la base de la pirámide social y estaba vinculado – según el punto de vista de los sectores detentadores del poder– a los modos de expresión acuñados a las comunidades negras. Esta palabra, más allá de su estructura formal –en su trasfondo discursivo– se configuró en una teorización lingüística llamada “acto de habla directivo” (Hualde, 2010)<sup>38</sup>.

Otro ejemplo de construcción discursiva de la escala social jerarquizante es el término “don” –en la novela está escrito en cursiva–. Según la voz narrativa el vocablo “don”, acuñado al personaje Clemente, era sinónimo de propiedad y poder. Por ello, quien tuviera esa denominación ostentaba una posición de control y superioridad sobre algo o alguien. Al respecto, el narrador advierte que “había de ser en aquel tiempo considerado don si tenía esclavos y hacienda” (Samper, 1875, p. 9). Tanto la expresión “su mercé” como “don” dan cuenta de las diferencias sociales entre la voz dominante de un amo blanco letrado representado por “don” Clemente Conde y un esclavo negro iletrado como Segundo Conde, quien responde con sumisión y obediencia ante su superior. También, el apellido “Conde” que se referencia en el negro Segundo denota su condición servil. Este esclavo es un objeto más de las tantas propiedades de su amo. En este caso, un subalterno quien está bajo el control y poder de don Clemente.

—¿Qué quieres, Segundo Conde? —Preguntó *don* Clemente Conde, alzando a medias la cabeza y sin retirar la pluma del cuaderno de cuentas.

—Mi amo, vengo a pedir a *su mercé* un favor

—¿Cuál es?

—Que *su mercé* me diga, si lo tiene a bien, cuánto vale mi madre.

—¿Tu madre?

—Sí, mi amo (Samper, 1875, p. 22).

---

<sup>37</sup> “El uso de “su merced” se concluye que es forma de tratamiento que aparece en el contexto de relaciones sociales asimétricas, muy marcadamente, en variedades de español habladas por africanos descendientes de africanos en el siglo XIX” (Álvarez, 2013, p. 5).

<sup>38</sup> En *Introducción a la lingüística hispánica*, José Ignacio Hualde indica que el propósito de los actos de habla directivos es hacer que alguien haga algo. Algunos ejemplos son pedir, mandar, ordenar, suplicar y rogar, que difieren en parte en el grado de autoridad con que el hablante otorga el mandato al otro” (2010, p. 381). Es así como “el que ordena tiene mucha autoridad, pero el que ruega no la tiene” (p. 381).

Las cursivas empleadas por la novela no se deben exclusivamente a las normas gramaticales que determinan la distinción entre escritura y oralidad o corrección e incorrección, sino que dan cuenta de las jerarquías y, en efecto, de las fronteras erigidas entre los diferentes grupos socio-raciales. La novela ejemplifica este uso cuando subraya palabras como: "Conde", "humana", "negra", "carne", "amo", "don", "cosa", "especie especial", "mazamorra con panela y arepa", "apreciable", "puro", "fino". Dichos vocablos marcan la separación racial trazada por Samper al inicio de la obra. Y es claro que la oposición entre escritura y corrección y oralidad e incorrección erige diferencias raciales, de hecho, este fue un tema muy presente en la narrativa del siglo XIX –se volverá sobre este punto al abordar *Tierra virgen* de Eduardo Zuleta–. Por ello, en la prosa de Samper se emplean metáforas que caracterizan al sujeto blanco con las normas de la lengua, mientras que, por otro lado, se vincula al sujeto negro con la incorrección expresiva.

A propósito, Jáuregui señala que "la construcción y uso literario de estas variantes socio-raciales y la forma de hablar de los negros no era una novedad en sí. El Romanticismo había tematizado a la gente negra e imitado su voz en contraste con el español castizo" (2007, p. 49). Además, indica cómo el realismo siguió la misma línea argumentativa en muchas de sus narrativas:

Obras canónicas como *El matadero* (1838-1840), publicado en 1871, *María* (1867), *Martín Fierro* (1872-1879), o la novela realista *Cecilia Valdés*<sup>39</sup> (1882) por ejemplo, tiñeron el lenguaje o trama con visiones idílicas o bestiales del "Otro" (negro, indio, zambo, mulato) como lo habían hecho otros escritores: Francisco Quevedo, Andrés de Claramonte, Sor Juana Inés de la Cruz, Juan del Valle y Caviedes y lo harían después Rubén Darío y los negristas de la Vanguardia (Jáuregui, 2007, p. 49).

De este modo, la normativa del discurso no representó una estructura formal, sino que dibujó un lenguaje y sus argumentos a partir de maneras informales. En este orden de ideas, el realismo, al igual que otras expresiones literarias de la época, vinculó las voces populares con el lenguaje subalterno. Es decir, la oralidad del sujeto negro representaba la desvinculación de los símbolos

---

<sup>39</sup> Juan G. Gelpí (1991) ofrece una mirada profunda e ilustrativa de nuestro objeto de estudio en este escrito. Su artículo *El discurso jerárquico en Cecilia Valdés*, publicado por la Revista de Crítica Literaria Latinoamericana de Lima, destaca el carácter realista y costumbrista de la novela de Cirilo Villaverde. Según Gelpí, la obra literaria firmada por "los letrados incorpora y manipula el habla y la cultura de los sectores populares, no sin un grado de paternalismo" (p. 48). Además, señala Gelpí que existe en la novela "dos órdenes del lenguaje que están claramente delimitados: por un lado, se encuentra la escritura, correcta, propia y culta del narrador y, por otro, la oralidad incorrecta, inculta, bárbara o salvaje de otros personajes negros y mulatos" (p. 48).



civilizatorios y de alta cultura, a saber, la ciudadanía plena y los valores elevados de la tradición letrada.

Regresando al plano de la realidad nacional del siglo XIX, para la crítica especializada no resultó extraño que Colombia fuera gobernada por un régimen de gramáticos, pues era esta una élite de políticos y escritores que –como nadie ejerció oposición– construyeron un proyecto nacional a partir del uso de la gramática, es decir, el “buen” uso de la lengua fungió como discurso integrador o desintegrador de la comunidad imaginada. En este contexto, la coexistencia entre la realidad social y el mundo político permitió la prolongación de los círculos “gramáticos” en el ordenamiento normativo de las leyes y las letras, de modo que dichas organizaciones se encargaron de legislar sobre las constituciones políticas y escribir las reglas gramaticales.

Resulta poco sorprendente que la influencia de las letras –particular de la época colonial– perdurara en los tiempos de las luchas independentistas y de las emergencias nacionales. Esta afirmación se sustenta en el hecho de que el discurso retórico fue percibido como opuesto al “desordenado” lenguaje vulgar, cuya representación se encontró plagada de corrupción, analfabetismo e incorrección. Según el historiador Malcom Deas (2007), la “obsesión nacional filológica-gramatical estaba (...) íntimamente conectada en Colombia al ejercicio del poder” (p. 26), pues, para las élites letradas existía un binomio inherente entre lenguaje y poder. La permanencia en Occidente dependía de una genealogía grecolatina que pasaba por la definición de una nación étnica y lingüísticamente hispánica. El idioma posibilitaba un vínculo con los orígenes peninsulares, lo que configuraba la identidad de la República que estos letrados anhelaban.

El orden letrado fue el campo simbólico-cultural común para las élites que se disputaron la hegemonía política. Desde tiempos coloniales, esa clase culta fue –de forma permanente– el grupo social que detentó el poder, oficiando las jerarquías identitarias y controlando la concesión del título de ciudadano a través de parámetros de exclusividad. Con esto coincide Ortiz, quien afirma que “este tipo de imágenes se pueden ubicar dentro del discurso utilizado por los hombres de letras colombianos del siglo XIX (Rafael Núñez 1825-1894, José María Samper 1831-1888 y Miguel Antonio Caro 1843-1909)” (2007, p. 365). Para estos letrados el sujeto negro era un ser salvaje, iletrado, lascivo, perezoso, sucio, contrario al blanco europeo, inteligente, laborioso, civilizado, letrado. El lenguaje y las costumbres fueron pruebas infalibles de la inferioridad racial, pues según Ortiz no encajaban dentro de los ideales de “las elites hegemónicas capitalinas que en adelante se

enorgullecerían de sus raíces hispánicas, de rendir culto a la gramática y de hablar el mejor español, ideales que formarían las bases para un proyecto nacional futuro” (2007, p. 365).

Por consiguiente, para la comunidad letrada, el dialecto y la heterogeneidad racial eran rarezas; las deformaciones de la lengua dialectal se asociaban a la deformación étnica –el dialecto de los indios, negros, zambos, de la plebe–. Lo negro, símbolo de la “otredad” como lo caracteriza Mailhe (2010), es un actor social que en los ámbitos culturales y lingüísticos representaba una amenaza para el mundo hispánico, pues la lengua vernácula de este grupo debía situarse en el lugar que le correspondía: los círculos externos de las letras y el poder político.

En la caracterización de la forma expresiva de los personajes de *Florencio Conde* no existe diferencia clara entre quienes están situados en la cultura letrada y quienes no tienen lugar en esta. Ahora bien, la diferencia entre los registros lingüísticos manejados por los actores sociales reside en el contenido de sus palabras, ya que estas son construcciones jerarquizadas, es decir, el trasfondo discursivo apela de manera particular a una condición de poder relacionada con la raza. Lo anterior es evidente en el arquetipo empleado por Segundo al dirigirse a Clemente Conde: “amo”. Este título, desde la pragmática y semántica del discurso, establece una jerarquía compuesta por dos eslabones asimétricos: autoridad-obediencia. Un par de vocablos que no es más que el de la subordinación del sujeto negro advertida en la diferencia de órdenes que, desde el uso del lenguaje, constituye, a su vez, una de las marcas más claras del paternalismo vertical en la novela. La bastardilla<sup>40</sup>, una tipografía inclinada empleada para señalar una oralidad bastarda, demarca las diferencias entre los antagonismos raciales y lingüísticos. Es decir, en términos de estatus social subyacen dos voces opuestas:

—Segundo, tú ya eres un hombre y puedes trabajar en la mina.

—Así será, si a mi *amo* le parece bien, respondió el muchacho.

—Pues desde el próximo lunes irás con Ciprián Gómez, el capataz, a ocuparte en el laboreo.

—Está bien, mi *amo*

—¿Sabes cuales serán tus obligaciones?

---

<sup>40</sup> Juan Gelpí afirma que “el uso de las bastardillas (...) marca la oralidad del otro en la calle, se podría alegar que es un indicio del conocido realismo de la novela de Villaverde, del deseo de reproducir fielmente el habla de los personajes. Sin embargo, en una lectura que trascienda las categorías que se han manejado hasta ahora, la bastardilla constituye el espacio en el cual se contiene o reprime un tipo de oralidad que se inscribe en el texto como bastarda: la de los personajes negros y mulatos. Hay algunos personajes blancos cuya habla se destaca mediante el uso de las bastardillas. Sin embargo, en la mayor parte de los casos, el narrador se sirve de la bastardilla para poner de relieve la oralidad negra o mulata. A la vez que se subraya esa oralidad como algo que hace falta corregir, como algo defectuoso” (1991, p. 50).

—No, mi *amo*.

—Si llegares a ocultar siquiera un grano de oro, te haré dar veinticinco azotes.

—Sí, mi *amo* (Samper, 1875, p. 14).

Para Segundo Conde, no solo su cuerpo se encuentra subyugado, sino su lengua, que está “irremediamente” sometida al discurso del poder esclavista. De este modo, el trasfondo del discurso va más allá de las tipografías asignadas a la expresión de cada individuo: se encuentra en el contexto social y en el significado implícito de cada palabra, en este caso, es la posición que asume cada personaje al producir un acto de habla inmerso en un discurso vertical. Por un lado, un ser superior como Clemente, cuya voz representa la autoridad y el poder, por otro, Segundo, que a través de la expresión oral es encerrado en una jaula de subalternidad. La superioridad del poderoso es evidente cuanto que no solo se produce desde el ámbito político, económico y social del esclavismo, sino que nace del discurso, de allí que los actos de habla materialicen mundos diferenciados y estratificados.

Ahora, si bien en la novela ocurre un fenómeno de oralidad subalterna, la narración no deforma, caricaturiza o exagera las formas comunicativas de los personajes negros. No obstante, el acto expresivo del amo blanco —el habla— configura un orden jerárquico de tal poder que el sujeto negro esclavizado no tiene otra opción más que la del sometimiento. Es así como el contenido del escenario étnico-lingüístico presenta dos universos disimiles y asimétricos que superan las formas como son establecidas las diferencias entre lo oral y lo escrito. En los diálogos hay un sujeto con una voz que ordena y porta autoridad, don Clemente; mientras que Segundo Conde constituye ese *otro* cuya voz está despojada de poder. Es un buen salvaje, configurado como menor de edad y que, inocente por naturaleza, debe actuar según los límites establecidos por su superior:

—Hay que tomar el desayuno en el trapiche, el almuerzo en la mina, y regresar á comer en el trapiche mismo, al anochecer.

—Está bien, mi *amo*.

—Sabes cómo y para quién has de trabajar

—No lo sé bien, mi *amo*.

—Pues escucha, repuso don Clemente: según la regla establecida, tendrás mejor ración de mazamorra y frijoles, tu vestido de siempre, y ración entera de arepas y panela; y los sábados serás libre para trabajar por tu cuenta aún en la mina misma.

—Está bien, mi *amo*.

—Y si ganaras con el trabajo de los sábados, añadió don Clemente, la suma necesaria para pagar lo que valgas, podrás rescatarte, según es tu derecho: ¿lo entiendes?

—Bueno, mi *amo*.

—Pues vete con Dios, y desde el lunes a la mina (Samper, 1875, p. 14).

En este escenario paternalista de “buen trato” y de concesión de ciertos “derechos”, la narrativa ofrece una perspectiva discursiva que vincula la expresión lingüística correcta y la aptitud cognitiva con la cultura blanca y las mezclas raciales promotoras del blanqueamiento. Samper propone un proyecto nacional construido y pensado por las clases hegemónicas para, de este modo, fundar una sociedad purificada racialmente. Por ello, uno de los personajes principales de la obra literaria, Florencio Conde, se destaca como producto del cruce entre un sujeto blanco y un sujeto negro, así, es erigido como modelo de ciudadano pleno de “la ciudad letrada”, término acuñado por Ángel Rama (1998) para describir el ideal decimonónico de nación moderna y democrática cuyo vehículo comunicativo fue la lengua castiza.

Como se puede ver, estas caracterizaciones se encuentran mediadas por el discurso letrado, el cual intenta recrear las formas lingüísticas de cada grupo social. Como consecuencia, la lengua utilizada por los negros ofrece particularidades propias de la oralidad. En ese sentido, a la hora de definirla, se hacen visibles voces cercanas a la cultura popular no escolarizada que está “limitada por la esfera social” (Samper, 1875, p. 38) y política de la época, es decir, un escenario que le impedía a los negros ser sujetos de derechos y ciudadanos plenos. Por su parte, la cultura blanca – o blanqueada e ilustrada–, con reconocimiento civil y político, muestra matices lingüísticos formales caracterizados por la elocuencia y el dominio normativo del lenguaje, de allí que las expresiones de los personajes de cuenta de la pertenencia social y racial. El diálogo entre el esclavo negro Segundo Conde y el blanco capitán Samudio denota la presencia de dos discursos disimiles en el orden social:

—¿No son estas tierras de la hacienda *El Carrizal*? Preguntó el capitán Samudio.

—Sí, mi *amo*.

—¿Quién eres?

—Soy esclavo del *amo* don Clemente Conde.

—¿Sabes qué cosa son los patriotas?

—Mi madre me ha dicho que esos son los buenos, según supo en la Villa.

—¿Entonces les tienes simpatía?

- Mi *amo*, me gustan los patriotas.
- ¿Quieres servirme? Preguntó el capitán.
- En cuanto yo pueda, sin salir de la hacienda, pues si saliera me perseguirían como prófugo y me darían cincuenta azotes.
- Pues ándate ligero
- Aguarde *su mercé* un tantico, mientras escondo mis trastes de laboreo y veo donde están mis compañeros: entre tanto, cómase *su mercé*, si no le desagrada, mi ración de arepas y panela.
- ¡Oh, mi buen amigo! Exclamó el capitán blanco; dame un abrazo y recibe toda mi gratitud.
- Mi *amo*, dicen que un negro no puede abrazar a un blanco (Samper, 1875, p. 41).

Aunque el anterior fragmento hace evidente la poca diferencia entre lo oral y lo escrito o entre lo formal e informal, el acto de habla de cada uno de los personajes establece una frontera social y racial clara. Esto configura un discurso estratificador propio de las perspectivas hegemónicas del siglo XIX. Una especie de división de los cuerpos y jerarquía discursiva en la que Samudio con su raza blanca “superior” establece una distancia de clase con la corporeidad de la raza negra, concebida como “inferior”. Además, la voz de Samudio constituye autoridad y poder, mientras que la de Segundo representa la voz de la obediencia y sumisión. De este modo, aparece la visión de la lengua escrita como forma hegemónica y tradicional. Los códigos culturales y lingüísticos defendidos por Samper hacen parte de la cultura letrada, mientras que lo oral está distanciado por las murallas del orden racial y lingüístico.

### **3.2.3 Voces de la ciudad en *Florencio Conde*: identidades socio-raciales de un discurso antiesclavista**

En este punto de la investigación se analizará el papel configurador de la ciudad en los imaginarios socio-raciales y el discurso antiesclavista de *Florencio Conde*. La lectura de esta novela permitirá hallar los espacios simbólicos que, al constituirse como elementos identitarios, determinaron la posición social de los grupos humanos. También, al reflexionar sobre el esclavismo se podrá entender el papel de este flagelo en el marco de las transformaciones de la sociedad decimonónica.

El contexto sociocultural del relato caracteriza la ciudad como un lugar donde se establecían las diferencias socio-raciales, en este espacio físico se condensaban las problemáticas

de lo irrepresentable y la crisis de las categorías tradicionales de representación. El discurso literario, más allá de la trama y el carácter ficcional de sus personajes, puede leerse como un documento histórico que retrata la realidad espacial de una época, en particular, los momentos de tránsito entre el decadente régimen colonial y la emergente república burguesa.

Entre los muchos espacios descritos en la obra, destaca el de la Bogotá del siglo XIX. La capital colombiana fue un centro de poder en el que los entornos eran construidos a partir de trasfondos simbólicos que daban cuenta de la identidad sociocultural, es decir, los ambientes denotaban numerosas formas de apropiación conceptual. De este modo, el centro urbano nos ofrece un campo semántico cuya intencionalidad y significación demarca límites culturales, sociales, económicos y políticos que, en algunas ocasiones, excluyen a ciertos actores sociales con el fin de reafirmar jerarquías y prejuicios. En este escenario discursivo, vale la pena determinar el lugar de los grupos sociales –blancos, negros y mulatos– recreados en el escenario topográfico bogotano.

El discurso literario presta especial atención a elementos culturales que constituyeron el núcleo de las relaciones y posicionamientos sociales, son estos los que explican la pertenencia étnica y, por supuesto, constituyen símbolos identitarios: la historia de los espacios de la ciudad está asociada a sus habitantes. Con esto coincide María Teresa Zubiaurre (2000) quien “concibe el espacio como una extensión tridimensional en donde los objetos/sujetos ocupan posiciones y que se aplica tanto a la realidad cotidiana de nuestra conciencia como a la ficticia percepción de los personajes literarios, incluido el lector” (p. 352).

En *Florencio Conde* se construyen distancias raciales entre los diferentes grupos humanos. Los detalles de cada lugar físico adquieren importancia por sí solos, pues la rutina diaria acaecida en múltiples escenarios se convierte en el momento central de la interacción entre los personajes, por ejemplo: la mina, la hacienda, las plantaciones de caña, el trapiche, el campo, la metrópoli, la universidad, los auditorios académicos, los salones sociales, la casa, la cocina y la habitación son variables culturales cargados de historia; no son solo un hábitat bien descrito, puesto que sus detalles, particularidades y caracterizaciones están siempre llenos de significación. Estos significados son símbolos por sí mismos y se comunican simbólicamente, es por esta razón que se convierten en un material atractivo con el cual se puede lograr una aproximación a una mejor comprensión de las sociedades hispanoamericanas en el periodo inmediatamente posterior a las guerras independentistas.

El estudio de las voces urbanas será abordado a partir de los planteamientos teóricos de María Teresa Zubiaurre (2000), Luz Mary Giraldo (2001) y José Luis Romero (2010). El espacio –concebido como producto cultural– está presente en cada una de las páginas de la novela, lo cual ofrece un componente de exploración artística en el que surge un universo muy cercano a las comunidades urbanas y rurales del siglo XIX. De este modo, la mirada de Samper oscila entre los fenómenos de modernización y las zonas excluidas por el progreso. Este ejercicio se asemeja mucho a las estrategias de legitimación empleadas por otros autores de América Latina, como sugiere José Martí (1891), en la literatura, habla “el indio mudo” y el “negro oteado” (p. 137), como consecuencia, la literatura es legitimada como la racionalización del otro. Una conceptualización cercana al marco espaciotemporal y a los intereses de este análisis lo plantea José Luis Romero, quien afirma:

La historia de Latinoamérica, naturalmente, es urbana y rural. Pero si se persiguen las claves para la comprensión del desarrollo que conduce hasta su presente, parecería que es en sus ciudades, en el papel que cumplieron sus sociedades urbanas y las culturas crearon, donde hay que buscarlas, puesto que el mundo rural fue el que se mantuvo más estable y las ciudades fueron las que desencadenaron los cambios partiendo tanto de los impactos externos que recibieron como de las ideologías que elaboraron con elementos propios y extraños (2010, p. 10).

En Colombia, Giraldo plantea una perspectiva crítica de los estudios literarios sobre el espacio urbano. Su análisis emplea una hermenéutica textual enfocada en los diferentes niveles de configuración literaria, la cual se potencia a partir de un cruce de categorías interpretativas provenientes de distintas fuentes disciplinarias e interdisciplinarias. “Sociología urbana, historia de las mentalidades, estudios urbanísticos, poéticas del espacio, configuraciones sociohistóricas de ciudades, antropología social e imaginarios urbanos” (2001, p. 110). La autora, asentada en una posición que atiende la diversidad de visiones de la ciudad, utiliza un discurso que debate la inserción que se ha dado en Colombia a variadas perspectivas de la modernización y el progreso socioeconómico, vinculado con la formación propia de escenarios de visión urbana y de vivencia ciudadina. En este sentido, los centros urbanos relatados configuran el desarrollo fragmentado de un pensamiento y de una forma de ser. Al mismo tiempo, son caracterizadores de búsquedas particulares y colectivas, de espacialidades conflictivas y de procesos históricos irresolutos.

Incluso, afirma Giraldo que muchas de sus representaciones de los contextos urbanos investigados se sitúan entre lo que significan y lo que hubiera podido caracterizar, “entre un pasado cancelado y la incertidumbre de un presente, entre éste y las oscuras posibilidades del futuro; en fin, entre el homenaje y la parodia, la sacralidad y la degradación, la utopía y el vacío” (2001, p. 111).

En el marco de su complejidad espacial y estructura narrativa, *Florencio Conde* se ambienta en varios escenarios rurales y urbanos –Antioquia, Honda, Mariquita, Bogotá–. En estos espacios se originan cambios políticos, sociales y económicos de la realidad colombiana del siglo XIX –guerras de independencia, caída de la Colonia española, emergencia de la República, abolición de la esclavitud, reformas en el modelo económico–. Para la crítica especializada, el trasfondo novelístico que configura el cambio del régimen colonial a la institución republicana inserta una mirada progresista, a pesar de vivir en un marco histórico plagado de tensiones culturales e ideológicas, así como de luchas reivindicativas de grupos excluidos. Y claro, dicho argumento resulta subversivo en cuanto emerge en medio de la represión del sistema esclavista.

En este tránsito hacia la nación republicana emergen dos escenarios espaciales complejos: el esclavismo rural y el esclavismo urbano. El primero fue el más cruel debido a las condiciones inhumanas experimentadas por el sujeto negro, quien era forzado a realizar trabajos arduos en minas e ingenios azucareros, las jornadas laborales duraban entre dieciocho y veinte horas bajo la mirada hostil del amo. El esclavismo urbano, por su parte, a pesar de continuar en la línea de la opresión, ofreció a los sujetos subyugados mejores condiciones de salubridad y bienestar laboral.

La novela hace énfasis en la esclavitud rural al describir los oficios domésticos y el trabajo minero. Este contexto pervivió bajo un horizonte patriarcal que escondía la explotación con el llamado “buen trato” del amo. Y si bien estas actitudes no derivaron en la generalización de las relaciones armónicas entre dominadores y dominados, no se puede negar la inexistencia –fuera de la vida rural– de tratos menos hostiles. Por ejemplo, el sujeto negro fue ocupado como mensajero, carpintero, artesano, sastre, músico, comadrona, cocinero, entre otros oficios propios de la sociedad colonial esclavista.

La abolición de la esclavitud, rural o urbana, y las luchas independentistas, que en ocasiones plantearon objetivos en común en sus visiones ideológicas, dieron cuenta de cómo estos ideales progresistas de transformación hicieron tránsito primero en el escenario urbano y, luego tardíamente, recalarían en el ámbito rural, sobre todo en la oscuridad de las minas donde estaba el



esclavizado negro. A propósito, la voz narrativa en *Florencio Conde* caracteriza un discurso a favor de estos procesos libertarios y antiesclavista de la manera que sigue:

Hacia los acontecimientos políticos (...) por todas partes rugía la tempestad revolucionaria, desencadenada por los grandes patricios de Nueva Granada, tan poco metódicos e inexperimentados como heroicos y abnegados, que habían iniciado en 1810 la obra inmensa de la emancipación de los pueblos y de la creación de una verdadera patria neogranadina. Secuestrados como se hallaban los esclavos de todo movimiento social, no llegaba hasta ellos el rumor de la lucha empeñada entre patriotas y españoles, y allá en el fondo de las minas que beneficiaban para sus amos, ignoraban que un puñado de sostenedores de la independencia hacían figurar en el decálogo de su revolución la idea tan justa como necesaria de la abolición de la esclavitud (Samper, 1875, p. 23).

Más allá de los vientos abolicionistas que intentaron reconstruir el proyecto nacional, *Florencio Conde* caracteriza una Nueva Granada llena de jerarquías sociales de tipo racial en la que los medios de producción y los espacios de poder político estuvieron en manos de una selecta elite letrada –españoles y criollos fueron dueños de haciendas, minas, comercios e industria–. Por otro lado, a los sujetos negros, mulatos, zambos e indígenas les era negada la condición de seres humanos pues, concebidos como cosas y herramientas de trabajo, estaban lejos de acceder a la posesión de bienes materiales y educativos. Además, “tenían prohibido mezclarse con españoles y criollos” (Samper, 1875, p. 33). Es así como la estructura socioeconómica situó en la cúspide social a blancos y criollos, mientras que la otredad era ubicada en la base de la escala social. Es decir, resulta claro que quienes ejercieron el poder económico y patrimonial en el escenario urbano fueron las elites blancas –agentes hegemónicos–.

En esa medida, la ciudad es sectorizada en microespacios determinados por una especificidad que reordena la problemática pública y privada, es decir, se establecen lugares propios para cada sector poblacional. Simbólicamente, dichos espacios establecen una relación directa con los grupos sociales, por sí solos no son un conjunto de bienes estables y neutros, sino que presentan valores y sentidos adheridos en forma desigual por diversos sectores. En este caso, cada sector se vincula a su espacio según las disposiciones adquiridas y las relaciones sociales en las que esté inserto cada sujeto en un marco determinado.

Por ello, desde una perspectiva simbólica, estas construcciones espaciales difieren en función de los habitantes. Es así como son representadas algunas experiencias comunes, pero, del

mismo modo, se expresan los resultados del tránsito político de la Colonia a la República, la lucha de clases y las tensiones socio-étnicas de los grupos territoriales. Este fenómeno es evidente en don Pedro Fuenmayor, un sujeto de raíces hispánicas que se niega a olvidar los valores y prejuicios del decadente régimen colonial. Caracterizado como un supremacista racial, contempla con nostalgia cómo su antiguo ideal de sociedad se extingue paulatinamente cuando algunos de sus antiguos siervos empiezan a superarlo en riquezas e importancia. Su indignación crece al presenciar que aquellos a quienes alguna vez desdeñó alcanzaban puestos públicos desde donde ejercían influjos considerables (Samper, 1875). Un ejemplo, como se dijo antes, es el mulato Florencio Conde, un personaje que subvierte los prejuicios y las barreras de los contextos de poder. Pues, a través de su mezcla racial, la novela abre las puertas de lo híbrido y rompe con las fronteras entre lo blanco –civilizado y puro– y lo negro-mulato –bárbaro e impuro–. Al acceder a la educación universitaria, el “ilustrado ciudadano” logra inscribirse en un espacio intermedio. De este modo, la novela dibuja un esbozo sociocultural como alternativa al poder que retrata la formación de una mixtura racial:

Las tres razas puestas en estrecho contacto: la americana ó indígena, la española y la africana; cruzamiento que el ardor del clima, la fácil alimentación de las gentes y la exuberancia de una naturaleza pródiga en sus dones, habían de favorecer en alto grado. Aquellas provincias estaban, pues, destinadas por la fuerza de los hechos a ser pobladas y gobernadas en gran parte por hombres de color, de cuyo espíritu debía estar excluida toda tendencia aristocrática (Samper, 1875, p. 157).

La mediación del autor es la que posibilita que la novela represente al sujeto mulato, como protagonista de una ficción que transgrede e irrumpe en los escenarios exclusivos de la elite blanca esclavista. De esta manera, ese tercer espacio provoca fisuras que desestabilizan las relaciones convencionales. Su caracterización en los círculos dominantes marca un segmento de exigencia que impide establecer distinciones raciales y que desterritorializa su espacio de pertenencia. En síntesis, la novela desarma y cuestiona los imaginarios vinculados a las relaciones de exclusión/inclusión, blanco/negro-mulato y yo/otro inscritas en la configuración de espacios delimitantes de pertenencia racial. Respecto a esto, el narrador da cuenta de las perspectivas entre espacio y pertenencia racial cuando expresa:

Segundo, que anhelaba para su hijo un bello porvenir, había tenido el buen sentido de comprender que Florencio necesitaba seguir una carrera brillante y tener por teatro a Bogotá, tanto por la naturaleza del papel que podía representar en nuestra sociedad republicana, como porque estando lejos del padre, no había de sufrir las humillaciones que se le quisieran infligir por causa de su origen paterno. Con una abnegación tanto más grande cuanto que era silenciosa, Segundo decía o pensaba con frecuencia: haga yo feliz a mi hijo, dándole buena educación y procurándole riqueza con mi trabajo y economía, y poco importa que yo me prive de su compañía, si él alcanza la posición social en que deseo verle. Si el padre, siendo negro y liberto ha honrado su nombre con su trabajo y probidad, el hijo mestizo e ilustrado lo ennoblecerá con su talento y será siempre dignificado por la sociedad (Samper, 1875, p. 106).

En el complejo escenario de lo espacial y de la ubicación socio-racial, la novela ofrece una realidad tangible que, construida de arriba hacia abajo, permite la coexistencia del esclavismo con la cultura jerarquizada. Sin embargo, la estratificación se quiebra ante la aparición de Florencio Conde que, de cierto modo, trastoca el *statu quo* que había perdurado hasta la formación de los Estados-nación republicanos. De este modo, se articulan los más diversos modos de vida y, aunque son producto de la ficción, los personajes de Samper subvirtieron las estructuras sociales y las jerarquías raciales establecidas. El carácter irreal de las relaciones narradas en la novela es muy evidente, en cuanto que la Bogotá del siglo XIX estaba reducida a pequeños espacios de privilegio. Es así como los espacios urbanos no se definen en términos de equivalencia, puesto que existía una clara separación social y cultural: cada grupo humano tenía su lugar. En tales casos, son perceptibles las limitaciones de las experiencias urbanas, las vivencias y la solidaridad, además, la privatización de los espacios reafirma los roles sociales con los cuales fueron graficados los sitios de pertenencia racial de cada individuo.

## **Conclusiones parciales**

Samper en el *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas* da cuenta de posiciones regresivas en términos de derechos sociales, políticos y civiles para los grupos subalternos negros. Su discurso está marcado claramente con perspectivas racialistas y hegemónicas. De esta forma, ofrece una visión determinista, jerárquica y biologicista en relación con los distintos grupos raciales. Concibe que, en la sociedad decimonónica, las clases dominantes blancas representan el símbolo de la palabra escrita o ciudad letrada, en tanto forman

parte de una élite privilegiada, aristócrata, hereditaria y colonialista. Por su parte, los sujetos negros, entes subordinados y sin educación, son situados en la periferia social, cultural, política y lingüística. En este marco, su ensayo plantea una posición discriminatoria en la que se establece un orden socio-racial. Es así como, de acuerdo con el color de piel, asigna la superioridad o inferioridad cognitiva, moral y física de los distintos actores sociales, ubicando a la raza blanca en la cúspide piramidal, a los mulatos en un punto medio y a los negros en la base, y este último grupo es calificado como bárbaro y salvaje en función de sus facultades morales y cognitivas.

En relación con el ensayo, la novela *Florencio Conde* avanza hacia cierto “progresismo” o cambio positivo, en especial en lo que refiere al esclavismo y el lugar de los sujetos negros en la realidad nacional. De hecho, el letrado cuestiona el sometimiento de los sujetos negros y defiende la idea de abolir el sistema esclavista. Además, promueve la construcción de una comunidad imaginada en donde se incorpore a aquellos sectores subalternos como sujetos de derechos sociales, civiles y políticos. La investigación social de la obra no transcurre en el vacío político del marco decimonónico, al contrario, es forjada por las condiciones sociales que dominan, no solo los intereses de los letrados, sino también los enfoques teóricos que enfrentaron los problemas culturales del siglo XIX. En este sentido, el texto de Samper muestra la compleja relación entre los históricamente considerados temas fundamentales y el contexto sociopolítico en el cual estos se legitiman. Su posición de letrado, con matices no exentos de controversias y ambigüedades ante temas como la abolición de la esclavitud, las razas y las clases sociales, se puede resumir ofreciendo respuesta al siguiente planteamiento. ¿Cuál es el sistema político, social y económico que se adapta a la yuxtaposición y coexistencia de grupos humanos, razas, castas y variedades? Desde su perspectiva, no existe otro que el de la República democrática, el de la libertad individual, la igualdad legal y la soberanía popular. Solo este sistema político puede adaptarse a tantas variedades, respetar todas las expresiones de progreso, defender los derechos y conservar la unidad fraternal, sin agredir a ningún sujeto. En ese punto, la Colonia española no era capaz de garantizar aquella gran necesidad de coexistencia entre razas y mezclas distintas, he aquí la razón de su perecimiento y del movimiento independentista gestado a partir de 1810. La realidad y sus causas son similares en toda América Latina, por lo cual, inevitablemente, la consecuencia siempre fue la misma, la incorporación de la República en el continente.

Estas narrativas se hacen eco de discursos hegemónicos esencialistas respecto de la categoría racial. Además, establecen rangos socioculturales de superioridad (criollo, blanco,

europeo) o inferioridad (negro, mulato) de acuerdo con el color de piel de los sujetos. Sin embargo, es necesario aclarar que las propuestas de cada uno de los letrados poseen algunos matices. En el caso de Saco, aboga por una mixtura racial en la cual predominen los grupos étnicos blancos y europeos; por su parte, Zambrana, Samper y Zuleta –este último se analizará en el próximo apartado– presentan en sus textos la posibilidad de un espacio en el cual los blancos, negros, mulatos e indígenas puedan convivir con sus diferencias raciales y dentro de los límites de una marcada jerarquía sociocultural. En todos ellos, sin embargo, perviven ciertos límites difíciles de franquear en cuanto a una incorporación plena de los sujetos negros en las comunidades imaginadas de Cuba y de Colombia.

### **3.3 Ficciones esclavistas: una lectura de *Tierra virgen* de Eduardo Zuleta**

Eduardo Zuleta nació en 1864 en Remedios, Antioquia. Fue un político y escritor que, siguiendo el arquetipo del letrado decimonónico, ocupó todo tipo de cargos. Se destacó en la medicina, la política, la diplomacia, la academia y los círculos literarios. En el campo médico realizó estudios en la Universidad de Antioquia, en la Escuela Nacional de Medicina de Bogotá y en el *College of Physicians and Surgeons* en el *Columbia College* de Nueva York. Como político hizo parte de la Asamblea Departamental de Antioquia, el Concejo Municipal de Medellín y el Congreso Nacional. En el escenario de la diplomacia fue nombrado secretario de las legiones de Colombia en España, Francia y Bélgica, encargado de negocios en París y enviado plenipotenciario en Venezuela. En el contexto científico alcanzó gran prestigio, su dilatada carrera le permitió ocupar la rectoría de la Escuela Nacional de Minas de Medellín –que para ese entonces pertenecía a la Universidad de Antioquia– y de la Escuela de Agricultura y Veterinaria de Bogotá. Luego de quince años de labor pedagógica, sirvió de presidente de la Academia de Historia y Medicina de Medellín y de la Academia Colombiana de Historia en Bogotá. De esta manera, entre finales del siglo XIX e inicios del XX, se estableció como uno de los personajes más destacados de la academia nacional. Murió en Bogotá en 1937.

Zuleta fue especialmente prolífico en el escenario literario<sup>41</sup>. En el capítulo “La tradición de Antioquia la Grande” del libro *Novela y poder en Colombia*, Williams advierte que su

---

<sup>41</sup> Publicó varias obras con los seudónimos de José Luis Ríos y Julio Torres. Además, fue columnista de periódicos y revistas como “*La justicia*, *El Montañés*, *Alpha*, *El Repertorio*, *La Miscelánea*, *El Colombiano*, *El Régimen*, *La Organización*, y *El Espectador*, en Antioquia; y *El Tiempo*, *Mundo al Día*, *La República*, *El Nuevo Tiempo*, y *Senderos*

producción literaria emerge junto a la de importantes figuras como Tomás Carrasquilla, Samuel Velásquez, Francisco de Paula Rendón, Gabriel Latorre y Alfonso Castro. La literatura de estos escritores estuvo marcada por un interés por enaltecer la identidad cultural antioqueña de la segunda mitad del siglo XIX. Carrasquilla llegó a afirmar que la narrativa antioqueña era una expresión de realismo regional<sup>42</sup>. Dicho de otro modo, una manifestación artística que respetó al máximo la idiosincrasia de la raza antioqueña y que no dio lugar a mezclas o a la intervención de elementos ajenos a su cultura. No obstante, según Williams, Carrasquilla aseguró que más allá de la caracterización de una región del país<sup>43</sup>, las obras de su estirpe escondían un sentido universal (Williams, 1992).

Raymond Williams reconoce a Zuleta como uno de los letrados más sobresalientes de la región, “su trabajo pertenece a la tradición realista-naturalista” (1992, p. 174), y resalta que ficciones novelísticas como *Tierra virgen*, ofrecen los mismos aspectos de tránsito entre lo provincial y lo cosmopolita, y de la oralidad a la escritura. Asimismo, cree que este escritor puede ser comparado directamente con Carrasquilla<sup>44</sup>, por ejemplo, en lo que hace al tratamiento que le da a la oralidad y a la literatura realista en el ámbito regional.

La novela, como parte de la narrativa realista antioqueña de finales del siglo XIX, recrea una época en la que era común encontrar discursos literarios caracterizadores de la realidad asociados a fenómenos raciales, religiosos, culturales, políticos y socioeconómicos. Sin embargo, la relación entre historia y literatura nunca ha sido muy estable debido a que esta última comprende

---

en Bogotá” (Nieto, 1997, p. 405). El universo de sus letras se extiende también a producciones como “*Pedro Justo Berrio* (1895), *Artículos y discursos* (1900), *Papeles viejos y nuevos* (1929), *Manuel Uribe Ángel y los literatos antioqueños de su época* (1937)” (Nieto, 1997, p. 405). Su prolífica vida literaria le otorgó un lugar destacado en la crítica literaria nacional.

<sup>42</sup> En una edición especial de *Tierra virgen*, publicada en el 2011 por la Universidad de EAFI (Medellín, Colombia), se presenta un apartado introductorio con el título *Herejías* escrito por Tomás Carrasquilla. En ese prólogo a *Tierra virgen*, señala que ésta “se ajusta a los rasgos característicos del realismo en el sentido de que la novela, tal como hoy se concibe, es a la Historia, lo que el Algebra a la Aritmética: esta torna en concreto, aquella generaliza; la Historia consigna hechos, individuos y tiempo determinados; la novela abraza a la humanidad en conjunto. Para pintar los héroes, la Historia toma a Alejandro, a Napoleón, a Bolívar, etc.; la novela toma de todos éstos lo que quiera, lo funde en un personaje, y resulta el tipo: el héroe” (p. 9). En síntesis, para Carrasquilla, *Tierra virgen* es un reflejo de la vida enmarcada en el realismo.

<sup>43</sup> Carrasquilla afirma que “Remedios no está lo bastante deslindado, ni aparece con peculiaridad suficiente para que deje de confundirse con cualquiera otra población minera y comercial, no sólo de Antioquia sino de la República. Su topografía, el aspecto general de la comarca, tampoco están determinados; el paisaje, las escenas de la naturaleza descritos en la novela, bien pueden parecer los de cualesquiera otras regiones” (2011, p. 11).

<sup>44</sup> Según Alva David, Tomás Carrasquilla es uno de los escritores más importantes de las letras colombianas en el siglo XIX. La crítica especializada lo concibe como un autor costumbrista o realista que recrea la región desde una perspectiva universal. En ese marco, caracteriza “a una sociedad en el momento justo del tránsito de un mundo tradicional a la complejidad de la vida urbana, cambios que se capta no por la descripciones estáticas y simples sino por los actos y palabras de sus personajes” (2008, p. 254).

las dimensiones de lo simbólico, una parte integral de la vida social. De allí que los acontecimientos no son trasladados de forma mecánica al texto, sino que son sometidos a un proceso de reconstrucción complejo en el que intervienen mutaciones y transformaciones de las realidades (Sarlo, 1990). En otras palabras, el discurso literario moldeó la realidad y la historia para obtener expresiones diversas que reprodujeron, meditaron, descartaron, negaron o reafirmaron en momentos sucesivos, de allí que la caracterización de la naturaleza del vínculo entre ambas disciplinas fuera tan compleja –aunque no imposible– de soslayar. La narrativa de Zuleta ató con fuerza el discurso novelístico con los acontecimientos históricos de la región antioqueña, por ello, resulta sobresaliente que la perspectiva de la obra hiciera parte de una corriente cercana al realismo literario<sup>45</sup>.

Se puede decir que en el marco realista en el cual se concibe la novela se representan asuntos que atañen al proceso del esclavismo, al mundo de la hacienda –minas, plantaciones, actividades domésticas y los problemas que se generan por las tensiones étnicas, sociales, culturales y religiosas en una región de Antioquia–. De igual forma, son evidentes algunas de las coyunturas políticas, económicas y sociales de la Colombia de la época. La complejidad de estos aspectos tuvo grandes repercusiones en el ideal progresista y la modernización de las regiones de la nueva República. Es decir, aunque el problema del esclavismo resultaba evidente en el contexto regional antioqueño de *Tierra virgen*, este sistema no dejó de ser un asunto nacional que, desde las dinámicas académicas, históricas y legislativas, llevó a la configuración de un complejo aparato de métodos de explotación, exclusión y segregación.

Zuleta, así como recreó el universo de la hacienda esclavista y la mina de la zona aurífera de Antioquia, logró dibujar con precisión las múltiples tensiones ocurridas dentro de los grupos étnicos. Los sujetos negros, por ejemplo, contaron con una expresión singular que permitió la comprensión de su aporte a la economía, a la sociedad y a la cultura de la región. Sin embargo, es

---

<sup>45</sup> En *Novela y poder en Colombia*, Raymond Williams señalan que “esta corriente describe las expresiones características de la época, es decir, sus formas tradicionales, sus costumbres políticas y sus fuentes de riqueza y miseria. En este contexto el realismo-naturalismo emerge con personajes localizados en su ambiente regional. Al mismo tiempo, vale destacar que esta expresión es una crítica al elitismo literario de la narrativa modernista (finales del siglo XIX y principios del siglo XX), una corriente literaria liderada por José Asunción Silva y Guillermo Valencia, ambos, distinguidos hombres de mundo publicaron obras como, en el caso de Silva, *Primera comunión* (1875), *El libro de versos* (1923) y *De sobremesa* (1925), y en el caso de Valencia, *Ritos* (1899) y *Poesías* (1898). El modernismo encarna una mirada cosmopolita del mundo y una búsqueda preciosista del lenguaje, lo que crea en los escritores una voluntad de estilo, es decir, la obra literaria no era producto de la inspiración, sino de la construcción minuciosa y crítica de lenguaje. La búsqueda formal implicaba, a su vez, una búsqueda de musicalidad. Ante el modernismo, autores como Carrasquilla solo ven una expresión artificiosa y superficial, alejada de la realidad social, lingüística y cultural de los pueblos” (1992, pp. 41-72).

imposible dejar a un lado el rico y convulso proceso de mixturas raciales y culturales –tradiciones, costumbres, creencias y doctrinas religiosas– desarrolladas en medio de los prejuicios y estereotipos jerárquicos. Como también las formas lingüísticas de carácter piramidal con las que se configuran los actores sociales en la obra. En todo caso, nos encontramos ante la representación literaria de universos sociales, culturales e históricos que denotan la compleja configuración de una región constitutiva de los procesos de formación de la nación colombiana del siglo XIX.

En su contenido narrativo, el relato presenta un fresco de personajes que retratan las cotidianidades y los avatares de relaciones enmarcadas en escenarios jerarquizados socialmente. De este modo, se presencia la recreación de la vida de los esclavos, las vicisitudes de los mineros, los enredos de los casamientos, las conversaciones y discusiones de los ancianos, los enfrentamientos de los pueblerinos con los ciudadanos. Bajo este marco se cuenta la historia de tres generaciones de una familia antioqueña, desde sus comienzos en el pueblo minero de Remedios, hasta sus días finales en Londres. A simple vista es este el relato de las incidencias y triunfos comerciales de la familia Jácome, pero también es la historia de un linaje en decadencia, sus miserias durante la guerra civil, sus viajes y estudios en Europa, sus conflictivas historias amorosas y otro tipo de relaciones afectivas como las que este grupo familiar establece con los sujetos subalternos.

La novela se divide en dieciséis capítulos, algunos de ellos, a su vez, estructurados en apartados menores. Los hechos suceden, como se dijo, en una región aurífera de Antioquia y su tiempo histórico abarca alrededor de cincuenta años a partir de 1840. Los personajes principales son la blanca doña Juana y su hijo Manuel Jácome, quienes llegan a Remedios provenientes de Santa fe de Antioquia. Su estancia en ese lugar iba a ser transitoria en tanto continuaba su ruta a Bogotá. Allí, el joven Manuel iniciaría su formación profesional en derecho con la bendición y apoyo del obispo Gómez Plata. Sin embargo, los planes de viaje para estudiar en la capital de la República se cancelan. Por esos días, en el pueblo se organiza un ostentoso baile. Exactamente, en la casa de don Cándido Suárez y su esposa doña Genoveva, padres de Adelaida Suárez. Debido a la poca presencia en Remedios de jóvenes distinguidos –en términos raciales, culturales, sociales y económicos– los Suárez, una familia aristocrática imbuida por prejuicios de clase hacia la otredad, invitan al recién llegado, Manuel Jácome, para que establezca un vínculo afectivo con su hija Adelaida. Pero, no será esta la escogida por el noble caballero sino Elena Silvestre, una mujer blanca situada en la alta sociedad. Poco tiempo pasa, antes de que el joven galán le confiese su



amor a la elegante dama y en menos de un año ambos enamorados se unen en matrimonio. Esta será la razón principal de Manuel para frenar su viaje de estudio a la ciudad de Bogotá.

En la obra se cuenta, luego, el ascenso económico y social que les permite a los Jácome ocupar las posiciones más importantes en Remedios. Manuel se inicia en el mundo de las minas, principal fuente económica del pueblo. Años más tarde, deja esa actividad para ocuparse en el comercio y el negocio de la importación de mercancía que es transportada por el puerto de Magangué, el cual está ubicado sobre el río Magdalena. Con la bonanza económica vienen también los hijos: Pedro, Rosaura, Carlos y Enrique Jácome. El mayor, Carlos, es enviado a Medellín donde tiempo después, obtiene el título de abogado con una investigación sobre normatividad minera.

Doña Juana, la cabeza de la familia Jácome, es descrita como una lectora voraz. Se interesa mucho por el futuro educativo y profesional de su núcleo sanguíneo, en especial de sus nietos. Una parte de sus ahorros los invierte en la formación académica de ellos, otra en el negocio de la minería y el comercio local. Estas actividades económicas la transforman en una de las personas más acaudaladas de Remedios. No obstante, ese momento de buenos réditos financieros se obstaculiza debido a un demolidor incendio que deja sus propiedades en cenizas y hunde a su hogar en la ruina.

Los Jácome inician un extenso y complejo proceso de recuperación económica. Pero, todo se dificulta por un problema peor: la guerra civil de 1851. Sin diferencia de grupos políticos, aquellos que en el pasado vieron aumentar con envidia el patrimonio de esta familia, ahora se convierten en sus peores enemigos para expropiarlos, obligándolos a entregar sus bienes de toda la vida. En medio de esta compleja realidad, Manuel padece cáncer y fallece. Se suma a esta tragedia la muerte de doña Juana. Es entonces cuando Carlos Jácome se ve en la obligación de regresar al pueblo para ocuparse de la educación de sus hermanos e intentar recuperar cuanto antes el capital económico de la familia.

En la narrativa de Zuleta, otros personajes con un rol secundario alcanzan un valor muy especial. Se destacan, solo por citar algunos, Luis Arenales, Pacho Quintero, Liberato, Rita y Clemencia. Todos estos actores sociales se configuran en sujetos subalternos o esclavizados. Algunos tipifican las diversas formas de ascenso social, otros la continuidad inalterable del *status quo*. En este contexto, estos individuos se ven inmersos en las tensiones y conflictos sociales, raciales, culturales y económicos propios de una época decimonónica en donde las clases

dominantes blancas instauran jerarquías, prejuicios y estereotipos contra la subalternidad para negarles derechos civiles y políticos.

Luis es un mulato que en su juventud fue uno de los grandes amigos de Manuel. Inicia como obrero en una mina de negociantes ingleses y logra hacerse de un buen capital económico. Pacho Quintero es un zambo que con esfuerzo atesora un dinero importante. Además, da cuenta siempre de lo valioso que es el altruismo ayudando a familias necesitadas. Su primogénito Joaquín Quintero alcanza una posición política como representante a la Cámara por Antioquia. Liberato, Rita y Clemencia son negros al servicio de la familia Jácome. Cada uno de estos personajes negros cumple un rol distinto de subordinación ya sea en las minas, en el comercio o actividades domésticas. Representan el símbolo de un sistema esclavista en un ámbito paternalista, donde las relaciones sociales entre amos y esclavos son, en gran medida, armónicas y poco conflictivas. Una caracterización contraria al esclavismo más cruel, violento, opresor e inhumano de aquella época. Asimismo, en la obra se recrea el intercambio cultural de saberes, creencias religiosas y modos de crianza en el cual se configura un proceso de transculturación jerarquizado entre los distintos grupos sociales.

La parte final de la novela tendrá lugar en Londres, más o menos una década después de los últimos acontecimientos trágicos mencionados. Pedro Jácome, el hijo menor de Manuel será, en compañía de su amigo y coterráneo Simón –hijo de Luis Arenales–, los protagonistas de este capítulo en el que estos personajes entablarán un extenso debate en torno a grandes temas filosóficos, científicos, históricos, literarios y futuro de las naciones. La narración de *Tierra virgen* se cierra con el suicidio de Simón Arenales.

La obra ofrece un discurso caracterizador de la oralidad antioqueña; el diálogo, escrito generalmente en jerga local, es uno de los recursos literarios más utilizado por el autor. En su forma de hablar, cada personaje expresa su posición social y educativa. La perspectiva del narrador es omnisciente. No se identifica como personaje ni participa en los hechos narrados, pero conoce al detalle la conciencia de los personajes. Esta omnisciencia le otorga a la novela un tono cuasi épico, logra de este modo una visión realista del mundo narrado. La capacidad de penetrar en la conciencia de tantos personajes –incluso en los poco relevantes para la narración– tiene también, seguramente, el propósito de descubrir las motivaciones psicológicas. Es así como el lector conoce todo tipo de pensamientos, deseos, creencias, sueños, pesadillas, tragedias, recuerdos; sentimientos de amor, odio, miedo, humillación, orgullo y melancolía. Además, los complejos de inferioridad

o superioridad son presentados como una especie de inventario. Así, la novela logra plasmar exitosamente el complejo panorama social y cultural del pueblo minero de Remedios.

El tiempo de la narración consigue dilatarse en algunos sucesos, así como dar veloces saltos en unas pocas líneas. En su trasfondo, según la caracterización de Williams, “demasiado realista y lenguaje estrictamente literario” (1992, p. 175). En todo este entramado realista, la voz del narrador y de los personajes representa una crítica a la sociedad aristocrática y un retrato de la nueva burguesía diversa en términos étnico-sociales, además, Zuleta pone bajo la lupa los cambios culturales de los grupos sociales. Igualmente, recrea las diferencias culturales –creencias, costumbres, tradiciones–, las diversas perspectivas de tipo religioso, el adoctrinamiento, el ecosistema natural de la región como marco descriptivo de la nueva sociedad antioqueña. Esta caracterización literaria de los acontecimientos surgió en un periodo de profundas tensiones socio-étnicas entre los personajes que, al ser el eje relevante de la trama, sirvieron de voz para algunas discusiones típicas de la sociedad decimonónica, tales como las que trataron asuntos de centro-periferia, oralidad-escritura, civilización-barbarie y campo-ciudad. Todo esto en el marco de la construcción de la identidad nacional a través de narraciones concebidas en tanto “ficción fundacional” (Sommer, 2004).

En los siguientes apartados se propone una lectura del discurso narrativo de Zuleta centrado en los hechos históricos y jurídicos de la esclavitud negra. Por otra parte, se analizará la configuración cultural y socio-racial (mixturas, prejuicios y jerarquizaciones) y su incidencia en la caracterización lingüística de los actores sociales presentes en la novela. El modo en el que la obra recrea estas cuestiones funciona como un prisma a través del cual se vislumbran las contradicciones de la Colombia del siglo XIX. Es así como en *Tierra virgen*, se invierten o anulan algunas de las ideas y representaciones que perduraron en la realidad social de la esclavización. A la par, se pone en entredicho el discurso oficial sobre las categorías problemáticas de raza e identidad (Wade, 1992), asimismo, se cuestiona la manera como se vincula la representación de los personajes a sus formas o usos del lenguaje (oral-escrito, culto-inculto, correcto-incorrecto); a sus costumbres, ritos y creencias religiosas (entre lo sagrado y lo profano). En ese sentido, la novela, en su estructura discursiva, esconde un subtexto de problemáticas respecto del sujeto negro que son mediadas por la voz letrada.

### **3.3.1 Esclavismo y abolicionismo: los sujetos negros en la “comunidad imaginada” de *Tierra virgen***

El objetivo de las siguientes páginas será trazar un panorama general a partir del cual se caracterizarán los procesos de esclavismo y abolicionismo de *Tierra virgen*. En este escenario, es necesario identificar los ideales y principios constitucionales de la época que sirven de base a estos fenómenos históricos, así como los mecanismos de segregación y exclusión social, civil y política experimentados por los sujetos negros en el marco jurídico y normativo de entonces. Del mismo modo, se abordarán los puntos de enunciación de la obra frente al esclavismo a partir de la construcción de algunos de sus personajes (el negro Liberato, su madre Rita, Juancho, Carmen, el zambo Pacho Quintero, Luis Arenales, *ño* Pedro, *ña* Clemencia). Será así como se obtendrá una visión amplia y diversa de las dinámicas sociales, raciales, religiosas y económicas vinculadas al tema en cuestión.

Vale señalar que la interpretación de la crítica en torno a la esclavización de los sujetos negros no está exenta de contradicciones y ambigüedades en el complejo y rico panorama de los procesos de configuración de la nueva sociedad republicana, a las que, por supuesto, no fue ajeno Eduardo Zuleta. Palacios afirma que “uno de los aspectos más importantes de la historia de América Latina es el relacionado con la presencia y herencia del esclavo negro procedente de las costas africanas” (1982, p. 301). En el devenir histórico de Colombia –Colonia, independencia y emergencia de la República– el sujeto esclavizado como actor social fue fundamental y significativo. Su importancia radicó en las actividades socioeconómicas relacionadas con la minería, la agricultura y las labores domésticas.

La recreación literaria de *Tierra virgen* da cuenta de un sistema esclavista en decadencia que dio los primeros pasos hacia la abolición absoluta con las leyes de 1851. Con esta legislación se buscó profundizar la formación de una república liberal que otorgara derechos civiles y políticos a los grupos subalternos. Aunque, tanto para la nación como para el contexto antioqueño, este ideario no dejó de ser una realidad abstracta y contradictoria, pues en una parte importante de la clase dominante existía el temor de perder los privilegios políticos, sociales y económicos basados en el trabajo esclavo.

La historiográfica política y jurídica colombiana se ha acostumbrado a afirmar que las constituyentes locales del periodo federal se vieron influenciados por las concepciones liberales de países como Inglaterra, Francia y Estados Unidos en los que existía un otorgamiento amplio de

derechos civiles y políticos a “todos sus ciudadanos”. No obstante, Jaime Jaramillo (2003) sostiene que en el siglo XIX en constituciones como la de Cúcuta se asumió una actitud ambigua respecto a la institución esclavista, debido a que las prerrogativas sociales, económicas y políticas fueron ajustadas de acuerdo con el interés de las clases dominantes. Aunque la legislación negaba los privilegios de clase o raza en función de priorizar el talento, la capacidad o habilidad de los individuos, la realidad era otra: los títulos hereditarios eran los factores determinantes para alcanzar un lugar en la élite social, económica o política.

En términos similares se expresó la Constitución del Estado antioqueño. Pero, estas normativas eliminaban las prerrogativas por derecho de sangre y los favorecimientos de clase al admitir la idea de la igualdad de los sujetos sobre la base del derecho natural. No obstante, estas legislaciones –incorporadas en el escenario neogranadino del siglo XIX– plantean un discurso controversial, ya que en su interior están presentes rezagos esclavistas. Sumado a esto, excluían de los derechos de representación a quienes no poseían renta, patrimonio o estaban en situación de dependencia como jornaleros o sirvientes domésticos. De esa forma, precisa Jaramillo, “lo hacen las Cartas de Cundinamarca, Tunja, Antioquia, Mariquita o Cartagena, utilizando las mismas formulas eufemísticas para no nombrar directamente la institución de la esclavitud” (2003, p. 105).

Las legislaciones republicanas de Estado liberal, sin embargo, no trajeron consigo cambios significativos en las condiciones de vida de los sujetos negros, cuanto que estos encontraron barreras que les impidieron salir de la servidumbre y cambiar su realidad social, económica y política. Jaramillo, al interpretar la naturaleza y los condicionantes de algunas de las cartas constitucionales, explica que en ellas se instituyó que “para ser miembro de la Representación Nacional se requiere indispensablemente ser hombre de veinticinco años, dueño de su libertad, que no tenga actualmente empeñada su persona por precio (...), dice la Constitución de Cundinamarca de 1811” (2003, p. 105). Es decir que, en esta Constitución, dos son los condicionantes definitorios: la edad y la libertad. Y agrega que en otra carta legislativa se expresa: “tendrán derecho para elegir y ser elegido todo varón libre, padre o cabeza de familia, que viva de sus rentas u ocupaciones, sin pedir limosna, ni depender de otro (...), se lee en la Carta de Antioquia sancionada en 1812” (Jaramillo, p. 105). De este modo, la legislación antioqueña establece como criterios de exclusión el género, la paternidad, la posición de propiedades y la independencia económica. Finalmente, está la Constitución de Tunja que, tal vez por surgir en una provincia donde la esclavitud apenas

fue importante, logró consagrar, al menos en el marco del discurso, la igualdad racial. Señala al respecto Jaramillo:

Fue ante todo un fenómeno de las provincias mineras y de las zonas con agricultura de plantación del occidente colombiano, es la única que consagra la igualdad racial (...). Al referirse a la organización educativa, expresa con un espíritu progresista e incluyente que ni en las escuelas de los pueblos, ni en las de la capital habrá preferencias ni distinciones, entre blancos, indios u otra clase de gentes. Y en los mandatos son concernientes a la capacidad para elegir o ser elegido, solo excluye la calidad de mendigo, ebrio de costumbre, deudor moroso declarado y otras deficiencias morales, pero no menciona ni siquiera metafóricamente la institución de la esclavitud (Jaramillo, 2003, p. 105).

Jaramillo se refiere a las contradicciones de las cartas constitucionales al tratar el esclavismo. Estos documentos, a pesar de que en su forma abstracta promulgaban ideales progresistas de libertad e igualdad, en el escenario real dejaron ver perspectivas de segregación y exclusión social hacia los grupos subalternos. Con ello, a la otredad se le niegan derechos civiles y políticos al mismo tiempo que permanece inalterable el establecimiento de los detentadores del poder. El autor deja en evidencia estas ambivalencias jurídicas cuando advierte que:

Así se daban prematuramente en el seno de la sociedad granadina las mismas contradicciones y tensiones que caracterizan a la sociedad burguesa moderna y la concepción liberal del Estado en la época de la madurez. El derecho a participar en la dirección del estado como elector o elegido, no podía reclamarse sino sobre la base de la igualdad y ésta debía sostenerse sobre la negación de todo lo que pudiera diferenciar a los hombres, como capacidad concreta para el mando o dirección social, al paso que la complejidad de las funciones sociales, la división del trabajo, la desigualdad real de las capacidades y las exigencias de jerarquías que encierra toda la sociedad altamente evolucionada, exige calidades individuales para ciertos puestos de la dirección del Estado. Se trataba del antagonismo entre el principio orgánico e histórico –en el sentido de que lo individual se forma en el devenir histórico como resultado de la experiencia– y un principio mecánico o abstracto, que es el único sobre el cual se puede fundar lógicamente la igualdad, antagonismo latente en toda teoría del Estado contractual o consensual, sea que se presente en su forma medieval, sea en su forma moderna democrática (Jaramillo, 2003, p. 106).

*Tierra virgen* cuestiona el resultado de la abolición de la institución esclavista en los Estados Unidos en el siglo XIX. El fin de la esclavización del sujeto negro no significó en los años

siguientes un mejor porvenir en términos de acceso a derechos sociales y políticos –salud, educación, empleo, cargos públicos–. Este grupo humano quedó sumido bajo condiciones de marginalidad y servidumbre. Así, se les negó cualquier posibilidad de progreso y ascenso social. Una realidad de continuidad de aquellos sistemas colonialistas y jerarquizantes como los de la República de Colombia y los Estados Unidos<sup>46</sup>. Estas naciones decimonónicas conservaron sus estructuras de exclusión, estigmatización y sometimiento de la otredad negra con el fin de mantener intacto su *status quo*. El país del norte, pese a desprenderse del yugo colonial e incorporar en su ideario de nación políticas de libertad e igualdad, no permitió a los negros alcanzar dichas reivindicaciones, es decir, estos sujetos continuaron subordinados tanto como antes, sin mejoras significativas que les permitieran poseer derechos civiles circunscritos en las garantías constitucionales del estado-nación. A través de la voz narrativa de uno de los personajes (Simón Arenales) se dice que:

La república en los Estados Unidos no es un modelo, es una farsa. Palpitante está aún allí el problema de los negros. Los hicieron ciudadanos, pero quedaron esclavos siempre de la raza blanca. En el sur, en donde están en mayoría, nunca les reconoce el triunfo en las elecciones. Los ridiculizan en los periódicos y se burlan de ellos. Los blancos mandan sobre los negros como en los tiempos de la esclavitud, y lo curioso es que los hombres del norte aplauden la conducta de la raza blanca del sur (Zuleta, 1897, p. 173).

En esta cita se denuncia que el esclavizado negro de los Estados Unidos accede a una libertad condicionada. El marco republicano anglosajón permite a la población negra ser “libre”, pero al servicio de los intereses económicos, sociales y culturales de la élite blanca. El subalterno negro queda introducido en un sistema hegemónico donde es abolida la esclavitud. No obstante, estos sujetos no solo son caracterizados con prejuicios de carácter racial sino también como lo define Spivak, “sujetos subalternos” (1985), invisibilizados social y culturalmente. No cabe duda de que esto profundizó para este actor social su exclusión de las prerrogativas civiles y políticas en la nación americana y en el resto de los países del continente.

---

<sup>46</sup> Albert Soboul (1981) señala que “la Revolución norteamericana (1776), pese a la invocación del derecho natural y de solemnes declaraciones, ni libertad ni igualdad fueron totalmente reconocidas: los negros siguieron siendo esclavos, y si bien la igualdad de derechos fue admitida entre blancos, la jerarquía social basada en la riqueza no sufrió alteración alguna” (pp. 143-144).

La comunidad imaginada de la narración está marcada por los debates esclavismo y abolicionismo de la época. El concepto de nación-patria se hace difuso, en cuanto Zuleta dibuja líneas imaginarias a través de asociaciones de distintos conceptos: “Patria, eso es cosa relativa. Patria para nosotros es la familia, el barrio, el pueblo, el departamento, la nación, el continente, la raza misma” (Zuleta, 1897, p. 343). Es decir, abarca progresivamente escenarios e instituciones simbólicas que revelan su arraigo a una estrecha identidad nacional. Al conectar estos aspectos, se transforman en el elemento fundamental para reconstruir la nación desde una mirada social, política y cultural.

Es así como *Tierra virgen*, que configura al pueblo de Remedios como una expresión en menor escala de la nación, no es ajena a las miradas controversiales que rodearon la formación de los proyectos fundacionales, en las cuales, el sujeto negro esclavizado, por lo general, se situaba en una condición de subalterno (otro). Más allá de las exigencias abolicionistas de la elite dominante, la novela no resuelve un problema muy presente en la emergencia de la República de Colombia: el sometimiento del hombre por el hombre; un hecho fundamental por el significado discursivo e histórico que tuvo, ya que, en las luchas independentistas, la eliminación de la trata negrera, la ley de libertad de vientres y la abolición de la esclavitud fueron algunas de las banderas del movimiento popular criollo. Sin embargo, las consignas iluministas de los ideales de libertad, igualdad y fraternidad no fueron respetadas para los sujetos negros.

En este contexto, los principios y valores republicanos, a pesar de suscitar perspectivas políticas de corte democrático y progresista –tomando prestadas las ideas de la Ilustración–, se fragmentan ante una fisura que les quitó universalidad: el esclavismo. Es decir, los decretos abolicionistas conforman una visión progresista repleta de expresiones simbólicas sin peso social y político tangible, pues en buena parte de Colombia el sometimiento negro continuaba vigente, pero esta vez –que tal vez hacia más insoslayable el problema– legitimado por la Constitución. Fue así como el sistema esclavista sobrevivió a su abolición; los sujetos negros eran libres en cuanto que ahora podían “elegir” su yugo, es decir, continuaron sometidos a las arduas labores de las plantaciones, haciendas y minas y les siguió siendo imposible participar en los escenarios de poder.

El discurso literario de Zuleta, pese a la aparición de algunas voces que caracterizaban la esclavitud de los negros como un hecho *contra natura*, aborda esta institución de modo superficial mediante la presentación aislada de los acontecimientos vinculados al tema. Esta situación se ve



recreada en personajes como el zambo Pacho Quintero y el mulato Luis Arenales. Ellos, a pesar de mejorar su estatus a través de la adquisición de riquezas, no dejaban de ser objeto de humillaciones y menosprecio debido a la herencia del régimen colonial esclavista y al “lastre de inferioridad” de sus rasgos étnicos, una realidad naturalizada en las visiones racializadas decimonónicas. En el texto, no solo se configuran las características y rasgos de estos actores sociales, sino que también se mencionan el despojo, las persecuciones, la eliminación social y la violencia histórica soportada por estos grupos humanos. Un ejemplo claro es el personaje zambo Pacho Quintero:

Era uno de esos tipos que se encuentran en los pueblos, que van ascendiendo a fuerza de virtudes, de esos que se abren camino y se hacen visibles hasta contra el querer de los perversos. Era humilde de cuna, pero no había venido al mundo por razón de contubernios infames, y sus ascendientes, hasta donde era posible llegar por los recuerdos, venían por orden, sin saltos inexplicables, sin eslabones rotos o ignorados en la cadena. Tal vez siguiendo con la imaginación la lista de ascendientes de Pachito se llegaría hasta tropezar con el indígena, porque en su figura física se dibujaban todavía, a pesar del cruzamiento, rasgos inequívocos de esa raza noble y perseguida que luchó con valor increíble hasta que la iniquidad la dispersó y acabó con ella, no dejando sino restos que buscan refugio seguro en las más hondas cañadas de esta América que les perteneció en absoluto. A pesar de sus veinticinco años la barba no asomaba por ninguna parte, apenas le habían salido en el bozo unos pelillos dispersos y marcadamente hirsutos que parecían estar esperando compañeros de refuerzo, que no llegaban. Ancho de espaldas y de vigorosa contextura. De ojos garzos que revelaban un atavismo de raza blanca, moreno y de pelo indio, rebelde a las imposiciones del peine y que denunciaban en su organismo con otras notas medio desvanecidas las células fugitivas del antepasado indígena. Con el trabajo había conseguido modo de vivir y de hacer el bien, y su posición subía sin que él mismo se diera cuenta. Ignoraba entonces Pacho Quintero la razón de las atracciones de que era objeto, y su espíritu era incapaz hasta entonces, de distinguir entre las dos clases en que se dividía la sociedad que estaba por encima de su cabeza y de su origen: la que se derrumba y presiente una ruina definitiva de futuro muy próximo y que a pesar de preocupaciones de raza acaba por claudicar ante el criollo, por razones de utilidad, y la que por espíritu verdaderamente noble y altruista estimula y atrae por benevolencia de carácter puramente cristiano al que está atrás luchando por la vida sin base ni terreno preparado para el éxito (Zuleta, 1897, p. 92).

La voz del narrador utiliza un discurso biologicista para la configuración física y psicológica de Pacho Quintero. De ahí, se caracteriza a este personaje con unas especificaciones

que le son “propias a su naturaleza”. Estas descripciones se erigen desde una perspectiva racializada decimonónica que definió en términos positivos y negativos los rasgos particulares de los distintos grupos humanos –puros, mixtos, ascendencias y genealogías–. En el caso del zambo Quintero, su mixtura da cuenta de una raza “noble” que está acompañada de unos ojos garzos que revelan un atavismo de raza blanca, piel morena y de pelo con antepasado indígena. Esta mezcla racial como otras –negra, blanca, mulata, indígena– quedaron introducidas en el marco de aquellas visiones esclavistas y colonialistas de las clases dominantes que construyeron prejuicios y estereotipos para representar de forma jerárquica a las diversas castas o actores sociales y determinar sus posibilidades de progreso, ascenso socioeconómico e inserción en la comunidad imaginada.

Sobre el progreso social y económico de Luis Arenales, el narrador expresa que “había luchado por la vida con desesperación; había tenido que vencer obstáculos increíbles para ascender escalas en las gradas sociales. Era iletrado, pero había adquirido la ciencia de la apreciación inmediata y precisa de las personas que trataba” (Zuleta, 1897, p. 94). Estos personajes tipifican las diversas formas del ascenso social y económico, lo cual da la apariencia de un escenario de igualdad, sin embargo, siguen siendo parte de los márgenes sociales, de la masa popular, son los sujetos subalternos condenados por su color de piel a pertenecer a las castas excluidas del mapa socio-racial impuesto por la esclavitud. En este entramado, a modo de núcleo prefigurado, fueron establecidos patrones jerárquicos determinados por la herencia y los vínculos familiares, muy bien advertidos por Álvaro Pineda Botero (1999) cuando observa que:

La preocupación sociológica del autor es determinante en la novela. Que en el discurso literario se da cita en la población de Remedios a los blancos de origen español, los indígenas, habitantes originales del sector, y los negros. A partir de estos troncos raciales la novela menciona variedad posible de mezclas: mestizos, mulatos, ñapangos y zambos. Este mapa del entramado racial ofrece un espacio caracterizador. Allí cada individuo es consciente de dos situaciones: la raza a la que pertenece que le da el lugar que ocupa en aquella sociedad, y la posición social a la que le gustaría ascender. De este modo, Zuleta no presenta a sus personajes en posiciones predeterminadas e inamovibles; los presenta ascendiendo o descendiendo socialmente. En ese sentido, en la trama se percibe que cada uno aprovecha el ambiente de relativa democracia para buscar contactos (por las vías del noviazgo, matrimonio o la amistad, por ejemplo) con individuos que les ayuden a ascender en la escala social (p. 348).

Ante el lector se erige una narrativa cuyo discurso ambiguo mezcla las rupturas y continuidades del orden social esclavista. Y aunque en el subtexto es evidente la paulatina construcción de una sociedad más abierta y menos exclusiva, aún prevalecen las antiguas jerarquías raciales de orden colonial: las voces blancas siguen determinado las relaciones de libertad e igualdad del sistema republicano, mientras que el sujeto subalterno permanece silenciado y limitado por los mecanismos de segregación y exclusión social.

En otro escenario de interpretación del esclavismo, la narrativa de Zuleta nos permite analizar las relaciones amo-esclavo en un ambiente social de explotación. *Tierra virgen* parece omitir la veracidad histórica de las condiciones laborales infrahumanas experimentadas por los negros en las minas y haciendas: largas jornadas de trabajo, trato cruel y alimentación pobre fueron algunas de las situaciones que suscitaron el inconformismo de los sujetos negros y su subsiguiente levantamiento. Las sublevaciones de la gente negra trastocaron la realidad de muchos lugares del territorio nacional. De ahí que, por ese anhelo de libertad, estos actores sociales se lanzaban al pillaje o huían hacia la selva más espesa y recóndita donde erigían sus comunidades y se daba su propio gobierno. Aun así, en la novela es recreado un ambiente de armonía y cordialidad en el que el orden permanece imperturbable. A los sujetos negros parece encantarles su condición, pues las relaciones que mantienen con sus amos blancos son de respeto, sumisión y afecto –situación similar a la de Francisco y Camila en la obra de Antonio Zambrana–. Un ejemplo de esta realidad pacífica se encuentra en la negra Rita –esclava venida de Magangué– y en su hijo, el negro Liberato, en cuyo nombre está implícito el hecho de haber nacido poco tiempo después de promulgada la libertad de vientres, quienes, a pesar de servir con entusiasmo a una familia blanca, son vistos por esta como una propiedad más:

En la casa encontraron a Rita, la esclava que había criado a Elena y que Petrona regaló a su hija el día del matrimonio (...). Y con Rita estaba el hijo de ésta, el negro Liberato, que había venido al mundo por el tiempo en que los vientres eran ya libres (Zuleta, 1897, p. 100).

Más adelante el narrador añade respecto a Rita que “ella, que había sido siempre sensible y buena, que había sido esclava resignada y humilde; que había seguido viviendo con los amos después de la libertad” (Zuleta, 1897, p. 146). En este marco, Rita representa la continuidad de un sistema de sumisión inalterado ante la abolición de la esclavitud y el nacimiento del régimen

republicano. En otras palabras, simboliza un mundo en disolución: el del sistema esclavista y la hacienda patriarcal del régimen colonial. Por ello, en el discurso literario se concluye que ella “aceptó sin protestas el destino que le tocó en suerte; que hacía de su condición un deber, y de su carga un orgullo” (Zuleta, 1897, p. 146). De este modo, la caracterización de Rita como esclava difiere radicalmente con la posición del negro rebelde o cimarrón: ella es el prototipo de nana negra, símbolo maternal de lealtad, abnegación y obediencia absoluta hacia un amo o “superior blanco”. Esto constituye una fiel representación de un discurso colonialista o de conservación del establecimiento esclavista.

Pese a la caracterización de Rita como sumisa, vale indicar que este personaje posee una tradición ancestral de carácter cultural e histórico que le permite erigirse como conectora y consejera de la relación esclavo-amo. Es decir, entra en una construcción dialógica –jerarquizada– de saberes, creencias y formas de vida con los sectores sociales dominantes –doña Juana, Manuel y sus descendientes–. De esa manera, su voz da cuenta de una representación marcada por la multiplicidad de sentidos (Valero, 2011). Es así como, desde su posición subalterna, desarrolla un sincretismo con la cultura hegemónica. Actúa como un referente simbólico que enlaza mediante un proceso de transculturación (Ortiz, 1940) los saberes y reflexiones de dos mundos opuestos –el blanco y negro/mulato–, separados por sus orígenes, historia y cosmovisión. Rita fue la esclava que intervino en la crianza de la blanca Elena y que doña Petrona regaló a su hija al casarse con Manuelito.

En el contexto de dominación de la raza blanca, Zuleta logra encontrar en Rita la inusual configuración de un poder ejercido por el sujeto negro. La nana negra ejerce su influencia a través de la crianza que brinda a los niños blancos, iniciando con Elena y terminando con los hijos que esta tiene con Manuel. Es así como el personaje de Rita demuestra que las “adopciones” no se daban únicamente en la vía blanco-negro, sino que podían ser invertidas y complementadas. En consecuencia, queda en entredicho la visión paternalista que afirmaba que el negro era un ser nacido para obedecer y asentir. Pese a ser una criada negra, nunca es apartada o dividida de sus superiores, sino que interviene en las decisiones que son parte de su entorno. Así, este personaje sirve como un puente por el cual el mundo negro traslada al mundo blanco sus herencias, imaginarios, prácticas y visiones, trazando así nuevos caminos de diálogos, entonces inadvertidos.

Otro eje en el marco de un discurso esclavista lo configuran los conflictos, tensiones o asimetrías alrededor de las costumbres, ritos, creencias y dogma religiosos. *Tierra virgen* presenta

una descripción del proceso de adoctrinamiento religioso sufrido por los sujetos descritos como la otredad. Un aparato discursivo utilizado por el poder para naturalizar y perpetuar el sistema esclavista. Sabemos que la Iglesia católica fue cómplice de esta forma de opresión, lo hizo en muchas ocasiones desde sus inicios y no solo al no condenar el sistema, sino también al predicar entre los esclavos la obediencia y la aceptación de su yugo. Esta es la mirada con la que personajes como Juancho y Carmen, con el objetivo de consumir su matrimonio, aceptan las expresiones religiosas del mundo católico –el dogma blanco– y rechazan otras creencias espirituales concebidas como de origen maligno. Así lo presenta el narrador:

Juancho y Carmen se quedaron en el pueblo en preparativos de matrimonio. Advirtiéndoles el sr. Cura la obligación de estudiar la Doctrina Cristiana y la necesidad de estar suficientemente preparados para hacer una buena confesión, y viendo que él era el único que podía encarrillarlos en estas grandezas de que ellos no tenían noticias bien precisas, dio comienzo a la enseñanza. Primero los Mandamientos de la Ley de Dios, luego los de la Santa Madre Iglesia, y en seguida los Pecados Capitales y los sacramentos. Esto llenaba la primera parte del programa, y hasta aquí las cosas andaban admirablemente porque los discípulos dieron muestras muy marcadas de aplicación y de buen sentido (Zuleta, 1897, p. 138).

Juancho y Carmen, ambos convertidos al cristianismo, son forzados a abrazar los dogmas católicos de la nación blanca como principios salvadores y transformadores de sus almas paganas. Con ello, la Iglesia ejerce una fuerza coercitiva sobre las creencias y memorias de los pueblos subalternos. Así, la doctrina cristiana logró imponerse como expresión rectora de la religiosidad. En este sentido, se establece como una manifestación superior en términos jerárquicos relativos a otras formas de espiritualidad; en particular, de aquellas concepciones religiosas provenientes de la cultura negra, las cuales son concebidas por los grupos hegemónicos como cultos marginales y periféricos que violan la moral y las leyes del catolicismo.

En la novela, al igual que Juancho y Carmen, abundan otros personajes concebidos desde posiciones subalternas como trabajadores, peones y siervos (Rita, Pacho Quintero, Liberato, *ño* Pedro, *ña* Clemencia). Se trata de esclavos, obreros y criados eficientes y sumisos, que parecieran aceptar sin quejas las injusticias, adoctrinamientos y discriminaciones que sufren. El caso del negro Liberato resulta paradigmático: su ascenso económico y social no transgrede los prejuicios a los que lo someten, pues está caracterizado de tal modo que le es imposible cuestionar el estado de

sujeción en el que él y su círculo cercano se encuentran –la esclava Rita–. Liberato acepta sus condiciones de vida con una pasividad carente de la determinación que su nombre representa. Ante las órdenes de sus superiores, por más humillantes que sean, responde como un ser sin voluntad ni rebeldía ante la existencia de un sistema esclavista:

Cómase eso ligero, Pedro –decía Carlos–, para que vamos a lavarnos. En esto viene Liberato por nosotros y si se va comiendo por la calle, lo castiga mi papá. Y por qué no regaña a Enrique que se está lambiendo las manos –contestábale el chiquitín al hermano mayor. Pero el diálogo era interrumpido con la llegada de Liberato que entraba diciendo: – A ver los niños, caminen, que ya está el almuerzo en la mesa. –Lléveme a la espalda –decía Pedro saltando al ver al negro Liberato. –Venga, pues, acá, mi rey. –No, señor –decía Carlos–. Cargao, no. Qué muchachito tan necio es éste. Pedro se ponía a llorar y Liberato se empeñaba en llevarse al niño a la espalda, y le decía a Carlos: –No sea filático, niño Carlos, que harto lo cargué a Ud. también. –Pues no lo lleva cargao, espérese y verá cómo se lo digo a mi madre. Salía Da. Juana a intervenir en la contienda y resolvía que no cargaran a Pedro. –No le hace, mi rey, camine, y a la vuelta de la iglesia lo cargo, y mañana que nos vamos para La Vega lo llevo cargao también. Y así fue; tan pronto como voltearon la esquina se echó Liberato a la espalda a Pedro (Zuleta, 1897, p. 126).

Liberato crece como sirviente en una familia acaudalada y, a pesar de que llega a convertirse en administrador de una mina, su ascenso se ve frustrado por los vientos turbulentos del convulso paisaje político colombiano. En medio de la guerra civil que azota a Remedios, Liberato es despojado de sus recursos y queda prácticamente en la ruina, tiempo después se casa con una mulata. Este enlace es significativo, pues al unirse con una mujer blanqueada cree que podrá limpiar su sangre, paulatinamente recupera su antiguo capital económico, pero, a pesar de esta prosperidad, no es reconocido como ciudadano pleno: aún lo persigue el estigma que colorea su piel, en consecuencia, sufre el desprecio de los grupos hegemónicos blancos, quienes representan a la élite social.

Esta estigmatización está presente en la obra, por ejemplo, en la recurrente preocupación manifestada por algunos personajes en torno a las genealogías sociales y étnico-lingüísticas que establecían una relación directa entre inferioridad, lengua y color de piel. Fue este un discurso que dominó los debates de raza de la sociedad decimonónica en América Latina, Julio Ramos (1993) problematiza este conflicto en el contexto de dos países caribeños:

Producidos pocas décadas después de la revolución en Haití, los discursos sobre la heterogeneidad etno-lingüística en Cuba, en tanto enigma que debía ser resuelto, develado, en el proceso de la configuración nacional, nos habla más bien sobre las fobias de la propia élite liberal, todavía tímidamente modernizadora, que articula las representaciones de los esclavos. En esas representaciones la élite liberal elabora, especularmente, sus categorías de identidad, de raza, de lengua, de ciudadanía, acaso sin llegar a dominar nunca su propia ansiedad ante la ineluctable heterogeneidad étnica que por otro lado motiva y paradójicamente estimula la proliferación de un discurso de orden y condensación (p. 226).

Las conclusiones de Ramos pueden trasladarse a la técnica literaria de *Tierra virgen*: en la novela, el narrador describe detenidamente la fisonomía de los personajes y lo hace de un modo que jerarquiza, en el plano psicológico y moral, el comportamiento de los protagonistas. Es decir, a través de la isotopía de las formas de violencia, explica las acciones que los personajes llevan a cabo. Además, la narración denota la distancia entre el narrador omnisciente y las expresiones culturales, sociales y religiosas –creencias, ritos, costumbres– de los personajes que representan la otredad (negros, mulatos y zambos). Es así como, Zuleta emplea parámetros estéticos y discursivos con los cuales se presentan estereotipos y prejuicios culturales. Por ejemplo, el lenguaje de los negros posee marcas transcritas de la oralidad que dibujan límites sociales de clase y etnia. Aunque se representan costumbres, bailes, comidas y coplas populares del universo negro, para así diferenciarlas de las manifestaciones culturales blancas, sin embargo, el narrador apenas se refiere a las costumbres religiosas del pueblo negro: la obra omite el poder simbólico y cultural de la herencia africana. Las figuras del curandero ño Pedro y la sierva ña Clemencia ejemplifican esta situación; ambos personajes se configuran a través de la representación “satanizada” de sus tradiciones. El carácter de inferioridad de estas prácticas es rápidamente aludido y, en su lugar, se enfatiza el imperio de la doctrina católica en sus enseñanzas, saberes y pensamientos:

Y el infeliz batracio, al verse libre se escurrió como pudo, y Juancho repuesto ya del susto se rio también con sus compañeros del curioso percance, no sin dejar de preocuparlo demasiado la brujería de ño Pedro; porque el que una culebra se trague un sapo, él también lo ha visto; pero el que ño Pedro supiera que estaba vivo era cosa incomprensible. Entonces lo asaltó el recuerdo de una de las enseñanzas del sr. Cura en que le recomendaba no creer en agüeros y cosas supersticiosas, y aunque le dieron deseos casi irresistibles de preguntarle algo al curandero sobre el asunto, se contuvo, y quedándose un poco atrás, se santiguó devotamente. Y sin querer creer en agüeros, por ser esto pecado, Juancho siguió creyendo que ño Pedro estaba ayudao del enemigo malo. Llegados al río, arrojaron la red al agua y

sacaron la mar de sabaletas y doradas, las cuales, abiertas y saladas incontinenti, fueron llevadas en sartas a la casa (Zuleta, 1897, p. 142).

En la novela, las costumbres y creencias de la cultura blanca son las prácticas rectoras que dejan a un lado las expresiones de los sectores populares consideradas como demoniacas o caracterizadas como “agüeros”, “supersticiones”, y “brujerías”. La voz narrativa se identifica con el mundo de la cultura dominante, describe las expresiones de las clases subalternas como “opiniones desautorizadas y malévolas” (Zuleta, 1897, p. 75). Esta jerarquización entre amos y esclavizados nos enfrenta a un aspecto relevante del análisis: las manifestaciones culturales de la gente negra están bajo el estigma del discurso de poder dominante de los sectores blancos.

En su entramado narrativo, alrededor del esclavismo, la novela también nos permite caracterizar y documentar algunas de las labores que los actores subalternos hombres ejercieron, por ejemplo, en las minas. El relato novelístico da cuenta de las duras y extenuantes jornadas, la inclemencia del clima a la que se veían expuestos los esclavos, la complejidad del trabajo en barrancos y peñas. Sin duda, los escenarios de la minería constituyen espacios concretos y realistas de la opresión esclavista. El narrador lo describe así:

En una parte del trabajo están descubriendo el mineral, y están subidos sobre el barranco dos hombres con sendas barras gruesas y largas, echando abajo la peña que tapa el hilo. Son dos mulatos desnudos hasta la cintura, de músculos pronunciados, de pecho ancho y robusto, cubiertos de sudor y que resisten a los rayos de un sol ardiente con impasibilidad que pasma; en otra parte en que el mineral está ya descubierto, están sacándolo a pico y echándolo en las carretas para conducirlo a una de las plazas de abajo, en donde otros carreteros lo toman para llevarlo luego a la tolva del molino (Zuleta, 1897, pp. 79-80).

Por su parte, las mujeres negras caracterizadas en la novela, por ejemplo, *ña Clemencia*, se ocupaban de las actividades domésticas como la cocina y la crianza de los hijos de sus amos, “llevándolos a la escuela, a la finca (...) a la iglesia” (Zuleta, 1897, p. 75), meciéndolos en la cuna, cantándoles al oído. *Ña Clemencia*, mujer de pelo ondulado, dientes blancos y cuerpo impertérrito, es una anciana negra que se ajusta al perfil de periferia social. Llega a Magangué como una negra “pura” que se asume servil. De esta forma, ingresa en la categoría de negro-cosa, o lo que es lo mismo, la condición de objeto-mercancía de los esclavos.



En general, estos escenarios del esclavismo en *Tierra virgen* permiten hacerse una idea de la vida cotidiana del esclavizado, sus manifestaciones culturales, tradiciones, creencias, la relación con sus amos, su rol social, las labores que cumplía y las diferencias de casta. Siempre bien documentado, el texto deja ver a través de importantes alusiones el contexto social e histórico de la narración. Ahora bien, Zuleta es particularmente específico al tratar las vivencias de los sujetos negros en la sociedad de la Antioquía decimonónica. Negros como Liberato o ña Clemencia, solo por citar dos personajes subalternos, son los símbolos fehacientes de una realidad generalizada que disfrazaba la retórica abolicionista con la máscara de una sociedad republicana. Los derechos civiles de los negros, en la práctica, no pasaban del papel, seguían, como en tiempos del régimen colonial, cargando el peso de la trata y esclavitud negrera: la jerarquía social y cultural permanecía imperturbable ante la democracia. En general, tanto en el marco histórico como en el discursivo, la masa popular –compuesta por negros, mulatos y zambos– estaba sumida en el oscuro universo de las minas, haciendas y plantaciones. Estos hombres y mujeres tenían pocas posibilidades de ascender en la escala social y económica. He ahí la razón por la cual la voz narrativa llama la atención sobre la esclavitud cuestionando la permanencia de las estructuras de marginalidad y subordinación incluso después de la institución de la República. Sin embargo, el discurso de la novela no ofrece opciones significativas que permitieran la abolición definitiva de todas las formas de sometimiento y, en la misma medida, perspectivas de reivindicación social, civil y políticas para los sujetos subalternos.

La realidad histórica nos dice que el 1 de enero de 1852 se adornó la nación con la bandera colombiana, bajo su sombra los hijos de la independencia se unieron en un solo abrazo. Y, puesto que ya habían desaparecido las aborrecibles diferencias entre amos y esclavos, estos se presentaron cubiertos con el gorro frigio de libertad que los convertía en ciudadanos de un país libre. Infortunadamente, aquel abrazo fraterno no pasó más allá de unas cuantas ilusiones: los hombres negros siguieron clamando por su libertad. Además, la heterogeneidad étnica y cultural no fue garantía de derechos civiles y políticos, ya que los negros se vieron sometidos a modelos tutelares en el que eran siempre inferiores. En este sentido, el llamado “problema nacional del negro” significó la contrariedad entre los emblemas discursivos y el mundo real puesto que los sujetos negros continuaron subyugados, pero esta vez bajo la figura de la República de Colombia.

### **3.3.2 Identidades socio-raciales y caracterización del lenguaje en los personajes de *Tierra virgen***

Las identidades socio-raciales y la caracterización del lenguaje fueron expresiones complejas que definieron la comunidad imaginada de las nuevas sociedades republicanas. En el marco de la reinención de la identidad nacional, la tradición letrada de origen colonial impuso y naturalizó fronteras sociales, políticas, económicas, raciales, espaciales y culturales. Bajo esta realidad, fueron establecidas las divisiones entre los valores elevados –civilizatorios– y los valores incultos –salvajes–. En este orden de ideas, se indagará sobre las representaciones simbólicas de los personajes de *Tierra virgen*, así como también se tratarán las construcciones raciales y sociolingüísticas recreadas en el espacio literario. Todo esto con el fin de reflexionar en torno a los mecanismos de participación e integración que adquieren cada uno de los actores sociales de la novela.

Ana María Ramírez Gómez (2014) plantea que “la semilla de la República sembrada en tierra americana llevaba el amargo sabor de la exclusión, ya que fueron los criollos, hijos de los españoles rechazados por la Corona por haber nacido en América, los encargados de sembrarla” (p. 8). Los criollos, al alcanzar sus sueños de emancipación, resguardaron la promesa de una nación igualitaria y justa, pero replicaron el actuar de los españoles al establecer las bases de un complejo sistema de discriminación en el cual el privilegio blanco representaba, como explica Ramírez:

La exclusión de cualquier otro elemento racial al que sólo se le permitía participar de la República siempre y cuando fuera sometido a un riguroso proceso de blanqueamiento, en donde no sólo está implicado el color de la piel, sino los tintes de su historia, los matices de su cultura y de su memoria (2014, p. 8).

Sobre esto último, James Sander (2007) expresa que “en el siglo XIX muchos escritores colombianos (...) pensaban que cualquier problema racial podía ser resuelto mediante la civilización, la educación y el blanqueamiento de clases bajas” (p. 31). En otras palabras, la élite republicana construyó un proyecto nacional en el que la cultura blanca representaba los valores y virtudes más elevados de la evolución humana. Sobre este horizonte ideológico, se asume que el blanco tiene su origen en Europa; el negro, en África; el nativo indígena, en América. En este ámbito, los sistemas hegemónicos de la época definen a los dos últimos actores sociales como razas inferiores, estigmatizadas por los vicios, las inmoralidades, el libertinaje, la lujuria.

En el marco de esta construcción socio-racial y jerárquica para caracterizar a diversos actores sociales, el título *Tierra virgen* simboliza en palabras de Benedict Anderson aquella “comunidad imaginada” (1993) o patria (Remedios). El pueblo es una fotografía del microcosmos de la sociedad de la Colombia decimonónica que poco a poco se ve poblado por múltiples actores sociales que, en busca de un mejor futuro económico, emigran a ese municipio antioqueño. En este escenario se representan diversas castas y diferentes relatos de ascenso, descenso, progreso, decadencia, prosperidad y tragedia.

En su caracterización topográfica, Remedios está rodeado de un paisaje exuberante atravesado por el río Magdalena, sus vías de acceso, verdaderas trochas destapadas, revelan el subdesarrollo de un territorio al que le es imposible progresar debido a la ausencia de centros culturales que cultiven el pensamiento de sus mentes más brillantes. El reducido número de hombres y mujeres de talento, con el fin de concretar sus proyectos letrados, emigran a las grandes urbes cosmopolitas. Mientras que otros habitantes, el grueso de la población, sin ningún aparente interés “académico” y “civilizatorio”, concurren a actividades ociosas y placeres mundanos como fiestas, bailes y juegos de azar.

En la obra de Zuleta, el escenario pueblerino y periférico de Remedios contrasta con la tendencia modernista de retratar los centros urbanos como Bogotá, Londres, Medellín o París. El carácter anodino de Remedios es determinante en la definición de una clase social acomodada que aspiraba a formarse en las grandes metrópolis occidentales. Por ejemplo, Londres y París son caracterizadas como los ejes de la civilización moderna y la vanguardia. De este modo, pasan a ocupar la cúspide del pensamiento colombiano de progreso cultural; mientras que Medellín y Bogotá ocupan una posición intermedia y Remedios se sitúa en la base marginal del desarrollo de la cultura y el progreso.

Ahora bien, centrémonos en Remedios. El variado mosaico cultural del municipio antioqueño caracteriza las diferencias raciales de los grupos étnicos a través de sus dialectos, jergas, indumentarias, comidas, ritmos musicales, religiosidad; elementos que tienden a establecer una “democratización” sociocultural y, al mismo tiempo, instituyen jerarquías determinadas por una red de valores simbólicos. Y, aunque la novela no olvida las tensiones raciales entre negros, zambos, mulatos y blancos, la plasma con una visión problemática, en consecuencia, las dinámicas sociales son representadas con un apretado e intrincado tejido de relaciones de clase.

La novela –en una clara muestra de determinismo biológico y espacial– afirma que los defectos raciales tienen relación con el medioambiente y la genealogía de cada grupo humano. De allí que la ubicación de los individuos en el orden social y cultural dependiera de su árbol familiar y condiciones económicas, territoriales y étnicas. Si bien Zuleta busca representar en su ficción la diversidad y heterogeneidad de la comunidad imaginada como nación, varios especialistas coinciden en señalar sus limitaciones y ambivalencias en este punto. Al respecto, Pineda observa que en la obra es posible advertir “una relativa democratización que permite a todos y distintos grupos humanos ascender o descender” (1999, p. 349). No obstante, también afirma que “los individuos no son totalmente libres. Esto se debe a que su ascenso está condicionado por fuerzas deterministas como el clima o la herencia” (Pineda, p. 350). El autor intentó ofrecer una democratización socio-racial que representara una Colombia heterogénea, sin embargo, algunos matices que obedecen a una época de transformaciones políticas, económicas, culturales, religiosas y sociales, reflejan lo contrario. La jerarquía social del universo narrativo depende en gran medida de la propiedad y del color de piel.

Una de las tantas situaciones en las que se puede evidenciar la diversidad racial de Remedios se ejemplifica en el ámbito social del baile, escenario en el que las razas confluyen, aunque, claro, cada una ocupa el espacio simbólico estratificado que le corresponde. Los actores sociales que engloban a la servidumbre ocupan un espacio periférico, vinculado a notas estigmatizantes y negativas, al representar el caos, la barbarie y lo inculto. Los amos, representación del centro, son la configuración de lo bello y civilizado propio de la alta clase. El narrador lo presenta así:

Llegó la hora del baile. La sala muy espaciosa y profusamente alumbrada. Las ventanas y puertas abiertas. En el patio la servidumbre de hembras y varones alebrestada con las fiestas de los amos. En las ventanas los curiosos emitiendo libremente sus opiniones sobre la belleza de las damas, riéndose a veces de algunos de los viejos emperejilados y alegres, y en comentarios más o menos agresivos sobre los concurrentes. Desquite natural de aquellos a quienes, en los actos diversos de la comedia humana, les toca el papel de espectadores. Los hombres muy bien vestidos y galantes. Las mujeres sonando el raso bordado de florecitas y dejando ver el pie breve, calzado rica y primorosamente, con el zapato suave y flexible que facilita los movimientos rítmicos del cuerpo, y un olor esparcido en el aire que va dejando el pañuelo de Holanda empapado en los perfumes finos de la Costa. Allá va Teresa Carrillo, la morena de pestañas largas y crespas, que suben y bajan dejando ver los relámpagos reveladores de las tempestades lejanas que ocurrirán –sin duda– en aquellos ojos negros y brillantes, de fondo impenetrable, y seductores como el misterio mismo. Se mueve con un

compás que arrebató, y está embebecida con los acordes de la música que ella complementa sin saberlo. Y Elena Silvestre, lujosamente vestida, elegantísima y arrebatadora como una diosa. Pepita Gálvez, la inquieta y vivaz calentana, pequeñita y simpática, imponderable y ligera como una pluma. Amalia Palacín, pálida y melancólica, dejándose llevar sin resistencias al torbellino en que se agitan todos. Y Rosario Páez, la de cabellos largos y negros, sedosos y ondeados, festiva y risueña, de boca grande, cuajada de dientes blancos, con los cuales se dejaría hacer pedazos el mismo dios del amor. En los aposentos están las señoras ancianas, haciendo comentarios unas, observando a sus hijas otras, y las demás entregadas desde temprano a las delicias del chocolate con bizcochuelo caliente, que en latas acaba de llegar del horno. En el patio danzan los criados más mozos, no sin que deje de observarse alguna pareja de viejos, que a pesar de la tiesura de las articulaciones se empeñan también en recordar sus antiguos tiempos de desborde animal. Pasan las horas, hasta que D. Cándido un poco impaciente ya por la demora, anuncia que va a bailar fandanguillo con Da. Juana Muñoz. La sensación que esta noticia produce es grande, y todos van tomando puesto para poder oír bien las trovas de uno y otro (Zuleta, 1897, pp. 32-33).

En la novela, la clase de los señores está compuesta por criollos blancos letrados pertenecientes a las familias poseedoras del poder productivo –comercio, ganadería, agricultura y minas–. Las preocupaciones que los acechan giran alrededor de preservar sus posiciones sociales a través de la educación, la formación cosmopolita, el dominio económico y la supremacía racial. El narrador da cuenta de lo anterior con la caracterización de uno de los personajes principales. Se trata de Elena Silvestre descrita con rasgos físicos que subrayan su belleza fina, su figura corporal perfecta, el color de los ojos y cabello deslumbrantes, claramente vinculados a los estereotipos de belleza eurocéntrica de los sectores blancos.

Una circunstancia imprevista detuvo en Remedios a Da. Juana Muñoz que se dirigía a Bogotá con su hijo Manuelito. En los días de la llegada de Da. Juana no se hablaba de otra cosa en el pueblo que de la belleza de una forastera que con su madre había llegado de San Martín hacía poco tiempo. Era alta y delgada; de ojos azules como la flor de borraja, sonrosada, fresca y de cabellos muy rubios. De figura arrogante y de modales tan seductores que el enamorarse de ella era casi un mandato imperioso del espíritu. Ella era la que se llevaba la palma en los bailes; ella la que mejor manejaba la rienda del más brioso de los caballos. ¡Qué ráfaga de vida nueva, de vida elegante y regia la que esa señora había llevado a la villa de Nuestra señora de los Remedios! (Zuleta, 1897, p. 25).

En la novela también aparecen ciertos trastocamientos del orden social imperante, a través de descensos y caídas en desgracia de algunos de los personajes, como se ejemplifica a través de

la familia Jácome –doña Juana, Manuel y sus descendientes–. Forman parte de la clase dominante propietaria, culta y comerciante que experimenta ascensos y descensos socioeconómicos como también diversos hechos trágicos. Son víctimas de un incendio que destruye una parte importante de sus propiedades y luego, con el estallido de la guerra civil, pierden sus bienes por injustas expropiaciones. Finalmente, Manuel muere aquejado por una terrible enfermedad. Dos años después lo sigue a la tumba doña Juana. Todos estos sucesos se enmarcan dentro los parámetros estéticos y los tópicos literarios como la enfermedad y la muerte que, vinculados a las imágenes del fuego y de las guerras voraces que consumen los bienes familiares, conforman los símbolos de decadencia de una armonía nacional inalcanzable.

Zuleta construye un relato donde las estructuras hegemónicas también son afectadas por los eventos turbulentos del desarrollo nacional. Es así como se revelan las grietas de una realidad sociopolítica que no solo perjudica a los sectores marginales, sino que destruye a grupos detentadores del poder como la familia Jácome. El narrador, a través de una mirada crítica, presenta la decadencia señorial de una clase aristocrática que siente fracturados sus privilegios nobiliarios. Al mismo tiempo, se caracteriza la emergencia de grupos subalternos que instauran grietas en las mecánicas del poder dominante –es el caso de los comerciantes como el zambo Pacho Quintero y el mulato Luis Arenales, también el minero el negro Liberato–. En estos puntos de *Tierra Virgen* es posible advertir que el relato tiene su doblez complejo, en cuanto vuelve visibles a los sectores subalternos que conforman la comunidad de Remedios, pero su incorporación en la construcción de una identidad homogénea nacional solo es posible si no dejan de ocupar ese lugar de subalternidad y alteridad.

Otro escenario de análisis de la novela está vinculado con la representación socio-étnica y lingüística –oralidad y escritura– de los actores sociales. Zuleta tiende a describir las elites con una apariencia dominante, occidental, modernista y civilizatoria. Dentro de sus características socioculturales se destacan adjetivaciones como: “ojos azules”, “blancos, elegantes”, “buenos modales”, “ilustrados”, “simpáticos”, “moderados”, “bonitos”. Además, esta cultura hegemónica cuenta con libertad para viajar a las grandes urbes –Bogotá, Medellín, París, Londres– y asistir a reuniones sociales en un entorno exclusivo y excluyente. Por su parte, los sujetos negros, mulatos y zambos constituyen la masa popular de esclavos, iletrados, criados y peones que les sirven a “la clase superior” a cambio de un trato despectivo y humillante. Esto deja en evidencia las barreras

de clase y los prejuicios raciales en una época en la que los grupos dominantes blancos denigran de la otredad. Se observa en el siguiente pasaje:

Eso me han dicho, comadre. Con decirle que estuvieron hasta las Polancos. A mí me convidaron, pero no quise ir, porque quién va a juntarse con ñapangas como esas. Porque uno esté pobre no debe dejar nunca de ser lo que ha sido. Ni yo iba a dejar bailar mi hija con zambos como Pacho Quintero ... Si viera lo que dijo contra Pachito Quintero. Como si ella fuera tan blanca; tal vez por lo Arismendi, pero por lo Tangarife es más negra que cualquiera (Zuleta, 1897, p. 38).

Tanto el estatus nobiliario como las diferencias de clase y prejuicios raciales conforman las fronteras con las que el autor traza la línea entre el centro y la periferia. Así, se configura un determinismo biológico y hereditario que, por parte de los blancos, procura mantener al margen a la “otredad” (Mailhe, 2010). Sin embargo, la magnitud de estas distancias varía a lo largo del relato. Por ejemplo, al negro Liberato configurado desde una perspectiva racialista, se le describe como un hombre de gran fuerza física. El narrador indica que “poco tiempo después de estar en El Bagre, era el minero principal. Habíase vuelto caratoso, alto y robusto. En la mina de oro corrido manejaba siempre la barra más grande y era excepcional en el manejo de los cachos” (Zuleta, 1897, p. 133). Es decir, su fortaleza corporal emerge como una virtud. No obstante, se sabe que este tipo de discursos racialistas propios del siglo XIX, en el fondo redujeron la condición humana del sujeto negro a una mínima expresión en cuanto se le concebía como raza inferior. De este modo, se construyeron razonamientos que representaban al negro como un sujeto limitado para el desarrollo de aptitudes cognitivas y habilidades superiores de pensamiento. El narrador, siguiendo con esa caracterización reduccionista en donde se asocia fuerza física y sujeto negro, señala que si Liberato:

No estaba al frente de la mina, todo iba mal, porque a los peones les hacía falta el ejemplo de ese gigante, ante cuyo empuje parecía como si se desmoronase todo el cerro que cubría el aluvión (...). Cuando aparecía una piedra grande de esas que dos hombres no mueven, el negro Liberato la cogía con las manos y la arrojaba por encima de la cabeza de sus compañeros, que se quedaban atónitos (...). Era una fuerza bruta máxima, y por consiguiente dominadora como todas las fuerzas superiores (Zuleta, 1897, p. 133).

Esta perspectiva biologicista y racalista no solo permeó las posiciones socio-étnicas en la caracterización de los personajes para realizar ciertas labores físicas, sino también en habilidades cognitivas. Pues los asuntos asociados con el dominio del lenguaje –oralidad y escritura, iletrado, letrado– eran factores de posicionamiento para los actores sociales del relato fundacional. Por lo tanto, las construcciones raciales y el dominio de la lengua son erigidos por la narrativa como símbolos que determinan la identidad del individuo en la nación. Las jerarquías expresivas –blanco bien hablado, negro ininteligible– no eran extrañas para esta época. Como lo plantea Carlos Jáuregui “el encumbramiento de las letras, característico de la sociedad colonial, persistió durante las revoluciones y las repúblicas” (2007, p. 51). En consecuencia, la lengua pública, protocolaria y escrita sirvió de antagonista de la ignorante, barbárica y desordenada lengua popular. Y aunque la obra no caricaturiza las formas de hablar de los grupos humanos, es evidente que el manejo del lenguaje otorgado a los personajes blancos está lleno de expresiones propias de los sectores letrados. A propósito, Pineda señala que “frente a aquel variado paisaje cultural, la novela erige la alta cultura como una diosa tutelar. Y son los miembros de las familias con mejor posición socioeconómica las llamadas a promoverla” (1999, p. 353). Doña Juana Jácome es un ejemplo de esta predisposición al saber: a pesar de nacer en una época en la que la mujer no podía acceder a la escolaridad, logra, por voluntad propia, y gracias a los progresivos cambios culturales incorporados en la sociedad, romper las barreras que la condenaban a la ignorancia:

¡Si yo hubiera crecido en tiempos en que hubiera habido escuelas para las mujeres! Ya le he contado que tuve que aprender a escribir a escondidas, sirviéndome de papel las piernas, y de pluma, astillitas de palo y tunas de naranjo. Las facilidades de ahora, y las libertades para la lectura, no fueron de mi tiempo. ¿Sabe Ud. cómo pude leer el Quijote? Pues vea: cuando ya todos estaban dormidos me levantaba y con mucha maña sacaba el libro de donde lo tenía escondido mi padre y me ponía a leer hasta que cantaban los gallos y entonces volvía a ponerlo en su puesto. No me quisieron enseñar a escribir porque eso era “una tentación” como decía mi abuelo. Ahora las cosas son, al contrario. Los padres son los que se afanan porque sus hijos se eduquen (Zuleta, 1897, p. 26).

Doña Juana, era una mujer blanca situada claramente en el universo de la cultura letrada y civilizatoria. Expresa Pineda que “sabía de memoria largos trozos del Quijote. Los refranes de Sancho y las agudas conversaciones del caballero las aplicaba con la oportunidad más grande en su conversación. Leía, además, a Klopstock, Homero y fray Luis de Granada” (1999, p. 354). Es



esta una lectora que se adhería a las costumbres innatas de la clase dominante de la alta cultura. En consecuencia, el dominio de las letras pasaba a ser un privilegio de trascendencia consanguínea que solo su descendencia –su hijo Manuel y sus nietos Carlos, Enrique, Pedro y Rosaura Jácome– podían adquirir, pues dichas prácticas no eran extensivas a los esclavos domésticos que estaban bajo su autoridad –Liberato, Carmen o Rita–:

Era aficionadísima a la lectura. Lectora asidua del Quijote se sabía de memoria trozos enteros de ese libro inmortal, y entre éstos el discurso de D. Quijote a los cabreros, el cual acostumbraba a recitar a sus nietos con mucha frecuencia. Todos los refranes de Sancho y las agudas observaciones del caballero andante los aplicaba con la oportunidad más grande en su conversación chispeante y seductora. Lo raro era que ella, que vivía en un pueblo minero, lejos de todo trato literario, tuviera la *Mesíada* de Klopstock, el *Telémaco*, la *Odisea* y las obras de fray Luis de Granada. La voz era suave y melodiosa, y al hablar parecía como si se le iluminara el rostro, según era de expresiva su fisonomía simpática. Refería a sus nietos las aventuras de *Telémaco* con todas las descripciones admirables sobre la belleza de Calipso y de sus ninfas, de la deliciosa frescura de la gruta de la enamorada diosa, del bosque de tupidos árboles, de las violetas y amarantos de las praderas encantadas, y los racimos de uvas. Hablábales de los Campos Elíseos “donde el día no acaba, donde es desconocida la noche con sus velos sombríos, en donde una luz pura y dulce se esparce alrededor de los cuerpos de los justos y los envuelve en sus rayos y apaga el hambre de sus corazones, lugar de juventud eterna, de felicidad sin fin, de gloria divina, sin alegrías vulgares”. Hacía hincapié siempre en estos consejos de Mentor: “Guardaos de buscar la gloria con impaciencia. El verdadero medio de encontrarla es el de esperar tranquilamente la ocasión favorable” (Zuleta, 1897, p. 129, 130).

Otra voz cercana a la forma castiza de la clase dominante, es la del hijo de doña Juana, Manuel Jácome, dirigía una de las minas de Remedios. Explica Pineda que este personaje “sabía latín y su lectura preferida era la obra de Virgilio. A pesar de tratarse de un ambiente tórrido y selvático la recreación del pueblo minero” (1999, p. 353). Asimismo, resalta Pineda que Zuleta emplea la voz narrativa para ubicar en los pensamientos de Manuel “la retórica clásica para describir el paisaje – las plantas, flores, animales, el color de las aguas, de las nubes, los atardeceres, y algunas escenas nocturnas alumbradas por la luna, un súbito tono bucólico” (Pineda, 1999, p. 354). En estas condiciones se destaca un miembro de la familia Jácome, Carlos, un estudiante universitario cuyos labios pronuncian siempre frases elocuentísimas. Los elementos de alta cultura se magnifican cuando Pedro Jácome conversa en Londres con el mulato Simón

Arenales, ambos tuvieron la oportunidad de educarse en Europa gracias a las riquezas erigidas por sus familias con la ayuda de las compañías inglesas radicadas en Remedios. Simón estudia en París y visita a Pedro –estudiante de ingeniería–, la subsiguiente conversación da cuenta de un lenguaje estándar próximo a la erudición.

Salieron los dos amigos –Pedro y Simón– hacia el Hyde Park, y al pasar por una de las librerías de la calle de Oxford se quedó el amigo de Pedro observando unos libros de cubierta amarilla que decían: *Le maître de Forges*, *Germinal*, *La terre promise*, *Yack*, *Madame Bovary*, *Boule de Suif*; detrás de otra vidriera se veían libros de cubierta blanca que decían: *El amigo manso*, *Pepita Jiménez*, *Las ilusiones del Dr. Faustino*, *Los tres arcos de Cirilo*, *La tribuna*, *Sotileza*, *El cuarto poder*, *Pequeñeces*, etc.

—¿Conoces a *Le maître de Forges*, Pedro?

—Sí, hombre. Se lo vi representar aquí a Sara Bernard.

—Es raro que Ohnet haya hecho carrera y esté rico. Qué escritor tan insoportable.

Qué prosa tan pedestre la de este hombre. Y sin embargo se mueve y alcanza hasta el honor de que Sara Bernard lo lleve a la escena. ¿Es un Cherbuliez cualquiera? ¿Has leído el libro de Julio Lemaître?

—Lo leí en Medellín.

—¿Luego a Medellín van libros?

—Uno que otro.

—Pues bien, Julio Lemaitre está en lo justo. El tal Ohnet no satisface.

Dijéramos un Flaubert. Eso sí. Un Maupassant. Mejor. Y a propósito. En España están despertando. ¿Conoces los novelistas de esa tierra?

—Conozco algunos.

—Hay que reconocer que allá siguen de cerca el movimiento literario de París, pero con distingos. Por ejemplo, Valera no anda encastillado en el idealismo.

—¿Y tú crees que los escritores idealistas no sirven?

—¡Qué, hombre! Con seguridad que tú eres algún apasionado de Valera.

—Y si lo fuera, ¿eso probaría que me faltaba gusto literario? No. Querría decir que mi espíritu era más idealista que realista, así como en el caso de que a alguno le gustara más Pierre Loti que Bourget, querría decir que el espíritu de este lector sería más impresionable por el lado objetivo que por el subjetivo (Zuleta, 1897, pp. 169-170).

En este punto debemos hablar de Simón: su progreso letrado no se debió a las oportunidades ofrecidas por el contexto colombiano, sino a los sacrificios que su padre, Luis Arenales, tuvo que hacer al huir de la guerra civil. Éste arribó a Bolivia, allí logró amasar una

fortuna considerable que le permitió enviar a su hijo al exterior, alejándolo así del caótico marco de su país.

En la novela, Pedro y Simón libran una batalla para superarse el uno al otro en conocimientos de distintas áreas del saber. Sus conversaciones están plagadas de extensas descripciones de los cuadros de Meissonier y recitaciones de los poemas de Sully Prudhomme. Sus discursos citan los nombres de destacadas figuras artísticas como Shakespeare, Cervantes, Dante, Balzac, Zola, Tolstoi, Forges, Flaubert, Cherbuliez, Lemaitre, Maupassant, Pierre Loti, Bourget y Huxley. Hablan del progreso, de la historia y del destino de los pueblos con criterio, pues han estado en contacto con todo tipo de letrados. Sin embargo, ambos están conscientes de ello, no son más que un par de burgueses mineros que aprovechan cualquier oportunidad para demostrar su erudición.

Las discusiones de Pedro y Simón encarnan el debate entre el realismo y el modernismo que agitó las letras colombianas decimonónicas. De hecho, la novela fue considerada una de las obras fundadoras del realismo antioqueño y una declaración de desprecio hacia el modernismo (Pineda, 1999). Zuleta, tras dibujar la trayectoria de la emergente burguesía antioqueña, dedica el capítulo final a representar la controversia que dominaba las letras nacionales de su época: Pedro representa la técnica, el optimismo científico, el espíritu emprendedor paisa, es decir, el realismo antioqueño; Simón representa el arte, la cultura libresca, el refinamiento afeminado del “dandi decadente”, es decir, las características endilgadas por los antioqueños a los modernistas capitalinos: “los cachacos”. Por esta razón, el capítulo final ofrece, como lo dijo Pineda: “una especie de moraleja: el progreso puede malograrse cuando el trabajo acumulado de generaciones cae en manos de seres decadentes” (1999, p. 357). Es decir, aquellos seres que, imbuidos en la ostentación y la degradación, su destino es la autodestrucción y aniquilamiento. Ante la perspectiva modernista, Zuleta se inclina por el realismo antioqueño, esto con el propósito de hacerle un homenaje a su tierra. Por otro lado, las conversaciones de los individuos subalternos dan cuenta de un lenguaje idiomáticamente incorrecto: una muestra de las barreras que los otros tenían que enfrentar para acceder al mundo de las letras. Pero, más allá de la representación novelística del lenguaje popular, es evidente la recreación de un universo oral primario propio de los sujetos sin escolaridad y emparentados con la servidumbre que, al ser descritos en el discurso homogeneizador a partir de formas de lenguaje popular, representan la incorrección expresiva. Caso puntual es la criada Carmen. En la novela se presenta así:

Salió Da. Juana corriendo para la cocina y le dio orden a Carmen, la criada vieja, para que pusiera una olleta con agua en el fogón, y al salir del interior de la cocina a la puerta se dijo: “¿Por aquí no habrá sauco? Eh, si yo tengo un paquetico de cerraja”, y voló a buscarlo. Volvió con la planta ramosa, de flores amarillas, ya secas, y cuando ya la iba a echar a la vasija se acercó la criada y le dijo: Mire, su mercé, que esa cerraja está floriada, y cerraja floriada no sirve. —¿Y quién te ha dicho eso? —Eh, mi señora, ¿pero usted no sabe que la cerraja floriada no sirve? —siempre te verán metida en todo —dijo Da. Juana, y sin más discusión le echó la cerraja a la olleta, y al salir a buscar el azúcar le preguntó la criada: —¿Y su mercé está enferma? —No, es para Manuelito que está con fiebre. —Ya yo lo había pensao mi señora. Remerios no se la perdona a naide. se quedó la criada refunfuñando y diciendo: “Ah mi siñá Juana pa cabeciura. sí con eso es que va a curar al niño Manuel... si le dieran un sudor de sauco o de vendeaguja, bueno, ¿pero cerraja floriada...? Yo lo dije, el niño aguantando sereno, el niño tomando limón, supónganse, limón en tierra caliente, y con lo que destroza la sangre” (Zuleta, 1897, p. 68).

Los personajes analfabetos, con sus formas irregulares y giros lingüísticos caracterizan lo no casto de la lengua española a través de expresiones como:

“dijijte”, “tienej”, “er”, “sanáa”, “Laj”, “juntaj”, “ejtan”, “arrimáa”, “quietaj”, “cogíaj”, “der”, “Crijto”, “náa”, “mujée”, “sarva”, “esparda”, “quebráa”, “pa”, “explicáa”, “máa”, “ño”, “compae”, “L’otroría”, “doo”, “marditaj”, “mitáa”, “rejaban”, “pri”, “práa”, “culebraj”, “vée”, “jembra”, “cuira”, “ejté”, “ejca”, “gorpe” (Zuleta, 1897, p. 141).

En algunos personajes subalternos como la criada Carmen, cada una de estas palabras representan el lenguaje y los procesos de pensamiento oral, expresiones que con frecuencia tienen raíces en el lenguaje popular, lo que da cuenta de una cultura iletrada o no escolarizada. También, esas voces “irregulares” en el uso de la lengua son representadas por la esclava negra *ña Clemencia*. Una mujer que, situada en los márgenes sociales, civiles y económicos, tiene como escuela y templo la cocina. Su presencia es la manifestación de una cultura popular primaria ubicada en el área rural de la sociedad decimonónica de Remedios:

Salió ña Clemencia para la cocina, y al llegar allí emitió su opinión también sobre la enfermedad de Manuelito, en estos términos: “Pa yo lo que tiene er niño Manuéj maleficio. Ej que vení a Remerio sin contra, ej malo. si bujcaran a ño Juan Pablo le sacaba lojanimal de la barriga ar niño re mi siñá Juana”; y agregaba sacudiendo la cabeza y ya sentada en el

suelo: “Eso ejpa que beban agua re la quebrá é la Carnicería sin preparáer cuerpo. Lo mejmole pasó aquí aquerbranco de Yolombó, que se ro llevó mi siñó Jesucrijto en trejdiaj, y cuando lo ejtaban velando comenzó a echáculbraj é pelo por la mejma boca qui ni condena. ¡Aimija e mi arma! ¡Y quirá asé mi seña Juana, sin er niño Manuel! (Zuleta, 1897, p. 75).

Al representar a los negros a través de personajes como Carmen o *ña* Clemencia, Zuleta realiza un registro de los elementos identitarios de una otredad situada en los márgenes de lo definido como civilizado. Estos grupos subalternos lo hacen a través de vulgarismos, expresiones y formas no estandarizadas del español. Por lo cual, el escritor construye un universo literario en el que, en gran medida, cada uno de los actores sociales hace uso del lenguaje “correspondiente” a su etnia y clase social. Y, aunque en la recreación de la novela no se ofrece una configuración caricaturesca o salvaje del “otro” en su forma de hablar, queda clara la existencia de una jerarquía cultural en la que los poseedores de la lengua “cultura” ocupan la cúspide, mientras que los exponentes de la lengua “desfigurada” irrumpen en las periferias de las mecánicas sociales, educativas y económicas.

Por ello, el subtexto de la novela da cuenta de un eje de poder cultural ubicado en las metrópolis que, por la formación académica que ofrecen, conforman un símbolo de progreso y modernidad. De igual manera, el discurso literario emparenta el lenguaje subalterno con la expresión de los grupos ubicados en los ambientes rurales. La oralidad de estos se eleva como una expresión de la barbarie lingüística; los “otros” son los “anormales” que no se expresan de acuerdo con las normas de Zuleta y que el escritor, como algunos de sus colegas decimonónicos, trata de verbalizar con el fin de construir un discurso nacional homogéneo. En contraposición, esta configuración “integradora” de la oralidad no es concretada: queda en un simple intento retórico. Lo que sí logra el escritor es revelar su creencia de que estas formas de ciudadanía quedan muy por debajo de la vida civil correcta y la alta cultura.

El contraste entre el lenguaje periférico de la criada Carmen o la negra *ña* Clemencia en comparación con la expresión centralista de Pedro Jácome ejemplifica estas afirmaciones. Su relación respeta el orden simbólico-cultural impuesto por el universo letrado: la voz popular del “otro”, en términos lingüísticos, es una anomalía. La monstruosidad de la lengua oral está asociada a la monstruosidad de su apariencia y cultura –esas voces populares son cosa de indios, negros, zambos, de la plebe–. Por eso, la idea central era que lo negro, con su corrupción lingüística y

racial, amenazaba la utopía de nación republicana, por lo cual, todo lo relativo a su antiestética oralidad debía ser ubicado en las fronteras literarias y políticas o, lo que es lo mismo, en los márgenes del poder.

Sin embargo, Zuleta procuró recrear la oralidad sin caricaturizar o parodiar las expresiones populares pues, así lo creía, el capital lingüístico de los sujetos subalternos era mínimo respecto a la institución literaria. El escritor colombiano escogió como materia prima de “lo literario” lo que el canon definió como desordenado e irregular: la oralidad de los sectores étnicos marginados. En la representación de las voces negras, sus formas emergieron con originalidad y valor contra-hegemonico, no obstante, esto no lo exime de ofrecer una visión ambivalente puesto que, a final de cuentas, Zuleta estaba atrapado en una cultura blanca que al acogerlo le brindó maneras expresivas de cariz hegemónico. Dicho de otra manera, aunque *Tierra virgen* se trató de un gesto subversivo también fue un gesto de inscripción, un intento de participar con la literatura en la esfera ciudadana<sup>47</sup> de un siglo XIX en el que la llave de entrada a los círculos de control civil residía en el dominio de las letras, algo inaccesible para las comunidades populares.

Creemos que el discurso de Zuleta propone en su novela una representación social vertical, erigida sobre las jerarquías étnicas y sociales de sus personajes, manifestadas también en sus voces. La narrativa ejecuta una doble traducción: de la oralidad de los sectores marginados y del proyecto nacional a los códigos culturales dominantes. Es así como incorpora y amalgama en la recreación literaria las expresiones de la otredad. El escritor elabora un constructo literario de la lengua popular, instituyéndola como materia legítima de la literatura nacional. Este gesto representa la hibridación del horizonte hispánico y el cuestionamiento de la univocidad cultural del nacionalismo de la República de gramáticos colombianos. En consecuencia, Zuleta habla de la transformación cultural y, sobre todo, del tránsito de la oralidad a la escritura en Antioquia.

La posición de la obra frente a las culturas orales y escritas tiene que ver con un realismo regional que procuraba alabar las tradiciones de la Antioquia del siglo XIX. Es decir, cuando Zuleta acentúa los valores de la oralidad lo hace con el objetivo de ensalzar la Antioquia tradicional de la que se enorgullece y que perduró por mucho tiempo hasta la llegada de la modernidad y la

---

<sup>47</sup> James Sander señala que “desde la Independencia, la mayoría de los subalternos había sido legalmente excluida de la vida política oficial; la Constitución de 1843, de manera similar a las constituciones anteriores, limitaba la ciudadanía a los hombres adultos con propiedades evaluadas en 300 pesos o con un ingreso anual de 150 pesos (después de 1850, también se requirió ser letrado)” (2007, p. 31).

nueva burguesía representada en los protagonistas de *Tierra virgen*. Sin embargo, los valores asignados a la oralidad implicaron formas de vida paupérrimas para los personajes situados en el discurso periférico, mientras que la cultura escrita contó con escenarios en los que su lenguaje representó bienestar, riqueza y poder.

## **Conclusiones parciales**

En este escenario narrativo de la esclavitud, las caracterizaciones socio-raciales y lingüísticas dan cuenta de un subtexto. En *Tierra virgen* se cuestiona la esclavitud de los negros y su situación de marginalidad y servidumbre, incluso después de la aparición de la sociedad republicana. Sin embargo, el discurso de la novela solo ofrece de manera parcial señales de ruptura con un establecimiento que, si así lo quisiera, podría brindarles un escenario distinto a estos grupos sociales. Pero, al *statu quo* le basta con entregar una visión de continuidad de las formas de sometimiento, esclavización y servidumbre de los sujetos negros, mientras, al mismo tiempo, mantiene las estructuras de poder de buena parte de las clases hegemónicas. En ese sentido, la sociedad decimonónica republicana mantiene residuos ideológicos del sistema colonial y Zuleta no hace mucho para revertir esta situación, pues su propuesta resulta pálida en la confrontación de esta estructura de sometimiento, incluso, muestra al sujeto esclavizado como un ser servil y complaciente ante su situación.

Saco, Zambrana y Samper, con matices distintos, dan cuenta de una posición más radical y vehemente en su rechazo hacia la actividad esclavista, pues sus obras condenan la brutalidad de la esclavitud y no la disfrazan como Zuleta que, pese a ofrecer un contexto social fundamentado en la minería esclava, tiene poco o nulo interés en recrear la cruda realidad de los esclavos y las relaciones humillantes que sostienen con los blancos. Por otro lado, la caracterización sociocultural –racial y lingüística– de la comunidad imaginada de *Tierra virgen* demuestra una jerarquización en la que la cultura blanca es símbolo de poder económico, conocimiento e ilustración, mientras que la cultura negra, mulata y zamba, con algunas excepciones, es la representación de la servidumbre, en otras palabras, son sujetos situados en los márgenes sociales y políticos.





## Conclusiones

Este estudio sobre la representación del sujeto negro en la prosa antiesclavista del siglo XIX en Colombia y Cuba se propone contribuir a la discusión del tema en el campo más amplio de la historiografía literaria. Desde una perspectiva comparativa, el abordaje analítico de cada una de las obras, producidas en un período que abarca entre los años 1845 y 1897, busca señalar los núcleos temáticos de convergencia y de diferencia a través de los cuales se percibe un hilo conductor: la problemática mediación en los letrados del siglo XIX para abordar, en el marco de sus textos ensayísticos y novelísticos, asuntos como la trata, la esclavitud, el abolicionismo e incorporar a sujetos históricamente silenciados y subordinados.

Este trabajo procura volver visibles, mediante un acercamiento crítico a las obras de José Antonio Saco, Antonio Zambrana, José María Samper y Eduardo Zuleta, las operaciones retóricas, simbólicas y discursivas mediante las cuales los letrados cubanos y colombianos se inscriben en una narrativa antiesclavista, subrayando las ambivalencias contenidas en este sintagma, ya que gran parte de ellas son antiesclavistas en muchos aspectos, pero no logran un posicionamiento claro respecto del abolicionismo. En este punto resulta muy interesante una idea que esboza Josefina Ludmer (2000) cuando habla de las ficciones, en el marco del Estado-nación decimonónico, como “dramas de representación del escritor”, esto es, ficciones que apuntan a “generar sub-alteridades o sub-alternidades, [para] hablar por el otro, hablar del otro: usarle la voz, dársela” (p. 10)<sup>48</sup>.

Sumado al aporte a la historiografía literaria, en esta investigación se presenta una serie de interpretaciones respecto a la propuesta narrativa y ensayística de los letrados cubanos y colombianos ante temas de la realidad histórica contextual que ingresa en sus obras. En especial, la posición de estos escritores en relación con la esclavización del sujeto negro y los diferentes

---

<sup>48</sup> Josefina Ludmer señala que le interesa analizar tres sujetos y el uso de su voz por parte de los sectores letrados: el gaucho, el indio y el negro, este último abordado desde la literatura antiesclavista del Caribe. Aunque no escribe el libro, explicita el plan: “el libro futuro quería ser también una historia de los sujetos modernos, progresistas, que escribieron esas ficciones en el marco de la nación-estado. Analizaría los dramas de representación del escritor” (2000, p. 10). Esta perspectiva resulta productiva y orientadora en el análisis de la narrativa antiesclavista seleccionada ya que permite cotejar las tensiones que recorren la mirada de los letrados al momento de abordar a las otredades africano-americanas (Prólogo a la edición del año 2000 de *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*).

puntos de vista de la mediación letrada en la representación de la otredad, en el marco de la comunidad nacional imaginada decimonónica de Cuba y Colombia.

Las obras abordadas se bifurcan entre mantener el *statu quo* sobre la base de conservar el esclavismo como una forma de sostener los privilegios de las clases dominantes o producir cambios progresivos hacia un abolicionismo que permita, en cierta medida, condiciones de libertad e igualdad a los grupos oprimidos históricamente. Estas narrativas transitan también en la disyuntiva entre la exclusión del sujeto negro del proyecto de construcción de la identidad nacional o, por el contrario, la apertura moderada de un modelo de inclusión democrática, donde se reconozca en la configuración de la nación derechos civiles y políticos a los sectores subalternos.

En *La supresión del tráfico de esclavos africanos en Cuba*, Saco parece defender la eliminación de la trata y la progresiva abolición de la esclavitud de los negros. Sin embargo, esta propuesta que parecería ser liberal, esconde el temor a la “africanización” de Cuba. Por ello en su ensayo apela al temor colectivo de la población criolla cubana para defender, finalmente, una posición discriminatoria hacia los sujetos negros, al reforzar las prácticas del blanqueamiento. En tanto en *La República de Cuba y El negro Francisco*, Antonio Zambrana hace un fuerte cuestionamiento al sistema esclavista impuesto por las autoridades peninsulares y la clase criolla cubana, alentando la salida definitiva de la corona española de Cuba. En ese marco su deseo es construir una nueva realidad política y legislativa que sirva a la isla como proyecto de nación independiente, moderna y sin el lastre de la esclavización de los actores sociales negros. Si por un lado la posición de Zambrana apunta hacia la reivindicación del negro como sujeto social y cultural, por el otro, esto se representa en sus textos en un contexto social en el que se mantienen ciertas jerarquías y privilegios para las clases dominantes.

El *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas* de Samper plantea un proyecto de nación reduccionista que se erige sobre el arquetipo de un sujeto racialmente “superior” –el blanco–. Esta perspectiva es opuesta a la representación de los sectores sociales configurados como “inferiores” –el negro, el mulato y el indígena–. En este panorama, sus ideas no promueven la formación de una república democrática incluyente, más bien, su pensamiento se fundamenta en argumentos biologicistas, excluyentes y jerarquizadores sobre la base de preservar el entonces agonizante sistema colonial. La postura de Samper ante la esclavitud en este particular ensayo es contradictoria. Pese a que concibe esta institución tirana como un mal gravísimo, afirma sin embargo que trajo beneficios a la estructura social, económica

y política de las naciones de América Latina. Su discurso ambivalente emplea un lenguaje pálido y eufemístico cuyo fin claro es minimizar la muy compleja realidad en aquella época. Aunque el escritor censura la práctica esclavista, procura siempre humanizar y excusar a sus perpetradores. En su novela *Florencio Conde* el narrador infiltra su percepción de la compleja mezcla racial. La obra, en cierto modo, da cuenta de la construcción de una etnicidad nacional alcanzada a través de un largo proceso transculturador iniciado en la Colonia y continuado en la sociedad republicana. En esa medida, la novela sigue los caminos de una expresión mezclada de la raza como paradigma del carácter nacional. En el tema de la esclavización, se recrea esta estructura representada entre amos y esclavos. Se ofrece la imagen de un sistema en el que prevalece un ambiente de armonía entre los esclavistas y la servidumbre. Esto no significa la aprobación, en el marco de la ficción, de la estructura de sometimiento esclavista, todo lo contrario, pues su relato y los personajes que lo componen no solo dan cuenta de una posición abolicionista y anticolonialista sino también abierta para la inclusión de la otredad en la identidad nacional alcanzando esta derechos civiles y políticos. En comparación con el ensayo, su novela produce un cambio de perspectiva sobre estos asuntos. En *Florencio Conde* se advierte un progresismo que se manifiesta a lo largo de la ficción en varias intervenciones del narrador como una voz a favor de la abolición de la esclavitud. Además, construye un escenario donde los diferentes actores sociales alcanzan un lugar en la nación. Por ello, encontramos en la obra personajes como el esclavo negro Segundo Conde, quien de manera pacífica negocia su libertad y trabaja arduamente hasta conseguir una riqueza que le permite contraer matrimonio con una mujer blanca. De esta unión transgresiva nace Florencio Conde, un mulato ilustrado que alcanza un elevado posicionamiento social y político.

En *Tierra virgen* de Zuleta, la esclavización de los negros y la configuración socio-racial son una expresión de un subtexto. En la obra se critica el sistema opresor del esclavismo como también la exclusión de derechos civiles y políticos de la otredad. No obstante, no se percibe una ruptura absoluta de esos fenómenos colonialistas y hegemónicos. Antes, por el contrario, se observa formas de sometimiento a través de un escenario esclavista de tipo paternalista en donde los actores sociales asumen con complacencia, sumisión y sin protesta su realidad subalterna, un ejemplo son los personajes negros Rita, Liberato y Clemencia. Saco, Zambrana y Samper, con perspectivas diferentes, se muestran más críticos con el esclavismo. Sus narrativas dan cuenta en toda su magnitud de la crueldad de este sistema opresor. Esto no sucede con la novela de Zuleta,

en su relato la representación socio-racial de los personajes recrea una sociedad vertical donde los sujetos blancos son la expresión de superioridad y no se denuncia la violencia del sistema.

El repertorio abordado, como se ha subrayado reiteradamente, muestra los límites y las contradicciones propios de un discurso letrado en crisis, que oscila entre el reconocimiento de la legitimidad del otro y la preservación de los dispositivos discursivos y de las prácticas de control que garantizan la perduración de las jerarquías sociales y jurídicas. Sin embargo, los autores tratados y sus obras también revelan, por un lado, un conocimiento notable de prácticas sociales, culturales, religiosas, orales, tradicionales del mundo africano-americano que posibilita dar cuerpo y visibilidad a sujetos subalternos como esclavos, libertos, mulatos. Por otra parte, los discursos abolicionistas y de reivindicación de lo mulato como instancia superadora, generan una mirada paternalista que preserva la inferioridad (étnica, cultural, moral, estética y ética) de los sujetos negros.

En términos generales, mediante esta investigación se buscó realizar un aporte académico al campo de los estudios historiográficos literarios. Se quisieron problematizar las aristas ambivalentes de la llamada narrativa antiesclavista de Cuba y Colombia, analizada como un artefacto cultural que da cuenta de la complejidad étnica y el fenómeno del esclavismo en términos de su representación literaria. A pesar de los límites de la mediación letrada y de los “dramas de representación del escritor” (Ludmer, 2000), el *corpus* estudiado pone en escena al sujeto negro, al esclavo, al mulato, al liberto, invitando al lector de la época a asumir una posición sobre el asunto y, a nosotros, como lectores contemporáneos, a resignificar la cuestión del otro negro como un tema sensible que sigue interpelando a las ficciones latinoamericanas de nuestro presente.

## Referencias

### Fuentes primarias

Saco, J. A. (1845). *La supresión del tráfico de esclavos en Cuba*. Imprenta de Panckoucke.

Samper, J. M. (1861). *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas* (Cuadernos de la Cultura Latinoamericana). UNAM.

Samper, J. M. (1875). *Florencio Conde*. Banco de la República.

Zambrana, A. (1873). *La República de Cuba*. Universidad de Wisconsin.

Zambrana, A. (1875). *El negro Francisco*. Harvard College Library.

Zuleta, E. (1897). *Tierra virgen*. Universidad EAFIT.

### Fuentes secundarias

Almario, O. (2007). Los paisajes ocultos y la invisibilidad de los otros. En D. Henao (ed), *Memorias del primer simposio internacional Jorge Isaacs. El creador en todas sus facetas* (pp. 213-230). Programa Editorial Universidad del Valle.

Álvarez López, L. (2013). Usos americanos de *su merced* en el siglo XIX. *Lexis*, 37(1), 5-32.

Amín, G. M. (2010). *Sab y la novela antiesclavista*. Universidad de El Cairo.

Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. FCE.

Benítez Rojo, A. (1988). Azúcar, poder, literatura. *Cuadernos Hispanoamericanos*, (451-2), 195-215.

Benítez Rojo, A. (1986). La isla que se repite: para una reinterpretación de la cultura caribeña. *Cuadernos Hispanoamericanos*, (429), 115-130.

Bermúdez, I. (2007). El regeneracionismo decimonónico en *María*. Una propuesta política de Jorge Isaacs. En D. Henao (ed.), *Memorias del primer simposio internacional Jorge Isaacs. El creador en todas sus facetas* (pp. 243-251). Programa Editorial Universidad del Valle.

- Borja Gómez, J. H. (2003). *Restaurar la salud. La cristianización de los esclavos en el siglo XVII. 150 años de la abolición de la esclavización en Colombia*. Ministerio de Cultura.
- Bueno, S. (2009). La narrativa antiesclavista en Cuba de 1835- 1839. <http://www.cervantesvirtual.com/obra/la-narrativa-antiesclavista-en-cuba-de-1835-a-1839/>
- Burgos Cantor, R. (2007). *La ceiba de la memoria*. Seix Barral.
- Cabrera, R. (1983). Aproximaciones al tema de la esclavitud en *Pedro Blanco, el Negrero*, de Lino Novas Calvo. <http://www.cervantesvirtual.com/obra/aproximaciones-al-tema-de-la-esclavitud-en-pedro-blanco-el-negrero-de-lino-novas-calvo/>
- Camacho Guizado, E. (1983). La literatura colombiana entre 1820 y 1900. En *Manual de historia de Colombia* (pp. 613-693). Círculo de Lectores.
- Carrasquilla, T. (2015). *Herejías* (Prólogo a *Tierra virgen* de Eduardo Zuleta). EAFIT.
- Casanova-Marengo, I. (2002). *El intersticio de la Colonia. Ruptura y mediación en la narrativa antiesclavista cubana*. Iberoamericana.
- Castagnino, R. (1972). *¿Qué es la literatura?* Editorial Nova.
- Castañeda de Eslava, S. (2009). *América Latina de la Colonia a la República*. Educar Editores.
- Centro de Pastoral Afrocolombiana. Cepac. (2000). *Historia del pueblo Afrocolombiano*. Tecnigráficas.
- Colmenares, G. (1982). *Manual de historia de Colombia. La economía y la sociedad coloniales 1550-1800* (Tomo I). Procultura.
- Colmenares, G. (1991). Los esclavos en la gobernación de Popayán, 1670-1780. *Nuevas Lecturas de Historia*, (15), 25-47.
- Colmenares, G. (1979). *Historia económica y social de Colombia* (Tomo II). La Carreta.
- Colmenares, G. (1986). *Ensayos de historia social*. Colcultura.

- Cogollo Ospina, S. (2015). Segundo Conde como ideal político en Samper: a propósito de la novela *Florencio Conde*. *Revista Universitaria Luis Amigó*, 2, 32-42.
- Cristina, M. T. (1976). Novela y sociedad en José María Samper. *Razón y Fábula*, (42), 3-15.
- Deas, M. (1993). *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*. Tercer Mundo.
- Dube, S. (2001). *Sujetos subalternos*. El Colegio de México.
- Falgueras, I. (1988). *Ideas filosóficas de la Ilustración*. Universidad de Málaga.
- Gala, M. (2012). *La catedral de los negros*. Corregidor.
- García Canclini, N. (2010). *Imaginarios urbanos*. Eudeba.
- García Mora, L. y Naranjo Orovio, C. (2010). Intelectualidad criolla y nación en Cuba, 1878-1898. *Studia Historica*, (15), 115-134.
- Gelpí, J. (1991). El discurso jerárquico en *Cecilia Valdés*. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 17(34), 47-61.
- Giraldo, L. M. (2001). Ciudades escritas. Literatura y ciudad en la narrativa colombiana. *Estudios de Literatura Colombiana*, 8, 110-115.
- González, M. (1983). *Manual de historia de Colombia*. Círculo de Lectores, Procultura.
- Grueso, D. (2007). Isaacs expulsado del paraíso. *María*, la abolición de la esclavitud y las tensiones en el seno de la aristocracia caucana. En D. Henao (ed.), *Memorias del primer simposio internacional Jorge Isaacs. El creador en todas sus facetas* (pp. 231-241). Programa Editorial Universidad del Valle.
- Gutiérrez Azopardo, I. (1994). *Historia del negro en Colombia*. Nueva América.
- Gutiérrez, M. (2000). Arnoldo Palacios y el despertar psicosocial del negro chocoano. *Literatura y Cultura*, 3, 9-34.
- Hecht, A. C. (2010). Tres generaciones, dos lenguas, una familia: prácticas comunicativas intra e intergeneracionales de indígenas migrantes en Buenos Aires. *Revista Internacional de Lingüística Iberoamericana*, 8, 157-170.

- Henao Restrepo, D. (2008). La negritud en la obra de Carrasquilla. *Poligramas*, 30, 35-51.
- Hualde, J. (2010). *Introducción a la lingüística hispánica*. Universidad de Cambridge.
- Isaacs, J. (2000). *María*. Porrúa.
- Jáuregui, C. (2007). *Candelario Obeso, la literatura "Afronacional" y los límites del espacio literario decimonónico*. Chambacú: la historia la escribes tú. Iberoamericana Vervuert.
- Jaramillo Uribe, J. (2003). *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*. Gente Nueva Editorial.
- Jaramillo Uribe, J. (1983). *Manual de historia de Colombia* (Vols. I-II-III). Procultura.
- Jeffers, N. (2013). El protagonista negro en la narrativa antiesclavista latinoamericana del siglo XIX. (Tesis doctoral). Universidad de Nebraska.
- Jiménez, O. (1992). *Peter Wade: gente negra, nación mestiza. Dinámica de las identidades raciales en Colombia*. Tercer Mundo.
- Lévi-Strauss, C. (2006). *Antropología estructural. Mito, sociedad, humanidades*. Siglo XXI.
- Lucena Salmoral, M. (2000). Leyes para esclavos: el ordenamiento jurídico sobre la condición, tratamiento, defensa y represión de los esclavos en las colonias de la América española. <http://www.larramendi.es/es/consulta/registro.do?id=1151>
- Ludmer, J. (2000). *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*. Perfil.
- Mailhe, A. (2010). *Pensar el otro/pensar la nación. Intelectuales y cultura popular en Argentina y América Latina*. Ediciones al margen.
- Matarrita, E. (2002). La relevancia de la excusa en *El negro Francisco*. *Letras*, 34, 155-168.
- Méndez Rodena, A. (2014). *El abolicionismo transnacional cubano: los relatos antiesclavistas de Félix Tanco y "El tiempo de la nación"*. Universidad de Iowa.
- Montaner, C. A. (2006). *Los cubanos: historia de Cuba en una lección*. Brickell Communications Group.
- Moreno Fraginalls, M. (1960). *José Antonio Saco: estudio y bibliografía*. Universidad Central de Las Villas.



- Moreno Fragonal, M. (1978). *El ingenio*. Ciencias Sociales Ediciones.
- Morgan, K. (2017). *Cuatro siglos de esclavitud transatlántica*. Planeta.
- Mosquera, C. y Barcelos, L. (2007). *Afro-reparaciones: memorias de la esclavitud y justicia reparativa para negros, afrocolombianos y raizales*. Universidad Nacional de Colombia-CES.
- Múnera, A. (2007). *María de Jorge Isaacs: la otra geografía*. En D. Henao (ed.), *Memorias del primer simposio internacional Jorge Isaacs. El creador en todas sus facetas* (pp. 159-166). Programa Editorial Universidad del Valle.
- Navia Velasco, C. (2008). *María, una lectura desde los subalternos*. En D. Henao (ed.), *Memorias del primer simposio internacional Jorge Isaacs. El creador en todas sus facetas* (pp. 261-267). Programa Editorial Universidad del Valle.
- Nieto Caballero, L. E. (1937). Eduardo Zuleta. *Boletín de la Academia Colombiana*, 13(3), 403-410.
- Novau, J. (2016). *Figuraciones de la esclavitud en novelas y ensayos antiesclavistas de Cuba y Brasil, 1840-1880*. (Tesis doctoral). Ciudad de La Plata. Universidad Nacional de la Plata. <https://memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1272/te.1272.pdf>
- Obeso, C. (2010). *Cantos populares de mi tierra. Secundino el zapatero* (Biblioteca de Literatura Afrocolombiana). Ministerio de Cultura de Colombia.
- Ocampo Zamorano, A. y Cuesta Escobar, G. (2010). *Antología de mujeres poetas afrocolombianas* (Biblioteca de Literatura Afrocolombiana). Ministerio de cultura de Colombia.
- Ortiz Cassiani, J. y Valderrama, L. (2010). La actividad intelectual de Candelario Obeso: entre el reconocimiento y la exotización. En C. Obeso (autor), *Cantos populares de mi tierra. Secundino el zapatero* (pp. 11-47). Ministerio de Cultura.
- Ortiz, L. (2007). *Chambacú la historia la escribes tú*. Iberoamericana Vervuert.
- Ortiz, F. (1983). *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. Ciencias Sociales Ediciones.
- Palacios Preciados, J. (1982). *Manual de historia de Colombia* (La esclavitud y la sociedad esclavista). Círculo de lectores.

- Pineda, S. (2012). *Breve historia de la narrativa colombiana siglos XVI-XX*. Siglo del Hombre Editores.
- Pineda Botero, Á. (1999). *La fábula y el desastre. Estudios críticos sobre la novela colombiana 1850-1931*. Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- Prescott, L. E. (1985). *Candelario Obeso y la iniciación de la poesía negra en Colombia*. Instituto Caro y Cuervo.
- Rama, Á. (2000). *La crítica de la cultura en América Latina*. Biblioteca Ayacucho.
- Rama, Á. (1998). *La ciudad letrada*. Arca.
- Ramírez Gómez, A. M. (2014). *La historia blanqueada: una lectura de las dinámicas raciales en la novela Tierra virgen de Eduardo Zuleta Gaviria*. Pontificia Universidad Javeriana.
- Ramírez Gómez, A. M. (2008). Argumentos abolicionistas en Colombia. *Historia Unisinos*, 10(3), 293-306.
- Ramírez Gómez, A. M. (1997). Afrogénesis y huellas de africanía. *Boletín de Antropología*, 28, 128-145.
- Ramos, J. (1993). Cuerpo, lengua, subjetividad. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 19(38), 225-235.
- Restrepo, E. (2007). Imágenes del “negro” y nociones de raza en Colombia a principios del siglo XX. *Revista de Estudios Sociales*, 27, 46-61.
- Rivas, M. (1990). *Literatura y esclavitud en la novela cubana del siglo XIX*. Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla.
- Rojas, M. C. (2001). *Civilización y violencia, la búsqueda de la identidad en la Colombia del siglo XIX*. Edición Norma, Universidad Javeriana.
- Rojas, R. (2013). La esclavitud liberal. Liberalismo y abolicionismo en el Caribe hispano. *Secuencia*, 86, 27-52.
- Romero, J. (2010). *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Siglo XXI.

- Sánchez Ángel, R. (2007). Jorge Isaacs: Don Quijote de América y su amada María. En D. Henao (ed.), *Memorias del primer simposio internacional Jorge Isaacs. El creador en todas sus facetas* (pp. 433-458). Programa Editorial Universidad del Valle.
- Sander, J. (2007). Pertener a la gran familia granadina. Lucha partidista y construcción de la identidad indígena y política en el Cauca, Colombia, 1849-1890. *Revista de Estudios Sociales*, 26, 28-45.
- Sarlo, B. (1990). Literatura e historia. *Boletín de Historia Social Europea*, (9), 25-36.
- Soboul, A. (1981). *La Revolución francesa*. Biblioteca de Historia.
- Sommer, D. (2004) *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina*. FCE.
- Spivak, G. (2003) ¿Puede hablar el subalterno? *Orbis Tertius*, 3(6), 175-235.
- Todorov, T. (1991). *Nosotros y los otros*. Siglo XXI.
- Toro Murillo, A. (2001). Florencio Conde y los valores de la nación de acuerdo con la ideología liberal de José María Samper. *Estudios de Literatura Colombiana*, (27), 97-118.
- Torres-Cuevas, E. (2001). José Antonio Saco (Obras. Vol. I). Biblioteca de clásicos cubanos.
- Valero, S. M. (2011). La representación literaria del negro en la Cuba de entre-siglos: Eliseo Altunaga y Marta Rojas (1990-2005). (Tesis doctoral). Canadá: Universidad de Montreal. <http://hdl.handle.net/1866/5333>
- Villaverde, C. (2004). *Cecilia Valdés o La Loma del Ángel* (3.<sup>a</sup> ed.). Cátedra.
- Wade, P. (2002). Construcciones de lo negro y del África en Colombia: política y cultura en la música costeña y el rap. En C. Mosquera, M. Pardo y O. Hoffmann (eds.), *Afrodescendientes en las Américas. Trayectorias sociales e identitarias*. Universidad Nacional de Colombia).
- Williams L., R. (1992). *Novela y poder en Colombia: 1844-1987*. Tercer Mundo.
- Zapata Olivella, M. (1991). *Levántate mulato. Por mi raza hablará el espíritu*. Universidad del Valle

- Zubiaurre, M. T. (2000). El espacio en la novela realista: paisajes, miniaturas, perspectivas. *Literatura: Teoría, Historia, Crítica*, 3, 352-359.
- Zuleta, E. (1915). Movimiento antiesclavista en Antioquia. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 10, 32-37.
- Zuluaga, F. (2002). El Pacífico: algunas representaciones. *Pacífico Sur. Revista Cultural de la Facultad de Humanidades*, 1, 11-16.